



SACRIFICIO

SHARON BOLTON

Lectulandia

Hay una leyenda sobre los habitantes de las remotas islas Shetland: descienden de una ignota raza nórdica que los hace ser admirados por su aspecto... y por sus poderes.

Para Tora Hamilton no ha sido fácil trasladarse a una lejana isla del noroeste de Escocia. Su incomodidad se convierte en alarma cuando descubre, enterrado en su jardín, el cadáver de una joven al que han arrancado el corazón y sobre cuya piel han grabado tres runas, las mismas que Tora ha visto en la pared de la bodega de su casa. Todo parece fruto de un escalofriante ritual. Pero hay algo aún más inquietante: la reacción del resto de habitantes de la isla; la policía quita importancia al caso, su jefe en el hospital le desaconseja que continúe investigando y hasta su propio marido le insta a olvidarse del asunto.

Sacrificio es una novela inquietante y oscura. Como el paisaje de la isla donde transcurre, un lugar de una belleza sobrecogedora pero que, de forma impalpable, deja entrever una despiadada hostilidad.

Lectulandia

Sharon Bolton

Sacrificio

ePub r1.0

smonarde 04.11.14

Título original: *Sacrifice*

Sharon Bolton, 2008

Traducción: Aurora Echevarría Pérez

Diseño de cubierta: Arturo Fernández

Editor digital: smonarde

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prefacio

Sacrificio es una obra de ficción inspirada en la leyenda de las islas Shetland. A pesar de que para dar autenticidad a la historia he utilizado apellidos que son comunes en las Shetland, ningún personaje del libro está basado en una persona real, viva o muerta. El hospital Franklin Stone no pretende ser el Gilbert Bain, y la isla de Tronal, tal como la he descrito, no existe.

No tengo motivos para creer que los hechos narrados en este libro hayan sucedido en las islas Shetland.

1

El cadáver supe encajarlo. Fue el contexto lo que me descolocó.

Los que nos ganamos la vida con las fragilidades del cuerpo humano aceptamos, casi como parte de nuestros términos y condiciones, una familiaridad cada vez mayor con la muerte. Para la mayoría de la gente, un halo de misterio envuelve la partida del alma de su morada terrenal de huesos, músculos, grasa y tendones. Para nosotros, la cuestión de la muerte y la putrefacción queda gradual pero implacablemente al desnudo en la lección introductoria de anatomía y la primera visión fugaz de formas humanas bajo sábanas blancas en una rutilante habitación de acero aséptico.

Con los años había visto la muerte, diseccionado la muerte, olido la muerte, había palpado, medido y pesado la muerte, a veces hasta la había oído (los sonidos susurrantes que hace un cadáver cuando los fluidos se asientan), más veces de las que podía recordar. Estaba totalmente acostumbrada a la muerte. Pero no esperaba que se levantara y gritara «¡Bu!».

Alguien me preguntó una vez, hablando durante una comida en un pub sobre los méritos de ciertas novelas policíacas, cómo reaccionaría si me encontrara con un cadáver vivo. Supe exactamente a qué se refería, y él sonrió mientras esas palabras bobas salían de su boca. Le contesté que no lo sabía. Pero era algo en lo que pensaba de vez en cuando. ¿Qué haría si un cadáver me pillara por sorpresa? ¿Se activaría el resorte del distanciamiento profesional, impulsándome a comprobar las constantes vitales y a tomar nota mentalmente de su estado y del entorno, o gritaría y echaría a correr?

Y entonces llegó el día en que lo supe.

Empezaba a llover cuando subí a la miniexcavadora que había alquilado aquella mañana. Solo eran unas pocas gotas, casi agradables, pero el nubarrón que vi por encima de mi cabeza me dijo que no esperase una llovizna de primavera. Por mucho que estuviéramos a principios de mayo, tan al norte las lluvias torrenciales seguían siendo algo cotidiano. Se me ocurrió que excavar bajo la lluvia podía ser peligroso, pero aun así puse el motor en marcha.

Jamie estaba tumbado de lado a unos veinte metros colina arriba. En el suelo descansaban dos patas, la delantera y la trasera derechas. Las del lado izquierdo se alzaban lejos del cuerpo, los dos cascos un palmo por encima de la hierba. De haber estado dormido, su postura habría resultado cómica; muerto era grotesco. Enjambres de moscas zumbaban alrededor de la cabeza y del ano. La descomposición empieza en el mismo instante de la muerte, y yo sabía que estaba cobrando velocidad en las entrañas de Jamie. Bacterias invisibles le devoraban los órganos internos. Las moscas habían puesto sus huevos y en unas horas los gusanos saldrían de ellos y empezarían a abrirse paso a través de la carne. Para colmo de males, una urraca posada en una valla cercana desplazaba su mirada de Jamie a mí.

«Ese maldito pajarraco quiere sus ojos —pensé—, sus bonitos y tiernos ojos

castaños». No estaba segura de si podría enterrar yo sola a Jamie, pero no iba a quedarme de brazos cruzados mientras las urracas y los gusanos convertían a mi mejor amigo en un sírvase usted mismo.

Puse la mano derecha en el acelerador y tiré de él para aumentar las revoluciones del motor. Noté cómo se activaba el sistema hidráulico y empujé las dos palancas de mando. La excavadora dio un tumbo y empezó a subir.

Al llegar a la parte más empinada de la colina, hice rápidamente cálculos mentales. Iba a tener que excavar un hoyo de unos dos metros y medio de profundidad. Jamie era un caballo de tamaño considerable, de quince palmos de altura y largo de lomo. Tendría que cavar un espacio cúbico de dos metros y medio en el suelo en pendiente. Eso significaba remover muchísima tierra, las condiciones distaban de ser idóneas y yo no tenía experiencia en el manejo de una excavadora; solo había recibido una clase de veinte minutos en el patio del almacén de maquinaria de alquiler. Duncan llegaría a casa en menos de veinticuatro horas, y me pregunté, después de todo, si no sería mejor esperarlo. Posada en la valla, la urraca sonrió con satisfacción y dio un engréido paso a un lado. Apreté los dientes y volví a empujar las palancas.

En el prado que tenía a mi derecha, Charles y Henry me observaban; sus bonitas y tristes caras asomaban por encima de la valla. Habrá quien os dirá que los caballos son criaturas estúpidas. ¡No le creáis! Esos nobles animales tienen alma, y aquellos dos compartían mi dolor mientras la excavadora y yo subíamos hacia Jamie.

Cuando estaba a dos metros, frené y bajé de un salto.

Algunas de las moscas tuvieron la decencia de retirarse a una distancia respetuosa mientras me arrodillaba al lado de Jamie y le acariciaba sus negras crines. Diez años atrás, cuando él era un caballo joven y yo trabajaba de interna en el Saint Mary, el amor de mi vida (o eso creía yo entonces) me dejó plantada. Con el corazón destrozado, fui a la granja que mis padres tienen en Wiltshire; Jamie estaba en la cuadra. Al oír el motor de mi coche, asomó la cabeza. Me acerqué, le acaricié con delicadeza y luego apoyé la cabeza en la suya. Media hora después, él tenía el morro mojado por mis lágrimas y no se había movido ni un ápice. De haber sido físicamente capaz de abrazarme entre sus patas, lo habría hecho.

Jamie, mi hermoso Jamie, raudo como el viento y fuerte como un tigre. Su corazón, grande y bondadoso, al final se había rendido, y lo último que yo podía hacer por él era cavar un maldito hoyo gigantesco.

Volví a subir a la excavadora, alcé el brazo hidráulico y bajé la pala. Se levantó del suelo medio llena de tierra. No estaba mal. Hice girar la excavadora, tire la tierra lejos, volví a girar, y repetí la operación. Esta vez la pala se llenó de tierra marrón oscura y compacta. Cuando llegamos a este lugar, Duncan dijo bromeando que, si su nuevo negocio fracasaba, montaría una explotación de turba. En nuestras tierras la turba llega a entre uno y tres metros de profundidad, y aun con la ayuda de la excavadora me estaba haciendo el trabajo muy difícil.

Seguí cavando.

Una hora después, los nubarrones habían cumplido su promesa, la urraca se había cansado, y mi hoyo tenía alrededor de dos metros de profundidad. Había hundido la pala y estaba moviéndola hacia delante cuando noté que chocaba con algo. Miré hacia abajo, intenté ver más allá del brazo hidráulico. Era complicado, había mucho barro. Levanté un poco el brazo y volví a mirar. Ahí abajo había algo que estorbaba. Vacié la pala y levanté bien alto el brazo. Luego bajé de la cabina y me acerqué al borde del hoyo. Un objeto grande, envuelto en una tela manchada de marrón por la turba, había quedado medio desenterrado. Pensé en bajar, pero entonces me di cuenta de lo cerca del borde que había frenado. La turba, ya muy mojada, empezaba a desprenderse por los lados del hoyo.

No era buena idea. No quería verme atrapada en un agujero bajo la lluvia y con una miniexcavadora de tonelada y media encima de mí. Volví a subir a la cabina, retrocedí cinco metros, bajé y me acerqué de nuevo al hoyo para echar otro vistazo.

Salté dentro.

De pronto el día se volvió más silencioso y oscuro. Ya no notaba el viento, y hasta la lluvia parecía haber aflojado; supuse que gran parte de ella debía de haber sido empujada por el viento. Ya casi no oía el estrépito de las olas en la bahía cercana, ni el ocasional zumbido de un motor de coche. Estaba dentro de un hoyo, aislada del mundo, y la sensación no me gustó demasiado.

La tela era de lino. Esa textura al tiempo áspera y suave es inconfundible. Estaba manchada por la tierra marrón de alrededor, pero en ella se distinguía una trama. Por los bordes deshilachados que asomaban a intervalos vi que eran tiras de treinta centímetros de ancho enrolladas alrededor del objeto como un vendaje desmesurado. Un extremo del bulto era relativamente ancho, pero se estrechaba enseguida y volvía a ensancharse. Había sacado al descubierto casi un metro, pero quedaba más por desenterrar.

«Lugar del crimen —dijo una voz en mi cabeza; una voz que no reconocía, que nunca había oído antes—. No toques nada, llama a las autoridades».

«Baja de las nubes —respondí—. No vas a llamar a la policía para que investigue un fardo de ropa usada o el cadáver de un perro».

Estaba en cuclillas, hundida en siete centímetros de barro que pronto se convirtieron en diez. Del pelo me caían gotas de agua y se me metían en los ojos. Levanté la vista y vi que el nubarrón se había vuelto más denso. En esa época del año el sol no se ponía antes de las diez de la noche, pero pensé que ese día ya no volveríamos a verlo. Miré de nuevo el suelo. Si era un perro, era muy grande.

Traté de no pensar en momias egipcias, pero lo que había desenterrado hasta entonces tenía una forma claramente humana; lo habían envuelto con sumo cuidado. ¿Se tomaría alguien tantas molestias por un fardo de ropa usada? Por un perro muy querido tal vez sí... Pero no parecía tener forma de perro. Traté de meter el dedo entre las vendas. No cedieron, y supe que no podría aflojarlas sin un cuchillo. Eso

significaba que debía volver a casa.

Salir del hoyo resultó mucho más difícil que meterme en él; cuando al tercer intento volví a caer rodando, sentí una punzada de pánico. La idea de que me había cavado mi propia tumba y de que la había encontrado ocupada acudió a mi cabeza como un mal chiste que recuerdas de pronto. A la cuarta intentona logré alcanzar el borde y volví corriendo a casa. En la puerta de atrás caí en la cuenta de que tenía las botas cubiertas de turba negra y húmeda, y que luego no estaría de humor para fregar el suelo. En la parte trasera tenemos un pequeño cobertizo. Me dirigí allí, me quité las botas y me puse unas zapatillas de deporte viejas, luego busqué una pala pequeña y entré en la casa.

El teléfono de la cocina me miraba, Le di la espalda y cogí del cajón de los cubiertos un cuchillo con sierra. Luego volví a... la palabra «tumba» seguía resonando en mi mente.

«Hoyo —me dije con firmeza—. Solo es un hoyo».

De nuevo en él, me acuclillé y contemplé mi insólito hallazgo durante lo que me pareció largo rato. Tenía el extraño presentimiento de estar a punto de adentrarme en un terreno hasta entonces inexplorado, y de que, una vez que diera el primer paso, mi vida cambiaría por completo y no necesariamente para mejor. Incluso consideré la posibilidad de salir del hoyo y llenarlo de nuevo, cavar otra tumba para Jamie y no contar a nadie lo que había visto. Me quedé allí acuclillada pensando, hasta que me sentí tan agarrotada y helada que tuve que moverme. Saqué la pala.

La tierra era blanda, no hizo falta cavar mucho para desenterrar otro palmo del bulto. Lo agarré por la parte más ancha y tiré con delicadeza. Con un suave ruido como de succión quedó al descubierto lo que faltaba.

Busqué el extremo que había desenterrado primero y tiré del lino para aflojarlo. Luego introduje la punta del cuchillo y, sujetándolo con fuerza con la mano izquierda, lo deslicé hacia arriba.

Vi un pie humano.

No grité. De hecho, sonreí. Porque lo primero que sentí cuando cayó el lino fue un alivio enorme; debía de haber desenterrado un maniquí, ya que la piel humana nunca es del color del pie que estaba mirando. Exhalé una gran bocanada de aire y me eché a reír.

Entonces paré de reír.

La piel era exactamente del color del lino que la había envuelto y de la turba de alrededor. La toqué. Indescriptiblemente fría; indudablemente orgánica. Moví los dedos con delicadeza y pude sentir la estructura ósea que había debajo de la piel, un callo en el dedo meñique y una zona áspera en el talón. Era de carne y hueso, pero estaba manchado del intenso marrón oscuro de la tierra.

El pie era un poco más pequeño que el mío y tenía las uñas pintadas. El tobillo era esbelto. Había encontrado a una mujer. Supuse que era joven, de veinticinco o treinta y pocos años.

Miré el resto del cuerpo envuelto en lino. Donde calculé que estaba el pecho había un gran círculo, de unos treinta y cinco centímetros de diámetro, donde el lino cambiaba de color, era más oscuro, casi negro. O en la tierra había algo extraño que había afectado a ese trozo de lino, o ya estaba manchado cuando la enterraron.

No quería ver más, la verdad; sabía que tenía que llamar a las autoridades y dejar que se ocuparan de aquello. Pero no pude contenerme: agarré el lino más oscuro e hice otro corte. Ocho, diez, quince centímetros. Arranqué la tela para ver qué había debajo.

Ni siquiera entonces grité. Sobre unas piernas que no sentía como propias, me levanté y retrocedí hasta chocar con la pared del hoyo. Luego di media vuelta y trepé como si mi vida dependiera de ello. Una vez fuera, me sorprendió ver al caballo muerto a escasos metros. Me había olvidado de Jamie. Pero la urraca no. Estaba posada en su cabeza y daba furiosos picotazos. Levantó la vista con aire de culpabilidad; luego, lo juro, me sonrió con suficiencia. Un pedazo de carne brillante, chorreando sangre, asomaba de su pico: el ojo de Jamie.

Fue entonces cuando grité.

Me quedé sentada al lado de Jamie, esperando. Seguía lloviendo y estaba calada hasta los huesos, pero ya nada importaba. En uno de nuestros cobertizos había encontrado una vieja tienda de lona verde y la había extendido sobre el cuerpo de Jamie, solo le dejé la cabeza al descubierto. No enterraría a mi pobre y viejo caballo aquel día. Acaricié su bonito pelo castaño y le trencé las crines mientras velaba en silencio a mis dos amigos fallecidos.

Cuando ya no pude soportar mirar a Jamie, levanté la cabeza y miré hacia la ensenada conocida como Tresta Voe. Los voes, o valles inundados, son un accidente geográfico común en esta parte del mundo; hay montones de ellos deshilachándose como delicada seda a lo largo de la costa. Es imposible describir con exactitud las formas retorcidas y fracturadas que crean, pero desde la colina que hay junto a nuestra casa veía tierra, luego el agua del voe que formaba una estrecha bahía bordeada de arena, luego una estrecha franja de colina, y luego de nuevo agua. Si estuviera a suficiente altura y tuviera buena visibilidad, podría ver cómo se prolongaba en franjas alternas de tierra y mar, tierra y mar, hasta que mis ojos alcanzaran el Atlántico y la roca abandonara por fin la lucha.

Estaba en las islas Shetland, probablemente la región más remota y menos conocida de las Islas Británicas. A unos ciento sesenta kilómetros del extremo nordeste de Escocia se halla el archipiélago de las Shetland, formado por un centenar de islas. Quince de ellas están habitadas por gente; todas lo están por frailecillos, gaviotas, págalos grandes y otra fauna.

Si desde el punto de vista social, económico e histórico las islas son poco comunes, geográficamente rayan lo peculiar. La primera vez que estuvimos juntos en

este lugar, Duncan me abrazó y me susurró al oído que, mucho tiempo atrás, los enormes icebergs y las antiguas rocas de granito libraron una terrible batalla. Las Shetland, tierra de cuevas marinas, voes y acantilados azotados por las tormentas, fueron el resultado. En aquel momento la historia me gustó, pero ahora creo que Duncan estaba equivocado; creo que la batalla sigue. De hecho, a veces creo que las islas Shetland y su gente llevan siglos luchando contra el viento y el mar. Y están perdiendo.

Tardaron veinte minutos en llegar. El coche blanco con la raya azul distintiva y el símbolo celta en el guardabarros delantero fue el primero en detenerse en nuestro terreno. «*Dion is Cuidich, Proteger y servir*», rezaba el eslogan. Lo seguían un gran todoterreno negro y un flamante Mercedes deportivo de color plateado. Del coche patrulla bajaron dos agentes uniformados, pero fue a los ocupantes de los otros vehículos a los que observé mientras el grupo avanzaba hacia mí.

La conductora del Mercedes parecía demasiado menuda para ser policía. Tenía el pelo muy oscuro y lo llevaba escalado a la altura de los hombros. Al acercarse a mí, vi que tenía las facciones pequeñas y regulares, los ojos verde castaño y la piel perfecta, un poco pecosa alrededor de la nariz y de color café con leche. Llevaba unas botas Hunter verdes nuevas, una chaqueta Barbour impecable y unos pantalones de lana rojos. En las orejas, dos bolitas de oro, y en la mano derecha, varios anillos.

A su lado el hombre del todoterreno parecía enorme; debía de medir casi dos metros y era muy ancho de espalda. También llevaba una chaqueta Barbour y unas botas verdes, pero las suyas estaban llenas de rozaduras y parecían tener un montón de años. Tenía el pelo abundante y rubio rojizo, y la tez colorada, cubierta de capilares rotos, propia de una persona de piel clara que pasa mucho tiempo al aire libre. Las manos eran enormes y callosas. Parecía un granjero. Cuando estuvieron lo bastante cerca, me levanté y tapé la cabeza de Jamie con la lona. Podéis decir lo que queráis, pero en mi libro hasta los caballos tienen derecho a la intimidad.

—¿Tora Guthrie? —preguntó el hombre; se detuvo a dos pasos de mí y miró el enorme bulto cubierto por una lona a mis pies.

—Sí —respondí cuando volvió a levantar la vista hacia mí—. Aunque creo que ella les interesará más —señalé el hoyo. La mujer ya estaba en el borde, examinando el fondo. Detrás de ella vi aparcar otros dos coches patrulla en mi terreno.

El policía con aire de granjero dio dos pasos hasta el borde del hoyo. Miró dentro y se volvió hacia mí.

—Soy el inspector jefe Andy Dunn, del Departamento de la Policía del Norte —dijo—. Unidad de Crímenes Especiales. Esta es la oficial Dana Tulloch. Le acompañará a casa.

—Unos seis meses —dije, al tiempo que me preguntaba cuándo iba a dejar de temblar.

La oficial Tulloch y yo estábamos sentadas a la mesa de pino de la cocina; una agente permanecía apostada en la esquina. Normalmente, nuestra cocina es la habitación más caliente de la casa, pero aquel día no lo parecía. La oficial se había desabrochado el cuello del abrigo pero no se lo había quitado. No me extrañaba, pero verla tan abrigada no me hacía sentir más calor. La agente también se había dejado el abrigo puesto, pero al menos había preparado café, y el tazón caliente entre mis manos me reconfortó un poco.

Sin pedir permiso, la oficial Tulloch había enchufado un pequeño ordenador portátil en la pared, y mientras disparaba preguntas tecleaba a una velocidad que habría impresionado a un servicio de mecanografía de los años cincuenta.

Llevábamos unos treinta minutos dentro de casa. Me permitieron que me cambiara de ropa. En realidad, insistieron en ello. Todo lo que llevaba puesto lo metieron en bolsas y lo dejaron en uno de los coches. Sin embargo, no me dieron la oportunidad de ducharme, y era muy consciente de que tenía las manos manchadas de turba y tierra incrustada debajo de las uñas. Desde donde estaba no veía el jardín, pero había oído llegar varios vehículos más.

Tres veces, con una minuciosidad cada vez más agotadora, había explicado lo ocurrido en la última hora. Al parecer era el momento de probar otra clase de interrogatorio.

—Cinco o seis meses —repetí—. Nos mudamos a principios de diciembre del año pasado.

—¿Por qué? —me preguntó la oficial.

Yo ya había reparado en el suave y dulce acento de la costa este. No era de las islas.

—Por el paisaje y la calidad de vida —respondí mientras me preguntaba qué habría en ella que me resultaba tan irritante.

No podía quejarme de nada en concreto: se había mostrado educada, si bien algo indiferente; profesional, aunque un poco fría. Era lacónica, de sus labios no se escapaba ninguna palabra que no fuera estrictamente necesaria. Yo, en cambio, hablaba demasiado y estaba poniéndome nerviosa por momentos. Esa mujer menuda y atractiva conseguía que me sintiera grandullona, mal vestida, sucia y poco menos que culpable.

—Y porque es uno de los lugares más seguros donde vivir en el Reino Unido —añadí con una sonrisa triste—. Al menos eso es lo que ponía en el anuncio —me incliné hacia ella, sentada frente a mí al otro lado de la mesa. Se limitó a mirarme—. Recuerdo que me pareció extraño —continué atropelladamente—. Me refiero a que cuando te interesa un empleo nuevo, preguntas si está bien pagado, cuántos días de

vacaciones tienes, cuál es el horario, si son caras las casas y si hay buenos colegios por la zona. Pero ¿si es seguro? ¿Cuántas personas preguntan eso? Casi hace pensar que tienes algo que demostrar.

La oficial Tulloch poseía un autocontrol que yo no podía menos que envidiar. Rompió el contacto visual para mirar su tazón, que todavía no había tocado. Luego se lo llevó a los labios y bebió con cuidado antes de volver a ponerlo en la mesa. Dejó una ligera marca de pintalabios en el borde. Yo nunca me maquillo y no soporto las manchas de pintalabios. Me parecen demasiado personales para dejarlas atrás como desechos; un poco como tirar el envoltorio de un tampón en la alfombra del salón de alguien.

La oficial Tulloch me observaba. En sus ojos había un destello que no supe identificar. Estaba disgustada o divertida.

—Mi marido es agente marítimo —expliqué—. Trabajaba en el Baltic Exchange de Londres. Hacia mediados del año pasado le propusieron hacerse socio mayoritario de un negocio de aquí. Era una oferta demasiado buena para rechazarla.

—Debió de ser difícil para usted. Queda muy lejos del sur de Inglaterra.

Asentí con la cabeza, reconociendo la verdad que encerraban sus palabras. Estaba muy lejos de las suaves y fértiles lomas del condado inglés que me había visto crecer; muy lejos de las polvorientas y ruidosas calles de Londres donde Duncan y yo habíamos vivido y trabajado los cinco años anteriores; muy lejos de nuestros padres, hermanos, amigos..., sin contar los equinos. Sí, estaba muy lejos de casa.

—Para mí tal vez —dije por fin—. Duncan es isleño. Creció en Unst.

—Una isla preciosa. ¿Son propietarios de esta casa?

Asentí de nuevo. Duncan había encontrado la casa y había ofrecido un precio por ella en una de las visitas que había hecho el año anterior para ultimar los detalles de su nuevo negocio. Gracias a un fondo fiduciario, al que había tenido acceso en su treinta cumpleaños, no habíamos tenido que solicitar una hipoteca. Cuando yo vi por primera vez nuestro nuevo hogar, después de seguir a los camiones de la mudanza por la A971, ya era nuestro. Me encontré ante un caserón de piedra de unos cien años de antigüedad, con grandes ventanas de guillotina que miraban al Tresta Voe por la parte delantera, y a las colinas de Weisdale por la trasera. Cuando brillaba el sol (os aseguro que ocurre de vez en cuando), las vistas eran asombrosas. Fuera había mucho terreno para los caballos; dentro, espacio de sobra para los dos y quienquiera que viniera de visita.

—¿A quién se la compraron?

Comprendí la importancia de la pregunta y salí de mi pequeña ensoñación.

—No estoy muy segura —admití.

Ella no dijo nada, se limitó a arquear las cejas. No era la primera vez que lo hacía. Me pregunté si era una técnica de interrogación: decir lo mínimo y dejar que el sospechoso hablara atropelladamente. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que era sospechosa en una investigación de asesinato; y también que es posible estar

asustada, furiosa y divertida, todo al mismo tiempo.

—Mi marido se ocupó de ello —dije.

Siguió arqueando las cejas.

—Yo estaba trabajando en Londres, eran los últimos días tras el anuncio de que lo dejaba —añadí para que no me tomara por una de esas mujeres que dejan todos los asuntos financieros a los hombres, aunque lo soy—. Pero sé que hacía mucho que no vivía nadie en la casa. Estaba en bastante mal estado cuando nos mudamos.

Recorrió con la mirada la desordenada cocina y se volvió de nuevo hacia mí.

—Y el propietario anterior había sido una especie de fondo fiduciario. Algo relacionado con la Iglesia, creo —no me interesé mucho por la cuestión. Estaba ocupada trabajando, muy poco entusiasmada con el traslado y absorta en... cosas. Me limité a asentir a lo que Duncan me dijo y a firmar lo que me pidió—. Sí, era algo relacionado con la Iglesia, porque tuvimos que firmar una garantía de buena conducta.

Su mirada pareció ensombrecerse.

—¿Y eso qué significa?

—En realidad, tonterías. Tuvimos que prometer que no utilizaríamos la casa como lugar de culto de ninguna clase; que no la convertiríamos en local de juego ni de venta de bebidas alcohólicas, y que no practicaríamos en ella la brujería.

Estaba acostumbrada a que la gente se riera cuando les contaba eso. La oficial Tulloch parecía aburrida.

—¿Es legal un contrato así? —preguntó.

—Probablemente no. Pero, como no practicamos la brujería, no nos supuso ningún problema.

—Me alegra oírlo —repuso ella, sin una sonrisa.

Me pregunté si la había ofendido y decidí que no me importaba. Si era tan susceptible, se había equivocado de profesión. La habitación parecía cada vez más fría y me estaba quedando tiesa. Me estiré, me levanté de la silla y me acerqué a la ventana.

Ahí estaba el lugar del crimen: habían llegado más policías, incluidos varios agentes con monos blancos que parecían hechos con bolsas de basura. Habían levantado una carpa sobre mi excavación. Una cinta con rayas rojas y blancas a lo largo de la valla de alambre de espino delimitaba un estrecho camino desde el jardín. Un policía uniformado hacía guardia demasiado cerca de Jamie. Mientras lo observaba, tiró la ceniza del cigarrillo sobre la lona que lo cubría. Me volví.

—Aunque, a juzgar por el estado del cadáver de ahí fuera, alguien podría estar jugando con magia negra.

Ella se irguió, su expresión aburrida se desvaneció.

—¿Qué quiere decir?

—Habría que esperar la autopsia. Podría estar equivocada. Mi especialidad es la región pélvica, no el pecho. Oiga, ¿puede decirles a sus colegas que tengan cuidado?

Le tenía cariño a ese caballo.

—Creo que en este momento tienen más cosas en la cabeza que su caballo, doctora Guthrie.

—Señorita Hamilton. Y podrían demostrar un poco de respeto.

—¿Qué quiere decir?

—Respeto hacia mi casa, mi terreno y mis animales. Incluidos los muertos.

—No, qué quiere decir con lo de «señorita Hamilton».

Suspiré.

—Soy cirujana. Recibimos el tratamiento de señor o señorita, no de doctor o doctora. Y Guthrie es el apellido de mi marido. Estoy registrada con el mío.

—Trataré de recordarlo. Mientras, tendremos que ocuparnos de ese caballo.

Se levantó. Se me aceleró el pulso.

—Hemos de deshacernos de la carcasa —continuó—. Lo antes posible.

La miré fijamente.

—Hoy —subrayó al ver que yo no respondía.

—Lo enterraré yo misma cuando hayan terminado —repliqué con toda la firmeza de la que fui capaz.

Ella sacudió la cabeza.

—Me temo que no será posible. La Unidad de Apoyo Científico procedente de la Escocia continental está a punto de llegar. Tendrán que rastrear toda la zona. Podríamos estar aquí semanas. No podemos trabajar al lado de un caballo en descomposición.

Creo que fueron las palabras que utilizó, precisas pero insensibles, lo que hizo que sintiera ese nudo tirante en el pecho, el que me indica que estoy furiosa y debo tener mucho, mucho cuidado con lo que digo en los siguientes minutos.

—Y, como estoy segura de que sabe, enterrar caballos por cuenta propia hace ya varios años que es ilegal —continuó.

La miré con furia. Por supuesto que lo sabía: hacía treinta años que mi madre tenía una escuela de equitación. Pero no pensaba discutir con la oficial Tulloch sobre el precio prohibitivo que hay que pagar para que te retiren un caballo de las Shetland. Ni iba a hablarle de mi necesidad (muy sentimental, lo reconozco) de tener a Jamie cerca.

Tulloch se levantó y miró alrededor. Vio un teléfono de pared encima de la nevera y se acercó a él.

—¿Quiere ocuparse de ello usted misma o lo hago yo?

Creo sinceramente que en ese momento podría haberle pegado, incluso empecé a andar a grandes zancadas hacia ella mientras con el rabillo del ojo veía que la agente se acercaba a mí. Por fortuna para ambas, antes de que Tulloch descolgara el auricular sonó el teléfono. Para mi creciente indignación, contestó ella, luego me tendió el auricular.

—Es para usted —dijo.

—¡No me diga!

No di un paso para cogerlo. Ella retiró la mano.

—¿Va a atender la llamada o no? Parece importante.

Lanzándole mi mejor mirada de odio, agarré el teléfono y le di la espalda. Una voz que nunca había oído empezó a hablar.

—Señorita Hamilton, soy Kenn Gifford. Tenemos a una paciente de veintiocho años. Está embarazada de treinta semanas. Ha llegado hace quince minutos con una hemorragia seria. El feto presenta signos de angustia leve.

Me obligué a concentrarme. ¿Quién demonios era Kenn Gifford? No lograba ubicarlo; ¿uno de nuestros internos, quizá, o un interino?

—¿Quién es? —pregunté. Gifford hizo una pausa. Oí pasar hojas.

—Janet Kennedy.

Maldije entre dientes. Había vigilado de cerca a Janet. Pesaba unos veinte kilos de más, tenía la placenta previa y, para colmo, era RH negativo. Se le había programado una cesárea para seis días después, pero se había puesto de parto antes de tiempo. Miré el reloj. Eran las cinco cincuenta. Reflexioné un segundo.

«Placenta previa» significa que la placenta se implanta en la parte inferior del útero en lugar de en la superior. Bloquea la salida del niño, lo que significa que o el diablillo se queda atascado, lo que no es bueno, o se ve obligado a desplazar la placenta y a interrumpir su propio suministro de sangre, lo que es aún peor. La placenta previa es una causa importante de pérdida de sangre en el segundo y el tercer trimestre, y de hemorragia en los dos últimos meses.

Respiré hondo.

—Llévala al quirófano. Hay que prever una hemorragia intraoperativa, así que avisad al banco de sangre. Estaré allí en veinte minutos.

La comunicación se interrumpió en cuanto recordé que Kenn Gifford era cirujano jefe y director médico del Franklin Stone Hospital de Lerwick. En otras palabras, mi jefe. Se había tomado seis meses sabáticos y su partida había coincidido prácticamente con mi llegada a las islas Shetland. Aunque había aprobado mi nombramiento, no nos conocíamos. Ahora estaba a punto de verme realizar una intervención difícil, con serias posibilidades de que mi paciente muriera.

Y yo que había creído que el día no podía empeorar...

2

Veinticinco minutos más tarde me había cambiado y lavado, y me encaminaba al quirófano número dos cuando me detuvo un interno.

—¿Qué pasa?

—No tenemos sangre —respondió el joven escocés—. No les queda AB negativo.

Me quedé mirándolo. ¿Qué más iba a torcerse aquel día?

—Me tomas el pelo —logré decir.

No bromeaba.

—Es un grupo poco común. Hace dos días hubo un accidente de tráfico. Tenemos una unidad, eso es todo.

—Pues consigue más, por Dios —aparte de todo lo que había pasado ya, estaba nerviosísima ante la intervención que me esperaba. Me temo que no sé mostrarme educada en tales circunstancias.

—No soy idiota. Ya la hemos pedido. Pero de momento el helicóptero no puede salir. El viento es demasiado fuerte.

Lo miré furiosa y entré bruscamente en el quirófano en el preciso momento en que un hombre corpulento con una bata de algodón del azul de las fuerzas armadas hacía la última incisión en el útero de Janet.

—Succión —dijo. Cogió un tubo de la enfermera ayudante y lo insertó para drenar el fluido amniótico.

A pesar de la mascarilla y del gorro del uniforme de quirófano, enseguida vi que Kenn Gifford era excepcionalmente atractivo; no guapo, sino más bien todo lo contrario, pero imponente de todos modos. Por encima de la mascarilla se veía una piel clara, de esas que dejan ver las venas de debajo y parecen permanentemente rosadas a partir de cierta edad. Aún no había alcanzado esa edad, pero en el quirófano hacía calor y estaba sofocado. Tenía los ojos pequeños y hundidos, casi no se veían a cierta distancia, y eran de un color indeterminado incluso de cerca. No eran azules o marrones o verdes o color avellana. Oscuros más que claros, tal vez el gris fuera el color que mejor los describía, pero como no los había visto, pensé que ese era su color. Debajo de ellos, profundas ojeras en forma de media luna.

Al verme, retrocedió un paso con las manos a la altura del hombro y me indicó con la cabeza que me acercara. Habían colocado una pantalla para ahorrarse a Janet y a su marido los aspectos más sangrientos de la operación. Bajé la mirada, decidida a no pensar en nada más que en el trabajo que teníamos entre manos; sin duda no en Gifford, que estaba demasiado cerca, justo detrás de mi hombro izquierdo.

—Necesitaré aplicar presión en el fondo uterino —dije, y Gifford rodeó a la paciente hasta situarse frente a mí.

Repasando mentalmente la habitual lista de comprobaciones, verifiqué la posición del bebé, la colocación del cordón umbilical. Deslicé una mano por debajo del

hombro del bebé y empujé con suavidad. Gifford empezó a presionar el abdomen de Janet mientras yo rodeaba con la otra mano el trasero del niño. Había desplazado la mano que tenía debajo del hombro del niño hacia arriba, hasta alcanzar la cabeza y el cuello, y con delicadeza, obligándome a ir despacio, saqué el pequeño cuerpo cubierto de moco y manchado de sangre, fuera de su madre y a una vida nueva. Experimenté ese instante de emoción pura, una mezcla de triunfo, euforia y tristeza que hace que me arda la cara, me lloren los ojos y me tiemble la voz. Pasó rápidamente Tal vez un día deje de sentirlo; tal vez llegue a acostumbrarme a traer una nueva vida a este mundo y deje de afectarme. Espero que no.

El bebé empezó a berrear, y me permití sonreír y relajarme un segundo antes de entregárselo a Gifford, que me observaba con mucha atención. Luego me volví hacia Janet para terminar y cortar el cordón.

—¿Qué es? ¿Está bien? —se oyó detrás de la pantalla.

Gifford llevó el bebé a los Kennedy, y les concedió unos momentos para que lo vieran y lo abrazaran antes de empezar a pesarlo y hacerle pruebas. Mi tarea era atender a la madre.

Sobre la camilla de pediatra, Gifford cantaba cifras que la comadrona anotaba en un gráfico.

—Dos, dos, dos, uno, dos.

Estaban realizando el test de Apgar, un examen diseñado para evaluar la salud y el estado físico del bebé. El pequeño Kennedy había sacado un nueve; repetirían la prueba dos veces más, pero yo ya no necesitaba más resultados. Sabía que estaba perfectamente.

No podía decir lo mismo de la madre. Había perdido mucha sangre, más de la que éramos capaces de reemplazar, y seguía desangrándose. Inmediatamente después del parto, la anestesista le había dado Syntocinon, el fármaco que se administraba rutinariamente para impedir la hemorragia posparto. En la mayoría de los casos surtía efecto; solo en contadas ocasiones no lo hacía. Esa iba a ser una. Retiré la placenta y llamé a mi jefe.

—Señor Gifford.

Cruzó la sala hasta mí y nos apartamos un poco de los Kennedy.

—¿Cuánta sangre calcula que ha perdido? —pregunté; miraba a mi izquierda, con los ojos a la altura de su hombro.

—Un par de unidades, tal vez más.

—Tenemos exactamente una unidad.

Maldijo entre dientes.

—Sigue sangrando —añadí—. No puede perder más.

Se acercó a Janet y la miró. Luego me miró a mí y asintió. Rodeamos la pantalla y nos detuvimos frente a los Kennedy. John sostenía en brazos a su hijo, la alegría se reflejaba en cada músculo de su cara. Su mujer, en cambio, no tenía muy buen aspecto.

—Janet, ¿puedes oírme?

Ella se volvió y nos miró.

—Janet, estás perdiendo mucha sangre. La droga que te hemos dado para detener la hemorragia no ha surtido efecto y estás cada vez más débil. Vamos a tener que hacer una histerectomía.

Ella abrió mucho los ojos, asustada.

—¿Ahora? —preguntó su marido; se puso pálido.

Asentí.

—Sí, ahora. Cuanto antes.

Miró a Gifford.

—¿Está de acuerdo?

—Sí —dijo Gifford—. Creo que si no lo hacemos su mujer morirá.

Demasiado directo, incluso para mí, pero no pude contradecirlo.

Los Kennedy se miraron. Luego John volvió a dirigirse a Gifford.

—¿Podría hacerlo usted?

—No —dijo él—. La señorita Hamilton lo hará mucho mejor que yo.

Eso lo dudaba, pero aquel no era lugar para discutir. Miré a la anestesista. Ella asintió, lista ya para administrar la anestesia general que iba a hacer falta para la intervención. Llegó una enfermera con el formulario de autorización, y John Kennedy salió con su hijo del quirófano. Cerré brevemente los ojos, respiré hondo y me puse manos a la obra.

Dos horas más tarde Janet Kennedy estaba débil pero estable, el viento se había calmado y la sangre que necesitábamos con urgencia estaba en camino. Probablemente se pondría bien. El niño, a quien ya habían puesto el nombre de Tamary, estaba perfectamente, y John dormitaba en la silla junto a la cama de su mujer. Yo me había duchado y cambiado, pero sentí la necesidad de quedarme en el hospital hasta que llegara la sangre. Llamé a casa para comprobar si había mensajes, pero Duncan no había llamado. No tenía ni idea de si la policía seguía allí o no.

Gifford había permanecido en el quirófano durante toda la histerectomía. Por mucho que hubiera fingido una confianza absoluta al hablar con los Kennedy, no había apartado sus bonitos ojos de mí durante toda la operación. Solo había hablado una vez, un atinado: «Compruebe las pinzas de presión, señorita Hamilton», en un momento en que me había distraído. Cuando la operación terminó, salió del quirófano sin decir una palabra; por lo menos confió en que podría terminar yo sola.

No sabía si se había quedado satisfecho o no conmigo. Todo había ido bastante bien, pero no había habido nada espectacular, nada brillante en lo que había hecho. Había parecido lo que era: una especialista recién cualificada y muy nerviosa, desesperada por no meter la pata.

Y me enfadé con él. Debería haber dicho algo, hasta una crítica habría sido

preferible a que se marchara sin más. Tal vez yo no había estado brillante, pero lo había hecho bien, y estaba cansada, un poco llorosa y deseosa de recibir una palabra de aliento y una palmadita en la espalda. Esta constante necesidad de aprobación es una faceta de mí misma que no me gusta. Cuando era más joven supuse que desaparecería con los años; que el aplomo llegaría con la experiencia y la madurez. Pero empiezo a tener mis dudas y a preguntarme si no necesitaré siempre el reconocimiento de los demás.

Estaba de pie junto a la ventana de mi despacho, contemplando el movimiento de personas y coches en el aparcamiento de abajo, cuando sonó el teléfono. Di un respingo y me acerqué corriendo al escritorio, pensé que la sangre había llegado antes de lo previsto.

—Señorita Hamilton, soy Stephen Renney.

—Hola —dije para ganar tiempo, mientras me decía: «Renney, Renney, debería conocer ese nombre».

—Me han dicho que ha venido para una urgencia. Si no está muy ocupada, hay algo en lo que podría ayudarme. ¿Hay alguna posibilidad de que baje un momento?

—Por supuesto —dije—. ¿Quiere que lleve algo?

—No, no, solo su experiencia. Llámelo orgullo profesional, incluso jactancia profesional, si lo prefiere, pero quiero presentar un informe completo cuando lleguen los gerifaltes. Tengo una sospecha que podría ser importante y no quiero que mañana un par de listos de la zona continental me la restrieguen por la cara como un gran descubrimiento.

No tenía ni idea de qué me estaba hablando, pero había oído aquello antes. Los isleños eran tan reacios a que los consideraran inferiores a sus homólogos del continente, que creaban una atmósfera de competencia superior, incluso de logros mejores que los esperados. A veces eso entorpecía el trabajo; a veces lo «suficientemente bueno» era realmente cuanto se necesitaba. Cuando estaba de mal humor y algún interno de malas pulgas me lo hacía pasar mal, llamaba a aquello el Resentimiento Colectivo de las Shetland.

—Ya voy —dije—. ¿En qué habitación está?

—La ciento tres —respondió él.

Una habitación de la planta baja. Colgué y salí del despacho. Recorrí el pasillo, bajé la escalera, y dejé atrás radiología, pediatría y urgencias. Recorrí el pasillo leyendo los números de las habitaciones al pasar. No lograba dar con la habitación 103 y no tenía ni idea de cuál era la especialidad de Stephen Renney. Por fin localicé el número y abrí la puerta.

Al otro lado, bloqueando por completo la entrada, estaban el inspector jefe Dunn, la oficial Tulloch y Kenn Gifford, todavía con el uniforme del quirófano pero sin la mascarilla ni el gorro. También había un hombre menudo con gafas y pelo ralo a quien había visto antes. Supuse que era Stephen Renney y, sintiéndome como una completa idiota, recordé por fin que era el patólogo suplente del hospital.

La habitación 103 era el depósito de cadáveres.

3

El hombre menudo se adelantó y me tendió una mano huesuda. Vi rastros de eccema alrededor de la muñeca. La estreché, la noté helada y traté de no estremecerme.

—Señorita Hamilton, soy Stephen Renney. Le agradezco mucho que haya venido. Estaba explicando a los detectives que, para ser rigurosos, necesito...

Volvieron a abrirse las puertas y entró un auxiliar empujando un carrito. Todos tuvimos que apretarnos contra la pared para dejarle paso. Gifford tomó la palabra y, lejos de la tensión del quirófano, me di cuenta de que tenía esa voz grave y educada de las tierras altas que, antes de que me viniera a vivir aquí y la oyera con regularidad, me provocaba sistemáticamente un hormigueo detrás de las rodillas y una sonrisa en los labios. Una voz que no quieres que deje de hablar.

—¿Por qué no vamos un momento a tu despacho, Stephen?

El despacho de Stephen Renney era pequeño, no tenía ventanas y estaba ridículamente ordenado. De las paredes colgaban varios dibujos a pluma. Frente a su escritorio había un par de sillas de plástico naranja, demasiado cerca la una de la otra. Las señaló con la mano mientras desplazaba la mirada de la oficial Tulloch a mí, y de nuevo al inspector. Ella negó con la cabeza. Yo también me quedé de pie. Con una sonrisa tensa, Renney se sentó en su silla detrás del escritorio.

—Esto está totalmente fuera de lugar —dijo Tulloch al inspector, señalándome con un ademán.

Probablemente tenía razón, pero no me gusta que me describan como algo fuera de lugar; suele irritarme.

—La señorita Hamilton no está bajo sospecha, ¿verdad? —dijo Gifford, sonriéndome.

Me sorprendió e intrigó que llevara el pelo tan largo, era poco habitual en un hombre y menos en un cirujano. Mientras se inclinaba bajo la potente luz eléctrica que había sobre el escritorio de Stephen Renney, produjo un reflejo rubio dorado, como imaginé que le sucedería con el sol. Tenía las cejas y las pestañas del mismo color pálido, debilitando su atractivo, por lo demás convencional.

—Solo lleva seis meses aquí —continuó—. Por lo que me dice, a nuestra amiga de la habitación contigua la esperan en el Museo Británico. ¿Qué opinas tú, Andy? ¿Edad del Bronce? ¿Del Hierro? —sonreía de un modo no muy agradable mientras hablaba. Tuve el presentimiento de que Andy Dunn era incapaz de distinguir la Edad del Bronce de la del Hierro o de la Piedra, y que Gifford lo sabía.

—Bueno, en realidad... —dijo Stephen Renney en voz bastante baja, como si temiera a Gifford.

—Algo así —coincidió Dunn.

Me sorprendió lo parecidos que eran Gifford y él: corpulentos, de piel clara, dos hombres rubios bastante corrientes, y también la cantidad de isleños que tenían ese mismo aspecto. Era como si el acervo genético de las islas hubiera permanecido casi

intacto desde los tiempos de las invasiones noruegas.

—No sería el primero que encuentran aquí —decía Dunn—. Las turberas son famosas por eso. Recuerdo el hallazgo de un cadáver en Manchester en los años ochenta. La policía lo identificó como una mujer supuestamente asesinada por su marido veinte años atrás. Lo llamaron y le hicieron confesar. Pero resultó que el cuerpo tenía dos mil años y era un varón.

La mirada de la oficial Tulloch iba de un hombre al otro.

—Pero si puedo... —trató de intervenir Renney.

—Una vez vimos al hombre de Tollund —dijo Gifford—. ¿Te acuerdas del viaje a Dinamarca que hicimos en sexto, Andy? Fue increíble. Era de la Edad del Hierro prerromana, pero todavía se le veía el vello incipiente en la barbilla, las arrugas de la cara, todo. Estaba perfectamente conservado. Hasta seguía teniendo el estómago lleno.

No me sorprendió en absoluto enterarme de que Gifford y Dunn habían ido juntos al instituto. Las Shetland eran pequeñas. Hacia tiempo que me había acostumbrado a que todos se conocieran.

—Exacto —replicó Dunn—. Estamos esperando a un antropólogo forense. Tal vez podamos quedárnoslo. Sería bueno para el turismo.

—Señor... —dijo Tulloch.

—La verdad, creo... —dijo Renney.

—¡Por el amor de Dios! —salté—. No es de la Edad del Hierro prerromana.

Dunn se volvió hacia mí como si acabara de acordarse de que estaba allí.

—Con el debido respeto... —empezó a decir.

—Corríjanme si estoy equivocada —interrumpí—. Pero, por lo que yo sé, las mujeres de la Edad del Hierro prerromana no se pintaban las uñas de los pies.

Dunn me miraba como si le hubiera dado una bofetada. Tulloch torció momentáneamente la boca. Gifford se puso rígido, pero no supe interpretar su expresión. Stephen Renney pareció aliviado.

—Eso era lo que intentaba decir. No se trata de un hallazgo arqueológico. De ninguna manera. La turba confunde. Tiene usted razón al decir que posee unas propiedades de conservación asombrosas, pero hay rastros de esmalte en los dedos de los pies y de las manos. Además, el trabajo dental es muy moderno.

A mi lado, oí a Gifford soltar un profundo suspiro.

—Está bien, ¿qué puedes decirnos, Stephen? —preguntó.

El doctor Renney abrió la única carpeta que había encima de su escritorio. Levantó la vista. Me pregunté si se sentía incómodo mirándonos a los cuatro a la vez, pero era un hombre tan menudo que probablemente estaba acostumbrado a eso.

—Entenderán que, dado que han traído el cuerpo hace menos de tres horas, el informe es provisional.

—Por supuesto —dijo Gifford con cierta impaciencia—. ¿Qué tenemos hasta ahora?

Vi a Dunn mirar con dureza a Gifford; técnicamente, el inspector de policía estaba al mando, pero el hospital era territorio de Gifford. Me pregunté si íbamos a ver un duelo de titanes.

Stephen Renney carraspeó.

—Lo que tenemos son los restos de una mujer de entre veinticinco y treinta y cinco años. La turba le ha teñido la piel, pero he examinado a fondo la cara, la estructura ósea y el cráneo, y puedo decir casi con seguridad que es caucásica. También estoy todo lo seguro que se puede estar de que la muerte no se debió a causas naturales.

Bueno, eso era quedarse muy corto.

—Entonces, ¿qué la produjo? —preguntó Gifford.

Me volví hacia él para ver cómo había encajado la noticia.

El doctor Renney se aclaró la voz. Con el rabillo del ojo vi que me miraba.

—La víctima murió de una hemorragia masiva como resultado de haberle arrancado el corazón del cuerpo.

Gifford levantó bruscamente la cabeza; estaba pálido.

—¡Dios!

Los dos policías no exteriorizaron ninguna reacción. Como yo, habían visto el cadáver.

Una vez que hubo dicho lo peor, Renney pareció relajarse un poco.

—Una serie de puñaladas, unas diez o doce en total, con un instrumento muy afilado —dijo—. Diría que un instrumento quirúrgico, o quizá un cuchillo de carnicero.

—¿A través de la caja torácica? —preguntó Gifford.

Era una pregunta de cirujano. No se me ocurría ningún instrumento quirúrgico común que pudiera atravesar la caja torácica. A él tampoco, a juzgar por el modo en que había juntado las cejas.

Renney sacudió la cabeza.

—Primero abrieron la caja torácica —dijo—. Diría que la forzaron con algún tipo de instrumento contundente.

La saliva se me acumulaba en la parte posterior de la boca. La silla de plástico naranja que tenía delante empezaba a parecerme muy tentadora.

—¿Se podría haber utilizado de nuevo el corazón? —preguntó Dana Tulloch—. ¿Podrían haberla matado porque necesitaban un corazón?

La observé mientras seguía su razonamiento. Había oído hablar de cosas así: secuestros para conseguir órganos; horribles operaciones encubiertas organizadas y financiadas por gente con problemas de salud y billeteras abultadas. Esas cosas ocurrían, pero en lugares remotos con nombres de extraña sonoridad, donde la vida humana, sobre todo la de los pobres, valía muy poco. Aquí no. No en Gran Bretaña y, desde luego, no en las Shetland, el lugar más seguro donde vivir y trabajar del Reino Unido.

Antes de responder, Renney hizo una pausa y estudió un momento sus notas.

—Creo que no —dijo por fin—. La vena cava inferior fue pulcramente extirpada, al igual que las venas pulmonares. Pero el tronco pulmonar y la aorta ascendente fueron arrancadas de mala manera. Como si hubieran hecho varios intentos. No se hizo a tontas y a locas. Diría que fue obra de alguien con conocimientos rudimentarios de anatomía, pero no de un cirujano.

—Entonces estoy descartado —dijo Gifford.

Tulloch lo fulminó con la mirada. Yo me mordí el labio para que no se me escapara una carcajada. Estaba nerviosa, eso era todo; la verdad, no era cosa de reírse.

—He hecho rápidamente unos tests y en su sangre hay niveles muy altos de Propofol —continuó Renney. Miró al inspector Dunn—. Casi con toda seguridad, estaba muy anestesiada cuando lo hicieron.

—Gracias a Dios —dijo la oficial Tulloch, que seguía lanzando dagas a Gifford—. ¿Es fácil conseguir Pro...?

—Propofol —dijo Renney—. Bueno, no puede comprarse en la farmacia, pero es un agente de inducción intravenosa bastante común. Cualquiera con acceso a un hospital no tendría muchas dificultades. O alguien que trabaje en una compañía farmacéutica.

—Hoy día se puede conseguir casi de todo en el mercado negro —dijo Dunn. Miró a Tulloch—. No vayamos tras pistas falsas.

—También he visto marcas de trauma alrededor de las muñecas, los antebrazos y los tobillos —continuó Renney—. Diría que estuvo atada durante bastante tiempo antes de morir.

Renuncié a hacerme la fuerte. Di un paso y me senté. Renney me miró y sonrió. Traté de devolverle la sonrisa pero no lo logré.

—De acuerdo, ya conocemos el cómo —dijo Gifford—. ¿Alguna idea del cuándo?

Me eché hacia delante en la silla. Había estado dándole vueltas —cuando no había estado concentrada en otras cosas— durante toda la tarde. Debería decir que antes de elegir la especialidad de obstetricia barajé la idea de hacer carrera en patología y seguí un curso de formación muy rudimentario. Eso fue antes de comprender que el instante de la vida tenía un atractivo muy superior al de la muerte. «Típico de Tora —había dicho mi madre—, siempre yendo de un extremo a otro». En realidad se había sentido enormemente aliviada. Fuera como fuese, yo ahora agradecía esa formación preliminar. Tenía una idea más que aproximada del proceso de descomposición.

En primer lugar, la regla de oro: la putrefacción empieza en el momento de la muerte. Después, depende de varios elementos: la condición del cuerpo, es decir, el tamaño, el peso, si presenta heridas o trauma; su localización, bajo techo o al aire libre, en clima cálido o frío, expuesto o protegido; la presencia de animales

carroñeros o insectos; si se ha enterrado o embalsamado.

Tomemos el caso de un cadáver abandonado en un bosque de un clima templado como el de las Islas Británicas. Al morir, las sustancias químicas y los enzimas del cuerpo se combinan con las bacterias para empezar a destruir el tejido.

Entre cuatro y diez días después de la muerte, el cuerpo empieza a descomponerse. Salen fluidos de las cavidades y se producen varios gases, hediondos para los humanos pero tentadores como *delicatessen* para los insectos. La presión del gas infla el cuerpo mientras los gusanos se abren paso como locos, propagando bacterias y rasgando el tejido.

A los cincuenta días, la mayor parte de la carne ha desaparecido, el cuerpo se ha secado y el ácido butírico le da olor a queso. Las partes en contacto con el suelo fermentan y enmohecen. Los escarabajos reemplazan a los gusanos como depredador principal, y por último llega la mosca y termina con los restos de carne húmeda.

Un año después de la muerte, el cuerpo habrá llegado a la fase de descomposición seca, con solo huesos y pelo. El pelo también terminará desapareciendo, devorado por las polillas y las bacterias, y dejará el cráneo al descubierto.

Es un ejemplo. Un cadáver congelado en hielo alpino, que no haya estado expuesto al sol ni se haya visto afectado por un movimiento glaciar, podría permanecer cientos de años en perfecto estado. Mientras que otro colocado en un panteón elevado durante un verano de Nueva Orleans habría desaparecido casi por completo en menos de tres meses.

Y luego está la turba.

—Sí, exacto —dijo Stephen Renney—. ¿Cuándo murió? ¿Cuándo la enterraron? Las preguntas del millón de dólares, supongo.

Detrás de mí oí una inhalación brusca y sentí una punzada de compasión hacia la oficial. Stephen Renney parecía estar disfrutando demasiado. No me gustó, y supuse que a ella tampoco.

—Unas preguntas muy interesantes, porque el proceso normal de la descomposición se desbarata cuando introduces la turba en la ecuación. Verán, en un pantano de turba típico, sobre todo en los de estas islas, se da la combinación de temperatura fría, ausencia de oxígeno (que, como sabemos, es esencial para el crecimiento de las bacterias) y las propiedades antibióticas de los materiales orgánicos, incluidos los ácidos húmicos, del agua de turbera.

—No estoy seguro de seguirlo, señor Renney —dijo la oficial Tulloch—. ¿De qué modo hacen más lenta la descomposición los materiales orgánicos?

Renney le sonrió radiante.

—Bueno, pongamos por ejemplo el musgo de esfagno. Cuando la bacteria putrefactiva segrega enzimas digestivos, el esfagno reacciona con los enzimas y los inmoviliza en la turba. El proceso se detiene de forma brusca.

—Estás muy bien informado, Stephen —dijo Gifford.

Juro que vi ruborizarse a Stephen.

—Bueno, me dedico un poco a la arqueología en mi tiempo libre. Soy una especie de Indiana Jones aficionado. Es una de las razones por las que acepté este empleo. La riqueza de los yacimientos de estas islas es..., bueno, por lo que sea, he tenido que aprender bastante de la naturaleza de las turberas. Leí mucho sobre la cuestión cuando llegué aquí. Cada vez que hay una excavación, me ofrezco voluntario.

Me arriesgué a mirar de reojo a la oficial Tulloch para ver cómo se había tomado la comparación del poquita cosa de Stephen Renney con Harrison Ford. No vi rastro de humor en su cara.

—Estoy seguro de que la señorita Hamilton me corregirá si me equivoco —dijo el inspector Dunn, haciéndome dar un respingo—, pero el esmalte de uñas se utilizó durante la mayor parte del siglo pasado. Esa mujer ¿podría llevar décadas allí abajo?

Tulloch lanzó una mirada a su jefe y entre sus cejas se formaron tres pequeñas arrugas.

—Bueno, no, no lo creo —dijo Renney, como si se disculpara—. Verá, aunque el tejido blando puede conservarse muy bien en las turberas ácidas, no ocurre lo mismo con los huesos y la dentadura. En una turbera, el componente inorgánico del hueso, la hidroxiapatita, se disuelve con los ácidos húmicos. Lo que queda es el colágeno óseo, que se encoge y deforma el contorno original del hueso. Asimismo, las uñas de las manos y los pies —me miró—, aunque se conservan, pueden separarse del cuerpo. He tomado muestras del hueso y examinado la dentadura de nuestro cadáver, y puedo decir con cierta seguridad que no hay indicios de ese proceso. Las uñas están intactas. Basándome solo en eso diría que no puede llevar enterrada más de una década, probablemente menos de cinco años.

—Parece que, después de todo, podría ser sospechosa, señorita Hamilton —dijo Gifford arrastrando las palabras a mis espaldas. Decidí pasar por alto el comentario. Renney lo miró alarmado.

—No, no lo creo, la verdad —volvió a bajar la vista y manoseó sus notas—. Hay algo más que debo decirles. Mientras traían el cuerpo he buscado en internet el pueblo donde se encuentra la casa de la señorita Hamilton. Creo que se llama Tresta.

Esperó confirmación. Asentí.

—Bien. Quería saber si había habido algún hallazgo en los pantanos de la zona. Por si les interesa, no ha habido ninguno. Pero he averiguado algo muy interesante.

Esperó a que reaccionáramos. Me pregunté quién de nosotros lo haría. Yo no tenía ningunas ganas de hablar.

—¿Qué? —preguntó Gifford, impaciente.

—En enero de 2005 hubo una gran tormenta en esa región. Vientos huracanados y tres mareas muy altas. Las defensas contra las marcas se vieron desbordadas y toda la zona quedó inundada durante varios días. Hubo que evacuar a los habitantes y murieron docenas de cabezas de ganado.

Asentí. A Duncan y a mí nos hablaron de ello cuando compramos la casa. Lo describieron como un suceso que tenía lugar cada millar de años, y no permitimos

que nos preocupara.

—¿Qué relación puede tener con esto? —pregunté.

—Cuando se inunda un pantano —respondió Renney—, sea por el agua del mar, sea por lluvias intensas, las propiedades de conservación del tejido disminuyen. El tejido blando, la carne y los órganos internos empiezan a deteriorarse, y tiene lugar la esqueletonización. Si nuestro cadáver hubiera estado enterrado cuando estalló la tormenta, se encontraría en mucho peor estado.

—Dos años y medio —murmuró Gifford—. Empezamos a restringir el campo de búsqueda.

—Eso habrá que confirmarlo —dijo Dunn.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Renney—. También he echado un vistazo al contenido del estómago. Comió un par de horas antes de morir. Hay rastros de carne y queso, y posibles restos de cereales, tal vez pan integral. Y algo más que he tardado en identificar.

Hizo una pausa; nadie habló, pero esta vez debió de bastarle tener toda nuestra atención.

—Estoy bastante seguro de que eran semillas de fresas. No encontré ninguna fruta, se digieren muy deprisa, pero estoy casi seguro de que lo eran. Lo que indica que murió a principios de verano.

—Ahora se pueden comprar fresas todo el año —dije.

—Exacto —replicó Renney; parecía encantado—. Pero esas semillas eran extrañamente pequeñas. Menos de la cuarta parte de una semilla normal. Lo que apunta... —me miraba. Le sostuve estúpidamente la mirada sin tener ni idea de adónde quería ir a parar.

—Que eran fresas silvestres —dijo Gifford en voz baja.

—Exacto —volvió a decir Renney—. Pequeñas fresas silvestres. Se encuentran por todas partes en estas islas, pero la temporada es muy corta. Menos de cuatro semanas.

—De finales de junio a principios de julio —dijo Gifford.

—De principios del verano de 2005 —dije, pensando que había juzgado mal a Stephen Renney. Era prepotente e irritante, pero aun así muy inteligente.

—O principios del verano de 2006 —dijo la oficial Tulloch—. Podría llevar allí un año.

—Sí, es posible. La clave estará en el proceso de coloración. La materia no se tiñe inmediatamente cuando está rodeada de turba; tarda un tiempo. Sin embargo, nuestro cadáver está completamente coloreado, lo que significa que los ácidos tuvieron tiempo de penetrar el lino y teñir la carne. La duración del proceso es crucial. Me propongo ponerme a ello esta misma tarde.

—Gracias —dijo Tulloch, y sonó sincera.

Fresas silvestres. Se me ocurrían cosas peores para una última comida. La mujer había comido fresas silvestres y unas pocas horas después alguien le había arrancado

el corazón. Empecé a sentir náuseas. Mi curiosidad macabra había quedado satisfecha, quería irme. Por desgracia todavía tenía que hacer mi papel.

—¿Qué quiere de mí, doctor Renney? —pregunté.

—Stephen —corrigió él—. Necesito comprobar algo con usted. Algo de su competencia.

—¿Estaba embarazada? —se apresuró a preguntar Tulloch.

Stephen negó con la cabeza.

—No, eso lo habría visto por mí mismo. Un feto en el útero, por diminuto que sea, es inconfundible. —Pareció esperar a que yo hablara.

—¿Qué tamaño tiene? —pregunté.

—Unos quince centímetros de diámetro.

Asentí.

—Probablemente necesitaré examinarlo para estar segura, pero es posible... — me volví hacia el inspector Dunn.

—¿Qué? —dijo él, mirándonos a Stephen Renney y a mí.

—Nuestra víctima había dado a luz —dijo Renney—. Lo que no sé decir, y espero que la señorita Hamilton me ayude, es cuánto tiempo antes de la muerte.

—El útero se hincha durante el embarazo —expliqué— y empieza a contraerse de nuevo inmediatamente después del parto. Suele durar entre una y tres semanas. En general, cuanto más joven y sana es la mujer, más rápido es el proceso. Si todavía se percibe una hinchazón, significa que dio a luz un par de semanas antes de su muerte.

—¿Da su autorización para que la señorita Hamilton examine el cuerpo? —preguntó Stephen.

La oficial Tulloch miró a su jefe. Él consultó el reloj y miró a Gifford.

—¿Vendrá el comisario Harris a ocuparse del caso? —preguntó Gifford.

Andy Dunn frunció el entrecejo y asintió.

—Dentro de un par de días.

Evidentemente, yo no tenía ni idea de quién era el comisario Harris, pero di por supuesto que era un pez gordo del interior. Por la rapidez con que se habían presentado poco antes en mi casa, supuse que el inspector Dunn y la oficial Tulloch eran de las islas e iban a ser relevados en breve. Dada la escasez de crímenes serios que tenían lugar en las Shetland, eso debía de ser muy frustrante para ellos; me bastó mirar la cara de Tulloch para saber que no me equivocaba. De Dunn no estaba tan segura. Parecía preocupado.

—No se pierde nada con saberlo —dijo Gifford—. ¿Estás de acuerdo en hacerlo, Tora?

Nunca en toda mi vida había estado menos de acuerdo en algo.

Asentí.

—Por supuesto. Empecemos.

Los cinco nos cambiamos y lavamos; cada uno era testigo de cómo los demás cumplían las normas. Nos pusimos guantes, mascarillas y gorros, y entramos detrás de Stephen Renney en la sala de exploración. Duró quince minutos y en todo momento tuve la absurda sensación de que el tiempo se acababa; de que debía darme prisa y terminar antes de que los mayores llegaran y pusieran fin a nuestros juegos.

Estaba tumbada en una camilla de acero, en el centro de una habitación revestida de azulejos. Parecía una estatua, una bonita estatua marrón; o una talla de bronce que ha perdido algo de lustre. Me sorprendí a mí misma al dirigirme directamente hacia su cabeza.

«Era guapa», pensé, aunque era difícil estar seguro. Sus facciones eran pequeñas y delicadas, rayando en perfectas. Pero la belleza es mucho más que perfección en las facciones; la particular mezcla de color, luz y calor que da belleza a una cara está totalmente ausente en un cadáver.

Tenía el pelo muy largo; tan largo que colgaba por los lados de la camilla. Estaba enrollado en largas espirales; era la clase de pelo con el que yo había soñado de pequeña. Empezó a costarme mirarle la cara y pasé al cuerpo.

Si bien había asistido a autopsias en el pasado —una parte esencial de las prácticas—, nunca había visto a la víctima de un asesinato. Pero aunque lo hubiera hecho, creo que nada me habría preparado para el horror que estaba contemplando.

El doctor Renney había practicado una incisión en forma de horca en el abdomen para examinar los órganos internos y la había cosido burdamente dejando una herida fea y desfigurante. Los daños en la zona del pecho eran aún más extensos, pero el doctor Renney no era el responsable. Se trataba de una herida profunda entre los senos, ligeramente ovalada y de cinco centímetros de longitud, donde supuse que habían introducido un instrumento contundente. Traté de imaginar la fuerza necesaria para infligir tal golpe y me alegré de que el doctor Renney nos hubiera hablado del Propofol. Un corte vertical se extendía a partir de la herida en ambas direcciones, llegando cerca del cuello y bajando casi hasta la cintura, donde la forzada apertura de la caja torácica había rasgado la piel. Tuve una visión fugaz de unas manos rojas de sangre hundiéndose en ella, y de unos nudillos grandes y cubiertos de cicatrices, blancos por la tensión, mientras las costillas empezaban a crujir bajo la fuerza. Tragué saliva.

Cuando encontré el cuerpo, la caja torácica no estaba del todo cerrada. Había visto parte de los daños infligidos en el interior y la ausencia del órgano que faltaba. Me inclinaba a estar de acuerdo con Renney. Un corazón arrancado de ese modo no podría utilizarse de nuevo.

En la habitación se había hecho el silencio. Me di cuenta de que todos esperaban. —Aquí está —dijo Renney a mi espalda.

Sostenía un disco metálico. Lo llevó al banco de trabajo que se extendía a lo largo

de tres paredes de la habitación y yo lo seguí. Tulloch se colocó a mi izquierda. Gifford se quedó un poco atrás; oía su respiración en mi oído derecho. Dunn se mantuvo a cierta distancia.

Preparándome para lo peor, cogí el útero. Era más pesado y más grande de lo que cabía esperar en una mujer de su tamaño. Lo puse en la balanza. Cincuenta y tres gramos. El doctor Renney me ofreció una regla. Medí la longitud y el ancho de la parte más amplia, el nivel superior. Ya había una incisión; la abrí. La cavidad era extensa, y las capas musculares eran más gruesas y mejor definidas que las que presentaría una mujer que nunca hubiera pasado por un embarazo completo. Todo el procedimiento duró tres minutos. Cuando estuve segura me volví hacia Stephen Renney.

—Sí —dije—. Dio a luz entre siete y diez días antes de morir. Es difícil ser más preciso.

—¿Puede examinar los pechos? —preguntó él, sonriendo lleno de satisfacción por haber tenido razón.

Me tragué mi irritación. Ese era su trabajo; como es natural, quería ser concienzudo.

Me acerqué de nuevo a la camilla. Nuestra víctima era delgada, pero yo ya sabía lo que buscaba. Alrededor de la cintura vi carnes propias de la gordura del embarazo. Tenía el abdomen flácido y los senos demasiado grandes para un cuerpo tan menudo. Me acerqué más y deslicé una mano por el derecho; el izquierdo presentaba muchos daños. Los conductos lactíferos estaban hinchados, y los pezones habían aumentado de tamaño y se habían cuarteado en varias partes.

Asentí.

—Dio el pecho —dije. Noté que me temblaba la voz, pero no me importó. No podía mirar a los demás—. ¿Hemos terminado?

Renney vaciló.

—Bueno, me preguntaba si... —miró el cadáver.

Ah, no. No iba a examinar la vagina de esa mujer. Sabía qué encontraría.

—Tal vez deberíamos dejárselo a los demás —dije.

Él hizo una pausa.

—Hay algo más que los agentes deberían ver. ¿Me ayuda a darle la vuelta?

Gifford me miró a los ojos.

—Yo lo haré —dijo, adelantándose.

Se acercó a la cabecera de la camilla y deslizó las manos por debajo de los hombros de la mujer.

Stephen Renney, que la sostenía por la cadera, contó:

—Tres, dos, uno, vamos allá.

La levantaron y le dieron la vuelta.

Vimos la delgada espalda, los pecosos hombros, las largas y esbeltas piernas, las redondas nalgas. Nadie habló. Los dos policías se acercaron más a la camilla y..., no

pude evitarlo, yo también lo hice.

—¿Qué demonios son? —preguntó Gifford por fin.

En la espalda de la víctima había grabados unos símbolos, tres en total: el primero entre los omóplatos, el segundo de un lado a otro de la cintura, y el tercero en la parte inferior de la espalda. Los tres símbolos eran angulares, hechos con líneas totalmente rectas; los dos primeros eran verticalmente simétricos, el tercero no. El situado entre los omóplatos me recordó un poco el símbolo cristiano del pez:



El segundo, a lo largo de la cintura, consistía en dos triángulos colocados de lado con los ápices tocándose; como un niño dibujaría una pajarita con la cuerda de una cometa:



El tercero era solo un par de líneas rectas; la más larga se extendía en diagonal por encima de la cadera derecha, hasta la ranura de las nalgas, y la segunda también la recorría en diagonal:



Cada uno de los símbolos medía unos quince centímetros en su dimensión más larga.

—Heridas muy poco profundas —dijo Renney, el único de nosotros que no se había quedado paralizado por lo que veía—. Dolorosas pero no peligrosas para su vida. Hechas con un cuchillo muy afilado. De nuevo estoy pensando en un bisturí.

Miró a Gifford. Yo también lo miré. Gifford seguía contemplando la espalda de la mujer.

—¿Mientras estaba viva? —preguntó Tulloch.

Renney asintió.

—Ya lo creo. Sangraron un poco y luego tuvieron tiempo de cerrarse en parte. Diría que un par de días antes de que muriera.

—Lo que explicaría la necesidad de atarla —concluyó Dunn.

Tulloch bajó la vista, luego miró el techo con los puños cerrados.

—Pero ¿qué son? —volvió a preguntar Gifford.

—Runas —dije yo.

Todos se volvieron hacia mí. Gifford entornó sus hundidos ojos y ladeó la cabeza, como diciendo: «¿Puedes repetirlo?».

—Runas vikingas —expliqué—. Encontré unas iguales en el sótano de la casa, talladas en piedra. Mi suegro las identificó. Sabe mucho de la historia de la región.

—¿Sabe lo que significan? —preguntó Tulloch.

—No tengo ni idea —confesé—. Solo que son una especie de escritura antigua que trajeron los noruegos. Una vez que sabes lo que estás buscando, las ves a menudo por las islas.

—¿Sabría decirnos su suegro lo que significan? —preguntó Tulloch.

Asentí.

—Es muy probable. Le daré su número de teléfono.

—Fascinante —dijo Gifford, aparentemente incapaz de apartar sus ojos de la mujer.

Me quité los guantes y fui la primera en salir de la habitación. Tulloch me siguió.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kenn Gifford mientras los cuatro recorríamos de nuevo el pasillo hacia la entrada del hospital.

—Empezaremos por comprobar la lista de personas desaparecidas —explicó Dunn—. Mandaremos examinar el esmalte de uñas, para averiguar la marca, tal vez el lote y dónde se vendió. Haremos lo mismo con el lino en que estaba envuelta.

—Con el ADN, los historiales dentales y lo que sabemos de su embarazo, no debería ser difícil averiguar quién es —replicó Tulloch—. Por suerte, aquí trabajamos con una población bastante pequeña.

—Pero podría no ser de las islas —dijo el inspector Dunn—. Tal vez solo las consideraron el vertedero ideal para deshacerse de un cadáver. Entonces, quizá no lleguemos a saber quién era.

Se me revolvió el estómago y me di cuenta de lo totalmente inaceptable que era esa posibilidad. Para mí el caso no se cerraría hasta saber quién era esa mujer y cómo demonios había llegado a mi terreno.

—Con el debido respeto, señor, estoy segura de que era de aquí —dijo Tulloch, con la sorpresa reflejada en la cara—. ¿Por qué vendría alguien hasta aquí para enterrar un cadáver cuando entre nosotros y la costa más próxima hay kilómetros de océano? ¿Por qué no tirarla sencillamente al mar?

Se me ocurrió que, si yo hubiera asesinado a alguien, eso es lo que habría hecho. Las islas Shetland tienen una costa de 1450 kilómetros aproximadamente, pero la masa terrestre solo es de 1468 kilómetros cuadrados; una proporción muy poco habitual. Ningún lugar en las islas queda a más de ocho kilómetros de la costa, y nada es más fácil que acceder a un barco. Un cadáver pesado arrojado por la borda a un par de kilómetros de distancia tendría muchas menos posibilidades de ser descubierto que uno enterrado en un campo.

En ese momento mi localizador y el de Gifford sonaron a la vez. La sangre de Janet Kennedy había llegado. Los dos agentes nos dieron las gracias y se despidieron para dirigirse al aeropuerto a recibir al equipo de la zona continental.

Una hora más tarde, todo había ido bien y volvía a estar en mi despacho tratando de juntar fuerzas para irme a casa. Estaba de pie junto a la ventana, contemplando cómo se apagaba el día a medida que llegaban bancos de nubes procedentes del mar. Me veía reflejada débilmente en el cristal. Normalmente me cambio antes de ir a casa, pero seguía con los pantalones de quirófano y una de las camisetas ceñidas que siempre me pongo para operar. Sentía un dolor muscular intenso, casi punzante, entre los omoplatos, y traté de masajearmelos con una mano.

Dos manos calientes y grandes cayeron sobre mis hombros. En lugar de asustarme, me relajé y dejé que las mías se deslizaran debajo de ellas.

—Estira los brazos hacia arriba todo lo que puedas —me ordenó una voz que me resultó familiar.

Hice lo que se me decía. Gifford me presionó los hombros con un movimiento rotatorio hacia atrás y hacia abajo. Era casi doloroso. En realidad era muy doloroso. Me entraron ganas de protestar, tanto por lo indecoroso como por la incomodidad física. Pero no dije nada.

—Ahora hacia los lados —dijo él.

Estiré los brazos tal como me indicó. Me rodeó el cuello con las manos y empujó hacia arriba. Yo quería quejarme, pero no podía hablar. Luego me lo dobló una sola vez hacia la derecha y me soltó.

Me di rápidamente la vuelta. El dolor había desaparecido, notaba un hormigueo en los hombros y me sentía genial, como si hubiera dormido doce horas.

—¿Cómo lo haces? —estaba descalza y él se alzaba sobre mí. Retrocedí un paso y choqué con fuerza contra el alfeizar de la ventana.

Él sonrió.

—Soy médico. ¿Una copa?

Noté que me ponía colorada. Sintiéndome de pronto insegura de mí misma, miré el reloj; las siete menos cuarto.

—Tengo que decirte varias cosas —añadió Gifford—, y los próximos días voy a estar muy liado. Además, parece que necesitas una.

—En eso no te equivocas —me puse el abrigo y los zapatos, y salí detrás de él. Mientras cerraba el despacho con llave, me pregunté cómo se las había arreglado para abrir la puerta y cruzar el suelo enmoquetado sin que lo oyera. Y, pensándolo mejor, ¿cómo no lo había visto reflejado en la ventana? Debía de estar totalmente absorta en mis pensamientos.

Veinte minutos después nos habíamos sentado junto a la cristalera de la taberna de Weisdale. La vista del *voe* era gris: mar gris, cielo gris, colinas grises. De espaldas a ella, miré la chimenea. En Londres habría flores en los parques, las calles empezarían a estar llenas de turistas, los pubs habrían desempolvado las mesas de jardín. En las Shetland la primavera llega tarde y malhumorada, como una adolescente a la que

obligan a ir a misa.

—Había oído que no bebías —dijo Gifford mientras dejaba una gran copa de vino tinto delante de mí.

Se sentó, hundió los dedos en el pelo y se lo recogió hacia arriba y hacia atrás, lejos de la cara. Cuando lo dejó caer de nuevo, casi le rozó los hombros. Lo llevaba escalado y sin flequillo, un corte que a veces ves en hombres que aún no han superado del todo la fase de rebelión juvenil. En un miembro del Real Colegio de Médicos parecía ridículamente fuera de lugar y me pregunté qué trataba de demostrar.

—No bebía —respondí al tiempo que cogía la copa—. O sea, no bebo. No mucho. Normalmente no.

La verdad era que antes bebía tanto como cualquiera, más que mucha gente, pero eso fue hasta que Duncan y yo quisimos tener familia. Entonces me propuse renunciar al alcohol y traté de convencer a Duncan para que siguiera mi ejemplo. Pero en los últimos tiempos mi determinación era cada vez más débil. Es fácil convencerte de que una copita no puede hacerte daño. Y, antes de que te des cuenta, la copa se ha convertido en media botella y otro folículo en desarrollo se ve seriamente en peligro. A veces desearía no saber tanto del funcionamiento del cuerpo.

—Hoy creo que tienes una buena excusa —dijo Gifford—. ¿Has leído *Ivanhoe* de Walter Scott?

Sacudí la cabeza. Los clásicos nunca habían sido lo mío. Me había peleado sin éxito con *Casa desolada*, de Dickens, cuando estudiaba literatura en bachillerato. Después de eso me había concentrado en las ciencias.

Gifford cogió su copa, un excelente whisky de malta. Al menos eso es lo que me pareció, pero también podría haber sido zumo de manzana. Mientras estaba distraído en algo, me permití examinarlo. Tenía una cara ovalada en la que el rasgo dominante era la nariz, larga y ancha pero totalmente recta y regular. La boca era generosa y bastante bien trazada, de labios gruesos y curvados en un arco de Cupido perfecto; casi podría decirse que era femenina, aunque demasiado ancha para caber en la cara de una mujer. Esa noche se había instalado en ella una media sonrisa, y de los bordes de la nariz a las comisuras de los labios aparecieron profundos surcos. No era guapo desde ningún punto de vista. No podía competir ni de lejos con Duncan. Pero aun así, tenía algo.

Se volvió hacia mí.

—Ha sido horrible —dijo—. ¿Estás bien?

Me había descolocado.

—Hummm, ¿te refieres a encontrar el cadáver, a que me arrastraran al depósito de cadáveres o a no haber leído *Ivanhoe*? —pregunté.

A nuestro alrededor el ambiente se había ido animando; sobre todo hombres, sobre todo jóvenes: trabajadores petroleros sin familia, buscando más compañía que alcohol.

Gifford se rio. Tenía los dientes grandes y blancos pero irregulares, y los incisivos

sobresalían ligeramente.

—Me recuerdas a uno de los personajes —dijo—. ¿Qué tal te estás adaptando?

—Bien, gracias. Todo el mundo ha sido muy amable —no era verdad, pero no parecía el momento adecuado para quejarse—. He visto la película —añadí.

—Han hecho varias. Ese yate está en agua poco profunda.

Miraba por encima de mi hombro a través de la cristalera. Me volví. Un Westerly de diez metros de eslora pasaba cerca de la orilla. Se escoraba mucho; si el capitán no tenía cuidado, terminaría rozando el casco con el fondo.

—Ha izado demasiado la mayor —dije—. ¿Te refieres al personaje que interpreta Elizabeth Taylor?

—Estás pensando en Rebecca. No, me refiero a la otra, a Rowena la sajona.

—Ah —esperaba que se explicara.

No lo hizo. En el *voe*, el Westerly hizo un viraje forzoso y se alejó rápidamente en un ángulo obtuso con respecto a su curso inicial. Luego alguien a bordo soltó la driza y la vela mayor se desplomó. El foque empezó a sacudirse y un movimiento repentino en el agua detrás de la popa nos indicó que el motor se había puesto en marcha. El barco estaba bajo control y se dirigía a un atracadero, pero se había salvado por los pelos.

—Siempre les pasa lo mismo —dijo Gifford con aire satisfecho—. El viento los aleja demasiado de la costa oeste —se volvió hacia mí—. Has tenido toda una experiencia.

—No te lo discuto.

—Pero ya ha terminado.

—Díselo al ejército que está excavando mi terreno.

Él sonrió, enseñó de nuevo sus prominentes incisivos. Me estaba poniendo increíblemente nerviosa. No era solo su tamaño, yo también soy alta y siempre he procurado rodearme de hombres corpulentos. Había algo en él que estaba demasiado presente.

—Reconozco mi error. Pero terminarán pronto —bebió—. ¿Qué te llevó a hacerte médico obstetra?

Cuando conocí mejor a Kenn Gifford, descubrí que su cerebro funciona el doble de rápido que el de la mayoría de las personas. Pasa mentalmente de un tema a otro a una velocidad absurda, como un pájaro que vuela de flor en flor; y habla al mismo ritmo. Me acostumbré a ello al cabo de un tiempo, pero en ese primer encuentro, sobre todo en mi estado nervioso, me resultó desconcertante. No logré relajarme. Aunque, si lo pienso, creo que nunca estaba relajada cuando Kenn andaba cerca.

—Pensé que en ese campo necesitaban más mujeres —dije dando otro sorbo. Estaba bebiendo demasiado deprisa.

—Qué horriblemente predecible. No me vas a soltar ese tópico de que las mujeres son más sensibles y comprensivas, ¿verdad?

—No, iba a utilizar el de que son menos arrogantes, menos autoritarias y menos

dadas a pontificar con aire dictatorial sobre sentimientos que nunca experimentarán en carne propia.

—Tú nunca has tenido un hijo. ¿Qué te hace tan diferente?

Me obligué a dejar la copa.

—De acuerdo, te diré lo que fue. En mi tercer año leí un libro de un tipo llamado Tailor o Tyler, una autoridad en obstetricia de uno de los hospitales de Manchester.

—Creo que sé de quién hablas. Sigue.

—Había en él muchas tonterías, especialmente sobre los problemas que experimentan las mujeres durante el embarazo debido a su pequeño cerebro y su incapacidad para cuidar de sí mismas.

Gifford sonreía.

—Sí, yo mismo escribí un artículo una vez con esos argumentos.

Lo pasé por alto.

—Pero lo que realmente pudo conmigo fue su máxima de que las madres debían lavarse los pechos antes y después de dar de mamar.

Gifford se echó hacia atrás en su silla, divertido.

—Y eso es un problema porque...

—¿Sabes lo difícil que es lavarte los pechos? —con el rabillo del ojo vi que alguien nos miraba. Había alzado la voz, como hago siempre que discurso—. Las madres primerizas pueden dar de mamar diez o más veces en veinticuatro horas. Según eso, diez veces al día tendrán que desnudarse de cintura para arriba, inclinarse sobre el lavabo lleno de agua tibia, frotarse bien, apretar los dientes cuando les escueza el jabón en los pezones agrietados, secarse y volver a vestirse. Y todo eso mientras el bebé está berreando de hambre. ¡Ese tipo no sabe de qué habla!

—Es evidente —Gifford recorrió la habitación con la mirada. Ya eran varias las personas que nos escuchaban.

—Y me dije: «No me importa lo brillante que sea este hombre desde el punto de vista técnico, no debería tratar con mujeres estresadas y vulnerables».

—Estoy totalmente de acuerdo. Haré que borren el lavado de pechos de los protocolos posnatales.

—Gracias —dije; me di cuenta de que empezaba a sonreír.

—Todas las personas con las que he hablado parecen muy impresionadas contigo —dijo él, inclinándose más.

—Gracias —repetí.

Eso era nuevo, pero de todos modos resultaba agradable oírlo.

—Es una lástima que tengas que desviarte de rumbo tan pronto.

Se me borró la sonrisa de la cara.

—¿Qué quieres decir?

—Encontrar un cadáver como ese perturbaría a cualquiera. ¿Necesitas tomarte unos días? ¿Ir a ver a tus padres, quizá?

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza tomarme tiempo libre.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Estás traumatizada. Lo llevas bien, pero tienes que estarlo. Necesitas sacarlo.

—Lo sé. Lo haré.

—Si necesitas hablar de ello es mejor que lo hagas lejos de las islas. En realidad, será mucho mejor si no lo haces.

—¿Mejor para quién? —pregunté, comprendiendo por fin la verdadera razón de nuestra íntima conversación en el pub.

Gifford se recostó de nuevo y cerró los ojos. Durante unos segundos no se movió, incluso empecé a preguntarme si se había quedado dormido. Mientras lo observaba, su boca, y no su nariz, se convirtió en el rasgo más prominente de su cara. Casi se convirtió en una boca bonita. Me sorprendí imaginando que acercaba un dedo y recorría con delicadeza la línea de su boca.

Él se irguió, sobresaltándome, y miró alrededor. Nuestro público había vuelto a concentrarse en sus propias conversaciones, pero bajó la voz de todos modos.

—Tora, piensa en lo que vimos allí. No es un asesinato corriente. Si quieres matar a alguien, le rajas la garganta o le aprietas una almohada contra la cara. O incluso le vuelas la tapa de los sesos con una pistola. No haces lo que le hicieron a esa pobre chica. Yo no soy policía, pero todo el asunto me parece una especie de asesinato ceremonial extraño.

—¿Algo relacionado con un culto? —pregunté, recordando cómo me había burlado de la brujería con Dana Tulloch.

—¿Quién sabe? No me corresponde a mí hacer hipótesis. ¿Recuerdas el escándalo de maltrato infantil que hubo hace unos años en las Orcadas?

Asentí.

—Vagamente. Satanismo y demás.

—¡Satanismo y chorradas! Nunca encontraron ninguna prueba. Pero irrumpieron en las casas al amanecer y separaron a los niños, que lloraban a lágrima viva, de sus padres. ¿Tienes alguna idea del impacto que tuvo todo eso en las islas y los isleños? ¿O del impacto que sigue teniendo? He visto lo que ocurre en las islas remotas cuando se desatan los rumores y la histeria. No quiero que se repita lo mismo aquí.

Me puse rígida. Dejé la copa en la mesa.

—¿Es eso lo que realmente importa ahora mismo?

Gifford se inclinó hacia mí hasta que pude oler el alcohol en su aliento.

—Sí —dijo—. El cadáver de mujer que está en manos del doctor Renney no es asunto nuestro. Dejemos que la policía haga su trabajo. Andy Dunn no tiene un pelo de tonto, y la oficial Tulloch es lo más brillante que he visto en el cuerpo de policía en mucho tiempo. Por otra parte, mi trabajo y el tuyo es asegurarnos de que el hospital continúa funcionando con normalidad y que el pánico no se expanda absurdamente en estas islas.

Vi los primeros pelos de barba incipiente en su barbilla. La mayoría eran rubios, pero también había algunos pelirrojos y grises. Me obligué a mirarlo de nuevo a los

ojos, pero no me resultaba cómodo sostenerle la mirada; era demasiado penetrante. Tenía los ojos de un verde aceituna intenso.

—Has tenido una experiencia horrible, pero necesito que la olvides. ¿Te ves capaz?

—Por supuesto —respondí; no tenía elección. A fin de cuentas era mi jefe, y no me pareció que fuera una petición. Pero sabía que no iba a ser fácil.

Él se recostó y sentí cierto alivio, aunque ni siquiera me había rozado.

—Tora —dijo—. Un nombre poco corriente. Suena a isleño, pero no puedo decir que lo haya oído antes.

—Me bautizaron Thora —confesé la verdad por primera vez en años—. Como la actriz Thora Hird. Cuando tuve valor suficiente, quité la hache.

—Lo más macabro que he visto nunca —dijo él—. Me pregunto qué hicieron con el corazón.

Yo también me recosté.

—Lo más macabro que he visto nunca —murmuré—. Me pregunto qué hicieron con el bebé.

—Tora, ¿en qué demonios estabas pensando?

Nuestro salón estaba oscuro. El sol parecía haberse retirado y Duncan no se había molestado en encender la luz. Estaba sentado en un viejo sofá destartado de cuero, uno de nuestros «hallazgos» de cuando, recién casados, íbamos a la caza de chollos por el mercado de Camden. De pie en el umbral, veía su perfil, no distinguía bien su cara en la penumbra.

—¿Intentabas enterrar tú sola un caballo? —continuó—. ¿Sabes lo que pesan esos animales? Podrías haberte matado.

Ya había pensado bastante en eso. Un momento de descuido, un movimiento de tierra, y podría haberme convertido en el cuerpo del hoyo. Sería yo la que yacería en la camilla de acero, la que sería palpada, medida y pesada por el bueno del doctor Renney.

—Además, es ilegal —añadió.

«Oh, dame un respiro». También lo era en Wiltshire, pero ¿cuándo había detenido eso a una Hamilton? Mamá y yo habíamos enterrado docenas de caballos a lo largo de los años. No iba a dejar de hacerlo ahora.

—Has llegado pronto —dije, señalando lo evidente.

—Andy Dunn me telefoneó. Me dijo que debía volver. ¡Cielos! ¿Has visto en qué estado han dejado el terreno?

Le di la espalda y crucé la cocina. Sopesé el hervidor de agua y lo encendí. Al lado estaba nuestra botella de Talisker. El nivel parecía haber bajado considerablemente. Pero ¿no acababa yo de volver del pub? ¿Quién era yo para sermonear?

Un movimiento a mis espaldas me sobresaltó. Duncan me había seguido hasta la cocina.

—Perdona —dijo rodeándome con los brazos—. Ha sido un golpe. No era la bienvenida que esperaba.

De pronto todo parecía más llevadero. Después de todo, se suponía que Duncan debía de estar de mi parte. Me volví y pude rodearle la cintura y apoyar la cabeza contra su pecho. Tenía la piel de la nuca caliente, húmeda, como papel recién salido del molino.

—He tratado de llamarte —dije sin convicción.

Él bajó la barbilla para apoyarla en mi cabeza. Era nuestra postura favorita, íntima, reconfortante.

—Siento lo de Jamie —dijo él.

—Lo odiabas —repliqué yo; hundí la nariz en su cuello y pensé en que una de sus mejores cualidades era que fuera mucho más alto que yo. (Una de las peores eran sus tejanos, dos tallas menos que los míos).

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. Lo llamabas el Caballo de Hades.

—Solo porque trató de matarme varias veces.

Me eché hacia atrás para mirarlo a la cara y una vez más me sorprendió lo azules que eran sus ojos. Y el precioso contraste que creaban con su piel pálida y su pelo negro y en punta.

—¿De qué estás hablando?

—Veamos, déjame pensar. ¿Qué hay de esa vez que se asustó de unos ciclistas en Hazledown Hill, dio un giro de ciento ochenta grados en el aire, cruzó disparado la carretera frente al nuevo descapotable del párroco y huyó colina abajo mientras tú gritabas a pleno pulmón: «¡Frénalo, frena a ese cabrón!»?

—No le gustaban las bicicletas.

—A mí tampoco me entusiasman desde entonces.

Me reí, algo que me habría parecido impensable una hora antes, Nadie, en toda mi vida, ha sido capaz de hacerme reír como Duncan. Me enamoré de él por un montón de razones: esa sonrisa que parece demasiado grande para su cara; lo rápido que puede correr; su rotunda negación a tomarse a sí mismo en serio; el hecho de que cayera bien a todo el mundo y a él le cayera bien todo el mundo pero especialmente yo. Como digo, podría dar un montón de razones de por qué empezó todo, pero fue lo que me reía con él lo que me hizo continuar.

—¿Y qué hay de ese día que cruzábamos el Kennet y decidió echarse a rodar?

—Tenía calor.

—Por eso me dio un baño de agua fría. Ah, y...

—Está bien, está bien, ya me ha quedado claro.

Él me estrechó fuerte en sus brazos.

—Aun así lo siento.

—Lo sé. Gracias.

Retrocedió un poco y nos miramos. Me acarició la mejilla.

—¿Estás bien? —ya no hablaba de Jamie.

Asentí.

—Creo que sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—No creo que pueda. Lo que le hicieron a esa mujer, Duncan... No puedo —no podía continuar, no podía hablar de lo que había visto. Pero eso no significaba que pudiera dejar de pensar en ello. No estaba segura de si alguna vez dejaría de hacerlo.

Las mujeres, a los pocos días del parto, sobre todo si es el primero, se sienten intensamente vulnerables y a menudo física y emocionalmente destrozadas. Tienen el cuerpo debilitado y sumido en la confusión por el trauma del parto y el desenfreno de las hormonas. Dar de mamar a todas horas las deja agotadas. Y a menudo se están reponiendo del shock por la abrumadora conexión que sienten con la vida diminuta que acaban de producir.

Hay buenos motivos de por qué las madres recientes parecen y actúan como

zombis, por qué estallan en lágrimas a la mínima, por qué creen tan a menudo que la vida ya siempre les vendrá grande. Tomar a una mujer en semejante estado, inmovilizarla y rajarla era el acto de crueldad más indescriptible que podía imaginar.

Él me calmó y volvió a estrecharme en sus brazos. Nos quedamos ahí de pie sin hablar durante lo que pareció una eternidad. Luego, casi por costumbre, le acaricié con un dedo el pelo de la nuca. Se lo habían cortado hacía poco y lo llevaba muy corto. Era suave como la seda.

Él se estremeció. Bueno, llevaba fuera cuatro días.

—La policía querrá hablar contigo —dije irguiéndome. Tenía hambre y necesitaba darme un baño.

Duncan dejó caer los brazos.

—Ya lo han hecho —se acercó a la nevera y la abrió. Se agachó para mirar dentro, más esperanzado que expectante.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Por teléfono —dijo—. Dunn ha dicho que no necesitarían volver a molestarme. Es casi seguro que enterraron a la mujer antes de que nosotros llegáramos aquí.

—Me han preguntado por los anteriores dueños.

—Sí, lo sé. Les he dicho que mañana les dejaría las escrituras en la comisaría —Duncan volvió a ponerse de pie. Tenía en la mano un plato con los restos de un pollo—. Tor, debemos intentar olvidarlo.

En menos de dos horas me habían dicho dos veces esas palabras. Olvida que esta tarde has desenterrado detrás de tu casa un cadáver sin corazón y sin su bebé recién nacido.

—Dunc, están excavando en el terreno. Están buscando más cuerpos. No sé tú, pero a mí me será un poco difícil hacer ver que no lo veo.

Duncan sacudió la cabeza, como hacen los padres afectuosos cuando un hijo se ha sobreexcitado por algo. Estaba preparando una ensalada y no me gustó cómo cortaba un pimiento rojo con el cuchillo.

—No hay más cuerpos, y antes de mañana por la noche habrán terminado.

—¿Cómo pueden saberlo?

—Tienen instrumentos para averiguarlo. No me preguntes cómo funcionan exactamente. Probablemente tú lo entiendas mejor que yo. Al parecer la carne descompuesta despide calor, y esos aparatos lo captan. Como los detectores de metal.

Solo que los cuerpos de ahí fuera estaban enterrados en la turba. No se estaban descomponiendo.

—Creía que iban a levantar todo el terreno.

—Parece que no. Los prodigios de la tecnología moderna. Ya han hecho un rastreo y no han encontrado nada. Ni siquiera un conejo muerto. Mañana harán otro, para mayor seguridad, y luego se irán. ¿Quieres beber algo?

Llené una jarra de agua del grifo y eché cubitos de hielo del congelador. Una ventaja de vivir en las Shetland era que ahorrábamos un dineral en agua embotellada.

Ah, y el salmón ahumado era excelente. Aparte de eso, me estaba costando adaptarme.

—Eso no es lo que me ha dado a entender la oficial Tulloch. Ella creía que iba a llevarles tiempo.

—Sí, bueno, me da la sensación de que la oficial tiende a entusiasmarse demasiado. Está impaciente por destacar aun a costa de hacer saltar unas cuantas liebres por el camino.

Esa no era la impresión que me había causado Dana Tulloch. Al contrario, me pareció que era una persona que jugaba con las cartas pegadas al pecho.

—Al parecer, ha bastado una llamada de teléfono para que te compincharas con el inspector Dunn.

—Bueno, nos conocemos desde hace tiempo.

Debería haberlo imaginado. Me molestó un poco que Duncan, que no había participado en el hallazgo del cadáver, hubiera recibido bastante más información que yo solo por el hecho de ser isleño.

Nos sentamos. Unté unas rebanadas de pan con mantequilla mientras Duncan se servía una generosa ración de pollo frío. Parte de la carne seguía estando rosa y se había formado gelatina alrededor. Al verlo, las náuseas que había estado combatiendo durante la autopsia volvieron a aflorar. Genial, después de casi quince años practicando la medicina estaba volviéndome aprensiva. Me serví ensalada y un trozo de queso.

—¿Había periodistas cuando llegaste a casa? —pregunté.

Cuando yo llegué, poco antes de las nueve, solo estaba un agente de vigilancia. Me había mentalizado para soportar el acoso de los periodistas y tuve una grata sorpresa. Duncan sacudió la cabeza.

—No. Dunn está tratando de que todo esto no salga a la luz, al parecer presionado por su superior. Creen que podría ser perjudicial para los negocios porque la temporada turística acaba de empezar.

—Dios mío, otra vez no. Gifford acaba de soltarme el mismo rollo. Es malo para la imagen del hospital. Creo que deberíais ordenar vuestras prioridades. No estamos en la república popular de las Shetland. No tenéis que dar cuentas a nadie en el mundo exterior.

Duncan había dejado de comer. Me miraba, pero no creo que siguiera escuchándome.

—¿Qué? —dije.

—Gifford —respondió. El brillo de sus ojos se había apagado.

—Mi nuevo jefe. Ha vuelto. Acabo de conocerlo —no me pareció una buena idea mencionar la copa que nos habíamos tomado.

Duncan se levantó, vació su vaso de agua pura de las Shetland en el fregadero y se sirvió un dedo de la botella de Talisker. Bebió mirando por la ventana, de espaldas a mí.

—No puedo evitar pensar que hay algún problema —dije.

Duncan no contestó.

—¿Hay algo que debería saber? —volví a intentarlo.

Duncan murmuró una parrafada que incluía más de una palabrota y la frase «debería haberlo imaginado». A diferencia de mi, no decía muchos tacos. A esas alturas yo estaba de lo más intrigada.

Se volvió.

—Voy a darme un baño —dijo mientras salía de la habitación.

Me obligué a esperar diez minutos antes de seguirlo. Me paseé por el salón. Teníamos una estantería con pocos libros. No leo mucho. Duncan dice a todo el que le escucha que yo no leería una novela que no estuviera escrita por alguien llamado Francis (Dick o Claire, a escoger). Él lee algo más, pero no exactamente clásicos. Sin embargo, había heredado la biblioteca de su abuelo y en los estantes más altos había unos cuantos volúmenes de Dickens, Trollope, Austen y Hawthorne. Eché un vistazo. Nada de Walter Scott.

Encendí el televisor justo cuando empezaba el último informativo. Si hubiera esperado tener cierto protagonismo, me habría llevado un chasco. La última noticia fue un parte de veinte segundos sobre el descubrimiento de un cadáver en un pantano de turba a varios kilómetros de Lerwick. No especificaron su localización ni mostraron tomas de nuestra casa. En lugar de ello, el inspector Andy Dunn, de pie frente a la comisaría de Lerwick, dijo lo mínimo que podía decirse con palabras. Pero terminó con un comentario sobre la posibilidad de que se tratara de un hallazgo arqueológico; di por sentado que la grabación había tenido lugar antes que nuestro encuentro con Stephen Renney. Era un claro intento de restar importancia al caso, pero supuse que sabía lo que hacía.

Cuando me pareció que había dejado pasar suficiente tiempo, subí la escalera. Duncan estaba tumbado en la bañera con los ojos cerrados. La había llenado tanto que el agua se colaba por el orificio superior de desagüe. Sabía por experiencia que estaría a una temperatura de casi cuarenta grados. Duncan y yo nunca nos bañábamos juntos. Hacía un año, antes de los recuentos de esperma, me pregunté si los baños calientes de Duncan eran la causa de nuestro problema para concebir. El efecto del agua caliente sobre el esperma es bien conocido, y le aconsejé que sumergiera los testículos en agua helada cinco minutos al día. Él me miró directamente a los ojos y me dijo: «¿Cómo?». Yo seguía pensando en ello. Tal vez algún día inventara un instrumento para sumergir cómodamente los genitales masculinos en agua fría. Los índices de fertilidad subirían vertiginosamente en Occidente y yo me haría millonaria.

Me apoyé en el lavabo. Duncan no dio muestras de saber que estaba allí.

—No puedes dejarlo así, ¿sabes? Tengo que trabajar con ese hombre. Probablemente cuenta con que los invitemos a cenar, a él y a su mujer, en los próximos meses.

—Gifford no está casado.

Sentí una punzada de algo parecido a alivio mezclado con alarma. ¿Había lanzado una directa? Y si lo había hecho, ¿se había dado cuenta Duncan?

—¿Qué problema hay? —volví a preguntar.

Duncan abrió los ojos pero no me miró.

—Íbamos juntos al colegio. No me caía bien. La antipatía era mutua.

—¿Es de Unst?

Duncan sacudió la cabeza.

—No, estoy hablando de la secundaria.

Eso tenía algo más de sentido. En las Shetland, los niños de las islas más remotas acudían al instituto de Lerwick, fuera en régimen de internado entre semana, fuera quedándose alojados con unos parientes.

—¿Es eso? —pregunté.

Duncan se sentó. Me miró de arriba abajo.

—¿Vas a meterte?

Me incliné para sumergir la mano en el agua y la saqué rápidamente.

—No —dije.

Duncan cogió la esponja de lufa y me la ofreció. Parecía una especie de invitación erótica. Si la cogía, haríamos el amor. Si no, sería como si lo rechazara y tendría que soportar caras largas los próximos días. Reflexioné un segundo. La regla tenía que llegarme cualquier día, pero nunca estaba segura de estas cosas. Merecía la pena intentarlo. Cogí la esponja. Duncan se inclinó hacia el grifo, mostrándome su fuerte y tersa espalda.

—Preferiría que mi sierva estuviera desnuda.

Con una mano, empecé a frotarle la espalda suavemente arriba y abajo con la esponja. Con la otra, me desabroché los botones de la blusa.

Después de hacer el amor con Duncan me dormí profundamente, hasta que algo me despertó. Me quedé tumbada en la habitación en penumbra, escuchando la respiración regular de Duncan a mi lado. Por lo demás, silencio. Pero había oído algo. La gente no se despierta de golpe de un sueño profundo sin un motivo. Escuché con atención. Nada.

Me volví para mirar el reloj: eran las cuatro menos diez de la madrugada y la oscuridad era la normal en las Shetland en verano, que no era mucha. Veía todo lo que había en la habitación: muebles de madera de cerezo, pantallas de lámpara de color lila, un espejo de cuerpo entero, ropa en el respaldo de una silla. Alrededor de la persiana brillaba un pálido resplandor que podría ser el del amanecer.

Me levanté. La respiración de Duncan cambió de ritmo y me quedé inmóvil. Al cabo de unos segundos me acerqué a la ventana. Despacio, tratando no hacer ruido, subí la persiana.

No era una de las noches más luminosas de las Shetland; parecía que seguía lloviznando, pero distinguía todo: la carpa blanca de la policía; el precinto de rayas rojas y blancas; las ovejas del campo vecino; la píceca solitaria que crecía en el fondo de nuestro jardín; Charles y Henry, totalmente despiertos, con el morro por encima de la valla, como hacen cuando hay alguien en el campo contiguo. Los caballos son curiosos y sociables. Si ven a alguien, se apresuran a acercarse para ver mejor. ¿A quién miraban?

Luego vi la luz.

Apareció dentro de la carpa de la policía, un débil destello que brilló brevemente detrás de la lona blanca y desapareció; y una vez más se encendió, destelló y parpadeó.

Algo me acarició una cadera. Luego el cuerpo caliente de Duncan se apretó contra el mío por detrás. Me levantó el pelo de los hombros y se inclinó para besarme el cuello.

—Hay alguien en el campo —dije.

Él me rodeó la cintura con las manos y las desplazó hacia arriba.

—¿Dónde? —apretó la nariz detrás de mi oreja.

—En la carpa. Se ha encendido una linterna. Allí.

—No veo nada —dijo mientras sus manos encontraban mis pechos.

—Porque no estás mirando —le aparté las manos y cayeron sobre el alféizar.

—Debe de ser la policía —dijo él—. Dunn dijo que dejaría a alguien de guardia esta noche.

—Supongo.

Nos quedamos mirando hacia la oscuridad, esperando, pero la luz no volvió a encenderse.

—¿Le hicieron daño? —preguntó Duncan al cabo de unos minutos, en voz tan

baja que apenas lo oí.

Me volví, sorprendida, y lo miré furiosa.

—Le arrancaron el corazón.

Duncan palideció. Retrocedió con los brazos a los costados. Me arrepentí al instante de haber sido tan brusca.

—¿No te lo dijo Dunn? Lo siento...

Él me hizo callar.

—No te preocupes. ¿Fueron..., fue cruel?

—No —recordé lo que el doctor Renney nos había dicho acerca de las fresas y la anestesia—. Eso es lo más extraño. Él... ellos... le dieron de comer, y luego le administraron algo para aliviar el dolor. Casi podría decirse que... se preocuparon por ella —se habían preocupado por ella. Antes de atarla y grabarle símbolos nórdicos en la piel, por supuesto. ¿Qué sentido tenía? Cerré los ojos, pero la imagen seguía allí.

Duncan se frotó la cara.

—Dios, qué espanto.

No parecía haber una respuesta inmediata a esas palabras, de modo que guardé silencio. Duncan no hizo ademán de volver a la cama y yo tampoco. Al cabo de un rato empecé a notar el frío. Cerré los ojos y me apoyé en él, buscando calor más que intimidad, pero él me rodeó con los brazos y empezó a deslizar las manos por mi espalda. Luego se detuvo.

—Tor, ¿te plantearías adoptar?

Abrí los ojos.

—¿Te refieres a adoptar un bebé? —pregunté.

Él me apretó las nalgas.

—No, a una morsa. Claro que me refiero a un bebé.

Bueno, me había cogido por sorpresa. No había pensando en la adopción. No había creído que estuviéramos cerca de esa fase. Todavía teníamos algunas bazas que jugar. La adopción era el último recurso, ¿no?

—Lo digo porque en las islas hay un buen programa. O al menos lo había. Aquí no es difícil adoptar. Hablo de un recién nacido. No de un adolescente emocionalmente jodido.

—¿Cómo es eso? —creía que las leyes para la adopción eran las mismas en todo el Reino Unido—. ¿Por qué hay más niños en las islas Shetland que en otras partes?

—No lo sé. Pero me acuerdo de que cuando yo vivía aquí se hablaba de ello. Tal vez seamos más anticuados en cuanto a las madres solteras.

Era posible. La asistencia a las iglesias era mayor allí que en la Escocia continental y, en general, los valores morales parecían comparables a los que había en el Reino Unido hacía más de veinte o treinta años. En las Shetland, en los autobuses los adolescentes todavía se levantaban para dejar sentarse a las ancianas. En la carretera, los conductores cedían el paso en los cruces en lugar de acelerar para adelantar al coche que se acercaba. Tal vez esa era una posibilidad que no había

considerado.

Luego Duncan me cogió por la cintura y me sentó en el alféizar. Noté el cristal frío y ligeramente húmedo contra la espalda. Me levantó las piernas y se las puso alrededor de la cintura. Yo sabía exactamente lo que seguiría. El alféizar estaba a la altura adecuada y lo habíamos hecho antes.

—Claro que podríamos seguir intentándolo —dijo.

—Durante un poco más de tiempo quizá —susurré mientras lo veía bajar la persiana.

Y seguimos intentándolo.

Sarah estaba sentada en el borde de la silla. Tenía esa mirada furiosa, avergonzada e impaciente que aumentaría de intensidad mes tras mes, a medida que la ira diera paso a la desesperación cuando la llegada de la menstruación señalara un nuevo fracaso. Por supuesto, desaparecería por completo y para siempre en cuanto supiera que estaba embarazada. Yo conocía esa mirada demasiado bien. La veía constantemente. Y no solo en las caras de mis pacientes.

La expresión de Robert, por otra parte, era inescrutable. Aún no me había mirado a los ojos.

Aunque era su primera visita conmigo, Sarah y Robert Tully ya habían pasado por la marabunta de tests, exámenes médicos y citas con especialistas. A ambos se les estaba acabando la paciencia. Él quería recibir las palmaditas en la espalda de los vecinos y pasar los fines de semana hojeando folletos sobre trenes de juguete. Ella estaba deseando poner los pies en los estribos y que una buena dosis de hormonas artificiales le recorriera las venas.

—Esperábamos que nos pusiera en un programa de fecundación in vitro —dijo ella—. Sabemos que hay una lista de espera para hacer el tratamiento con la Seguridad Social, pero hemos ahorrado dinero. Queremos empezar enseguida.

Asentí.

—Por supuesto. Entiendo.

Y qué bien lo entendía: «Embarázame. No me importa cómo lo hagas. No quiero pensar siquiera en todo lo que vendrá después, las náuseas, el cansancio, el dolor de espalda, las estrías, la falta total de intimidad, y luego el dolor inimaginable. Tú solo agita tu varita médica mágica y arréglalo todo».

Me disponía a decir algo que iba a resultarles increíblemente difícil de aceptar; la paciencia y el apremio del reloj biológico no son buenos aliados.

—Hay otro procedimiento en el que me gustaría que pensarán.

—Llevamos tres años intentándolo —con algo entre un sollozo y un hipo ella se echó a llorar.

Robert me miró con odio, como si su incapacidad para concebir fuera culpa mía, mientras ofrecía a su mujer el pañuelo que ya tenía preparado en la mano.

Decidí darles un momento de intimidad. Me levanté y me acerqué a la ventana.

Mientras iba en coche a Lerwick esa mañana me había sorprendido la lluvia; el cielo había estado encapotado y bajo, la ciudad, oscura y húmeda.

Lerwick es una ciudad de piedra gris situada en la costa este de la isla principal, a un tiro de piedra de la isla de Bressay. Al igual que el resto de las ciudades de la isla, no destaca por su arquitectura: los edificios son sencillos y funcionales pero pocas veces bonitos. El material de construcción tradicional es el granito de la región, y los tejados son de pizarra. Los isleños prácticos suelen contentarse con las casas de dos pisos (tal vez les preocupa que el fuerte viento haga volar los tejados); solo en las

partes más antiguas de la ciudad y en los alrededores del puerto se ven unos pocos edificios de tres e incluso cuatro plantas. Parecen representar una rara exhibición de ambición, o de desafío, por parte de los isleños.

La visión de un Lerwick inundado por la lluvia no contribuyó a mejorar mi estado de ánimo.

Me sorprendí conteniendo un bostezo. Había pasado mala noche. Aunque no había llegado a despertarme y a levantarme había estado inquieta, con la cabeza ocupada por la mujer que había encontrado. La había visto, la había tocado, sabía parte de lo que le había ocurrido. Era aterrador... Era natural que estuviera aterrada, y lo estaba, pero también me sentía furiosa. Porque había querido plantar campanillas de invierno sobre la tumba de Jamie en recuerdo del día en que trató de comerse algunas. Una noche salí para llamarlo y lo encontré con una florecita blanca asomándole por la boca. La viva imagen de un bailar equino. Ya no podría plantarlas, y todo porque un cabrón había elegido nuestro terreno para enterrar su trabajo sucio. Y se habían llevado a Jamie al matadero.

Detrás de mí noté un movimiento nervioso. Sarah había dejado de llorar. Me senté de nuevo y me volví hacia ella.

—Solo tienes treinta y un años. Te queda mucho tiempo por delante para empezar a preocuparte por el reloj biológico —yo tenía treinta y tres—. No hay garantías de concebir con la fecundación in vitro. La clínica a la que te mandaría tiene un veintisiete por ciento de éxitos y, con franqueza, es probable que tus expectativas sean inferiores a la media.

—¿Por qué? —preguntó Robert.

Volví a mirar el historial, aunque sabía lo que iba a encontrar en él.

—Estamos viéndonoslas con esperma de calidad inferior y con menstruaciones muy irregulares. Las pruebas que os hicisteis en la última visita y el cuestionario que rellenasteis sobre vuestro estilo de vida apuntan varias razones que podrían explicarlo.

Los dos parecieron ponerse a la defensiva, como si esperaran con que ellos tenían la culpa. Bueno, en cierto modo la tenían.

—Siga —dijo Robert.

—Ambos andáis escasos de ciertos minerales que son útiles en la concepción. Sarah, tus niveles de zinc, selenio y magnesio son muy bajos. Además, tienes mucho aluminio en el cuerpo. Robert, tus niveles de zinc también son bajos, pero lo que más me preocupa es el alto nivel de cadmio —hice una pausa—. Es una toxina que está presente en el humo del tabaco. Fumas veinte cigarrillos al día. Y bebes alcohol casi todos los días. Tú también, Sarah.

—Mi padre fumaba cuarenta cigarrillos diarios y bebió whisky casi todos los días de su vida adulta —dijo Robert—. Tuvo cinco hijos antes de cumplir los treinta.

Estaba perdiendo a esa pareja; pero no iba a comprometer todo en lo que creía solo para infundirles falsas esperanzas. Por otra parte, cabía la posibilidad de que se

quedara embarazada en el primer intento de fecundación in vitro. Era una lotería, y podía hacerles un flaco favor si los persuadía para que esperaran.

—Yo os aconsejaría que en los próximos seis meses os olvidarais de concebir y os concentrarais en poner os lo más en forma posible —vi que Robert estaba a punto de interrumpirme—. La gente sana tiene más posibilidades de concebir, Robert. Me gustaría que dejarais de fumar y de beber.

Robert sacudió la cabeza, como si mi idiotez le sacara de quicio.

—Sé que será duro —continué—, pero si queréis tener un hijo, lo intentaréis. Incluso reducir el consumo será una ayuda. También voy a recetaros suplementos para combatir las deficiencias que podáis tener, y quiero que os hagáis unos análisis de varias infecciones.

No iban a tragar. Habían acudido a mí para una sofisticada intervención médica y yo les ofrecía vitamina C.

—¿De verdad cree que eso cambiará algo? —preguntó Sarah.

Asentí.

—Sí. Está todo aquí —entregué a Sarah una hoja escrita a máquina—. Si seguís este plan, dentro de seis meses estaréis mucho más sanos que ahora y las posibilidades de que la fecundación in vitro dé resultado aumentarán considerablemente —traté de sonreír—. ¿Quién sabe? A lo mejor ni siquiera necesitáis el tratamiento.

Se levantaron con expresión hosca, como niños a los que se les niega un regalo. Me pregunté si intentarían seguir el plan o acudirían a una clínica de la Escocia continental, donde seguramente obtendrían una respuesta más comprensiva. No todo el mundo compartía mi convicción sobre la importancia de la salud y la nutrición a la hora de intentar concebir.

Al llegar a la puerta, Sarah se volvió.

—Sé que tiene buenas intenciones —dijo—, pero deseamos tanto tener un hijo...

Cuando dejó de oírse el ruido de sus pasos por el pasillo, abrí el primer cajón del escritorio y saqué una carpeta naranja. La primera hoja era el resultado de un test de esperma realizado hacía dos meses en Londres.

Número total de espermatozoides: 60 millones por ml — normal

Porcentaje de esperma vivo en una hora: 65% — normal

Nivel morfológico: 55% — normal

Niveles de anticuerpos: 22% — normal

Y así hasta el final de la página. Todo normal. En la parte superior se leía el nombre, Duncan Guthrie. Mi marido era completamente normal. Era la tercera prueba que se hacía, y los resultados de las dos anteriores habían sido prácticamente idénticos. Fuera cual fuese nuestro problema, no estaba en él.

Debajo estaban mis resultados: FSH, LH, niveles de estrógeno y progesterona,

todo dentro de la normalidad. Mis hormonas funcionaban perfectamente y, por lo que podía detectar en un torpe autoexamen, todo parecía en su sitio.

Los Tully habían sido mis últimos pacientes del día, pero al cabo de veinte minutos tenía que hacer la ronda de las habitaciones. Inmediatamente después debía dirigirme en coche al norte y coger un ferry a la isla de Yell para hacer mi visita mensual. Me recibiría la comadrona de la isla y examinaría a las ocho mujeres embarazadas que había allí.

Me levanté y volví a acercarme a la ventana de la oficina. El aparcamiento estaba justo debajo. Sin pensar, me descubrí buscando el BMW plateado de Gifford. «Olvídalo —había dicho—; deja que la policía haga su trabajo». Tenía razón, por supuesto. Pero todavía disponía de dieciocho minutos.

Sentada de nuevo ante mi escritorio, accedí a la intranet del hospital. Pulsé sobre varios iconos, reflexione un momento e insistí en otros más. Para ser la intranet de un hospital era sorprendentemente fácil navegar por ella. No tardé nada en tener ante mí la información que buscaba: una lista de todas las criaturas nacidas en las islas desde que habían informatizado los archivos.

Stephen Renney creía que la mujer que había encontrado en mi terreno llevaba muerta dos años, lo que significaba que el bebé había nacido en algún momento de 2005. Si tenía razón acerca de las semillas de fresa, el parto debía de haber tenido lugar en verano. Marqué la sección entre marzo y agosto, pulsé la tecla de imprimir, y recogí cinco folios A4 impresos que extendí sobre el escritorio.

Si la mujer era de las islas, y si su parto había sido supervisado médicamente, mi amiga del terreno era uno de los nombres que tenía ante mí. Era cuestión de revisar la lista y comprobar si todas esas mujeres seguían vivas.

En un año normal, en las islas Shetland se producen entre 200 y 250 partos, y 2005 había sido bastante típico, con 227. De estos, 140 habían nacido entre marzo y agosto. Me volví hacia la pantalla y abrí varios archivos individuales; buscaba una mujer caucásica de entre veinticinco y treinta y cinco años. Casi todos los archivos que abría encajaban con la descripción. Había unas pocas madres adolescentes, una o dos mujeres mayores que podían descartarse, dos indias y una china. Pero las demás seguirían siendo posibles candidatas hasta que la paciente labor de alguien como la oficial Tulloch demostrara lo contrario.

Me pregunté cómo lo estaría llevando. Esa mañana, antes de salir de casa vi durante unos pocos minutos las noticias de Escocia por la televisión. No mencionaron mi hallazgo. En las Shetland son frecuentes las quejas de que lo que pasa en las islas no se considera lo bastante importante para salir en las noticias nacionales. Yo siempre había creído que la razón era ante todo económica, más que ninguna otra cosa; enviar un equipo de televisión a las islas debía de ser caro. Aun así, cualquiera hubiera pensado que se esforzarían un poco más con un asesinato.

Miré la lista: 140 mujeres, 140 bebés.

Empezaba a divagar, como suele ocurrir cuando la mente se topa con una pared

de ladrillo y no sabe cómo rodearla. De pronto recordé el comentario de Duncan de que había más bebés en adopción en las islas que en otras partes del Reino Unido. Me pregunté lo deprisa que podría comprobarse ese dato. ¿Qué tipología de madre da un hijo en adopción? Casi invariablemente las jóvenes y solteras.

Salí de la intranet del hospital, accedí a internet y tecleé en un buscador: «Oficina de Registro General de Escocia». El sitio web apareció de inmediato y pedí el informe anual más reciente. La Tabla 3.3 ofrecía detalles de los nacimientos extramatrimoniales en Escocia, junto con la edad de la madre. No se me da muy bien la estadística, pero incluso para mí estaba bastante claro. Los índices de embarazo en adolescentes eran bastante bajos en las islas. De hecho, en el año que estaba mirando habían sido casi un 40% inferiores a los del resto de Escocia. El exceso de bebés que había mencionado Duncan no provenía de las madres adolescentes.

Volví a la lista de los bebés de 2005. ¿Cómo podía reducirla? Si la teoría de la oficial Tulloch de que el cadáver era una mujer de Lerwick era correcta —sobre la base de que ningún asesino sensato trasladaría un cadáver por mar solo para enterrarlo en mi terreno—, nuestra amiga debía de haberse puesto de parto allí mismo, en el hospital Franklin Stone.

Por desgracia, eso no ayudaba gran cosa. La mayoría de los habitantes de las Shetland viven en la isla principal, por lo que casi todos los partos tienen lugar en ese hospital. Mientras revisaba la lista, vi que de vez en cuando aparecía alguna de las islas más pequeñas: Yell, Unst, Bressay, Fair Isle, Tronal, Unst de nuevo, Papa Stour. Eran muy pocas para que el hecho de descartarlas cambiara algo.

¿Tronal? Esa era nueva para mí. Todas las demás islas las conocía. En todas había centros médicos, comadronas residentes y un consultorio prenatal que dirigía una servidora. Pero nunca había oído hablar de Tronal. Sin embargo, todos los años había varios partos en esa isla. Conté. Tronal aparecía cuatro veces. Eso probablemente significaba entre seis y ocho nacimientos al año, más que en algunas de las islas más pequeñas. Tomé nota mentalmente para informarme sobre Tronal lo antes posible.

Me obligué a volver a concentrarme en la tarea que tenía entre manos y estudié de nuevo la lista. Se especificaba el nombre y la edad de la madre; la fecha, la hora y el lugar del nacimiento; el sexo, el peso y el estado del bebé (por ejemplo, «vivo» o «mortinato»). Y algo más. Al final de una entrada se leían las siglas «KT». Traté de pensar en alguna enfermedad o condición obstétrica que pudiera abreviarse así, pero no se me ocurrió ninguna. Revisé la lista de arriba abajo. Ahí estaba de nuevo, al final de una entrada que registraba el nacimiento de un niño en mayo en Yell. Y otra vez: un parto en casa en Lerwick en julio.

Consulté el reloj. Se me había acabado el tiempo. Estaba recogiendo mis bártulos cuando alguien llamó a la puerta.

—Sí, ¡hola! —grité.

La puerta se abrió, levanté la vista y vi a la Tulloch. Llevaba un traje pantalón de una tela suave color gris pizarra. Ni una arruga a la vista.

—Buenos días —dijo. Me miró de arriba abajo y consiguió que me sintiera mugrienta, al menos desfasada dos temporadas de moda y grandota como un caballo percherón al lado de una yegua árabe de concurso—. ¿Tiene un momento? —añadió, esperando aún en el umbral.

—Tengo que hacer la ronda de las habitaciones —dije—. Pero supongo que puedo llegar diez minutos tarde.

Ella arqueó las cejas. Yo empezaba a odiar que lo hiciera.

—Está en el contrato —continuó—. Crea la impresión de que estamos ocupados y somos importantes; y a los pacientes les da un sentido de la proporción, con lo que se evita que se vuelvan demasiado exigentes.

Ella no sonrió.

—Tengo entendido que hoy se marcharán de mi terreno —dije.

—Sí, eso es lo que he entendido yo también —se acercó a mi escritorio. Cogió la lista.

Me acerqué con la intención de quitársela de las manos aunque pareciera infantil.

—He venido a pedirle esto —dijo.

Alargué una mano.

—No puedo darle información de los pacientes. Le ruego que me la devuelva.

Me miró, dejó los papeles sobre el escritorio, se llevó las manos a la espalda y siguió leyéndolos. Yo hice ademán de cogerlos, pero ella alzó una mano para detenerme.

—Por lo que veo, la mayoría de los datos son de registro público. Podría obtenerlos en otra parte. Pero me ha parecido más rápido acudir a usted. Pensé que tal vez querría colaborar.

Bueno, algo de razón tenía. Dejando a un lado la antipatía que me inspiraba, se suponía que ambas estábamos en el mismo bando. De todos modos, cogí la lista. Nos quedamos de pie, mirándonos. Era mucho más baja que yo, pero no me pareció que mi estatura pudiera intimidarla.

—¿Cuántas? —preguntó ella.

—Ciento cuarenta.

—¿Todas mujeres caucásicas sanas entre veinte y treinta años?

—La mayoría.

—No es mucho. Lo hacemos continuamente. No debería llevarnos más que unos días. Pero si me obliga a acudir a otra parte o a pedir un mandato judicial, desperdiciaría un día más.

—Debería consultarlo antes de...

—Tora —utilizó por primera vez mi nombre de pila—. Llevo diez años en el cuerpo de policía, casi todos ellos en ciudades de la Escocia continental. Pero nada podía haberme preparado para lo que vimos en la camilla del depósito de cadáveres. Quiero volver a mi despacho y pedir a mi equipo que telefonee a esas mujeres para comprobar si están vivas y cuidando de sus bebés de dos años. Y quiero hacerlo ya.

Le entregué la lista. Al cogerla, algo en su cara logró suavizarse.

—Puedes descartar a las que les practicaron una cesárea —me pregunté por qué no lo había pensado antes—. No tenía ninguna cicatriz. Bueno, no de esa clase.

—¿Algo más?

Sacudí la cabeza.

—De momento no. ¿Han terminado ya los forenses de Inverness?

Ella no respondió y yo miré la lista de forma elocuente.

—Casi —dijo—. Hemos hablado también con expertos sobre el impacto de la turba en material orgánico como el lino. El doctor Renney dijo que había muerto entre la primavera y el verano de 2005. Esta lista es importante.

Me dio las gracias y se dirigió hacia la puerta. Se volvió y preguntó:

—¿Puedo pasar más tarde por tu casa? Necesito ver tus runas.

Contuve una sonrisa y asentí. Le dije que estaría en casa a eso de las seis, y se fue.

Estaba apagando el ordenador cuando vi que tenía un nuevo e-mail. Era de Kenn Gifford.

A todo el personal:

A propósito de la investigación de asesinato que ha puesto en marcha el Departamento de la Policía del Norte, se recuerda a todo el personal que no debe ofrecer entrevistas a la prensa ni a la policía, ni facilitar información del hospital sin mi autorización.

En palabras del bardo inmortal: «Oh, mierda».

La ronda por las habitaciones terminó enseguida; recogí el abrigo y pedí un sándwich en la cafetería. Cuando me dirigía hacia el ascensor, noté que tenía a alguien detrás y me volví. Era Kenn Gifford. Me saludó con la cabeza, pero no habló. Llegó el ascensor y entramos. Las puertas se cerraron. Él siguió sin decir nada.

Me he dado cuenta de que algunas personas son capaces de guardar silencio en compañía de alguien con toda naturalidad, sin dar muestras de la menor incomodidad. Gifford era una de ellas. Mientras el ascensor bajaba, ni siquiera me miró, se limitó a clavar la vista en los botones de la pared, como absorto en sus pensamientos. Era uno de los ascensores grandes, diseñado para camillas, pero estábamos los dos solos. En los lugares cerrados yo me pongo nerviosa aun cuando estoy con otra persona. Necesito entablar conversación incluso con un completo desconocido. Con tres personas no hay problema, dejo que los demás hablen, pero cuando estoy sola con alguien más, tengo que decir algo; esa es probablemente la razón por la que escogí ese momento para confesar.

—Esta mañana he dado a la oficial Tulloch cierta información. Antes de recibir tu

e-mail.

Él no se volvió.

—Lo sé. Procura no volver a hacerlo. ¿Sufres muchos dolores de cabeza?

Genial. Ya estábamos otra vez.

—Unos cuantos —admití—. Era la lista de los partos que han tenido lugar en las islas. Las mujeres que dieron a luz entre la primavera y el verano de 2005. Ella dijo que eran datos de registro público —en cuanto lo dije me arrepentí. Parecía que me estaba justificando.

Él se volvió hacia mí.

—¿Lo hiciste por eso?

Por Dios, ¿de qué color eran sus ojos? ¿Plata oscura?

—No. Le di la información porque quería ayudar.

Se acercó más.

—Eso me parecía. ¿Qué dijimos anoche?

Eso me irritó. Era mi jefe, no mi padre.

—Hummm, hablamos de *Ivanhoe*, de navegación...

La puerta del ascensor se abrió.

—... del maltrato infantil en las Orcadas y de las dificultades de las madres para lavarse los pechos —continué, bastante más alto de lo necesario, mientras salíamos. Los dos internos que ocuparon nuestro lugar nos miraron intrigados, primero a mí y luego a él.

Yo también me arriesgué a mirarlo. Sonreía.

—Estás absurdamente tensa en el quirófano —dijo—. ¿Has probado con el yoga? ¿El taichi?

Estuve a punto de replicar que cuando no le tenía a él echándome el aliento en la nuca no me ponía tan tensa, pero no me pareció una buena idea. Tampoco era del todo cierto. Tenía razón, estaba tensa en el quirófano, pero que me lo dijera él, por mucho que fuera mi jefe, me pareció paternalista. Además, tenía la sensación de que se reía de mí.

—¿Por qué os caéis mal mi marido y tú?

Su sonrisa no desapareció.

—¿No le caigo bien? Pobre Duncan.

Me sostuvo la puerta abierta y salí, aliviada de tener que ir a otra parte.

Mi visita a la clínica de Yell se alargó y encontré cola en el ferry de vuelta. Cuando por fin llegué a casa, varias horas más tarde, el deportivo de Dana Tulloch estaba aparcado delante. Me había olvidado por completo de ella. Miré el reloj. Si había sido puntual, llevaba casi tres horas esperando. ¡Mecachis! Después de una grosería de esa magnitud iba a tener que estar simpática. Bajé del coche al mismo tiempo que ella bajaba del suyo.

—Lo siento muchísimo —dije—. Debería haberte llamado. ¿Has estado aquí todo este tiempo?

—Por supuesto que no —respondió ella—. Al ver que no llegabas, he hecho unas llamadas. He vuelto hace diez minutos.

Estaba muerta de hambre y desesperada por tomar un café, pero no podía hacerla esperar más. Entró detrás de mí y fuimos directamente al sótano, al que se accedía por una escalera de ocho escalones que arrancaba de la cocina.

—Santo cielo —dijo cuando llegamos abajo y encendí la única y claramente insuficiente bombilla—. Jamás imaginaste que pudiera haber todo esto debajo de tu casa, ¿no? —sacó del bolso una linterna, se adelantó e iluminó alrededor.

El sótano es probablemente lo más interesante de nuestra propiedad. Para empezar, tiene más años que la casa. En algunas partes se ven restos de los daños de un incendio, de modo que cabe suponer que la casa original fue derruida hace tiempo. También es mucho más grande que la casa, lo que indica que el edificio anterior debió de ser considerablemente más suntuoso. Dividido en habitaciones de techo bajo, a las que se accede a través de arcos de piedra, parece una versión reducida de las tenebrosas bodegas de un *château* francés. Conduje a Dana a la sala más grande y me detuve frente a la pared que miraba al norte.

—¿Una chimenea? —preguntó ella—. ¿En un sótano?

A nosotros también nos había chocado. Una chimenea que funcionaba perfectamente; tenía la base de piedra y un cañón de humo que comunicaba con el conducto del tejado. Por encima de la chimenea había un dintel de piedra y era en él donde habían tallado las runas. Cinco símbolos, de los cuales no reconocía ninguno.

—Todas son diferentes —dijo, hablando más bien consigo misma. Sacó varias fotos con una pequeña cámara digital.

—¿Has telefonado a mi suegro? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—De momento no ha sido necesario —respondió—. He encontrado un libro.

Terminó de sacar fotos y se volvió hacia el arco de piedra que conducía al resto del sótano.

—¿Te importa si echo un vistazo? —preguntó.

—Como si estuvieras en tu casa —dije—. ¿Te importa si me preparo algo de comer?

Ella negó con la cabeza y se volvió. Subí la escalera. En el segundo escalón grité:

—Eh, oficial, si encuentras algo... orgánico, no me lo digas esta noche. ¡Estoy hecha polvo!

No respondió. Yo ya sospechaba que me consideraba infantil.

Cuando apareció diez minutos después, yo estaba devorando una ración de pasta con crema de leche y jamón dulce hecha en el microondas. Señalé la silla de enfrente.

—Te he preparado una taza de té —suponía que tampoco había cenado, así que había dejado unas galletas en la mesa. Quería que me hablara de las runas.

Ella miró las galletas y acto seguido el reloj; titubeó un segundo antes de sentarse. Cogió la taza y la sostuvo contra el pecho mientras se comía una galleta en dos bocados. Yo seguí comiendo en silencio. La táctica funcionó; ella habló primero.

—¿Qué sabes de la historia de esta casa?

Me encogí de hombros.

—Muy poco. Mi marido se ocupó de la compra. No me interesó mucho el tema.

—¿Cuándo volverá?

Volví a encogerme de hombros.

—Últimamente nunca lo sé.

Se le ensombreció la cara.

—Podemos llamarlo —añadí en un intento tardío de mostrarme solícita.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero me gustaría volver mañana con un equipo. El parecido entre las runas de esta casa y las grabadas en el cadáver encontrado en la finca no puede ser una coincidencia.

—Supongo que no —dije, no muy segura de adónde quería ir a parar, pero sin gustarme nada las implicaciones—. ¿Quieres decir que probablemente la mataron en esta casa? ¿En el sótano?

Esta vez le tocó a ella encogerse de hombros.

—Tenemos que averiguar a quién ha pertenecido esta casa.

—Creía que Duncan había llevado las escrituras a la comisaría esta mañana.

—Y lo ha hecho. Pero no pone gran cosa. Aquí había una especie de iglesia o edificio religioso, pero estuvo en ruinas durante años, hasta que lo demolieron para levantar esta casa. En el documento aparecía el nombre de unos fideicomisarios, pero al parecer la mayoría están muertos.

—¿Muertos?

Ella sacudió la cabeza.

—De viejos. Nada relevante.

Terminé de cenar. Había matado el gusanillo, pero seguía sin estar satisfecha; no había sido precisamente una comida relajada. Me levanté y metí el plato y los cubiertos en el lavavajillas.

—¿Qué hay de las runas?

Ella me miró, mordió otra galleta y pareció tomar una decisión. Se inclinó y sacó del bolso la máquina de fotos, una libreta y un pequeño libro encuadernado en cuero azul. En la cubierta había unos signos rúnicos en tinta dorada, y, aunque lo dejó boca abajo, alcancé a leer el título: *Runas y escritura vikinga*. La letra era demasiado pequeña para distinguir el nombre del autor.

—¿Dices que el padre de tu marido es un entendido en el tema? —preguntó.

Asentí.

—Ya lo creo. Dudo que haya alguien que sepa más que él de la historia de estas islas.

Ella volvió el libro hacia mí para que yo lo viera. En el reverso de la cubierta había veinticinco runas fotografiadas; cada una era un símbolo sencillo, casi angular. Todas tenían nombres descriptivos, como Interrupción, Estancamiento, Salida, pero cuando Richard, mi suegro, se había referido a ellas, había utilizado los nombres vikingos.

—No lo entiendo —dijo ella—. Solo hay veinticinco. Cada una parece tener un significado propio. ¿Cómo pueden formar una especie de alfabeto y crear palabras? No hay suficientes caracteres.

Empecé a hojear el libro.

—Creo que es un poco como el alfabeto chino —expliqué—. Cada carácter tiene un significado fundamental y varios subsignificados. Cuando utilizas dos o más juntos, cada uno de ellos afecta a los demás, y esa combinación crea un significado exclusivo, algo así como una palabra. ¿Tiene algún sentido?

—Sí —dijo ella—. Pero creo que hay cerca de dos mil caracteres chinos.

—Puedo que los vikingos no hablaran mucho.

Ella abrió la libreta y la volvió hacia mí. En la página que tenía delante había una reproducción de las tres runas que habíamos visto en el depósito de cadáveres el día anterior.

—Bien, estas son las runas de Separación, Penetración y Restricción —continuó—, las que estaban inscritas en el cuerpo de la víctima. ¿Qué nos están diciendo?

Mi mirada se desplazó de la libreta al libro. En la siguiente página volvían a reproducirse las runas, esta vez con sus nombres vikingos. El símbolo con forma de pez se llamaba *Othila* y significaba Separación; el que parecía una pajarita era *Dagaz*, que quería decir Penetración, y la runa con forma de espada en diagonal era *Nauthiz*, Restricción. Levanté la vista. Ella me observaba con atención.

—¿Qué hay de los subsignificados? —pregunté.

—Adelante —me animó.

En la página opuesta se enumeraban los significados menores de cada runa. *Othila* también quería decir Propiedad o Posesiones heredadas, Patria y Hogar; *Dagaz* significaba Día, Luz divina, Prosperidad y Fecundidad; *Nauthiz* significaba Necesidad, Indigencia, Causa del Dolor Humano, Lecciones, Privación.

—¿Separación de un órgano interno importante del resto del cuerpo? —propuse, no del todo en serio. Ella asintió, alentándome. Bajé la vista hacia el libro—. Penetración... hummm, ¿penetrar el pecho para llegar al corazón? Y Restricción..., bueno, la tuvieron atada, ¿no? Las marcas en los tobillos y en las muñecas... Y seguro que sufrió privaciones... —me callé y la miré.

—¿Te convence? —me preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No —dije—. Me parecen chorradas.

—¿Como garabatos sin sentido? —apuntó ella.

—Una forma mucho más elegante de expresarlo —coincidí—. ¿Qué hay de los de

abajo?

Ella apretó un botón de la cámara y me enseñó la fotografía que había tomado hacía diez minutos. A lo largo del dintel había grabados cinco símbolos.

—Una flecha que señala hacia arriba —dije.

Dana fue a la última página del libro.

—*Teiwaz* —dijo—, que significa Guerrero y Victoria en la batalla.

La miré. Las dos hicimos una mueca de confusión.

—La de al lado parece una efe inclinada —me eché hacia delante y la señalé en la página—. ¿Qué pone?

—*Ansuz* —leyó ella—, que significa Señales, Dios y Boca del Río.

—Nuestro tercer símbolo de la noche es un relámpago.

—*Sowelu*. El Todo, el Sol —levantó la vista de nuevo.

—Solo son... más garabatos sin sentido —dije.

—Lo parece, desde luego —coincidió ella—. ¿Qué hay de las dos últimas?

—Tenemos una mesa volcada llamada *Perth*, que significa... ¡Aah!

—¿Qué?

—Iniciación.

Ella frunció el entrecejo.

—Siempre me inquieta oír esa palabra.

—Sé a qué te refieres. Y, por último, una hache torcida, llamada *Hagalaz*, que significa Interrupción y Fuerzas Naturales.

—Guerrero, Señales, Todo, Iniciación e Interrupción —resumió Dana.

Levanté las manos.

—Sin sentido...

—Chorradas —concluyó ella. Y sonrió. Una sonrisa muy bonita.

Me eché a reír.

—Tendrás que hablar con el padre de Duncan. Puede que sea una cuestión de contexto.

—¿Quién necesita hablar con mi padre? —preguntó una voz desde el umbral.

Duncan había entrado sin hacer ruido. Se quedó ahí de pie, mirándonos sonriente, y se me encogió el estómago, como siempre que lo veía en presencia de una mujer guapa que no era yo. Ellas tenían una forma de adoptar una actitud determinada: se sonrojaban, les brillaban los ojos, inclinaban el cuerpo instintivamente hacia él. Me preparé para ver a Dana responder de ese modo, pero, para mi sorpresa, no lo hizo. Dana, esa noche, me ofreció la insólita experiencia de ver a mi atractivo marido y a una mujer igual de atractiva juntos, y no sentir celos. Intercambiaron unas palabras de cortesía y ella se marchó, no sin antes asegurarse de que él no sabía de runas más que yo. No prometió que seguiríamos en contacto.

—¡Vamos, corre! —grité a Henry, apremiándolo para que rotara aún más deprisa.

Me puse de pie sobre los estribos y me incliné hacia delante, haciendo equilibrios sobre su cuello mientras Henry galopaba a lo largo de la orilla.

Mi lugar favorito para montar a caballo en las Shetland era una playa en forma de media luna donde unos acantilados rosas cubiertos de matas de hierba se alzaban como los lados de un cuenco alrededor de una bahía de un azul turquesa intenso. A galope tendido, con la espuma de las olas nublándome la visión, todo lo que veía era color: la hierba verde esmeralda, el agua azul turquesa, la arena rosa y el delicado azul claro del océano a lo lejos. En estas islas las flores a veces parecen superfluas.

En las Shetland nunca deja de soplar el viento; pero esa mañana parecía contentarse con suspirar su presencia y el mar estaba plano salvo por las pequeñas burbujas de la espuma blanca que cubría la orilla.

Hice dar media vuelta a Henry y regresamos al paso a través del oleaje. Los dos jadeábamos. El agradable vacío de mi mente desapareció y la realidad regresó a ella de golpe.

El jueves solía ser mi día libre. Se suponía que debía quedarme cerca del teléfono y atender cualquier emergencia, pero por lo demás podía relajarme. Ya me habría gustado. Estaba pasando por lo que Duncan llamaba un período de tensiones. Me costaba conciliar el sueño por la noche y me despertaba demasiado temprano por la mañana, y luego estaba todo el día agotada. La mayor parte del tiempo apretaba los dientes y cerraba los puños sin darme cuenta. Tenía un dolor de cabeza permanente que casi no me dejaba ni pensar y me pasaba las veinticuatro horas del día atiborrada de aspirinas y paracetamol.

¿Cuál era el problema?

Bueno, para empezar, a Duncan le preocupaba algo que no quería contarme. Apenas nos comunicábamos, salvo en la cama, si esa clase de comunicación no verbal podía tenerse en cuenta. Su nuevo negocio le estaba ocasionando más quebraderos de cabeza de lo que había esperado y trabajaba tantas horas como yo, pero seis o incluso siete días a la semana. Las dos veces que yo había mencionado el tema hijos, había hecho una mueca y se había apresurado a cambiar de asunto. No había vuelto a hablar de adopción. Esa mañana se había ido a Londres tres días para reunirse con unos clientes, y era casi un alivio tener la casa unos días para mí sola y no tener que fingir que todo iba bien.

En segundo lugar, mi rendimiento en el trabajo no era bueno. Aún no había cometido ningún error, todos los niños habían nacido sin complicaciones y estaban bien. El otro día, con la ayuda de mi equipo había salvado probablemente la vida de Janet Kennedy. Pero no bastaba. Por alguna razón me sentía torpe e incómoda en el quirófano y en la sala de partos. Estaba casi segura de que no le caía bien a nadie del equipo médico ni a ninguno de los pacientes. Y la culpa era mía. No lograba

relajarme y mostrarme natural. O bien estaba rígida y fría, o me esforzaba demasiado en aparentar lo contrario, haciendo bromas inapropiadas y recibiendo miradas glaciales en respuesta.

Tercero, me moría por saber qué estaba ocurriendo con la investigación del asesinato. El día siguiente a la visita de la oficial Tulloch, un inspector de Inverness me interrogó de nuevo. No hizo más que repetir las preguntas que Tulloch ya me había formulado, y, para mi sorpresa, incluso asintió con aire de entendido cuando le repetí la teoría del inspector Dunn de que la mujer asesinada no era isleña. Desde entonces me había enterado por Duncan de que la mayoría de los integrantes del equipo de la Escocia continental se habían ido y que Dunn y Tulloch volvían a llevar el caso. Duncan me dijo que Dunn no solía tener su base en las Shetland sino en Wick, en el interior.

Había pensado en llamar a Dana Tulloch, pero no tenía ganas de recibir la consiguiente bronca. En los últimos días había procurado ver las noticias de la noche, pero no había averiguado nada. La prensa y la televisión de las Shetland habían dado cierta cobertura del tema, pero mucho menos de la que esperaba. Ningún periodista había intentado entrevistarme. Nadie del hospital se había molestado en preguntarme nada, aunque estaba segura de haber recibido alguna que otra mirada recelosa. A ninguno de nuestros vecinos le había dado por indagar amistosamente.

Sentada a una mesa en el restaurante del hospital con otros miembros del personal, me sentí increíblemente desilusionada al comprobar que los temas de conversación iban de las competiciones deportivas del colegio a la subida de precio de los autobuses y las obras en la A970. Por Dios, quise gritar, hace cuatro días desenterramos un cadáver a menos de quince kilómetros de aquí. En estos momentos está en el depósito de cadáveres. ¿Es que a nadie le importa? No lo hice, por supuesto. Pero me pregunté si la amenaza indirecta que Gifford me hizo aquella noche en el pub había corrido por todo el hospital: no hables del asesinato que ha tenido lugar entre nosotros, porque perjudicará la salud económica y social de los isleños; no hables de ello y se olvidará.

Por último, estaba Kenn Gifford.

Hacía apenas cuatro días que lo conocía, y durante esos cuatro días lo había tenido mucho más presente que cualquier otro tema. Hasta el punto de comprar *Ivanhoe*, de Walter Scott, y leerlo de un tirón, absorbiendo con avidez todas las descripciones del personaje al que decía que me parecía y descubriéndome absurdamente halagada por las referencias a «estatura superior», «cutis de exquisita finura» y «cabello abundante de un color entre castaño y rubio».

Llevaba cinco años casada, y Gifford no era el primer hombre que me había parecido atractivo en ese tiempo. También había conocido a algunos que me habían encontrado... interesante. Pero nunca había habido ningún problema. Veréis, tengo un test sencillo. Me pregunto: Tora, por simpático y agradable a la vista que sea, ¿puede competir realmente con Duncan? La respuesta siempre ha sido la misma: por nada del

mundo. Pero con Gifford la respuesta no era tan clara.

En total, tenía un montón de cosas en que pensar.

Henry, percibiendo tal vez mi estado de ánimo, empezó a saltar en la orilla. Entonces un arao pasó volando muy cerca y Henry se asustó y volvió a meterse en el agua. Había corrido muchas veces entre las olas, por no hablar de ríos, corrientes y estanques, y no había motivos para que sentir el agua alrededor de los cascos le inquietara, pero por alguna razón así fue. Empezó a corcovear y a dar patadas, daba vueltas y se sumergía cada vez más. Corría peligro de resbalar y yo de caerme de la silla, de modo que tiré con fuerza de las riendas y le hice parar en seco.

—¡Ya vale! —gruñí al tiempo que tiraba de las riendas para que diera media vuelta y saliera del agua.

Él dio un paso de lado y retrocedió aún más.

Un poco preocupada, lo golpeé con los talones y lamenté no haber cogido la fusta. Le levanté la cabeza y volví a clavarle los talones. Salió disparado en el preciso momento en que vi a alguien de pie en lo alto del acantilado, observándonos.

«Gifford», fue mi primer pensamiento, pero era imposible saberlo con seguridad. Los acantilados quedaban al este, el sol seguía bajo y el hombre era poco más que una sombra que bloqueaba una pequeña porción de la temprana luz de la mañana. Era alto y ancho de espaldas, y el pelo, largo y suelto, destellaba como el oro. El sol me hería la vista; desvié los ojos un segundo y los entrecerré para protegerlos del brillo. Cuando volví a abrirlos, el hombre había desaparecido.

Apremié a Henry para que se alejara de las olas y avanzara con paso enérgico a lo largo de la playa. Estaba a cinco kilómetros de casa y todavía tenía que sacar a pasear a Charles.

Charles no estaba en condiciones de que lo montara.

Echando de menos a Henry y sin Jamie para que lo calmara, se había dejado llevar por el pánico y había saltado por encima de la valla al campo contiguo, pero había tropezado en el suelo irregular y se había caído en el arroyo que corre por nuestro terreno. Eso, por sí solo, no habría sido demasiado malo, pero al resbalar arrancó un viejo alambre de espino y se le enrolló en la pata trasera izquierda. El menos prudente de mis caballos estaba varado en un arroyo con varias púas de espino clavadas en la carne. No era de extrañar que estuviera tan agitado. Tenía los ojos en blanco y el pelo gris empapado en sudor.

Le quité los arreos a Henry lo más deprisa que pude y lo instigué para que entrara en el campo. Cuando oyó a Charles, se acercó corriendo a la valla y empezó a llamarlo. Los caballos gimen de una forma particular cuando están heridos o asustados. Por fortuna, es un sonido que no oyes a menudo, porque te atraviesa el corazón como lo harían los gritos de un niño aterrorizado. Los gemidos de Charles aumentaron de volumen, y empezó a forcejear y a dar coces.

Sabía que no podría liberarlo sin unos alicates, de modo que di media vuelta y eché a correr hacia la casa. Llevaba unas botas Hunter verdes muy viejas y estaban cubiertas de barro cuarteado de la última vez que me las había puesto, el día del entierro interrumpido de Jamie. El barro seco se desprendió sobre la alfombra cuando subí corriendo la escalera hasta la habitación de huéspedes donde Duncan guardaba las herramientas. Encontré unos alicates corrientes, además cogí otros más resistentes, para mayor seguridad, y volví a bajar corriendo. Me faltaban cuatro escalones para llegar abajo cuando me resbalé, me caí al suelo y me golpeé seriamente el coxis. Me dolió, pero me obligué a levantarme y a moverme.

Al salir, encontré a Charles y a Henry provocándose mutuamente, y a Henry preparándose para saltar la valla y reunirse con Charles en el arroyo. Tenía que atarlo, pero no podía perder tiempo buscando un ronzal. A Charles le sangraba la pata. Aunque lograra sacarlo del arroyo —y en su estado parecía cada vez más improbable—, seguramente se había lastimado la pata de forma irreparable. No podía perder otro caballo en dos semanas.

Obligándome a moverme despacio, me acerqué a Charles. El arroyo es estrecho; en algunos tramos apenas se ve bajo los juncos y la hierba larga. En verano no lleva mucha agua, pero el cauce es profundo. Charles movía las patas delanteras en el intento de tomar impulso y salir, pero con la pata trasera inmovilizada era imposible. Además, cada vez que lo intentaba consumía energía, su pánico aumentaba y las púas de espino se le clavaban aún más en la carne. Nunca me había encontrado en una situación ni remotamente parecida, y por una vez me vi tentada de echar la cabeza hacia atrás y gritar socorro. Pero sabía que nadie acudiría.

Me detuve fuera del alcance de los cascos de Charles y traté de calmarlo. Si dejaba que le tocara la cabeza, tendría una oportunidad.

—Tranquilo, tranquilo, vamos, tranquilo —alargué una mano hacia él.

Él levantó la cabeza hacia arriba y hacia mí, y trató de alcanzarme con los dientes. Luego dio media vuelta y de nuevo intentó darse impulso y salir. Lo conocía desde que Charles tenía dos años; había llegado a la granja de mi madre para la doma y yo era la única persona que lo montaba con regularidad, pero el dolor y el miedo me habían convertido en su enemigo. Bajé la mirada. Tenía la pata trasera izquierda totalmente inmovilizada y un par o tres de trozos de alambre parecían sujetarlo a la valla. Si me dejaba acercarme a él, podría cortar el alambre, lo que le permitiría salir de la zanja.

Bajé de un salto al lecho del arroyo. Charles me miró furioso y giró en redondo para enfrentarse a mí. Una patada de un caballo grande puede causarte heridas graves, si no te mata, pero si no me acercaba a él no podría hacer nada por ayudarlo. Hablando con suavidad, deseando que mi voz sonara serena, avancé unos pasos. Él jadeaba ruidosamente y tenía los ojos en blanco. Si saltaba, podría inmovilizarme bajo sus poderosas patas delanteras; si caía, me aplastaría. Todo parecía imposible y por un momento me vi tentada a renunciar y llamar al veterinario. Pero sabía que las

posibilidades de que llegara a tiempo eran pocas, y si quería salvar a Charles, tenía que liberarlo del alambre de espino cuanto antes.

Di otro paso mientras Charles retrocedía haciendo precarios equilibrios sobre sus patas traseras, atrapadas. Cayó hacia delante, y yo avancé antes de que tuviera oportunidad de recuperarse. Ya no le hablaba, no me salía la voz. Acucillada en la zanja, traté de no pensar en la media tonelada de músculo y hueso que se elevaba sobre mí mientras cerraba los alicates alrededor del primer alambre grueso. Se partió en dos y Charles escogió ese momento para estirar las dos patas traseras. Tenía restos de alambre clavados en el espolón y gimió de dolor. Volvió a retroceder y esa vez vi que esas patas traseras asesinas estaban justo encima de mí y bajaban a toda velocidad. ¡Tenía que apartarme!

—Quédate donde estás —ordenó una voz.

Me quedé inmóvil.

Por encima de mí vi el cielo azul claro, las nubes blancas y suaves, y la perspectiva inminente de una muerte violenta.

Charles dejó caer las patas delanteras en la orilla y sollozó. Lo sé, nunca habéis oído sollozar a un caballo y os cuesta imaginarlo, pero creedme, eso es lo que hizo. Un brazo bronceado y cubierto de pecas y fino vello dorado rodeó el cuello del animal, y dos manos enormes lo agarraron por las crines hasta que dejó de moverse. Era imposible. Ningún hombre es lo bastante fuerte para sujetar a un caballo asustado sin unas riendas o un ronزال, pero Gifford lo consiguió.

Tumbada, medio dentro medio fuera de la zanja, incapaz de mover un músculo, observé cómo Gifford acariciaba las crines de Charles. Apretó la cabeza contra su morro y le oí susurrar palabras que no entendí. Gaélico, posiblemente, o algún dialecto desconocido de las Shetland. Charles temblaba, todavía visiblemente asustado pero por lo demás inmóvil. Esa era mi oportunidad. Si me movía deprisa, podría cortar el resto del alambre. Tenía que hacerlo ya, Gifford no podría seguir sujetándolo mucho más tiempo. Sin embargo, debía de hallarme en estado de *shock* porque seguí sin moverme.

—Tienes los alicates detrás de la cabeza, a tu izquierda —dijo Gifford sin dejar de abrazar al caballo. Con la mano izquierda seguía sujetando las crines mientras con la derecha le acariciaba el cuello con un movimiento firme, rápido y breve. Había algo hipnótico en él—. Cógelos.

Me volví. Tumbada boca abajo, cogí los alicates y tomé impulso para acercarme más a la pata trasera de Charles. El caballo se estremeció y Gifford reanudó su salmodia en gaélico. Alejando de mi mente lo que podía caerme encima en cualquier momento, partiéndome la espalda y como mínimo dejándome tullida, alargué las manos, cerré los alicates alrededor del alambre más cercano y lo corté. Sin pararme a pensar, hice lo mismo con el segundo. Se partió con un sonido agudo que pareció resonar por todo el *voe*.

—Sal de ahí —dijo Gifford.

Rodé por el suelo hasta que me pareció que estaba fuera de peligro.

Miré atrás y vi que Gifford había sacado a Charles de la zanja y se esforzaba por sujetarlo. Libre de la dolorosa tenaza, Charles solo quería saltar, pero Gifford no iba a permitirselo. Siguió agarrándolo por el cuello, sacudido en una y otra dirección por la fuerza superior del animal, pero sin dejar ni un momento de murmurarle algo al oído. Al cabo de unos minutos, Charles admitió su derrota. Se inclinó, daba la impresión de que se apoyaba en Gifford.

Fue sencillamente increíble. Había oído hablar de personas que tienen un don misterioso para calmar a los animales. Había visto la película *El hombre que susurraba a los caballos* y había llegado a leer la mitad del libro, pero nunca en mi vida había visto nada igual.

—Tora, ¿puedes venir? —dijo Gifford; sonó entre exasperado y divertido.

Me puse en pie con dificultad y busqué los alicates que había dejado caer al salir de la zanja. No los veía por ninguna parte pero cerca estaba el otro par, más pequeño. Lo cogí, levanté la vista hacia Gifford y, nerviosa, pues no estaba segura de cuánto iba a durar el hechizo, me acerqué a Charles. Me ofreció la pata tranquilo, como un día normal en el herrero.

Con cuidado, muy despacio, corté el alambre que le envolvía la pata. Lo corté en cinco puntos y cayó al suelo. Lo recogí, retrocedí, y Gifford soltó al animal. Charles retrocedió, corcoveó, y se dirigió trotando hacia la valla, donde Henry había observado con creciente impaciencia todo el incidente. Al cabo de unos pocos pasos dejó de trotar y siguió andando. Cojeaba, pero podía apoyar el peso en la pata herida. Confié en que después de todo no fuera demasiado grave.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté, sin apartar los ojos de Charles—. No me dejaba acercarme.

—Estabas más asustada que él —replicó Gifford—. Y él lo ha notado y se ha asustado aún más. A mí no me daba miedo y no iba a permitirle ninguna tontería.

Eso tenía sentido. Los caballos funcionan en manada, siguen sin dudarlos a un líder fuerte, equino o humano. A los caballos les gusta saber quién manda.

—Y he utilizado algo de hipnosis. Solo para calmarlo.

Eso era absurdo. Me volví hacia él.

—Los animales son muy susceptibles a la hipnosis —añadió—. Sobre todo los caballos y los perros.

—Me tomas el pelo —dije, aunque no estaba segura. Él parecía hablar totalmente en serio.

—Tienes razón, te estoy tomando el pelo. Ahora, analgésicos y una inyección antitetánica. Y puede que algún antibiótico.

—Llamaré al veterinario —observé cómo Charles y Henry chocaban los morros por encima de la valla.

—Estoy hablando de ti —dijo Gifford al tiempo que con una mano me recorría el brazo hasta el hombro.

El dolor fue tan agudo como sorprendente; o Charles me había golpeado con la pata sin que yo me diera cuenta, o había tropezado con una piedra afilada. Me volví hacia Gifford y, oh, mierda, el dolor desapareció bajo una oleada de lujuria tan inesperada que quise correr a refugiarme. Juro que él había crecido un palmo desde la última vez que lo había visto, y con tejanos y camiseta era evidente que no se había vestido para ir a trabajar. Estaba cubierto de sudor.

—Entremos —dijo—. Veré qué tengo en el maletín.

El coche de Gifford estaba aparcado en nuestro jardín, y cuando pasamos por su lado sacó el maletín del maletero. Una vez en la cocina, me quité el casco y me senté a la mesa, totalmente consciente de que el desayuno seguía sin recoger, y que tenía la cara colorada y sudorosa, y el pelo sucio. Probablemente tampoco olía muy bien. Gifford abrió el grifo y dejó correr el agua hasta que se elevó vaho.

—Puedo llevarte al hospital, donde estarás debidamente vigilada, o darte mi palabra de que no voy a portarme indecorosamente.

Estoy segura de que me puse roja, pero ya lo estaba tanto que no pudo darse cuenta. Me desabroché la camisa —una vieja de Duncan— y me arremangué. Mantuve la camisa cerrada, no tanto por pudor, si soy sincera, sino porque el sujetador que llevaba no era el de encaje blanco que habría escogido para la ocasión.

Gifford empezó a lavarme el brazo y volví la cabeza para ver los desperfectos. El antebrazo había empezado a amaratarse. Tenía un rasguño feo que sangraba, pero no creí que fuera muy profundo. No recordaba cómo me lo había hecho, pero desde que la adrenalina había dejado de recorrerme me dolía muchísimo.

Gifford me vendó la herida y me puso la vacuna antitetánica. Cuando terminó, me ofreció dos pequeñas pastillas blancas. Eran analgésicos, más fuertes que los que puedes comprar sin receta, y los recibí agradecida.

Consultó el reloj.

—Tengo que operar dentro de veinte minutos —empezó a recoger sus cosas.

—¿Qué hacías aquí?

Se rio.

—Gracias, señor Gifford, por salvarme la vida, por no hablar de la de mi caballo, y por ofrecerme primeros auxilios altamente eficientes —cerró el maletín—. Iba a llamar al veterinario de tu parte, pero creo que ya no me molestaré.

—Mis malos modos se deben al *shock*. ¿Por qué estás aquí?

—Quería hablar contigo fuera del hospital.

Y ahí estaba mi corazón latiendo de nuevo a toda velocidad. Supe sencillamente que me esperaban malas noticias.

—¿Sí?

—Ha habido quejas.

—¿Sobre mí?

Asintió.

—¿De quién?

—¿Importa eso?

—A mí sí.

—Les dije que estaba muy impresionado con lo que había visto hasta ahora, que estás haciendo un buen trabajo y que tengo intención de mantenerte en el equipo. Pero que estás en un entorno nuevo, que las cosas todavía te resultan extrañas y que deben darte tiempo.

—Gracias —dije, pero no me sentí mejor. Tener un amigo no basta cuando todos los demás te odian.

—De nada —cerró el maletín y lo cogió.

—¿Por qué me lo has dicho?

—Porque es necesario que lo sepas. Tú también tienes que poner de tu parte. Tus aptitudes técnicas son incuestionables, pero no sabes tratar a la gente.

Eso me cabreó y mucho. Probablemente porque sabía que era verdad. Me levanté.

—Si tienes algún problema con mi manera de trabajar, eres libre de tomar medidas. No hace falta que te lo diga.

Gifford no pareció ni remotamente intimidado.

—Vamos, no te lo tomes así. Podemos hacerlo según las reglas, si quieres. Llevará mucho tiempo, algo de lo que ninguno de los dos andamos muy sobrados, y el resultado final no será muy distinto, salvo por un montón de papeleo potencialmente perjudicial en tu expediente. Hasta mañana.

Se volvió y desapareció, dejándome sola con un brazo muy dolorido y la autoestima por los suelos.

Diez minutos después había llamado al veterinario y en el brazo solo sentía un dolor sordo. Me senté en la valla y observé a Charles cojear; sabía que no podía hacer nada más por él, pero era reacia a dejarlo solo. Encontré los dos alicates y utilicé los más fuertes para arrancar varios trozos de alambre roto de los postes de la valla. Los recogí y los llevé detrás de la casa.

Al infierno el cabrón manipulador y paternalista de Gifford. Sabía exactamente lo que se proponía. Me había topado antes con esa misma táctica, la primera vez en el patio del colegio de primaria. Sally Carter me había llevado aparte y me había dicho que no le caía bien a ninguna niña de la clase. Creían que era una estirada, una mandona y una sabelotodo. Pero no debía preocuparme, porque a ella le parecía simpática y había salido en mi defensa. Todavía hoy recuerdo la desconcertante mezcla de sentimientos que me invadieron en ese momento: tristeza ante mi recién descubierta impopularidad; una especie de gratitud patética por tener al menos una amiga; cólera hacia dicha amiga por decirme todo eso y estropearme el día; y, por debajo de todo, la sospecha de que no podía ser una gran amiga si era capaz de hacer que me sintiera tan mal. Con los años había conocido a otras Sally Carter y había aprendido a reconocer ese arte crudo y sumamente efectivo de colocarse en situación de superioridad.

Llevé los alicates a casa. Duncan era quisquilloso con sus herramientas y veía con malos ojos que las utilizara.

Naturalmente, reconocer la táctica no era lo mismo que saber lidiar con ella. Podía rechazarla (y a menudo sentía la tentación de hacerlo) como un aborrecible juego de poder. Por otra parte, siempre he sabido que no soy popular. No tengo el don de hablar de cosas triviales y me siento incómoda en los grupos grandes; sé que no soy de sonrisa fácil y bordo bastante bien los comentarios inconvenientes y las bromas inoportunas. Casi siempre trato en vano de ser diferente; pero a veces solo quiero gritar a los que me rodean que no sean críos. Soy una médico muy competente; trabajo mucho, no cometo crímenes y nunca he realizado un acto perverso ni deshonesto conscientemente. Soy buena persona, pero debido a mi falta de encanto personal estoy condenada a ganarme la antipatía de los que me rodean. Pues al infierno todos.

En el tercer escalón había un anillo de oro.

Me quedé mirándolo. Era ancho, con una especie de dibujo grabado alrededor del perímetro superior e inferior. «Gifford», pensé inmediatamente, pero él no había salido de la cocina en todo el tiempo que había estado allí. Además, hacía mucho que nadie había llevado ese anillo; estaba cubierto de barro seco.

Me incliné para recogerlo. Cayó parte del barro, un fragmento considerable con una hendidura clara en un lado. Me senté y me quité una de las botas. Las botas Hunter tienen un dibujo muy particular en la suela y el trozo de barro que había caído

parecía coincidir con él. El anillo debía de haber pasado los últimos días pegado a la suela de mi bota. Al subir la escalera corriendo hacía un rato, o, más probablemente, cuando me caí al bajar, se había desprendido.

Sentí una oleada de pánico. Llevaba esas botas cuando encontré el cadáver el pasado domingo, pero me las quité antes de entrar en la casa para coger un cuchillo. El equipo forense de la policía se llevó las zapatillas de deporte que me puse tras quitarme las botas, pero me había olvidado por completo de estas. Había entorpecido seriamente una investigación importante.

Era el anillo de ella. Eso era lo que habían estado buscando en nuestro terreno la otra noche.

Me quede sentada, pensando detenidamente. No quería que ese anillo estuviera relacionado de ningún modo con la mujer que encontré en mi campo. Por una parte, me parecía muy perturbador haber estado paseándome con una joya pegada a la suela de mi zapato. Por otra, si alguien había estado buscando el anillo, entonces, indiscutiblemente, quienquiera que la había matado seguía en las islas.

De pronto estaba nerviosa. Me levanté y escuché a ver si oía algún ruido en la casa, como si alguien pudiera estar espiándome en ese momento. Luego volví a entrar en la cocina y cerré la puerta trasera. Me planteé incluso cerrarla con llave. En lugar de eso, fui al fregadero y lo llené con dos dedos de agua tibia. Dejé caer el anillo en ella, esperé unos segundos y lo froté entre las palmas de las manos. Lo sequé con papel de cocina y lo sostuve bajo la luz. Sin pensar, me lo puse en el dedo corazón de la mano izquierda. No pasó del nudillo; había sido hecho para dedos delgados.

El cuerpo que había visto en la camilla del depósito de cadáveres era de una mujer delgada. ¿Estaba mirando su anillo? Al cortar el sudario de lino, toda mi atención se había concentrado en la horrible herida del pecho. Si se hubiera caído un anillo de su mano izquierda, habría podido pisarlo sin darme cuenta.

Bueno, fuera o no su anillo, tenía que informar inmediatamente a la Tulloch. Naturalmente, se pondría furiosa conmigo. No solo había sido irresponsable al llevarme una prueba crucial del lugar del crimen y retrasar su descubrimiento varios días, además había limpiado el barro que la rodeaba. Había pisoteado una prueba forense.

Dejé el anillo en la encimera de la cocina y me acerqué al teléfono. Cuando empecé a marcar, el sol que entraba por la ventana hizo destellar el anillo. Devolví el auricular a su sitio y cogí el anillo. Dentro había una inscripción.

«Demasiado fácil —pensé—, es demasiado fácil». Volví a mirar hacia la puerta. Esta vez fui y la cerré con llave, luego sostuve el anillo bajo la luz. No era fácil leerla, estaba escrita con esa letra bonita pero prácticamente indescifrable que creo que se llama itálica. El hecho de que hubiera estado tanto tiempo enterrada en turba no ayudaba.

La primera letra era una J, la segunda una H o tal vez una N. Luego una K seguida de lo que podría haber sido una C o una G. Por último, cuatro cifras: un

cuatro, un cinco, un cero y un dos. Si eran las iniciales de los novios y la fecha de la boda, y si —este un gran «si»— el anillo había sido de mi amiga, entonces lo habíamos conseguido. La habíamos identificado.

Me volví hacia el teléfono. «¡Acércate, vamos!», me vociferó. Le di la espalda y busqué la guía telefónica. Había veinte oficinas de registro civil en las Shetland. Marqué el número de la oficina de Lerwick. Respondieron inmediatamente. Respiré hondo —el corazón me latía con fuerza en el pecho, sentía un ridículo e inexplicable sentimiento de culpa—, y entonces le dije a la mujer mi nombre y mi cargo en el hospital. Como siempre, funcionó; se mostró interesada, hasta solícita.

—Hemos encontrado una joya —expliqué—. Creo que podría ayudarme a localizar a su dueño.

—Por supuesto, ¿qué podemos hacer por usted, señorita Hamilton?

—Creo que es una alianza. Tiene una inscripción que parece una fecha de boda seguida de unas iniciales. Ustedes llevan un registro de las bodas, ¿verdad?

—De todas las celebradas en Lerwick, sí. ¿Tuvo lugar en la ciudad?

—No estoy segura, creo que sí. Pero no tengo el nombre. ¿Es posible hacer una búsqueda en sus archivos a partir de una fecha?

—Bueno, podría buscar todas las bodas que se celebraron ese día en particular y comprobar si las iniciales coinciden.

¿De verdad iba a ser tan sencillo?

—¿Puedo hacerlo yo misma? ¿Puede una simple ciudadana consultar sus archivos?

—Por supuesto. Normalmente cobramos diez libras por hora, pero estoy segura de que en su caso podríamos... —dejó el ofrecimiento suspendido en el aire.

—¿Es necesario pedir hora?

—No, venga sin más. El horario es de diez a una y de dos a cuatro.

Miré el reloj. Esperaba al veterinario en cualquier momento, pero no tenía nada más que hacer ese día que no pudiera esperar.

Sabía que debería entregar el anillo a la oficial Tulloch y dejar que ella lo investigara.

—Gracias —dije—. Pasaré a mediodía.

Dos horas más tarde llegué al registro civil de Lerwick. El veterinario había pasado por casa. Charles se recuperaría; estaría cojo un par de días, pero quedaría como nuevo. La noticia había disminuido, un poco, mi cólera hacia Gifford. Tal vez había mermado mi frágil confianza profesional, pero al menos había salvado a mi caballo.

Antes de salir de casa telefoneé a la oficial Tulloch y le dejé un breve mensaje en el buzón de voz; le decía que había encontrado algo que podía estar relacionado con el asesinato y que pasaría por la comisaría de camino a la ciudad. No especificué qué era. Puse el anillo en una bolsa esterilizada y la metí, junto con una breve nota, en un

sobre marrón grande. Cuando pasé por la comisaría, Dana aún no había vuelto, de modo que dejé el sobre dirigido a ella en la recepción. Me sentí como si acabara de encender unos fuegos artificiales; necesitaba apartarme.

Marion, la mujer con la que había hablado por teléfono, me condujo a una pantalla de ordenador. Consulté el reloj. Las doce y media. Disponía de media hora antes de que la oficina cerrara para comer. Saqué un post-it de mi bolso y comprobé por segunda vez la fecha que había escrito antes de entregar el anillo: 4-5-02. 4 de mayo de 2002. Busqué el año y me desplacé hacia abajo, hasta detenerme en las bodas del mes de mayo. Era un mes popular para pasar por la vicaría. Ese mayo en particular había habido cuatro sábados y varias bodas en cada uno. Busqué el día 4 en la lista e inmediatamente localicé una posibilidad: Kyle Griffiths se casó con Janet Hammond en la iglesia de Saint Margaret. Apunté los nombres y luego examiné el resto de la lista. No había nada más.

—¿Has encontrado algo?

No pude evitar dar un respingo, pero respiré hondo y me prohibí poner cara de culpabilidad, disculparme o hablar atropelladamente. Me volví.

Dana Tulloch iba impecablemente vestida, como siempre, con pantalones negros, una camisa roja sencilla y una chaqueta de tela escocesa negra, roja y blanca de aspecto caro. Me sorprendí preguntándome cómo se las arreglaba para vestir tan bien con el sueldo de policía.

—Vas muy elegante —dije sin pensar.

Me miró sorprendida y acercó una silla. Le enseñé lo que había apuntado. Ella asintió.

—Lo comprobaré —dijo—. ¿Algo más?

Sacudí la cabeza. Metió una mano en el bolso y sacó la bolsa de plástico que yo había dejado poco antes en la comisaría. Dentro brillaba el anillo. Había retirado la nota.

—¿Cuándo lo has encontrado? —preguntó, mirando el anillo, no a mí.

—Esta mañana —dije—. Tarde.

Asintió.

—¿Estás segura de que salió de la misma tierra?

—No —respondí—. Pero estoy muy segura de que no he vuelto a ponerme esas botas desde el domingo.

—Deberías haberlas entregado a la UAC.

No recordaba qué era la UAC, pero sabía que estaba en un apuro.

—Se me olvidó —dije sinceramente—. Estaba traumatizada.

—Lo has lavado —su tono de voz me dio a entender que se rendía.

—No he lavado las botas —ofrecí.

Ella sacudió la cabeza.

—Dista mucho de ser lo ideal.

Detrás de ella, Marion se hizo notar. Quería cerrar para irse a comer. Bajé la voz.

—Estoy segura de que la mujer a la que arrancaron el corazón te daría la razón.

Dana suspiró y se recostó en la silla.

—La verdad, no deberías estar aquí.

La miré a los ojos.

—¿Qué puedo decir? La desenterré yo. Tengo interés.

—Lo sé. Pero deberías dejarnos hacer nuestro trabajo —apartó los ojos y se miró las uñas. Por supuesto, las llevaba perfectamente arregladas. Luego se levantó—. He hablado con tu suegro —continuó—. Dice que el libro que tengo es lo mejor que puedo encontrar. Que lamenta no poder ayudarme más.

Yo también me levanté.

—Hay ocho oficinas de registro civil más al sur —dije.

Me miró.

—¿Y?

—No tengo planes para el resto del día.

Ella negó con la cabeza.

—No es buena idea.

Algo en su tono vacilante me dio a entender que no estaba todo perdido. Le enseñé la hoja que había arrancado de la guía telefónica.

—De aquí voy a ir a Walls y luego a Tingwall. Espero haber acabado a eso de las cinco, y seguramente me apetecerá tomar algo en el Douglas Arms. Mañana volveré a trabajar y ya no estaré disponible para actuar como tu ayudante personal sin sueldo. Yo que tú me aprovecharía.

Salí de la oficina preguntándome si intentaría detenerme, no muy segura de si podía hacerlo, y sintiendo una perversa satisfacción ante la perspectiva de hacer algo que sabía que la policía y mi jefe, sobre todo mi jefe, desaprobarían.

Eran las cinco y cuarto cuando volví a Lerwick. Entré en el mal iluminado Douglas Arms y vi a Dana sentada sola a una mesa, en uno de los rincones más oscuros, mirando la pantalla de su portátil. Pedí una copa y me senté a su lado.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunté.

Ella levantó la vista y frunció el entrecejo.

—¿Tienes algo? —preguntó, parecía muy cabreada. Justo cuando creía que la reina de hielo empezaba a derretirse.

Abrí mi cuaderno.

—Dos posibilidades más —dije—. Una tal Kirsten Georgeson, de veintiséis años, casada con Joss Hawick en la iglesia Saint Magnus de Lerwick. Y un tal Karl Gevvo casado con Julie Howard, de veinticinco años. Boda civil. Las dos mujeres tienen la edad adecuada.

Sin preguntar, arrancó la hoja.

—¿Y tú?

—Tres distritos y ninguna coincidencia —dijo ella—. También he comprobado la pareja que has encontrado esta mañana. Janet Hammond está divorciada, y está vivita y coleando en Aberdeen.

—Bueno, me alegro por ella.

—Sí. Creo que podríamos estar perdiendo el tiempo.

—¿Por qué?

Movió el ratón encima de la mesa y apareció una nueva pantalla: la lista de partos que le había dado hacía tres días.

—Nuestro equipo casi ha terminado de comprobarla —dijo.

Me acerqué más; la pantalla era ridículamente pequeña y, si no te colocabas en el ángulo adecuado, prácticamente ilegible.

—Ya.

—Hemos localizado a todas las que son de la edad y el grupo étnico adecuados. Al final, parece que no era una mujer de aquí.

Pensé en ello un momento.

—Eso deja abiertas todas las posibilidades.

—Sí.

Ahora entendía por qué parecía enfadada. Se había demostrado que su jefe tenía razón y ella se había equivocado.

Penetró una ráfaga de aire frío cuando se abrió la puerta y entró un grupo de trabajadores de una de las plataformas petrolíferas. El nivel de ruido del pub aumentó. Un par de ellos nos miraron y desvié rápidamente la vista. Dana ni siquiera los vio.

—¿Qué sabes de Tronal? —preguntó.

Tuve que reflexionar unos segundos. Según la lista, habían nacido varios bebés en Tronal en el año 2005. Había pensado en preguntarle a Gifford sobre eso.

—Es una isla —dije—. Cuatro de las mujeres de la lista dieron a luz allí.

Dana asintió.

—A dos de ellas aún no hemos podido localizarlas. De modo que ayer el inspector Dunn y yo fuimos allí. Queda a un kilómetro de la costa de Unst. Es propiedad privada. Enviaron un bote para recogernos.

—¿Hay algún centro médico? —pregunté.

—Una clínica de maternidad privada de lo más moderno; la gestiona una fundación benéfica que está asociada con la agencia de adopción local —dijo Dana; parecía disfrutar con mi cara de perplejidad—. Ofrecen, y cito textualmente, «una solución adecuada a los embarazos desafortunados e inoportunos».

—Un momento... pero ¿de dónde salen esas mujeres?

Meneó la cabeza.

—De todo el Reino Unido, incluso del extranjero. Como es típico, son mujeres jóvenes de carrera que aún no están preparadas para atarse.

—¿Y esa clase de mujeres no se limitan a abortar?

—Tronal también se ocupa de eso. Pero, según ellos, para algunas abortar supone un problema ético, incluso hoy día. Aunque no lo dijeron, supongo que parte de sus clientas provienen de los países católicos cercanos.

Yo seguía asimilando la idea de que existiera un centro de maternidad del que no sabía nada.

—¿Quién se encarga de la atención obstétrica?

—Tienen un obstetra residente, un tal señor Mortensen. Miembro de... ¿cómo lo llaman?, el Real Colegio.

Asentí, pero distaba de estar contenta. ¿Un miembro del Real Colegio de Obstetricia y Ginecología? ¿Para menos de una docena de partos al año?

—Me pareció un buen hombre —continuó Dana—. Tiene a su cargo a dos comadronas tituladas.

—¿Qué pasa con los bebés? —pregunté; pensé que tal vez yo ya lo sabía, que Duncan debía de referirse a Tronal cuando hablamos de adoptar un hijo la otra noche.

—A la mayoría los adoptan aquí, en las islas —respondió Dana, confirmando mi sospecha.

—¿Y crees que la mujer de mi terreno podría haber sido una de las mujeres de Tronal? ¿Una madre que a la hora de dar el niño cambió de opinión?

—Es posible. Las únicas mujeres de la lista que quedan por comprobar dieron a luz allí.

Me quedé callada, preguntándome acerca de Tronal. ¿Por qué nadie me había hablado de ese lugar? Enseguida me di cuenta de que Dana estaba hablándome y tuve que pedirle que repitiera lo que había dicho.

—¿Qué significa KT?

—¿Perdón?

—KT. Supongo que es una abreviación. Aparece siete veces en tu lista. ¿Qué significa?

También me había olvidado de eso. Empezaba a darme cuenta de que, a pesar de mi entusiasmo, no tenía madera de detective.

—No lo sé —tuve que confesar—. Lo comprobaré mañana.

Ella volvió a guardar silencio. Me levanté para ir al lavabo.

Cuando regresé, estaba a kilómetros de distancia, tan absorta en sus pensamientos que no creo que se diera cuenta de que me había sentado a su lado. Volvía a tener la mirada fija en la pantalla del ordenador, en lo que parecía un directorio telefónico *on line*.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Levantó la vista, sobresaltada; luego miró de nuevo la pantalla.

—He estado tratando de localizar a las dos mujeres que has encontrado hoy, las que se casaron el 4 de mayo de 2002. Julie Howard es ahora Julie Gevons. Si sigue viva —cambió varias veces de pantalla y se detuvo un segundo—. Hay unos Gevons en la ciudad. Me pilla de camino a la comisaría. ¿Quieres venir a comprobar lo sana

que está la señora Gevvons?

—Por supuesto.

Diez minutos después nos detuvimos frente a una casa adosada en un moderno y agradable callejón sin salida, de esas que ves por todo el Reino Unido, construidas pensando en primeros compradores y parejas jóvenes. Siempre las veo como lugares felices y llenos de esperanza, regalos de boda y planes de futuro. A mis ojos eso las hace acogedoras y tristes al mismo tiempo. En el jardín delantero había un pequeño triciclo volcado.

Dana llamó a la puerta. Me quedé un poco retirada. Nos abrió una joven que parecía embarazada de cinco meses. Agarrado a su pierna había un niño de unos dos años con pijama lila que jugó con nosotras a esconder la cabeza. En mi interior se liberó cierta tensión y me sorprendí sonriendo al niño.

—¿Señora Gevvons? —Dana le mostró su placa.

La mujer pareció sorprendida, luego alarmada.

—Sí —dijo nerviosa, desplazando la mirada de Dana a mí.

—Siento molestarla tan tarde, pero hemos encontrado un anillo de boda con iniciales que coinciden con las tuyas y las de su marido. ¿Han perdido un anillo con una inscripción? —mientras Dana hablaba, miré la mano izquierda de Julie Gevvons. No llevaba anillo, pero creí saber la razón.

La señora Gevvons se miró la mano.

—Creo que no —dijo—. Hace semanas que no lo llevo. Tengo las manos hinchadas —pareció titubear.

—¿Podría comprobarlo? —preguntó Dana.

La señora Gevvons entró de nuevo en la casa, llevándose consigo al niño. Cerró la puerta.

Dana y yo esperamos fuera. Al cabo de un par de minutos, Julie Gevvons volvió. En la mano tenía un delgado anillo de oro no muy distinto del mío. Cuando nos marchamos, vi cómo trataba de deslizárselo a través del nudillo hinchado del dedo corazón.

9

Al llegar a su coche, Dana se detuvo. Se quedó mirando la cerradura de la puerta del conductor, pero no trató de abrirla. La observé unos segundos, y me sentí ridícula. Parecía haberse olvidado de que yo estaba allí.

—Ejem —dije de manera teatral.

Ella levantó la mirada.

—Perdona —apretó el botón del llavero y el vehículo emitió un alegre pitido—. Pasaré más tarde por tu casa. De camino a la comisaría.

—¿No vas a ir ahora?

Ella frunció el entrecejo, como si mi curiosidad estuviera fuera de lugar y le pareciera impertinente. Puede que ese día hubiéramos hecho una tregua, pero lo que iba a hacer era asunto suyo y era evidente que me estaba entrometiendo.

—Voy a visitar a los Hawick —dijo—. Creo que el anillo podría ser una pista falsa. Quiero descartarlo cuanto antes.

—¿Quieres compañía? —me aventuré a preguntar; no esperaba ni por un segundo que me dijera que sí.

Ella volvió a fruncir el entrecejo, luego asintió.

—Sí, por favor —dijo—. Te lo agradecería.

Fuimos en su coche. Había dos familias Hawick. La primera vivía justo en la carretera principal A970, en las afueras de Lerwick. Una mirada a Kathleen Hawick nos bastó para saber que podíamos tacharla de la lista. Tenía unos cincuenta años, era robusta y llevaba un anillo de oro gastado, apenas visible bajo pliegues de carne, que dudo que se le cayera después de muerta. Cuando le dimos las gracias y nos marchamos, volvió alegremente al programa concurso que se oía dentro de la casa.

Los otros Hawick vivían en Scalloway, la antigua capital de las Shetland, una ciudad mucho más pequeña situada a unos diez kilómetros al oeste de Lerwick. Había pocos coches en la carretera y en unos quince minutos llegamos.

Dana detuvo el coche y sacó el ordenador. Tecleó unos segundos y no tardamos en tener ante nosotras un mapa de Scalloway.

—Eres muy hábil con este chisme —dije mientras ella me lo ponía en el regazo y arrancaba de nuevo—. Al final a la izquierda. ¿Qué ha sido del cuaderno y el lápiz?

—Siguen siendo las armas preferidas en la comisaría de Lerwick.

—La segunda a la derecha —dije.

Redujo la velocidad y nos metimos en la calle donde vivía J. Hawick. Se extendía a lo largo de la costa en el lado sur de la ciudad. La casa tenía amplias vistas, pero estaba poco protegida de los elementos, y en cuanto bajamos del coche, el viento sopló contra nosotras como una carga de caballería. Esperamos en el umbral, las dos con el pelo encrespado y revuelto. El señor Hawick, cuando abrió, debió de pensar

que habían ido a visitarle dos sirenas desmelenadas.

Por su constitución y el color de su pelo, deduje que Joss Hawick tenía treinta años largos, pero su cara aparentaba una década más por lo menos. Tenía todo el aspecto de alguien que hace tiempo que sufre insomnio o estrés. La camisa de trabajo blanca que llevaba estaba algo grisácea y no particularmente bien planchada.

Dana siguió el procedimiento rutinario de enseñar la placa de identificación y presentarnos a ella y a mí. Hawick pareció ligeramente interesado y nada preocupado, como un hombre al que no le queda nada que perder.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó. Era escocés, pero no de las islas. Del sur, pensé. Dundee, o tal vez Edimburgo.

Dana explicó lo del anillo con la inscripción. Antes de que hubiera terminado siquiera de hablar, él sacudió la cabeza.

—Lo siento, oficial, pero ha hecho el viaje en balde. Y ahora, si me disculpan... —se dispuso a retirarse; la puerta empezó a cerrarse ante nosotras.

Dana no iba a permitirlo.

—Es importante, señor. ¿Está seguro de que su mujer no ha perdido ningún anillo? ¿Podría preguntárselo?

—Oficial, mi mujer está muerta.

Dana parpadeó, pero yo no estaba ni remotamente sorprendida. La cara demacrada e inexpresiva de Joss Hawick es común en los familiares de un difunto. Ese hombre había pasado por un proceso de duelo que aún no había acabado.

—Lo siento mucho —hablé por primera vez—. ¿Ha fallecido hace poco?

—Hará tres años este verano.

Más de lo que había imaginado; ese hombre no había aceptado la pérdida.

—¿Llevaban mucho tiempo casados?

Noté que Dana se movía impaciente a mi lado. No hice caso.

—Solo dos años —dijo él—. El viernes pasado habría sido nuestro aniversario.

Pensé rápidamente. Era miércoles 9 de mayo. El viernes, cinco días atrás, había sido 4. Pero el año no coincidía. La mujer de ese hombre había muerto en 2004, no en 2005. Gracias a la inundación marina, Stephen Renney tenía la certeza de que nuestra víctima no llevaba más de dos años enterrada, y el equipo de Inverness lo había corroborado.

—Señor Hawick —esta vez fue Dana la que habló—, en la inscripción del anillo pone 4 de mayo de 2002. ¿Se casaron ese día?

Nos miró furioso. Estábamos abriendo heridas que ni siquiera habían empezado a cicatrizar.

—¿De qué se trata? —exigió saber.

Estábamos en la sala de estar. El interior de la casa, de colores vivos y decorado a la moda, seguía pareciendo el de una pareja joven y acomodada, pero olía a cerrado,

como huelen las casas de la gente mayor o a veces incluso la gente mayor. En la repisa de la chimenea había un dedo de polvo, al igual que en el alféizar de la ventana. Él nos ofreció algo de beber, nosotras declinamos la invitación, y él salió para prepararse algo. Mirando alrededor, me fijé en dos vasos sucios en el suelo, junto al extremo del sofá amarillo en el que yo estaba sentada y en un cenicero lleno de colillas. La alfombra que cubría casi todo el suelo de madera hacía tiempo que no veía un aspirador.

En la repisa de la chimenea había varios animales de peltre y una gran fotografía con el marco también de peltre. Un Joss Hawick más joven, más feliz, sonreía radiante a la cámara. A su lado, con un velo blanco flotando alrededor de la cabeza, estaba su mujer. Kirsten Hawick había sido alta y atractiva; el pelo, largo y pelirrojo, le caía en tirabuzones casi hasta la cintura. Lancé una mirada a Dana. Ella ya había visto la foto. Me miró ceñuda, con una orden escrita en la cara: ¡Estate callada!

Hawick volvió y se sentó en un sillón, frente a nosotras. En la mano tenía un whisky doble que no parecía diluido en agua. Me di cuenta de que me temblaban las manos. Las escondí debajo del trasero encantada de que Dana llevara la conversación. Me moría por mirar de nuevo la fotografía, pero sabía que era lo peor que podía hacer.

—Siento mucho su pérdida —empezó a decir.

Se volvió hacia mí y me alarmé.

—¿Por qué está usted aquí? ¿Ha venido a decirme que el hospital se equivocó?

Dana respondió rápidamente, como si temiera perder el control de la situación.

—La señorita Hamilton solo lleva seis meses trabajando en el hospital. No sabe nada de la muerte de su mujer. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

Él asintió. Y bebió.

—¿Podría darnos el nombre de soltera de su mujer?

—Georgeson —dijo—. Kirsten Georgeson —volvió a beber. Más que un sorbo.

Miré de nuevo a Dana. Su expresión no delataba nada, pero tenía que haber advertido que los nombres coincidían. KG y JH. La fecha también. Me obligué a mirar la alfombra, temía que la cara me traicionara. Había visto suficientes películas policíacas para saber que el primer sospechoso en un caso de asesinato siempre es el consorte. Lo que había tomado por dolor en la cara de Joss Hawick podría ser culpabilidad, por no hablar de miedo a ser descubierto. Dana y yo podíamos estar solas en la casa de un asesino. Miré de nuevo a Dana. Si estaba tan preocupada como yo, no se le notaba.

Todavía quedaba por resolver la discrepancia del año. La mujer de mi terreno había muerto en algún momento durante 2005. Hawick afirmaba que su mujer había muerto en 2004.

—¿Puedo preguntarle cómo y dónde murió? —dijo Dana, sin apartar ni por un momento los ojos de Hawick.

Él volvió a mirarme.

—En el hospital —dijo—. En su hospital —hizo que sonara como una acusación—. Sufrió un accidente montando a caballo. El caballo se estrelló contra una camioneta a un par de kilómetros al norte de aquí. Seguía viva cuando la llevaron al hospital, pero tenía daños cerebrales serios y el cuello roto. Tres días después la desconectaron de las máquinas.

—¿Quién la atendió? —pregunté.

—No recuerdo su nombre —respondió él—. Pero dijo que era el interno de más antigüedad. Explicó que no tenía ninguna posibilidad de recuperarse. ¿Va a decirme que se equivocó?

—No, no —me apresuré a responder—. Nada de eso. Pero debo hacerle otra pregunta, y siento de veras remover su dolor. ¿Su mujer dio a luz poco antes de morir?

Hawick dio un respingo.

—No —dijo—. Habíamos previsto tener hijos, pero Kirsten era buena jinete. Quería competir en campeonatos unos años antes de dejarlo.

Joss Hawick se mostró muy convincente. Pero sin duda sabía que podíamos comprobar su declaración en cuestión de minutos.

Dana se levantó. Era un momento crucial. Yo hice lo propio.

—Tora —dijo, señalando la puerta.

Salí rápidamente al pasillo y traté de abrir la puerta de la calle, casi esperando que estuviera cerrada con llave. Se abrió y me quedé allí, dejando entrar en la casa el viento procedente del *voe*, para asegurarme de que Dana me seguía.

—Hay algo que me tiene confundido —dijo él mientras Dana y yo estábamos en el umbral, ella aparentemente tranquila, yo lista para saltar en cualquier momento.

—¿Qué?

—Ha dicho que han encontrado un anillo. ¿Puedo verlo?

Dana sabía mentir.

—Lo siento, el anillo está en la comisaría. Pero si el de su mujer ha desaparecido, puedo traérselo para que lo identifique. La inscripción que lleva facilitará las cosas.

Hawick sacudió la cabeza.

—Eso es lo que yo trataba de decirles. No puede ser el de Kirsten.

—¿Por qué no?

—Tenía una inscripción dentro, pero yo sabía que le apretaba y no quise quitárselo a la fuerza. Pedí que la enterraran con él.

No pude contenerme.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Dónde está enterrada?

Él parecía sorprendido y un poco disgustado, como si le pareciera una pregunta de mal gusto. Y lo era..., pero, por Dios, estaba justificada.

—En la iglesia de Saint Magnus —dijo él—. Donde nos casamos.

—Deberíamos haber venido en dos coches —dijo Dana—. Maldita sea.

Puso en marcha el motor y condujo quinientos metros por la carretera hasta que dejamos de ver la casa. Revolví en el bolso buscando el móvil. Al cabo de unos minutos esperábamos un taxi. Dana sacó un cuaderno y empezó a apuntar algo.

—Está mintiendo —dije.

—Lo sé —siguió escribiendo. Miré la hoja. Había apuntado: «Kirsten Hawick, Georgeson de soltera. Murió en el verano de 2004. De un golpe en la cabeza. En el Franklin Stone Hospital. La atendió el interno de más antigüedad».

—Es ella —dije.

—Es posible.

—Has visto la foto. ¿Cuántas mujeres tienen el pelo tan largo? Tiene que serlo —no podía callarme.

—Tranquilízate, Tora. Era una fotografía pequeña. No podemos estar seguras —escribió algo más. Un número—. Este es el número de mi móvil —dijo. Arrancó la página y me la dio—. Ve al hospital lo antes posible y comprueba estos datos. No hables con nadie. Iré allí en cuanto me llames.

Asentí.

—¿Estarás bien? —pregunté.

—Por supuesto. Me quedaré aquí, en el coche, para vigilar.

—¿Puedes pedir refuerzos por radio?

Ella sonrió. Yo había hablado como en las películas de policías.

—En cuanto tenga noticias tuyas. No diremos nada hasta que estemos seguras.

Llegó el taxi y me fui en él.

Quince minutos después la llamé al móvil. Respondió al primer toque.

—Soy yo —dije—. ¿Puedes hablar?

—Adelante.

Respiré hondo.

—Todo lo que ha dicho es verdad.

Silencio. Me pareció oír silbar el viento alrededor de Scalloway Voe.

—¿Ahora qué? —pregunté.

Ella reflexionó un momento.

—Necesito pasar por la comisaría —dijo—. Vete a casa. Luego iré a verte.

Eran pasadas las ocho de la noche y en el Franklin Stone seguía habiendo movimiento. Esperaba no cruzarme con nadie conocido al salir del edificio. Estaba muy alterada y no sabía mentir ni en las mejores condiciones.

Kirsten Hawick tenía que ser la mujer que había desenterrado en el campo. La muerte no la había cambiado mucho. Esa piel blanca y delicada, con la tez salpicada de pecas, tan típica únicamente en las mujeres escocesas, se había vuelto marrón con la turba, pero la cara seguía siendo totalmente ovalada, como la que había visto en la fotografía.

Aun así, acababa de revisar su historial clínico. Ingresó, en efecto, el 18 de agosto de 2004 (casi un año antes de cuando se suponía que había sido asesinada la mujer de la turba), con un trauma severo en la cabeza y múltiples fracturas en la parte superior de la espina dorsal. La declararon muerta a las 7.16 de la tarde y dos días después la enterraron. Hasta le habían practicado la autopsia.

Me detuve en el mostrador de recepción. A las seis de la tarde un portero de noche reemplaza a la recepcionista. Estaba leyendo un periódico con una taza de café medio vacía en la mano.

—¡Hola! —dije, con mucha más alegría de la que sentía.

Él levantó la mirada, no pensó gran cosa de lo que vio y volvió a concentrarse en el periódico.

—¿Tiene por casualidad un callejero que pueda prestarme?

Él sacudió la cabeza y siguió leyendo.

Busqué en el bolso, encontré mi placa y la puse cuidadosamente encima del periódico. Volvió a levantar la mirada.

—Un mapa —dije—. En la recepción tiene que haber uno o usted no podría hacer bien su trabajo. Si no tiene ninguno, presentaré una queja en su nombre, a través de los canales formales, de que no está equipado como es debido.

Me miró con odio. Luego se levantó, se acercó a un archivo del fondo y buscó dentro. Tardó treinta segundos. Volvió con un mapa y lo desplegó.

—¿Qué está buscando?

—La iglesia de Saint Magnus.

Con el dedo manchado de tabaco señaló un lugar en el mapa.

Miré con atención, tratando de memorizar dónde estaba. No quedaba lejos del hospital.

—Gracias —dije.

Él lo empujó hacia mí.

—Quédese —ofreció.

—No, gracias —dije—. Alguien más podría necesitarlo.

Me volví y salí, satisfecha de haber hecho otro amigo en el hospital.

Me alegré de que todavía hubiera luz cuando llegué a Saint Magnus. Tuve que aparcar en la carretera principal y recorrer la calle estrecha y corta, y no estoy segura de si habría tenido el coraje de hacerlo de noche. Todo estaba desierto. Por encima de mí se elevaban edificios altos de granito. Convertidos en oficinas, de noche estaban

vacíos, pero tuve la sensación de que había una docena de ventanas desde las que podían observarme.

Frente a la iglesia había una casa vieja con un jardín tapiado. A lo largo del camino adoquinado de entrada crecían unos árboles que jamás había visto. Parecían alguna clase de sauce, pero no tenían nada que ver con los árboles esbeltos y gráciles que bordean los ríos ingleses. Ninguno medía más de tres metros y medio, ni tenía un tronco central. Gruesas ramas nudosas salían del suelo y se retorcían y entrelazaban en lo alto. Aún no habían empezado a brotar las hojas, y las ramas desnudas me recordaron un bosque encantado de un cuento de hadas espeluznante.

No había un camino fácil que llevara al pequeño cementerio amurallado. Supuse que las visitas oficiales accedían a él a través de la iglesia. Auné coraje durante unos segundos y luego salté el muro. Ninguna de las lápidas cercanas era posterior al siglo XIX, de modo que seguí el estrecho sendero cubierto de vegetación que conducía al fondo. La esquina trasera izquierda parecía prometedora. Había tramos de suelo libres, las lápidas estaban mejor cuidadas y en una tumba había hasta un túmulo y restos de flores.

Tardé cinco minutos en localizarla. En una gran lápida rectangular de granito oscuro y brillante se leía:

KIRSTEN HAWICK

1975-2004

Esposa muy amada

Habían aplanado el montículo y plantado bulbos en él. Algunos de los narcisos estaban en flor; otros se habían secado, y los pétalos estaban marchitos y anaranjados. Hacía falta podarlos, atarlos en pulcros ramilletes y reemplazarlos por plantas de verano, pero me dio la impresión de que Joss Hawick no debía de ir allí muy a menudo. Supongo que la relación que cada uno tiene con la tumba de un ser querido es muy personal. Algunas personas parecen necesitar estar en estrecho contacto con los difuntos y pueden pasarse horas de pie o sentados junto a una tumba. A otras, en cambio, imagino que una tumba les recuerda el deprimente proceso físico de la putrefacción que tiene lugar bajo sus pies.

Me arrodillé y, como no se me ocurrió nada más que hacer, me puse a atar los tallos. Cuando terminé, la tumba estaba más aseada, aparte de las malas hierbas — después de todo lo que había llovido salían como setas—, pero yo tenía las manos hechas un asco.

—Conmover —dijo una voz.

Me di rápidamente la vuelta: había dos hombres detrás de mí. Dos hombres altos. Tenían el sol poniente justo a su espalda y por un momento no estuve segura de quiénes eran. El corazón me dio un vuelco cuando los reconocí. Me levanté, decidida

a hacerles frente, y bajé la mirada hacia la tumba.

—Bueno, ¿quién creéis que está aquí debajo? —pregunté.

Andy Dunn me miró como si fuera una niña difícil en la que ha invertido mucho tiempo y energía, y que ha vuelto a decepcionarle.

—Kirsten Hawick está enterrada ahí —dijo—. Joss Hawick está muy afectado. Probablemente presentará una queja formal.

Bueno, tal vez yo no sea la persona más perspicaz del mundo, pero reconozco una estupidez cuando la oigo.

—No se me ocurre por qué habría de hacerla —repliqué—. Se le ha tratado con mucho tacto y la visita ha sido totalmente legal. Había muchas posibilidades de que el anillo, que yo encontré, en mi terreno, fuera de su mujer.

—¿Qué tal está el caballo? —preguntó Gifford, interrumpiendo con éxito el hilo de mis pensamientos. Dios mío, ¿había ocurrido esa mañana?

—Por favor, Kenn —dijo Dunn con tono cansino.

Decidí pasar por alto a Gifford. O al menos intentarlo. Miré directamente a Andy Dunn.

—He visto una foto de ella esta tarde y es la misma mujer. ¿Cómo se explica si no que el anillo, con la misma fecha de boda y las mismas iniciales, estuviera en mi terreno, en el hoyo en el que la encontré? Por el amor de Dios...

—Tara —era de nuevo Gifford—, solo has visto dos veces el cadáver. La primera estaba cubierto de turba y tú te encontrabas, comprensiblemente, en estado de *shock*. La segunda estaba en una camilla de autopsia y, con franqueza, no creo que te fijaras mucho en su cara.

Miré a Gifford. Tenía los ojos más grandes y brillantes que lo que recordaba. Por primera vez esa tarde empecé a tener mis dudas.

—Muchas mujeres de las islas tienen ese aspecto —dijo él—. El pelo rojo, la piel clara y las facciones pequeñas son rasgos típicamente escoceses. Yo conocía a Kirsten Hawick, la habría reconocido. Para empezar, era casi de tu estatura. Unos doce centímetros más que el cadáver que encontramos.

Sacudí la cabeza, pero lo que decía era verosímil.

Alargó una mano, la puso en mi hombro, y siguió hablando en voz baja, como si quisiera que Dunn no lo oyera.

—Dos médicos, una enfermera y su marido estuvieron presentes cuando se desconectaron las máquinas. Kirsten Hawick murió en nuestro hospital.

No iba a rendirme tan fácilmente.

—Entonces robaron el cadáver. Probablemente del depósito de cadáveres del hospital. Alguien lo robó porque quería el corazón.

Me miraron como si me hubiera vuelto loca.

—No me preguntéis por qué lo querían, pero robaron el cadáver, le arrancaron el corazón y lo arrojaron a mi terreno.

—La mujer de tu terreno acababa de tener un bebé. Kirsten Hawick nunca estuvo

embarazada.

Bueno, tenía que admitir que en eso me había pillado. Además, según el doctor Renney, habían extraído el corazón mientras la víctima seguía con vida, no una vez muerta.

—Y las fechas no encajan —añadió Dunn, imitando el tono suave de Gifford—. He consultado a Stephen Renney y al equipo forense de Inverness. Han examinado detenidamente el cadáver y han llevado a cabo toda clase de pruebas en la turba que lo rodeaba. La mujer de su campo no podía estar muerta desde 2004.

Miré hacia la tumba.

—Hay una forma de saberlo con seguridad.

Eso al menos fue una sacudida para el irritante autocontrol de Dunn. Se puso colorado y me miró furioso.

—Ni se le ocurra. No vamos a empezar a exhumar tumbas. ¿Tiene alguna idea del dolor que eso causa? A toda la comunidad, no solo a la familia afectada.

Gifford levantó la mano del hombro y la deslizó por mi brazo, el dolorido. Lo asió con suavidad y tuve que apretar los dientes para no encogerme de dolor.

—Esto es exactamente lo que me temía. Es comprensible, Tara, pero todo este asunto se ha convertido en demasiado personal. Quiero que vuelvas a considerar lo de tomarte un tiempo libre.

Al menos de momento no iba a despedirme. Pero yo no pensaba tomarme tiempo libre. Había varios partos difíciles en camino y el hospital me necesitaba. Negué con la cabeza.

—De acuerdo —miró a Andy Dunn, como diciendo: «He hecho lo que he podido. ¿Ves lo que tengo que aguantar?».

Tal vez tenía razón, tal vez necesitaba distanciarme un poco del asunto. Olvidarme del asesinato, concentrarme en el trabajo y dejar que la policía hiciera el suyo.

—Tienes consulta por la mañana, ¿verdad? —dijo Gifford.

Asentí.

—Me gustaría verte antes. ¿Podrías estar a las ocho?

Asentí de nuevo; me sentía como una adolescente delincuente cuyos padres han sido demasiado comprensivos.

Gifford me sonrió. Me rodeó los hombros con un brazo y me condujo con suavidad por el sendero.

—Vamos, te acompañaré al coche.

Andy Dunn nos siguió en silencio por el sendero hasta la verja del cementerio.

Mientras me marchaba, los vi a los dos por el retrovisor, de pie en la carretera, observándome.

Cuando llegué a casa, había una figura oscura acurrucada en el umbral. Grité cuando

se acercó a mí.

—Tranquila, soy yo.

Dana se colocó bajo la luz. El cuerpo tarda en conectar con la mente en tales ocasiones. Aunque sabía que no debía preocuparme, tenía los nervios a flor de piel, como si me hubieran sometido a un millar de pequeños electrochoques. Miré alrededor.

—¿Dónde está tu coche?

—Abajo, en la carretera.

La miré como atontada.

—¿Por qué? —logré decir.

—No quiero que nadie lo vea aparcado fuera de tu casa. Quedamos en que nos encontraríamos aquí, ¿recuerdas?

—Sí, pero... es evidente que esta tarde no has visto a tu inspector jefe.

—Por supuesto que lo he visto. ¿Por qué? ¿Tú también lo has visto?

Asentí.

—Me ha sorprendido en el cementerio de Saint Magnus. En la tumba de Kirsten. Arqueó las cejas de golpe.

—¿Eso ha sido ahora?

—Me lo ha explicado todo. Él y Kenn Gifford.

Me miró con una mezcla de diversión y compasión en su cara.

—¿Y te lo has tragado? Tara Hamilton, no eres la mujer que yo pensaba.

—He visto su tumba, Dana. No es posible.

Estábamos sentadas en la cocina, con las puertas cerradas con llave y las persianas bajadas. Me notaba cansada y tenía la desagradable sensación de estar siendo arrastrada de nuevo hacia algo que había dejado atrás encantada hacía media hora. Bebíamos café fuerte y humeante. Le había ofrecido vino tinto, pero Dana lo había rechazado. «Necesitamos pensar», dijo. El plural me asustó. De pronto éramos cómplices, trabajábamos contra las claras instrucciones de nuestros superiores. Podía decirse que estábamos siendo imprudentes, que seguramente nos disponíamos a hacer un daño considerable, y que sin duda nos encontraríamos en un gran apuro cuando —no *si*— nos descubrieran.

También le había ofrecido algo de comer, pero me había mirado distraída. No estaba segura de si era un sí o un no. Yo tenía hambre y sabía que había jamón en la nevera y pan fresco en la panera.

—Todo es posible. Solo que no veo cómo lo hicieron.

—¿Quiénes son exactamente «ellos»? Estás hablando de mi jefe. Un miembro del Real Colegio de Cirujanos, por el amor de Dios. Había otras personas presentes en la habitación cuando desconectaron las máquinas. Kirsten Hawick murió. Y lo hizo casi un año antes que nuestra víctima.

Dana chasqueó con la lengua.

—Sí, sí... Ya he oído todo eso. Pero..., digámoslo así: encontraste un anillo de boda en el mismo lugar donde encontraste un cadáver; la inscripción de dentro nos revela que pertenece a una mujer muerta, una tal señora Hawick, cuya edad y grupo étnico coinciden con los de nuestra víctima, y que, a juzgar por las fotos de la boda, tiene un gran parecido físico con ella. Y te dicen que solo son coincidencias. ¿Te parece probable?

Ni remotamente, esa era la respuesta sincera. Pero las pruebas de que Kirsten estaba muerta eran bastante convincentes. Me levanté. No iba a dejar de prepararme un sándwich en mi propia casa solo porque me sentía intimidada. Saqué el jamón, la mantequilla y el pan.

—Me he sentido muy estúpida —dije—. Dios sabe lo que habrán pensado de mí cuando me han visto arrancando hierbajos en su tumba.

—¿No te parece extraño que los dos te siguieran hasta el cementerio? ¿Cómo sabían que estabas allí? ¿Y por qué se molestaron en ir? —Dana se detuvo, reflexionó un segundo y añadió—: ¿Sueno a paranoica?

La miré por encima del hombro.

—Totalmente.

—Gracias —he de reconocer que sonrió.

—De nada —me incliné de nuevo y busqué la mayonesa en el fondo de la nevera. Cuando me erguí, Dana volvía a estar seria.

—Hay algo que quiero que hagas —dijo. Justo cuando creía que estaba a salvo.

—¿Qué?

Introdujo una mano en su cartera y sacó una delgada carpeta de cartón verde. Del interior extrajo una película transparente en blanco y negro.

—Es una radiografía de la dentadura de nuestro cadáver. Mi equipo ha estado comparándola con las de las mujeres de la lista. Hasta ahora no ha coincidido con ninguna, pero, como es lógico, no tenemos acceso a todos los historiales.

Llevé la comida a la mesa y fui a coger cubiertos.

—¿Qué quieres que haga?

—He llorado y suplicado, pero el inspector se niega a pedir a Joss Hawick el historial dental de su mujer para compararlo.

No veía muy claro adónde quería ir a parar.

—¿Y?

—Tú podrías buscarlo.

Sentada de nuevo a la mesa, empecé a untar la mantequilla en el pan. Sacudí la cabeza.

—La mayoría de los dentistas tienen consulta privada. Nadie puede acceder a sus archivos. Aunque supiéramos quién era el dentista de Kirsten, no me dejaría consultar su historial sin una autorización de Joss Hawick.

—Tora, estás pensando en Inglaterra. Aquí las cosas son diferentes. La mayoría de la gente va al dentista de la Seguridad Social. Además, hace un año se puso en marcha un programa informático piloto. Todos los historiales dentales de las islas se informatizaron y es posible acceder a ellos desde una base central.

—Sigo sin ver...

—En tu hospital hay una unidad dental. El historial de Kirsten estará en el sistema informático del hospital. Tú puedes acceder a él.

Probablemente tenía razón.

—No soy dentista —dije con poca convicción.

—Has estudiado anatomía. Sabes interpretar una radiografía. Tienes más posibilidades de saber si coincide que yo.

Una cosa era seguir una corazonada y otra muy distinta pedir a alguien a quien casi no conocías que llevara a cabo una investigación ilegal. ¿Qué me estaba ocultando?

—¿Lo harás? —preguntó.

No lo sabía.

—Si no coinciden, el anillo es una pista falsa y no perderemos más tiempo.

Sin duda valía la pena intentarlo, para pasar página. Demostraría a Dana que el cadáver no era de Kirsten y pondría fin al asunto.

—De acuerdo, lo haré mañana —señalé la comida—. Sírvete.

Dana pasó del jamón y cogió una rebanada de pan con mantequilla.

Yo, por mi parte, ya no tenía hambre.

No estoy segura de en qué momento de la noche empecé a sospechar que había alguien más en la habitación. Hacia las dos de la madrugada, supongo, porque es cuando estoy profundamente dormida y me cuesta más despertarme. Después de diez años de hacer guardias de noche, aprendes a conocer el ritmo de tu sueño.

De modo que ahí estaba yo, a eso de las dos de la madrugada, sola, porque no estaba previsto que Duncan llegara antes del sábado por la mañana, recobrando la conciencia y con el temor persistente de que las cosas no estaban como debían estar. Porque alguien había entrado en mi dormitorio.

No puedo explicar cómo lo supe. Cuando sueles dormir acompañado, desarrollas un sentido hacia la intimidad del otro y, al despertarte, una docena de cosas diferentes te recuerdan en un instante que tu pareja sigue allí: el olor de su piel, el ruido de su respiración, el calor de su cuerpo. Te vuelves a dormir sereno: no estás solo y la persona que tienes a tu lado te resulta familiar y tranquilizadora.

Ahí no había tranquilidad ni familiaridad. La presencia que advertí distaba de ser el agradable calor que desprende un marido dormido; era algo ajeno, molesto, depredador.

Estaba acurrucada en la cama, como siempre, tapada hasta el cuello, y, como una niña que se esconde del Coco, me sentí protegida por el edredón; pensé que si me quedaba inmóvil y fingía dormir, tal vez, solo tal vez todo iría bien, y quienquiera que estuviera conmigo en la habitación (bastante cerca ya, lo notaba) se desvanecería en el reino de los sueños olvidados. Mi lado soñoliento solo quería volver a sumergirse en el sopor y aprovechar la oportunidad.

Al mismo tiempo, la parte que trataba desesperadamente de despertarse del todo sabía que aquello no eran solo terrores nocturnos, esas cosas que pasan a veces cuando duermes solo. No era el crujido de las tablas del suelo o el sonido del viento en los cubos de basura de la casa de al lado. Para empezar, no oía nada: el viento había dejado de soplar, el calentador del agua por fin se había apagado, y hasta los pájaros nocturnos —a menudo tan locuaces en las Shetland— se habían tomado un descanso. Silencio absoluto. Un silencio profundo, oscuro, impenetrable.

Me preparé para moverme, levantarme de golpe, sobresaltar a quien fuera que estuviera allí y darme así la oportunidad de defenderme. Pero descubrí que no tenía valor. Me quedé donde estaba, totalmente expuesta a la amenaza e incapaz de mover un músculo. Ni siquiera podía abrir los ojos. No estoy segura de cuánto tiempo pasó; me pareció una eternidad, pero probablemente solo fueron un par de minutos. Luego, un ligero movimiento de aire me rozó la mejilla, la atmósfera en la habitación cambió y me encontré sentada en la cama.

La habitación estaba oscura, mucho más oscura de lo normal. En las Shetland la luz casi nunca desaparece del todo durante el verano, pero esa noche era de las más oscuras que recuerdo. Miré alrededor, luchando por discernir algo entre las sombras

más profundas. No había nadie ni nada en la habitación que no debiera estar ahí. Excepto el olor.

Estaba respirando demasiado deprisa: bocanadas cortas rápidas, aterrorizadas, y me obligué a serenarme y a inhalar por la nariz, a asegurarme de que no me lo estaba imaginando. Como un experto en perfumes que prueba una nueva fragancia, olfateé el aire a mi alrededor: sudor, muy débil pero inconfundible; y un ligerísimo rastro de humo de cigarrillo, no el olor de un fumador, sino el de alguien que tal vez había atravesado rápidamente una habitación llena de humo; y algo más, todavía más débil, algo que me hizo pensar en el armario lleno de especias de mi madre: canela tal vez, o jengibre. Era un olor que podías percibir veinte veces el mismo día y no pensar en nada: al cruzarte con alguien por un pasillo, al subir a un tren, al estrechar la mano de un desconocido. El olor normal y corriente de un hombre normal y corriente.

¿Qué demonios hacía en mi habitación en mitad de la noche?

Fue entonces cuando noté algo extraño. La puerta del dormitorio estaba ligeramente entreabierta. Aunque pueda parecer extraño, soy incapaz de dormir con las puertas abiertas. La que da al pasillo, la que comunica con nuestro cuarto de baño, hasta las de los armarios tienen que estar cerradas. Duncan se ríe de mí, hasta yo me río, pero antes de dormir siempre cierro sin falta todas las puertas.

Me quedé inmóvil en la cama y agucé el oído como nunca lo había hecho. Nada. En mi mesilla de noche había un teléfono, y estaba bastante segura de que la policía, Dana al menos, acudiría enseguida. Pero ¿qué iba a denunciar exactamente? ¿Un olor? ¿Una puerta que no estaba debidamente cerrada?

Me obligué a levantarme de la cama mientras trataba de recordar qué se supone que uno debe hacer en semejante situación. ¿Hacer ruido o guardar silencio? ¿Coger el teléfono y fingir que llamas a la policía? Me acerqué a la puerta y la abrí con suavidad. En el pasillo no había nadie. Daba a cuatro puertas más: tres dormitorios y el cuarto de baño principal. En el piso de abajo se oyó crujir una tabla de madera.

Volví corriendo a mi habitación, abrí la puerta del armario y busqué en el estante superior. Palpé lo que buscaba y lo cogí. Comprobé el seguro y la sostuve frente a mí, como había visto hacer a la gente en la televisión. Luego crucé la habitación, salí al pasillo y me detuve en lo alto de la escalera. En las manos tenía un arma para sacrificar caballos de forma humanitaria, un tosco e ineficaz trasto de hierro y cobre de hacía cincuenta años. Había pertenecido a mi abuelo y había sido diseñada para sacrificar a los caballos heridos o muy viejos incrustándoles un proyectil de hierro de cinco centímetros justo en el cerebro. Duncan me había suplicado que me deshiciera de ella. Yo siempre me había resistido, y en ese momento me alegré. Era totalmente inútil a menos que tuvieras el blanco tan cerca que pudieras rozarlo pero eso la mayoría de la gente no lo sabía. Tener un arma, aunque fuera esa, me infundió el coraje necesario para bajar.

La puerta de la calle se hallaba al pie de la escalera. Comprobé rápidamente que seguía cerrada. Abrí de un empujón la puerta del comedor y miré alrededor. Nada a la

vista. La sala de estar, en el otro extremo del pasillo, era una habitación mucho más amplia; tres sofás grandes, detrás de los cuales se podía esconder alguien. Di un paso. Y otro.

Del pasillo llegó el estrépito de algo haciéndose añicos, pasos corriendo, una puerta que se abría. Salí rápidamente de la habitación, entré en la cocina y encendí la luz. Un gran jarrón de cristal que había dejado demasiado cerca del borde de la encimera se había roto al caer al suelo de pizarra. La puerta trasera estaba abierta de par en par y el aire frío de la noche se abría paso en la habitación. Corrí a cerrarla, y eché la llave y los dos cerrojos.

Mientras me acercaba al teléfono, me fijé en que la puerta que daba al sótano también estaba abierta y la luz encendida. En tres pasos estuve en lo alto de la escalera.

No tenía ninguna intención de bajar al sótano. Aquella parte de la casa ya era bastante espeluznante aun en las mejores condiciones. Pero al pie de la escalera había algo; algo que no debería estar allí.

Era un objeto envuelto en tela y tenía el tamaño de un pomelo. Yo seguía estando a cierta distancia y la luz del sótano era demasiado tenue para verlo claramente. Pero estaba bastante segura de que la tela era de lino color marfil y envolvía algo rojo escarlata.

El cerebro me ordenaba que llamara a la policía, que, fuera lo que fuese ese objeto, ellos se ocuparían de él. Pero un pie y luego el otro me llevaron abajo. Solo había ocho escalones y enseguida estuve lo bastante cerca para tocarlo. Me agaché.

La tela estaba húmeda. Rezumaba un líquido rojo que se extendía por el suelo de piedra del sótano. El envoltorio de tela estaba frío y olía a algo que... no me esperaba en absoluto. Lo cogí y desenvolví el lino. Parte de lo que había dentro cayó al suelo. El resto se quedó en mis manos.

Estaba mirando un puñado de fresas.

No eran silvestres —no era la temporada—, de modo que eran fresas comunes, de las que encuentras en los supermercados y en las fruterías de todo el país. La mayoría estaban aplastadas, de ahí el líquido rojo que rezumaba a través del lino y el olor dulzón a verano. Arrodillada a la débil luz del sótano, me dije que debía de estar como un cencerro para haberme asustado tanto por eso. Sin miedo ya, pero furiosa, recogí las fresas que se habían caído y subí la escalera hasta la cocina con el arma bajo un brazo. Cuando llegué arriba, cerré la puerta detrás de mí y me acerqué al teléfono.

Me quedé inmóvil, incluso dejé de respirar. La cocina empezó a volverse oscura a mi alrededor, pero no podía apartar los ojos de lo que tenía delante. Durante un par de segundos creí que había perdido la razón. Lo que estaba mirando era inconcebible. Acababa de estar en esa habitación hacía apenas unos minutos, era imposible que no hubiera visto... eso en la mesa de la cocina.

Las fresas cayeron al suelo y el arma estuvo a punto de seguir las pero logré

evitarlo. Me volví, casi tropezando, y agarré el teléfono. Luego salí corriendo de la habitación, crucé el pasillo y me metí en el cuarto de baño del piso de abajo. Cerré la puerta de golpe, eché ridículamente el cerrojo y me desplomé en el suelo. Apoyé la espalda en la puerta, apreté los pies contra la pared de enfrente y, combatiendo las náuseas, telefoneé a la policía.

Durante los veinte minutos que tardaron en llegar, casi no me moví. Tenía frío, pero no creía que esa fuera la única razón por la que no podía dejar de temblar. Cada pocos minutos me invadían las náuseas, pero por suerte siempre las contenía justo antes de la arcada. Telefoneé al móvil de Duncan, pero lo había desconectado. No le dejé ningún mensaje. ¿Qué iba a decirle?

Quería sobre todo llamar a mi padre. Explicarle lo que había pasado, oírle decir que todo iba a arreglarse. Cuatro veces, creo, marqué el número de mis padres pero no me vi con fuerzas de añadir el último dígito. ¿Qué diablos podría hacer mi pobre padre? Estaba a cientos de kilómetros de distancia.

Por fin oí que los coches se detenían en el patio y me obligué a levantarme para abrir la puerta. Andy Dunn me miró y me ordenó que fuera a la sala con una agente. Me dieron una manta y me quedé allí sentada temblando, tratando de responder las preguntas que ella y un detective me hicieron. De la cocina me llegó una profunda inhalación de Dunn y una blasfema exclamación del sargento que lo acompañaba. No vi a Dana. Luego oí a Dunn hablar por teléfono.

—Sí, han entrado en una casa. Han dejado una especie de órgano en la mesa de la cocina. Parece un corazón... Sí, podría ser humano...

Me levanté con esfuerzo, haciendo caso omiso de las protestas de los dos agentes, y entré en la cocina. No habían tocado el corazón. Yacía, rutilante, en medio de un charco de sangre. El olor, intenso, metálico y nauseabundo, había invadido la cocina. Traté de no respirar demasiado hondo.

—No creo que sea humano —dijo.

Dunn dejó de hablar por la radio, murmuró que llamaría más tarde y desconectó.

—¿No? —dijo.

Pensé que parecía más pálido de lo normal, pero tal vez fuera porque lo habían sacado de la cama de madrugada.

Sacudí la cabeza.

—De entrada creí que lo era. Pero he tenido tiempo para reflexionar —la verdad es que seguía sin estar segura. Mirándolo de nuevo, podría haber apostado por ambas posibilidades.

Entró otro agente en la habitación.

—No hay señales de que hayan entrado a la fuerza, Andy. No hay nada roto ni forzado.

Dunn lo miró y asintió. Luego se volvió hacia mí.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó—. ¿De dónde sale? ¿De qué clase de animal?

Tragué saliva.

—¿Puedo pesarlo? —pregunté.

Dunn lanzó una mirada al agente.

—No estoy seguro... —empezó.

—Necesitará un médico para que se lo confirme. Yo podría servirle.

Dunn no dijo nada. Crucé la habitación hasta donde había dejado mi maletín y revolví en él hasta que encontré unos guantes de cirujano. Luego llevé la balanza de la cocina a la mesa.

—El corazón de los mamíferos es muy parecido en estructura —trataba de parecer profesional pero sabía que no lo estaba consiguiendo—. De él salen cinco conductos principales que conocemos como los grandes vasos: la vena cava inferior y superior, los dos troncos pulmonares y la aorta —toqué el corazón y le di la vuelta. Salió sangre, que ya empezaba a coagularse y manchó la mesa. La agente soltó un gritito. Apreté los dientes y respiré hondo—. También tiene dos cámaras, que son el ventrículo izquierdo y el derecho, las dos de paredes gruesas y musculares, la izquierda de un tamaño considerablemente mayor que la derecha. Y un atrio derecho e izquierdo. Todo está aquí.

—No hace falta que... —empezó a decir Dunn, pero sí hacía falta. Tenía que demostrar ante todos ellos, y sobre todo ante mí misma, que no iba a asustarme, al menos no más de cinco minutos, por algo que había visto y manejado muchísimas veces antes. Cogí el corazón y lo puse en la balanza.

—El corazón humano suele pesar entre doscientos cincuenta y trescientos cincuenta gramos —dije.

La balanza electrónica marcó trescientos cuarenta y cinco gramos.

—Está dentro del margen —dijo Dunn.

—Sí —coincidí—. Cabe la posibilidad de que sea el corazón de un varón adulto corpulento. De metro ochenta de estatura y constitución fuerte. Pero si tuviera que apostar, diría que es de un cerdo grande.

El alivio general fue casi palpable. Me ordenaron que regresara a la otra habitación y me interrogaron de nuevo. Llegaron más policías. Quitaron el polvo para buscar huellas dactilares, rodearon el perímetro de la finca con perros y se llevaron las fresas y el corazón. Dana seguía sin aparecer.

Al final Dunn se sentó conmigo en el sofá.

—Ahora debe descansar —dijo, casi con suavidad—. Dejaré a un par de agentes en la casa el resto de la noche. Estará totalmente segura.

—Gracias —logré decir.

—Duncan vuelve el sábado, ¿verdad?

Asentí.

—Tal vez mañana quiera quedarse en otro sitio. Debe de ser alguna clase de broma macabra, pero no me gusta que no hayan forzado la entrada. Averiguaremos quién podría tener otro juego de llaves. No creo que sea mala idea cambiar las cerraduras.

Volví a asentir.

Alargó una mano, me tocó el brazo y, sin saber muy bien qué hacer a continuación, acabó dándome una palmadita en la espalda. Luego se levantó.

—Trate de descansar, señorita Hamilton.

Y se fue.

Subí la escalera pensando que, como broma, era la menos graciosa que me habían hecho nunca. Además, a mí no me parecía una broma. Me parecía que alguien había intentado pegarme un susto mortal.

—Tor, yo encontré el anillo.

—¿Cómo? ¿Que hiciste qué?

Eran las siete cuarenta y cinco de la mañana siguiente; llegaba tarde y conducía demasiado deprisa. Duncan me había llamado para decirme que tenía otra reunión programada, una muy importante, y que no estaría de vuelta hasta el sábado por la noche, y que si tenía algún inconveniente. Parecía tan emocionado y animado con el posible trato que no pude contarle lo que había ocurrido la noche anterior. No quise estropear una gran oportunidad para él. No me pasaría nada por pasar otra noche sola, me dije. Además, podía dormir en el hospital.

De modo que solo le expliqué lo que había ocurrido el día anterior, cosas que me habían parecido importantes en ese momento: que había encontrado el anillo en la bota, que había comprobado los distintos registros civiles, y que había ido a casa de los Hawick y al cementerio. Hablaba deprisa, rezando para que no notara lo asustada que seguía estando, e incluso mencioné la búsqueda ilegal que iba a hacer de los historiales dentales. Él me escuchó con paciencia hasta que acabé y luego dejó caer la bomba.

—Lo encontré yo —dijo—, hace meses.

No podía dar crédito. El anillo se había desprendido de la suela de mi bota. Había estado enterrado en dos metros de turba junto con el cuerpo sin vida de su dueña.

—¿Dónde? ¿Cómo? —logré decir.

—En el campo del fondo. El pasado noviembre, creo, antes de que vinieras. Estaba echando cemento para poner la valla y lo vi en un montón de tierra. Tuve que desenterrarlo.

—Pero... ¿no me dijiste nada!

—No le di muchas vueltas. No estaba seguro de qué era. Estaba sucio y quería acabar con la valla. Lo tiré a la caja de herramientas y me olvidé de él.

De pronto todo tenía sentido: el anillo había estado en la caja de herramientas de Duncan. Se me había caído al suelo al buscar algo para cortar el alambre que rodeaba la pata de Charles y lo había encontrado poco después en la escalera. Había estado cerca de mi bota; aún más importante, nunca había estado en la tumba. La valla que Duncan había levantado alrededor del campo del fondo se encontraba a unos cien metros colina abajo de donde yo había querido enterrar a Jamie. Al final, el anillo era una pista falsa.

—Pero ¿cómo llegó hasta allí? —aunque fuera una pista falsa, algo seguía sin cuadrar.

—Buena pregunta. Eso aceptando que fuera realmente el anillo de boda de la mujer que murió... ¿Kirsten, se llamaba? ¿Es posible que no lo fuera? ¿Se lee bien la inscripción?

—No mucho —no había estado totalmente segura acerca de las iniciales. Solo

estaba clara la fecha y, según había averiguado, aquel día se habían celebrado varias bodas.

—Tor, no vas a comprobar los historiales dentales, ¿verdad? Sera una pérdida de tiempo. Además, es muy poco profesional, probablemente hasta sea ilegal. No te impliques más.

Duncan no suele decirme lo que debo hacer. Cuando lo hace, casi siempre estoy de acuerdo con él.

—No, por supuesto que no. Tienes razón —lo creía de verdad. Había ido demasiado lejos.

—Buena chica. Hasta mañana. Te quiero.

Hacía mucho que no me lo decía. Cuando estaba a punto de responder, colgó.

Me encontraba en las afueras de Lerwick y aceleré hasta llegar al hospital. Miré el reloj del salpicadero. Llegaba diez minutos tarde. Aparqué, bajé del coche e hice una mueca de dolor. Se me ocurrió que podía haber pillado una gripe de verano; me dolía todo el cuerpo, me sentía como con resaca, aunque no había bebido nada la noche anterior, y como si no hubiera dormido en una semana. Y encima iba a llegar diez minutos tarde y a recibir una bronca de Kenn Gifford.

Me esperaba en mi despacho, mirando por la ventana, ya vestido para el quirófano y con el pelo recogido en una coleta.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, volviéndose.

—He tenido mejores días —respondí.

Debía de tener mal aspecto, pero Gifford tampoco tenía muy buena cara. Sus estrechos ojos parecían más entrecerrados que nunca y las ojeras se habían hecho más profundas.

—Siento llegar tarde —dije—. Duncan me ha llamado mientras venía para aquí y eso me ha retrasado un poco.

Le expliqué a Gifford que Duncan había encontrado el anillo. Cuando terminé, él asintió.

—Llamaré a Joss Hawick. Es casi seguro que no es el anillo de su mujer, pero si quiere seguir adelante con el asunto, puede llamar a la comisaría para identificarlo. Si fuera de ella, estaríamos ante un robo, y un robo particularmente desagradable, por cierto; significaría que alguien está robando objetos del depósito de cadáveres. Siento todo lo que está ocurriendo, Tora. Con tantas distracciones no puede ser fácil adaptarse. ¿Quieres un café?

—Gracias —dije.

Él se acercó a la cafetera de la esquina y sirvió dos tazas.

—¿Tienes alguna clase de llave maestra? —pregunté.

Se volvió con una taza humeante en cada mano y arqueó las cejas.

—Ayer cerré el despacho con llave, pero has logrado entrar y preparar el desayuno. ¿Estás horneando también cruasanes?

—Iré encantado a la panadería. El señor Stephenson lleva tres meses esperando

ese *bypass* y estoy seguro de que no se morirá por esperar otra media hora. Pero no. Tener una llave maestra y utilizarla sería poco profesional, ¿no te parece? A menos que seas el empleado de la limpieza. Como el que estaba aquí cuando he llegado, el que me ha dejado entrar y preparar café. Me ha parecido que lo necesitarías. —Me ofreció la taza.

El calor en las manos me pareció reconfortante, como un abrazo de un viejo amigo. Él estaba muy cerca de mí y yo no me aparté.

—El inspector Dunn ha pasado hace un rato por aquí —dijo—. Quería que Stephen Renney confirmara que el corazón no era humano.

—Y... —le urgí, aunque estaba bastante segura de que la noche anterior no me había equivocado.

Gifford señaló las dos butacas de la esquina. Me indicó por señas que me sentara y así lo hice.

—De un cerdo —dijo—. Andy tiene a su gente registrando todas las carnicerías de las islas. Si alguien ha comprado un corazón en los últimos días, pronto lo sabremos.

—¿Sigues con la teoría de la broma macabra?

Kenn asintió.

—Creo que tiene razón, ¿tú no? Suponiendo que el asesino sigue estando aquí, ¿por qué iba a correr semejante riesgo? Anoche podrías haberlo visto.

«Entonces en estos momentos estaría muerta».

—Andy está haciendo lo posible por no sacar a la luz los detalles —continuó Gifford—, pero este es un lugar pequeño. Todo acaba sabiéndose. Habrá gente que sepa que tú encontraste el cuerpo, que le habían arrancado el corazón y lo que había tenido en la barriga. Las bromas así no son de muy buen gusto, pero por aquí hay gente rara.

—Y yo no soy Miss Popular.

—Ay, eso no lo sé —se levantó—. Necesitas un sitio donde dormir esta noche. Te ofrecería mi habitación de invitados, pero no sé cómo le sentaría a Duncan.

De pronto no podía mirarlo.

—¿Ha hecho muchos avances el inspector Dunn en la investigación del asesinato? —en parte lo pregunté porque estaba segura de que la policía local habría sido más comunicativa con uno de los suyos de lo que lo había sido conmigo, pero también porque la situación pedía un cambio de tema.

—Han descartado que la víctima fuera de aquí —dijo—. No coincide con ninguna mujer de la lista. Andy tiene un equipo examinando listas similares en el resto del Reino Unido. Cuando encuentren alguna coincidencia utilizarán los historiales dentales para confirmar la identidad.

Los historiales dentales que en ese momento estaban en mi maletín. Debí de poner cara de culpabilidad, pero si él lo notó no lo exteriorizó.

—No es excitante ni glamuroso, pero es un buen trabajo policial y tarde o

temprano dará resultados.

—Eso crees tú, pero... —me interrumpí. Kenn conocía a Dunn desde el colegio, a mí solo desde hacía unos días. ¿Con quién iba a estar su lealtad?

—Pero ¿qué? —insistió él.

—Es que parece..., a veces creo... —me interrumpí de nuevo. Kenn me miraba, a la espera de que continuara. No iba a caer en la trampa—. No parece estar tomándose lo muy en serio. Primero el cuerpo era un hallazgo arqueológico, luego la víctima no era de aquí, y lo de anoche fue una broma macabra. Es como si quisiera restarle importancia todo el tiempo, hacer que parezca menos grave de lo que es.

Kenn me miraba ceñudo, pero no podría decir si no me creía y estaba enfadado o, al contrario, si me creía y se había alarmado.

—Dana Tulloch también lo cree —continué—. No me ha dicho nada, es demasiado profesional para eso, pero a veces intuyo lo que piensa.

Suspiró.

—Tora, hay algo que debes saber sobre la oficial Tulloch.

—¿Qué?

—Seguramente estoy violando toda clase de confidencialidad profesional, pero, bueno, Andy Dunn y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Lo sé. Todos os conocéis.

Sonrió.

—No es la primera vez que Dana tiene el cargo de oficial. También lo tuvo en Dundee. Y en Manchester. En ningún sitio le fue bien, y estuvo de acuerdo con los dos traslados. Tengo la impresión de que esta es su última oportunidad en el cuerpo.

Me quedé asombrada.

—Pero si es muy... competente.

—Sí, es bastante brillante. Un coeficiente intelectual fuera de serie. Es una de las razones por las que ha aguantado tanto. Pero hay otros problemas.

—¿Cómo cuáles? —no me gustaba ese asunto. El día anterior me sentí a gusto con Dana, incluso empezó a caerme bien. No me gustaba estar hablando a su espalda.

—No recuerdo mucho de psicología, pero diría que da muestras de sufrir un trastorno compulsivo obsesivo. Creo que tuvo problemas alimentarios en el pasado, tal vez no los haya superado, porque está muy delgada. Y tiene una obsesión compulsiva por el orden, la organización y el aspecto físico. De todos es sabido que coge una auténtica rabieta cuando en su mesa alguien cambia una grapadora de sitio.

—Es ordenada —recorrí con la mirada el despacho; estaba hecha una pocilga, como siempre—. Dios mío, ojalá todos tuviéramos ese problema.

—Fíjate en cómo se viste. ¿La has visto alguna vez menos que impecable? ¿Cómo puede permitirse vestirse así con su sueldo? ¿Y qué me dices del coche que tiene? No solo es un Mercedes, es que parece recién salido del salón de exposición. Los coches de todos los policías que he conocido parecen el vertedero municipal. Las alfombrillas no se ven a causa de las colillas, los restos de comida para llevar y los

envoltorios de chocolatinas. Y te estoy hablando de los más refinados. Al suyo le pasa todos los días la aspiradora.

—¿Qué quieres decir?

Se acercó a la ventana.

—Se sabe que tiene deudas importantes —dijo a las gaviotas. Luego se volvió de nuevo hacia mí—. No puede parar de gastar. Un dinero que no tiene. Y es incapaz de trabajar en equipo. Siempre se anda con misterios. Dunn se sube por las paredes, y eso la hace muy poco popular entre sus colegas. Si alguien cuestiona sus métodos ella responde que el problema es de ellos; que hay alguna clase de conspiración para acabar con ella.

Recordé cómo se había comportado la noche anterior, trabajando conmigo en lugar de con cualquiera de sus colegas, sin comunicarles lo que se proponía hacer. Me había parecido extraño; ahora tenía más sentido. Y eso fue antes de sus acusaciones contra Gifford y Dunn, y de que me convenciera para que llevara a cabo una investigación ilegal de información confidencial. Genial, ¡mi nueva mejor amiga era un bicho raro!

—En mi opinión, Dana Tulloch necesita ayuda profesional —dijo Gifford—. Tú, por tu parte, debes aceptar lo ocurrido y pasar página.

—Eso ya me lo habías dicho.

—Y vale la pena que te lo repita. Este caso podría no resolverse nunca.

Lo miré y sacudí la cabeza.

—Pregunta a cualquier policía —continuó él—. Las posibilidades de resolver un asesinato siempre son mayores en las primeras veinticuatro horas. Cada día que pasa, el rastro se enfría. Estas pistas tienen dos años, y nuestra amiga del depósito de cadáveres no es ninguna de las mujeres de la lista de desaparecidas ni ninguna de las que dieron a luz en las islas aquel año. Casi seguro que no era de aquí.

Tenía razón, por supuesto. Al final los mayores siempre tienen razón. Consultó el reloj.

—Ya son casi las nueve. ¿Tienes consulta esta mañana?

Asentí. Me esperaba una mañana atareada. Diez citas, seguidas de dos cesáreas programadas para la tarde, y dar de alta a Janet y a Tamary Kennedy.

—Será mejor que yo también me vaya. El señor Stephenson estará preguntándose dónde me he metido.

Estaba en el umbral cuando lo llamé.

—Kenn, ¿sabes qué quiere decir KT?

Se volvió.

—¿Perdona?

—KT. Lo encontré en el sistema, al lado de los partos del verano de 2005.

Cayó en la cuenta.

—Ah, sí, yo también me lo pregunté. Son las siglas en inglés de Trauma Keloide.

—¿Qué?

—Es un término acuñado aquí. No puedes haberlo oído antes. Espera, deja que piense...

Se apoyó contra el marco, mirando el techo. Lo observé. El término «keloide» alude a una sobrerreacción en un tejido de piel fibrosa que a veces se produce tras una cirugía o herida. Puede dar lugar a una cicatriz gruesa o marcada.

—Hace tiempo hicieron un estudio —dijo Gifford al cabo de unos segundos—. Lo dirigió uno de nuestros licenciados. Yo estaba fuera y reconozco que no lo leí, por eso no puedo ser muy preciso. Ya me acuerdo. Es una condición genética que resulta en una cicatriz severa tras la ruptura del perineo en el parto. Cuando llega el siguiente hijo puede causar problemas. De ahí que se hable de trauma keloide.

—Parece que es algo a lo que debería prestarle atención —dije, aliviada de que al menos pudiera tachar un misterio de la lista.

—Trataré de buscarte información sobre ello —se volvió hacia la puerta y se detuvo para mirar por encima del hombro—. A Duncan no le caigo bien porque le robé la novia —me sonrió; una prolongación de los labios delgada y sin alegría—. Más de una vez.

Agradecí a mi buena estrella tener muchas visitas esa mañana y que no fuera un trabajo que exigiera mucha concentración. Durante horas ausculté los latidos del corazón de los fetos, tomé la tensión, comprobé excesos de azúcar en la orina y examiné abdómenes en distintas fases de dilatación. Expliqué con cara seria que la humedad de las braguitas probablemente se debía a una ruptura de aguas prematura o a la incontinencia propia de final del embarazo, y me contuve y no me lancé desesperada contra una mujer que cumplía treinta y ocho semanas de su cuarto embarazo y que insistió en que le describiera con exactitud lo que se experimentaba durante una contracción de Braxton Hicks. «Bueno, dímelo tú, cariño».

En el descanso de media hora para comer me compré un sándwich en el restaurante del hospital. Como no tenía ganas para hablar de trivialidades, me lo llevé a la oficina y, sin nada inmediato en lo que ocuparme, empecé a tener *flash-backs* de la noche interior. Mi sándwich —de rosbif poco hecho— dejó de parecerme una buena elección. Busqué algo con lo que apartar mi mente de los órganos cubiertos de sangre y me sorprendí pensando en Kirsten Hawick, que había muerto montando a caballo no muy lejos de allí. Yo montaba desde que tenía siete años y, modestia aparte, creía hacerlo bastante bien. Pero la noticia del accidente de Kirsten me había inquietado. Hasta al mejor jinete le pueden pillar desprevenido, y los caballos son especialmente impredecibles, sobre todo en la carretera. Quería saber más. ¿Había sido culpa de ella? ¿Qué le había ocurrido al conductor de la camioneta? Encendí el ordenador y accedí a internet.

El *Shetland Times* no es el único periódico de las islas, pero es el que afirma tener más tirada. Averigüé fácilmente su website. Escribí en el buscador «Kirsten Hawick» y «accidentes a caballo», y pulsé. Unos segundos después leía el artículo, con fecha de agosto de 2004, sobre cómo una camioneta de reparto de un supermercado tomó demasiado deprisa una curva sin visibilidad de la B9074, y cómo el conductor había sido incapaz de frenar cuando se vio casi encima de una mujer sobre un gran caballo gris. Kirsten había sido declarada muerta en el hospital; había una nota —tierna y compasiva— del interno que la había atendido. La policía estaba considerando presentar cargos por causar muerte por conducción peligrosa.

Debía de haber otros artículos en números posteriores del periódico, pero no me interesaron. Me quedé mirando la fotografía de Kirsten que acompañaba la noticia. En el pie se decía que la había hecho su marido en una caminata reciente durante sus vacaciones. En el fondo había montañas y justo detrás de ella un lago. Llevaba botas de montaña y un canguro, y parecía muy feliz. El pelo le llegaba a la altura de la barbilla y lo tenía tan liso como el mío. La noche anterior, al mirar la foto en casa de los Hawick, Dana y yo nos habíamos dejado engañar por un vistoso recogido de novia que nos había recordado los largos tirabuzones de la mujer del depósito de cadáveres. Pero cuando Kirsten Hawick murió, llevaba el pelo corto y recto. Eso por

fin me convenció. Suspiré, comprobé si tenía algún mensaje —ninguno de Dana—, salí del sistema y bajé al quirófano.

Hacia las seis estaba tan cansada que podría haber sido la protagonista de *La noche de los muertos vivientes*, pero la idea de irme a casa no me atraía. Me sorprendí echando mucho de menos a Duncan. Teníamos que aprovechar el fin de semana siguiente como una oportunidad para, de algún modo, volver a conectar. Tal vez podríamos coger el ferry a Unst y quedarnos en casa de sus padres un par de noches. Allí teníamos nuestro velero Laser 2 para el verano y podríamos salir a navegar; tal vez hasta podríamos participar en un par de regatas, si es que el club local estaba abierto ese fin de semana.

Dana no había telefonado y sentí un gran alivio. Aún no sabía lo que iba a decirle, pero había decidido no hacer lo que me había pedido. Ya no creía que la mujer enterrada en mi terreno fuera Kirsten Hawick. Cualquier indagación por mi parte podría causarme problemas serios. Además, se lo había prometido a Duncan. Tendría que encontrar el modo de devolverle las radiografías dentales sin que nadie se enterara de que me las había dado. Cogí un montón de informes de comadronas que había que revisar y firmar, leí el primero y estampé mi firma debajo.

«Si no estás cerca de la respuesta, ¿por qué alguien trata de asustarte?».

Me detuve con el bolígrafo en el aire y bajé la mirada. El maletín estaba junto al escritorio. Introduje una mano en él y saqué la carpeta.

Se lo había prometido a Duncan.

Volví a guardar la carpeta y cerré el maletín. Lo de la noche anterior había sido una broma, una broma morbosa, nada más. Gifford tenía razón. En las comunidades pequeñas las noticias se propagaban como un incendio forestal. En el restaurante, a la hora de comer, alguien había murmurado a mi espalda: «Ten corazón, Nigel». Había oído risitas y pasos, y a alguien que había recibido un codazo en las costillas. Yo había fingido no enterarme, pero sabía que mis aventuras eran del dominio público y que había más de uno que se divertía a mi costa. Volví a inclinarme sobre los informes.

«Alguien entró en tu dormitorio. Te observó mientras dormías. ¡Una especie de broma!».

Garabateé mi nombre en un tercer y un cuarto informe. No puedo decir con seguridad si los leí.

«Entraron en tu casa sin romper ninguna ventana ni forzar ninguna puerta. ¿Te parece una bromita corriente?».

Dejé el bolígrafo y volví a mirar mi maletín.

«¿Qué pierdes por descartar a Kirsten de una vez por todas?».

Saqué la radiografía de la carpeta de cartón y la puse sobre papel blanco, en mi escritorio. Oí un ruido fuera, alguien que pasaba por el pasillo. Me levanté para cerrar

la puerta con llave y descubrí que el llavero del despacho no estaba en mi bolso. No era la primera vez que me lo dejaba en casa, así que, sin darle importancia, cogí el juego de recambio del cajón del escritorio. Cuando me senté de nuevo, examiné la radiografía. Era lo que se llamaba una radiografía panorámica, mostraba todos los dientes de la boca.

Treinta y dos dientes constituyen la dentición permanente, y una de las primeras normas al estudiar una radiografía dental es contarlos. Había treinta y uno: quince superiores, dieciséis inferiores y solo dos molares en el cuadrante superior derecho en lugar de los tres habituales. En el cuadrante superior izquierdo parecía haber una corona; también distinguí una raíz malformada por encima de uno de los premolares del cuadrante superior derecho. A diferencia de todas las demás raíces, esta tenía una curvatura distal particular. La mayoría de los dientes eran regulares, pero en el lado derecho inferior parecía haber un espacio considerable entre el primer y el segundo premolar. No era lo bastante grande para afirmar que faltaba un diente, solo un espacio que apenas se notaría al sonreír. Varios de los dientes posteriores tenían empastes. No era dentista, pero estaba bastante segura de que sería capaz de comparar de forma inteligente esa radiografía con cualquier otra que guardara relación.

Sonó el teléfono. Era la secretaria que compartíamos varios médicos; tenía una llamada en espera de Dana Tulloch. Le pedí que le dijera que estaba en el quirófano y que la llamaría después.

Miré una vez más hacia la puerta aun sabiendo que estaba cerrada con llave, entré en la intranet del hospital y traté de acceder a Odontología. Y me topé con el primer obstáculo. Como especialista tengo prácticamente acceso a todo el sitio, pero este departamento te pedía educadamente una contraseña. Pensé en llamar al departamento de informática del hospital, pero estaba segura de que todas las peticiones de información pasaban por Gifford. Me levanté y fui hasta la ventana. Su BMW seguía en el aparcamiento. Cogí una carpeta del armario y metí en ella la radiografía. Luego salí del despacho.

La recién abierta unidad dental de la Seguridad Social está en un edificio separado del hospital, a pocos minutos andando. Yo seguía vestida con la ropa de quirófano y me aseguré de que la chapa con mi identificación, por encima del bolsillo derecho del pecho, se viera bien. Buscaba a una enfermera que no fuera especialmente espabilada ni curiosa.

Abrí de un empujón las puertas dobles y puse mi mejor sonrisa. La recepcionista levantó la vista. En su chapa se leía SHIRLEY. Ni me devolvió la sonrisa ni pareció alegrarse mucho de tener visita.

—¡Hola! No nos conocemos. Soy Tora Hamilton —le enseñé la chapa y esperé hasta asegurarme de que la había leído—. Obstetricia —añadí innecesariamente. Luego la miré con lo que esperé que pareciera un interés educado—. ¿También eres

nueva?

Asintió.

—Solo llevo tres meses —respondió con acento de las Shetland.

De momento todo iba bien.

Me incliné, tratando de adoptar una actitud confidencial y amistosa.

—Verás, tengo un problema un poco delicado.

De pronto pareció interesada.

—Mi predecesor ha dejado el despacho en un estado algo caótico y estoy tratando de poner un poco de orden. Acabo de encontrar lo que parece ser un historial dental, pero no hay ninguna indicación de a quién pertenece. No quiero meter en un lío al doctor Malean ahora que acaba de jubilarse y todo eso, pero no debería haberlo dejado por ahí, ¿no? Es confidencial.

Ella asintió.

—Desde luego.

—El caso es que tengo una idea de a quién podría pertenecer. Si pudiera averiguarlo, te lo daría a ti, tú volverías a archivarlo y problema resuelto.

—¿No pone un nombre en la radiografía?

Traté de dar la impresión de que eso no se me había ocurrido y saqué la radiografía. En la base había un código que reconocí como el del depósito de cadáveres, pero estaba segura de que Shirley no lo había visto nunca.

—¿De quién cree que puede ser? —preguntó.

—De Kirsten Hawick. Es una paciente suya.

—El problema es que estamos a punto de cerrar. ¿Puede volver por la mañana y hablar con el doctor McDouglas?

Sacudí la cabeza con aire compungido.

—Estaré todo el día en el quirófano —dije, lo que era una gran mentira. El único lugar donde pensaba estar al día siguiente era en la cama, aunque aún no había decidido exactamente en cuál—. Supongo que tendremos que hacerlo de forma oficial. Cuánto papeleo, Dios mío. Me temo que para ti también. Bueno, que lo pases bien esta noche. Supongo que tendrás planes.

Empecé a darme la vuelta.

—Puede consultar usted misma los archivos, ¿sabe? Si tiene ordenador, claro.

Me volví.

—Lo sé, pero aún no he conseguido todas las contraseñas. He estado demasiado ocupada poniéndome al día de todo. He llamado al departamento de informática antes de venir, pero ya deben de haberse ido a casa.

—No me sorprendería —dijo con aire comprensivo. Luego pareció tener una gran idea—: ¿Eso es todo lo que necesita, la contraseña?

Traté de parecer confusa.

—Supongo. ¿La sabes?

—Claro —respondió ella, y garabateo algo en un papel.

Me obligue a no arrancárselo de las manos y espere a que me lo diera. Leí lo que había escrito y la miré buscando confirmación. Ella me sonrió.

—La película favorita del doctor McDouglas.

—Y la mía —afirmé sin mentir del todo.

Le di las gracias y me marché.

De nuevo en mi oficina, aún no sabía si estaba aterrada por lo que había hecho o encantada con mi astucia. Shirley probablemente le comentaría a su jefe lo que había pasado. Aunque no llegara a oídos de Gifford, era posible que tuviera que responder a ciertas preguntas pertinentes y difíciles del doctor McDouglas.

¿Quería realmente seguir adelante? Hasta el momento no había hecho nada malo. Era cierto que había mentido a una inferior para que me diera información que no debía tener, pero aún no la había utilizado. Todavía podía decir que lo había pensado mejor y seguramente saldría impune.

En mi pantalla seguía viéndose la página inicial de Odontología. Tecléé «Terminator» y esperé. De pronto estaba dentro. Encontré los historiales de los pacientes e introduje el nombre de Kirsten Hawick.

No había nada.

Sentí un gran alivio. Y una pequeña pero creciente frustración.

Reflexioné un momento. Kirsten no llevaba casada mucho tiempo cuando murió. Tal vez no había llegado a cambiar de nombre en todos sus historiales. Introduje «Kirsten Georgeson» y ahí estaban todos los datos: la edad, la dirección, una breve ficha médica, el registro de las visitas, las facturas de los tratamientos que no cubría la Seguridad Social. Y las radiografías.

Compararlas no fue tan fácil como había esperado, ya que el formato era diferente. La radiografía tomada durante la autopsia era de un extremo a otro de la boca. Las realizadas durante las visitas, en cambio, eran de distintas secciones. Había que comparar seis radiografías pequeñas con una grande. Empecé por el extremo superior izquierdo, la sección que supuse que sería más fácil de examinar. Buscaba una corona. Nada.

A continuación probé con el extremo inferior derecho y busqué un pequeño hueco. Traté de contar los dientes. Era complicado debido a que los dientes se superponían en más de una película, pero en realidad ya no importaba. Estaba todo lo segura que podía estarlo, sin un dentista a mi lado, de que la radiografía realizada en la autopsia no coincidía con el historial dental de Kirsten Hawick. Ya lo sabía, por supuesto, pero ahora hasta Dana aceptaría la derrota. No era Kirsten.

Me disponía a salir del sitio cuando me paré a pensar; Dana me había dicho que la mayoría de los dentistas de las Shetland trabajaban para la Seguridad Social. Si eso era cierto, los pacientes podían acudir a cualquiera de las distintas consultas desperdigadas por las islas, pero sus historiales estarían en esa única base de datos

central, accesible a una servidora gracias a una contraseña bastante extrema que probablemente cambiaría en cuanto la jerarquía descubriría que había estado fisgoneando. Esa era mi única oportunidad.

«Que no vas a aprovechar. Has hecho lo que le habías propuesto y has demostrado que el cuerpo enterrado en la turba no era el de Kirsten; ahora es asunto de la policía».

Pero los historiales dentales, como el resto de los historiales médicos, son confidenciales. Ni siquiera la policía que trabajaba en una investigación de asesinato podía acceder a ellos de forma automática. Se necesitaba como mínimo una orden judicial y, por lo que tenía entendido, no había intención de solicitarla. Era una oportunidad casi única. Nadie del cuerpo de policía podía hacer lo que estaba haciendo yo en esos momentos. Pero la gran pregunta era si tal búsqueda podía siquiera hacerse. ¿Cuántos historiales dentales tendría que consultar?

«¡No, esa no es la gran pregunta, Tora! La gran pregunta es: ¿por qué no recoges tus bártulos y buscas una habitación donde pasar la noche?».

Entré en internet y busqué el censo de Escocia. Sabía que la población de las Shetland estaba en torno a los 25 000 habitantes, incluidos los trabajadores inmigrantes de los campos petrolíferos, pero no tenía ni idea de cuántas mujeres había de edades comprendidas entre veinticinco y treinta y cinco años. Lo cual, podríais argüir, era poco profesional para una obstetra residente, puesto que ese era el principal grupo de pacientes al que debía atender. Según el censo de Escocia de 2004, que era el más reciente de los disponibles, en las islas había 2558 mujeres entre veinte y treinta y cuatro años, una cifra imposible de investigar.

«Bien, asunto resuelto, vamos a descansar».

¿Podía reducirse? No todo el mundo acude al dentista. Recordé que había leído en alguna parte que cerca de la mitad de la población descuidaba su dentadura. Eso reduciría la cifra a 1200. Y mi amiga había recibido un tratamiento. Si era isleña y paciente de la Seguridad Social, su historial estaría allí, a la espera de que yo lo encontrara.

«No es isleña. La investigación del inspector Dunn ha excluido a todas las mujeres desaparecidas de la isla. Tú y Dana estabais equivocadas».

No me gusta equivocarme. Volví a la base de datos de Odontología y me pregunté si podía ordenar los datos. Apreté el botón de búsqueda e introduje los criterios que me interesaban: mujeres residentes en la isla, de edad comprendida entre dieciséis y treinta y cuatro años. Me habría gustado especificar más la franja de edad, pero el sistema no me lo permitía. Acto seguido tenía ante mí una lista de nombres. La recorrí hasta el final: 1700 pacientes. Seguía siendo una búsqueda imposible. Me levanté y me acerqué a la cafetera.

«Vamos, cerebro agotado, piensa». Mil setecientas mujeres de entre dieciséis y treinta y cuatro años. Había bastantes posibilidades de que la mujer de la turba fuera una de ellas. Si pudiera... ¡Por supuesto! Volví corriendo al escritorio y examiné los

criterios de búsqueda. ¡Sí! Ahí estaba: la fecha de la última visita. Mi amiga llevaba muerta desde principios de 2005; solo tenía que descartar a todas las mujeres que habían ido a la consulta a partir de esa fecha. Tecleé el 1 de septiembre de 2005 —supuse que esa fecha dejaba un margen de error bastante amplio—, e inicié la búsqueda. Me llevó unos segundos... y la lista se redujo a 63 mujeres.

Era una búsqueda manejable, aunque larga. Para estar totalmente segura me llevaría cinco minutos por paciente, y ya eran las siete y media y estaba hecha polvo. Por otra parte, era mi única oportunidad. A la mañana siguiente mi piratería informática no autorizada habría sido descubierta y abortada...

«probablemente junto con tu empleo»

... y debía hacer lo posible para que hubiera valido la pena.

En el cajón de mi escritorio, bajo el rótulo de VARIOS, había una copia de la lista que había dado a Dana a principios de la semana: la lista de las mujeres que habían dado a luz en las islas entre la primavera y el verano de 2005. Empecé a comparar las dos listas; buscaba a una mujer que hubiera dado a luz ese verano y, al mismo tiempo, hubiera dejado de sentir la necesidad de hacerse revisiones dentales regulares. Tardé bastante, ya que las listas estaban ordenadas por fechas en lugar de alfabéticamente, pero treinta minutos y dos tazas de café después estaba bastante segura de que no había coincidencias.

Llegada a este punto me sentía agotada. No había realmente forma de resolver el tema del parto. Esa mujer había dado a luz, y cualquier mujer que hubiera dado a luz en las islas en aquel verano tenía que estar en mi lista. Debía de haber ido a un dentista privado. Por desgracia, tenía que quedarme hasta las dos de la madrugada y revisar los sesenta y tres historiales, si no nunca lo sabría con seguridad.

Sonó el teléfono. Era el fin: Gifford pidiéndome que fuera a su despacho. Pensé en no contestar, pero sabía que iría a buscarme.

—¿Diga?

—Soy Dana. ¿Estás bien?

—Me encuentro bien, solo estoy cansada.

—Acabo de tener una bronca de campeonato con mi jefe. No puedo creer que nadie me llamara anoche. Debiste de asustarte mucho.

—Bastante —confesé—. Me sorprendió no verte.

—Se supone que estoy a cargo de esta dichosa investigación. ¿Puedes creer cuál es la excusa oficial? No me llamaron porque no había un vínculo directo con el caso. El incidente de anoche solo fue una broma de alguien.

Lógicamente, debería haberme preocupado el hecho de que Dana se tomara los acontecimientos de la noche anterior tan en serio como me lo había hecho yo. Sin embargo, me tranquilizó. Supongo que, puestos a escoger, la mayoría de nosotros preferimos estar en peligro a tener delirios.

—Entonces ¿no te tragas esa teoría? —pregunté.

—¿Te burlas de mí? ¿Qué estás haciendo ahora?

Le expliqué que había pedido a la enfermera la contraseña y que había revisado los historiales de Kirsten Hawick. Si se quedó decepcionada, no lo demostró. Luego le conté mis planes de examinar el resto.

—¿Cuántos más te quedan por mirar? —preguntó.

—Sesenta y tres —dije.

—Iré a ayudarte. No me gusta que estés ahí sola.

Me levanté y miré por la ventana. El coche de Gifford seguía aparcado abajo.

—No, llamarás mucho la atención. Estaré bien. Hay mucha gente por aquí. Te llamaré en cuanto termine.

—Gracias, Tora. De verdad. Mira, deja que te dé la dirección y el número de teléfono de casa. Ven a la hora que sea.

Garabateé los detalles y colgué. Estaba sola y, a pesar de mis mejores intenciones y del consejo bienintencionado de los más prudentes que yo, abrí el primer juego de radiografías.

Dos horas después había descartado veintidós nombres de la lista. Todo empezaba a parecerme una total pérdida de tiempo, pero soy de las que no pueden dejar nada sin terminar. Sabía que me quedaría allí hasta el final.

Lo primero, sin embargo, era comer. Cerré con llave el despacho y bajé al restaurante. Llene la bandeja de hidratos de carbono calóricos y añadí una Coca-Cola Light. Comí como un robot, sin levantar prácticamente la vista de la bandeja, y volví al despacho.

Otra hora y media, y dos tazas de café después, empezó a fallar la electricidad del hospital o yo necesitaba seriamente dormir, porque la habitación estaba mucho más oscura. Miré los tubos de neón del techo. No los había visto parpadear, pero no iluminaban ni la mitad que hacía un par de horas. Fuera, la oscuridad del cielo también parecía poco natural. Faltaba poco para medianoche; aun así, no recordaba haber visto nunca una noche tan oscura en verano en las Shetland. Debía de avecinarse una tormenta.

Miré de nuevo la pantalla, pero casi no veía nada. La definición de las radiografías se había vuelto borrosa, era una masa de formas y sombras. Las palabras no se leían bien. Sabía que me quedaban dieciocho historias más que revisar, pero era imposible. Las imprimiría, me iría a la cama y terminaría por la mañana. Cerré los ojos, sacudí la cabeza y volví a abrirlos. Ninguna mejora; en todo caso, peor. Estaba mirando una pantalla negra con palabras que habrían sido de un verde brillante. Ya no tenían color, solo eran manchas de luz tenue que parecían aumentar de tamaño.

Seleccioné la opción de impresión y pulse la orden de imprimir. Tenía que haber un problema con la electricidad. Sin que me diera cuenta, la luz se había ido del todo y estaba completamente a oscuras. De la impresora, en el otro extremo de la habitación, llegó un pitido fuerte y persistente. Estupendo, como ocurre siempre que uno imprime algo importante, el papel se había agotado. Empecé a levantarme pero no pude. Solo logré apartar el teclado y apoyar la cabeza en el escritorio.

Lo siguiente que recuerdo fue el sonido de mi móvil a lo lejos. Levanté la cabeza y solté un grito ahogado; dentro del cráneo tenía demonios grabándose un tatuaje en el cerebro. Y alguien me había partido la columna vertebral; solo eso podía justificar tanto dolor. Cuando me invadieron las náuseas, cerré los ojos y conté hasta diez. Luego me arriesgué a abrirlos de nuevo. Seguía sentada ante el escritorio y la habitación estaba casi totalmente a oscuras. En la pantalla del ordenador no había ninguna imagen, pero un zumbido débil me indicó que seguía encendido.

Sin moverme, logré localizar el sonido. Tenía el móvil en el bolsillo de la chaqueta, que estaba colgada detrás de la puerta. Me levanté —ay, qué dolor— y crucé la habitación. Cogí el móvil y miré la pantalla. Era Dana. Lo desconecté. Al

volver al escritorio descubrí que me costaba hasta andar, que todos los miembros de mi cuerpo se habían vuelto tres veces más pesados. ¿Qué diablos me pasaba?

Cuando llegué a mi mesa me encontraba un poco mejor. El simple acto de moverme me había relajado un poco. Luego recordé lo que había estado haciendo. Pulsé una tecla y la pantalla cobró vida. No había nada aparte del salvapantallas. Cogí el ratón y lo moví por la pantalla, por si había minimizado los historiales dentales sin darme cuenta. No podían haber desaparecido sin más.

Pero lo habían hecho. Entré de nuevo en la sección de Odontología del sitio y una vez más me pidieron la contraseña. Introduje «Terminator».

«Acceso denegado».

Volvía intentarlo.

«Acceso denegado».

Recorrí con la mirada la oficina, como si la respuesta pudiera estar en las paredes, encima de mi escritorio. La habitación estaba ordenada, no había nada fuera de lugar. Solo que...

Mi mesa nunca estaba tan ordenada. Los montones de papeles estaban pulcramente apilados. La taza de la que había estado bebiendo estaba al lado del fregadero. La habían aclarado, junto con la cafetera. Yo no lo había hecho. Me acerqué al interruptor y lo pulsé. Las luces del techo parpadearon y se encendieron. Funcionaban con normalidad, cosa que no podía decirse de mí.

Me acerqué al fregadero y llené un vaso de agua. En el bolso tenía los analgésicos que Gifford me había dado el otro día y me tomé dos agradecida. Me apoyé en el fregadero y esperé a que la jaqueca remitiera, lo cual no ocurrió, y a que el dolor de mis miembros desapareciera, lo que ocurrió poco a poco.

El hospital estaba en silencio. En el piso de abajo, en las salas de los pacientes, habría gente y movimiento, ruido y ajeteo; pero allá arriba solo se oía el débil zumbido electrónico de las luces y el ordenador. Mi reloj marcaba las 4.26. Había dormido, o lo que fuera que había hecho, durante más de cuatro horas.

Volvía a mi escritorio cuando me llamó la atención la luz del botón de la impresora. «Bandeja de papel vacía», se leía en la pequeña pantalla. Sin pensar, me incliné, cogí unos folios del mueble de debajo y los puse en la bandeja.

Con un ronroneo, la máquina volvió a la vida y empezó a imprimir páginas. Cogí la primera. Era una radiografía del cuadrante superior izquierdo, y en el segundo molar había una corona.

«Para, Tora. Ya está bien».

Cogí la página siguiente. Mostraba los incisivos centrales y laterales. Parecían estar donde correspondía. Cogí la siguiente. Y la siguiente. Conté los diez dientes. Luego, por primera vez, miré el nombre de la paciente en la parte superior de la hoja. Alargué una mano y lo toqué mientras lo susurraba:

—Melissa Gair.

Quería llorar. Quería subirme de un salto a mi escritorio y gritar a los tejados que

lo había conseguido. Al mismo tiempo, creo que no me he sentido más serena en toda mi vida.

Hojeé las siguientes páginas impresas. Vi la fecha de nacimiento y calculé la edad; treinta y dos años. Leí que se había casado y había vivido en Lerwick, a menos de cinco kilómetros de donde yo estaba sentada en esos momentos. Había ido al dentista con regularidad; las visitas habían tenido lugar casi cada seis meses y se remontaban a diez años atrás, con citas intercaladas para limpiezas de boca. La última visita había sido poco antes de las navidades de 2003.

Lo que, por supuesto, no acababa de encajar. El dolor de cabeza aumentó mientras trataba de averiguar qué me preocupaba. La mujer que había encontrado en mi terreno era Melissa Gair. Los historiales coincidían exactamente. Pero ¿por qué una mujer que iba religiosamente al dentista había dejado de hacerlo de golpe unos dieciocho meses antes de morir? Como no fuera porque se hubiera ido un tiempo de las islas y al volver hubiera encontrado su final prematuro...

Si había sido así, entonces era posible que su nombre no constara en la lista de las mujeres que habían dado a luz en las islas. La cogí y la examiné lo más deprisa que pude. No, Melissa Gair no había dado a luz en las islas. Había tenido el hijo fuera y había vuelto unas dos semanas después. La mayoría de las mujeres no están para mucho jaleo a las dos semanas de tener un hijo. Los motivos que la llevaron a hacerlo seguramente nos darían una pista de por qué la mataron.

Necesitaba desesperadamente dormir, pero antes debía dar con Dana. Cogí el teléfono y marqué el número de su móvil, pero me encontré con el tono de no disponible. Estaba a punto de levantarme cuando se me ocurrió algo más que podía comprobar. Sin duda sería de utilidad para Dana tener toda la información posible de Melissa Gair.

Volví al ordenador y entré en el archivo principal del hospital. Introduje el nombre de «Melissa» en el buscador y esperé unos segundos; no esperaba encontrar nada. Había sido una joven sana y podría no haber estado nunca ingresada.

Apareció su nombre. Abrí el expediente y lo leí una vez y luego otra, comprobando una y otra vez los datos. El dolor de cabeza regresó con fuerza y creo que solo la certeza de que estaba a punto de vomitar me mantuvo inmóvil en la silla. De haberme movido, habría sido para golpear con el puño la pantalla del ordenador.

De camino a casa de Dana no me crucé con otros coches, lo que fue una ventaja, porque seguramente habría chocado contra ellos. Me subí un par de veces a la acera e hice una rayada en la pintura al salir del hospital.

Aparqué, comprobé la dirección y bajé. No vi el coche de Dana en el aparcamiento que supuse que era el más cercano a su casa. Caminé tambaleándome como un borracho por la arcada de piedra, y bajé unos escalones y una pendiente adoquinada. Faltaba una hora para que amaneciera; por el este el cielo ya clareaba. Las estrechas calles de The Lanes, sin embargo, seguían inundadas de sombras.

The Lanes es uno de los barrios más antiguos y más interesantes de Lerwick. Se extiende colina abajo en líneas paralelas a lo largo del medio kilómetro que hay de Hillhead a Commercial Street, que está a dos minutos andando del puerto. The Lanes son calles adoquinadas y en pendiente con cortos tramos de escalones de piedra aquí y allá. Es imposible bajar por ellas en coche, y en según qué tramos las calles son tan estrechas que dos personas difícilmente pueden andar hombro con hombro. A ambos lados se alzan los edificios, una mezcla de comercios y residencias de tres y cuatro plantas. The Lanes es un barrio pintoresco, popular entre los turistas, y muy buscado como viviendas modernas y céntricas. Pero cuando hay poca luz y no hay nadie alrededor, es oscuro y absolutamente espeluznante.

Tres veces había llamado a Dana a su móvil, pero no había, recibido respuesta. Al principio supuse que se había acostado, pero en ese momento me parecía poco probable. Había localizado la puerta de su casa y la había golpeado durante varios minutos. Nadie había abierto. Ella no estaba en casa y yo ya no estaba en condiciones de ir a ningún otro sitio en coche. Subí despacio hasta el vehículo. En el asiento trasero estaba mi abrigo y una vieja manta para los caballos. Por un momento, pensé en volver a llamarla al móvil, pero fui incapaz de juntar fuerzas. Seguramente estaba en algún lugar sin cobertura. Me envolví en el abrigo y la manta, y en unos segundos me quedé dormida.

Casi amanecía cuando unos golpecitos en la ventana me despertaron. Estaba aterida de frío y agarrotada, y era muy consciente de que en cuanto me moviera lo lamentaría. La peor resaca que había tenido —y recordaba algunas horribles— iba a parecerme un masaje shiatsu al lado de lo que me tenía reservado ese día. Pero no me quedaba alternativa. Dana me miraba con incredulidad y tuve que moverme. Me senté. Dios..., era mucho peor de lo que esperaba. Busqué el seguro y Dana abrió la puerta.

—Tora, me he pasado la mitad de la noche en tu casa. He estado realmente...

La aparté con la mano, me volví y vomité sobre la rueda trasera del coche. Me quedé allí un rato, doblada en dos. Tosí, tuve arcadas y traté de desalojar esa

mucosidad nauseabunda que a veces se queda atascada en las fosas nasales, mientras decidía que la muerte repentina era una opción muy recomendable.

Tengo un vago recuerdo de que alguien me llevó medio a rastras hasta la puerta delantera de la casa de Dana y me tumbó en el sofá. Siguiendo mis instrucciones, Dana me dio una dosis poco prudente de ibuprofeno y paracetamol, y fue a prepararme un té dulce y caliente con una tostada. Una vez sola, traté de controlar las náuseas fijando la vista en un punto del salón. Era exactamente como había esperado, impecablemente ordenado e indudablemente caro. Las tablas del suelo eran de roble pulido y estaban parcialmente cubiertas por una alfombra a cuadros de color óxido, avena y verde pálido. Los sofás eran del mismo tono verde, mientras que en las esteras de ambas ventanas destacaban los colores óxido y avena. La tela tenía todo el aspecto de haber costado cincuenta libras el metro. En una pared había un televisor de pantalla plana, y debajo de una ventana había un equipo estereofónico Bang and Olufsen. Dana entró con la comida y volvió a irse. La oí subir corriendo al piso de arriba. Regresó con un edredón grande y me envolvió en él, como haría una madre con un niño enfermo. Di un mordisco a la tostada y logré retenerlo. Dana se sentó frente a mí, en un reposapiés de cuero.

—¿Preparada para contarme lo que te ha pasado?

—He trabajado la mitad de la noche y he pasado el resto en un coche —logré decir. El té ardía y estaba delicioso.

Me miró y se miró a sí misma. Sus pantalones de lino estaban arrugados pero limpios, y seguía teniendo buen aspecto, con su camisa de algodón rosa y su jersey a juego. Tenía la piel fresca y no hacía ni diez minutos que se había pasado el peine.

—Yo también —dijo.

Algo de razón tenía.

—Primero he de decirte lo que he averiguado —dije.

Llevaba dando vueltas a cómo hacerlo desde que había entrado en la casa. Duncan tiene una costumbre particularmente irritante cuando quiere decirme algo, y, por alguna razón, me pareció extrañamente apropiada dadas las circunstancias. «Tor —anunciaba—. Tengo una noticia buena y otra mala». Lo que yo respondía no importaba, siempre soltaba una salida boba que a él le parecía tronchante y que a mí me sacaba de quicio. «Empieza por la buena», decía yo con enorme reticencia. «¡La buena es que la mala no lo es tanto!», respondía él. Llevaba siete años diciendo lo mismo y la verdad era que no tenía ninguna gracia. Por lo menos, no desde mi punto de vista. Aun así, esa mañana estaba claro que yo no era yo, porque sentí el impulso casi irresistible de utilizarlo.

«¿Quieres que empiece por la buena noticia o por la mala, Dana?».

«¿Por la buena? Sé quién era la mujer de la turba».

«¿La mala? No, la mala no vas a crearla».

Ella me observaba con atención. Me di cuenta de que estaba muy preocupada por mí y que debía de tener peor aspecto de como me sentía. Respiré hondo.

—He encontrado un historial que coincide —vi cómo se le iluminaban los ojos y cómo su cara cobraba vida—. Tendrás que comprobarlo, por supuesto, pero estoy un noventa y ocho por ciento segura.

Ella se inclinó y su mano rozó la mía.

—¡Dios mío, enhorabuena! ¿Quién era?

Bebí otro sorbo de té.

—Melissa Gair —respondí—. De treinta y dos años. Una isleña de Lerwick casada con un hombre de aquí.

Dana apretó el puño e hizo un movimiento brusco.

—Entonces, ¿por qué nadie denunció su desaparición? ¿Por qué no aparece en la lista de partos del verano de 2005? No estaba, ¿verdad?

—No, no estaba...

—Entonces, ¿cómo...?

—Porque ya estaba muerta.

Se quedó mirándome fijamente. Se le formaron tres delgados surcos entre las cejas.

—Repítelo —dijo.

—He comprobado los archivos del hospital. Ingresó el 29 de septiembre de 2004, con un tumor maligno en el pecho que se extendió posteriormente a los pulmones, la espalda y los riñones. Un par de semanas atrás su médico le había encontrado un bulto en un examen rutinario. La trasladaron a Aberdeen para que recibiera tratamiento, pero no dio resultado. Murió el 6 de octubre, solo tres semanas y media después de que le diagnosticaran el cáncer.

—¡Joder!

Nunca había oído a Dana soltar tacos.

—Puedes decirlo otra vez —dije.

Y volvió a decirlo. Muchas veces más. Se levantó, cruzó la habitación, y solo se detuvo cuando la pared le impidió seguir avanzando. Se volvió, regresó y se detuvo de nuevo ante la pared. Otro giro y unos pasos más. Luego se paró y me miró.

—¿Estás segura acerca del historial dental?

A las cuatro de la mañana estaba totalmente segura. Pero en ese momento...

—Tendrás que pedirle a un dentista que lo compruebe, pero... estoy... estoy segura. Son iguales.

—¿Podría haber sido otra mujer? Una mujer con el mismo nombre. Que vivieran dos Melissa Gair en Lerwick.

Pensé en ello. Sacudí la cabeza.

—Las fechas del parto son idénticas. Y los grupos sanguíneos. Es la misma mujer.

—¡Mierda! —y volvió de nuevo a la carga. Caminaba por la habitación y juraba. Por un lado era agradable ver a la impecable Dana perder el control. Por otro, quería detenerla. Estaba consiguiendo que me doliera aún más la cabeza.

—Es un *déjà vu*. Es un jodido *déjà vu*. Pasamos por esto con Kirsten. Nos

convencimos de que habíamos dado con la mujer correcta.

—Hemos de olvidarnos de Kirsten. Su historial dental es completamente distinto. No era ella.

—De acuerdo, pero no deja de ser una gran coincidencia. Encontramos un cadáver y un anillo en tu terreno. Los dos pertenecían a mujeres jóvenes que habían muerto supuestamente en el año 2004. Solo que una de ellas no había muerto. Una de ellas, según nos informan nuestros forenses, había muerto casi un año después.

—¡Me duele la cabeza! —gemí.

—Está bien, está bien —dejó de dar vueltas por la habitación y se sentó en el reposapiés. Bajó la voz—. Ahora dime qué te ha pasado.

Sacudí la cabeza.

—No importa.

Me cogió las manos, una de ellas sostenía aún el tazón, y me obligó a mirarla.

—Sí que importa. Habla.

Hablé. Le dije, por segunda vez en dos noches, que alguien había cruzado puertas cerradas con llave, por no hablar de las considerables medidas de seguridad del hospital, para imponerme su presencia. Y que por segunda vez alguien me había observado mientras dormía, que había estado una vez más a merced de alguien que quería hacerme daño.

—No dejó nada. Ningún...

—¿Regalito? No. Pero lavó la taza del café y la cafetera. A conciencia.

—¿Crees que te drogaron?

—Es posible. Hace unos días que no me encuentro muy bien, como si estuviera agarrando una gripe o algo así, pero no estaba tan mal.

—Es necesario que te vea un médico —vio la expresión en mi cara y se permitió sonreír—. Tendrán que hacerte análisis —dijo—. No sé, análisis de sangre o lo que sea.

—Ya lo he hecho. Antes de irme del hospital me he sacado sangre. Está en la nevera de mi consulta; el lunes la enviaré al laboratorio. Pero hasta que sepamos algo con seguridad, debemos mantenerlo en secreto, por favor. Solo nos va a distraer.

Dana asintió despacio, pero tenía la mirada perdida. Me di cuenta de que reflexionaba. Me pregunté cómo abordar el tema de irme a casa. No quería dejarla sola con semejante noticia bomba, pero no podía seguir. Me levanté.

—Dana, lo siento, pero necesito irme a casa.

Levantó bruscamente la cabeza.

—¿Está Duncan?

—No —dije, sorprendida—. No vuelve hasta esta noche.

Probablemente era mejor así. No quería que me viera en ese estado.

—No puedes irte.

—¿Cómo?

—Estás más segura, aquí. Ve al piso de arriba. Dúchate si quieres y acuéstate en

la habitación de invitados. Cuando sepamos que ha vuelto te daré de alta.

No me moví. Casi no conocía a esa chica. No sabía muy bien si confiaba en ella y estaba permitiendo que me controlara. Debió de ver algo en mi cara, porque endureció su expresión.

—¿Qué? —preguntó.

Volví a sentarme. Le expliqué todo lo que me había contado Gifford sobre ella. Escuchó, arqueó las cejas un par de veces, pero por lo demás no hubo reacción. Cuando terminé, tensó la boca. Estaba visiblemente enfadada, pero creo que no conmigo.

—Mi padre murió hace tres años —dijo—. Perdí a mi madre a los quince años y no tengo hermanos, de modo que yo lo heredé todo. No era rico, pero las cosas le habían ido bien. Recibí cuatrocientas mil libras. Me compré el coche, la casa y lo que ves alrededor. Es agradable tener dinero, pero preferiría tener a mi padre.

Respiró hondo.

—No me marché de Manchester desacreditada. Me fui con un expediente impecable y unas referencias de primera. Me trasladaron a Dundee porque quería trabajar en Escocia. Me fui de Dundee porque empecé a salir con alguien de la policía que tenía un cargo muy superior, y decidimos que aquello no era bueno para el oficio.

Se levantó, todavía enfadada, y se acercó al estereo. Recorrió con un dedo la caja de cristal y lo examinó para ver si había polvo. Dudo que hubiera. Me miró.

—En cuanto a lo de que no encajo aquí, en eso tienen razón. Estas islas están controladas por un pequeño grupo muy poderoso de hombres rubios y corpulentos que fueron todos a los mismos colegios, a las mismas universidades escocesas, y cuyas familias se conocen desde las invasiones noruegas. Piensa en ello, Tora, piensa en los médicos que conoces en el hospital, en los directores de colegio, en el cuerpo de policía, en los jueces, en la cámara de comercio, en los ayuntamientos locales.

No tuve que pensar mucho. Me había llamado la atención en más de una ocasión la cantidad de isleños que tenían el mismo físico.

—Bueno, este lugar está abarrotado de vikingos. Siempre he creído que es uno de los pocos rasgos que lo redimen.

—Dame el nombre de media docena de isleños prominentes que no hayan nacido aquí —dijo Dana, pasando por alto mi débil intento de bromear—. Todos se conocen, hacen vida social, hacen negocios juntos, se ofrecen empleos y los mejores contratos. Estas islas están llevadas por el mayor club de empleos para chicos rubios que he conocido jamás, y cuando algún forastero logra introducirse, muy de vez en cuando, obstruyen, retrasan y frustran cada uno de sus movimientos. La mayoría de la gente de fuera se va tarde o temprano. Me está pasando a mí y sospecho que te está pasando a ti también. Perdona el desahogo, pero todo esto me saca de quicio.

—Es evidente —dije.

—No tengo deudas ni soy anoréxica. Como un montón, pero estoy de guardia la mayoría de las noches. Y sí, salgo de compras a menudo. Se llama actividad de

desplazamiento. No me gusta particularmente este lugar y echo de menos a Helen.

—¿Helen? —dije como una estúpida.

—La inspectora jefe Helen Rowley. La agente de Dundee con la que salí y sigo saliendo cuando tenemos oportunidad. Helen es mi novia.

No, lo reconozco, eso no me lo esperaba.

—Ahora puedes quedarte aquí y ayudarme a hacer un trabajo policial bastante difícil, puedes volver a tu casa y correr el riesgo de que alguien te importune por tercera vez en tres días, o puedes subir al piso de arriba y dormir un poco.

La verdad, no fue una decisión muy difícil. Me volví y salí de la habitación.

Me despertaron voces. Dos voces, para ser exacta: la de Dana y la de un hombre. Me senté en la cama. La habitación de invitados de Dana era pequeña, pero estaba elegantemente decorada y ordenada, como el resto de la casa. La persiana estaba bajada, pero me pareció ver brillar el sol detrás de ella. No había ningún reloj en la habitación. Me acerqué a la ventana y levanté la persiana. El puerto de Lerwick y el estrecho de Bressay. Era cerca de mediodía, supuse, lo que significaba que había dormido cinco horas.

Me encontraba mejor. Estaba atontada por el sueño y me dolían ciertas partes del cuerpo, pero las desagradables náuseas habían desaparecido.

Me senté y me puse los zapatos. En una pared de la pequeña habitación había una estantería. Encima del escritorio de la esquina había un ordenador que parecía de lo más moderno. Al lado de la pantalla había una foto de Dana con toga de doctora, junto a un hombre alto de pelo canoso y tez clara. Estaba bastante segura de que se la habían hecho en uno de los *colleges* de Cambridge.

Dana y su invitado hablaban en voz baja. Bajé la escalera sin hacer ruido, pero debieron de oírme, porque dejaron de hablar en cuanto llegué al pie de la escalera y un silencio precedió mi llegada a la habitación. Estaban sentados, pero, primero el hombre, luego Dana, se levantaron cuando entré. Él tenía cuarenta y pocos años, era tal vez un poco más alto que la media, con ojos azul claro y pelo abundante y entrecano. Iba elegantemente vestido para un sábado, seguramente con la idea de ir a comer al club de golf. Era atractivo y, tal vez más importante, parecía agradable. Las muchas arrugas que tenía alrededor de los ojos sugerían que reía mucho.

—Te presento a Stephen Gair —dijo Dana.

Me volví hacia Dana, perpleja.

—El marido de Melissa —añadió innecesariamente; lo había pillado y no podía creerlo. Me señaló con un gesto—. Tora Hamilton.

Él alargó la mano.

—He oído hablar mucho de usted. ¿Cómo se encuentra?

—El señor Gair sabe que has estado trabajando toda la noche —dijo Dana—. Estábamos esperando a que te despertaras para...

Lo miró, parecía no muy segura de qué decir a continuación.

—Para ir a examinar las radiografías de mi mujer —terminó Stephen Gair.

Dana se relajó visiblemente.

—Caramba, has estado ocupada —fue cuanto logré decir.

¿Iba a ser realmente tan fácil?

Por alguna razón, sin que me diera cuenta, los tres nos habíamos vuelto a sentar. Los dos parecían estar esperando a que yo dijera algo. Miré a uno y a otro, luego me volví hacia Stephen Gair.

—¿Le ha dicho Dana...? —Dios, ¿qué le había dicho Dana? ¿Que había desenterrado a su mujer de mi campo hacía seis días?

—¿Lo resumo? —se ofreció él.

Asentí, pensando: «“¿Lo resumo?” ¿Qué forma de hablar es esa para un hombre que acaba de recibir una noticia tan devastadora?».

—El pasado domingo —empezó— encontraron un cadáver en su terreno. Mis condolencias, por cierto. Era el cadáver de una mujer joven que había sido asesinada, bastante brutalmente, tengo entendido, aunque no sé los detalles, en algún momento de principios del verano de 2005. Usted ha utilizado su cargo en el hospital para comparar los historiales dentales. Lo que ha hecho es poco ético y probablemente ilegal, pero totalmente comprensible, teniendo en cuenta lo implicada que está en el caso. Ahora cree que el historial dental del cadáver y el de mi difunta mujer, Melissa, coinciden exactamente. ¿Voy bien por ahora?

—Perfecto —dije al tiempo que me preguntaba cómo se ganaba la vida Stephen Gair.

—Solo hay un problema. Mi mujer murió en el hospital de cáncer de mama en octubre de 2004. Llevaba muerta varios meses, casi un año, cuando tuvo lugar el asesinato. De modo que el cuerpo que ha encontrado en su terreno no puede ser el de ella. ¿Qué tal lo estoy haciendo?

—A las mil maravillas —dije tomando prestada la expresión de Duncan.

Con el rabillo del ojo vi que Dana me miraba con preocupación; temía que siguiera confusa por los fármacos que me habían administrado.

—El problema es que las radiografías coinciden —dije—. Independientemente de si la búsqueda es ilegal o no, no hay confusión posible. Si estuviéramos hablando de mi mujer, querría saber por qué.

La sonrisa desapareció de su cara.

—Quiero saber por qué —dijo él. Ya no parecía ni remotamente agradable.

Dana pareció percibir el problema. Se levantó.

—Vamos —dijo—. Tora, ¿estás bien para que vayamos directamente?

—Por supuesto —dije—. ¿Adónde vamos?

Nos dirigíamos al departamento odontológico del hospital. Dana me llevó en su

coche y Stephen Gair nos siguió en el suyo. Tardamos diez minutos en llegar y, cuando lo hicimos, ya había tres coches en el aparcamiento. No me sorprendió lo más mínimo reconocer el BMW plateado de Gifford y el todoterreno negro del inspector Dunn. Una mirada a Dana me bastó para saber que ella también lo había previsto. Stephen Gair bajó del coche, nos miró y echó a andar hacia la entrada.

—No es de fiar —dije.

—Es el socio mayoritario del bufete de abogados más importante de Lerwick.

—Bueno, allá vamos —ninguna de las dos nos movimos—. ¿Crees que ha sido Gair el que ha dado el soplo a la pasma?

—¿Qué ves en la tele? Y no, debe de haber sido el dentista McDouglas. Durante la próxima hora, tal vez quieras reprimir ese sentido del humor de colegiala tan tuyo.

—Tiene razón, sargento.

Seguimos sin movernos.

—¿Qué problema hay entre tú y el inspector? —pregunté.

Vi que se le ensombrecía la cara y me pregunté si me había excedido.

—¿Qué quieres decir?

Ya no podía volver atrás.

—No confías en él, ¿verdad?

Preparándome para una de sus invectivas, me sorprendió verla reflexionar.

—Lo hacía —dijo por fin—. Nos llevábamos muy bien cuando llegué aquí. Pero estos días no es el mismo —se interrumpió, como preocupada por haber hablado demasiado.

—Das mucha información cuando crees que nadie te está mirando —aventuré—. En el depósito de cadáveres, el primer día, no te quedaste satisfecha; corriste riesgos cuando fuimos a ver a Joss Hawick. Y la otra noche en mi casa te dejó fuera de la lista de invitados. No os habéis puesto de acuerdo sobre si la víctima era de aquí o no. Asintió.

—No ha hecho nada específico de lo que pueda quejarme. Solo parece que desde el principio el instinto nos lleva en direcciones opuestas —las dos observamos cómo Stephen Gair abría la puerta del edificio y entraba—. Deberíamos ir.

Bajamos del coche. Yo seguía llevando el traje de quirófano del día anterior y no me había duchado ni peinado ni cepillado los dientes en veinticuatro horas. Gifford estaba a punto de verme hecha un asco y no podía hacer nada por evitarlo.

—La verdad está ahí dentro, agente Tulloch —dije mientras nos dirigíamos hacia las puertas de vaivén.

Ella me dijo con la mirada que lo dejara estar cuando las puertas automáticas se abrieron para nosotras y las cruzamos.

—Esto es muy incómodo para mí —dijo el doctor McDouglas, lo que me pareció un poco irónico viniendo de un dentista—. Se ha comportado de un modo inaceptable,

señorita Hamilton. Puede que las cosas se hagan de otro modo en su tierra, pero le aseguro que en Escocia...

—Deje que me disculpe por... —interrumpió Gifford.

—No, no es necesario —esta vez hablé yo. Me volví hacia Gifford—. Con todo respeto, señor Gifford, puedo disculparme yo misma —una frase fantástica. Se todo lo grosera que quieras, ponle un «con todo respeto» delante, y saldrás impune. Me volví hacia el dentista McDouglas, un tipo alto, delgado y arrogante, que me cayó mal en cuanto lo vi. Iba a volver a hacerlo—. Y, con todo el debido respeto hacia usted, doctor McDouglas, mi comportamiento no es nuestra principal preocupación en estos momentos. Si cree que he obrado mal, puede presentar una queja formal y el señor Gifford, aquí presente, se asegurará de ocuparse de ella de acuerdo con los procedimientos de las autoridades sanitarias.

Gifford me puso una mano en el brazo, pero yo no iba a pasar por ello, estaba lanzada.

—Por otra parte, si no me equivoco, salpicará tanta mierda que cualquier queja que presente contra mí se perderá en la histeria colectiva.

—Me ofenden profundamente sus groserías —espetó a mis espaldas el arrancadientes presbiteriano.

—Y a mí me ofende profundamente desenterrar cadáveres mutilados. ¿Podemos empezar, por favor?

—Aquí no va a empezar nada. No sin la debida autoridad.

—Estoy de acuerdo —dijo Andy Dunn.

Señalé a Stephen Gair.

—Ahí tiene la autoridad que necesita. Está dispuesto a retirar las radiografías de su mujer para examinarlas. Al menos eso es lo que ha dicho antes de venir aquí. ¿Ha cambiado de opinión, señor Gair?

Mientras lo decía, con el corazón en un puño, supe que Gair no iba a respaldarnos. Nunca había tenido ninguna intención de examinar los historiales de forma oficial. Nos había seguido el rollo para hacernos confesar todo lo que habíamos estado tramando, frente a personas capaces de hacernos doblegar. Stephen Gair nos había vendido a Dana y a mí, y habíamos caído.

—No, no he cambiado de opinión —dijo él.

Bien, tal vez no estaba analizando bien la situación. Decidí callarme un rato.

—Creo que nos ayudaría saber de qué se trata —dijo Gifford—. ¿Quién tiene las radiografías?

—Kenn —dijo Andy Dunn—, esto no es...

—Las tengo yo —dijo Dana, pasando por alto a su jefe.

Sacó del bolso la carpeta que yo le había devuelto esa mañana. Extrajo la radiografía panorámica tomada en el depósito de cadáveres y a continuación la media docena de tomas más pequeñas y superpuestas, las que eran sin duda alguna de Melissa, que había impreso de la intranet la noche anterior.

—¿Qué te parece, Richard? —preguntó Gifford.

Richard McDouglas examinó las radiografías sobre su escritorio y todos los demás hicimos lo propio. De vez en cuando le escudriñaba la cara, el ceño fruncido por la concentración, el labio curvado en una mueca; pero era inescrutable. Me aventuré a volverme hacia Dana, pero tenía la mirada perdida. No quise mirar a nadie más.

Al cabo de unos minutos, McDouglas sacudió la cabeza.

—No lo veo claro —dijo.

Se oyeron suspiros de alivio alrededor de la mesa.

¡Por el amor de Dios!

—Doctor McDouglas —me apresuré a decir antes de que nadie tuviera oportunidad de abrir la boca—, ¿tendría la amabilidad de mirar el segundo molar del cuadrante superior izquierdo? —miré a Gifford, luego a Dunn, pero ninguno de los dos habló—. Mire primero la radiografía panorámica, por favor.

Así lo hizo.

—¿Diría que ese molar tiene una corona?

Asintió.

—Creo que sí.

—Ahora mire el mismo diente en sus propias radiografías —le puse la radiografía pertinente en las manos—. ¿Tiene una corona ese diente?

Volvió a asentir, pero no habló.

—Ahora, por favor, mire el cuadrante superior derecho. ¿Está de acuerdo en que falta un molar?

—Es difícil decirlo. Podría ser uno de los premolares.

—Como usted diga —puse otra radiografía ante él. Su expresión de rechazo era todo un poema. Yo estaba mostrando una actitud irrazonablemente agresiva, pero todo tenía un límite—. Este es el cuadrante correspondiente de las radiografías de la señora Gair. ¿Falta el molar o premolar?

Contó los dientes.

—Sí.

Gifford se inclinó. Andy Dunn y él se miraron. Yo estaba a punto de jugar mi baza maestra.

—Doctor McDouglas, ¿podría examinar la raíz de este diente? —señalé un diente de la radiografía panorámica—. Creo que es el segundo premolar, ¿es así?

Asintió.

—La raíz tiene una curvatura muy particular. ¿Diría que es mesial o distal?

Fingió examinarla, pero la respuesta era obvia.

—La curvatura es distal.

—¿Y esta? —señalé el mismo diente en la radiografía de Melissa.

Bajó la vista.

—La señorita Hamilton tiene razón —dijo por fin—. Hay suficientes similitudes

para justificar una investigación como es debido.

Stephen Gair señaló la panorámica, luego miró a Gifford.

—¿Está diciendo que es mi mujer? ¿Que mi mujer está en su depósito de cadáveres? ¿Qué diablos está haciendo allí?

—Bien, ya basta —Andy Dunn tenía la voz potente y el aire de autoridad adecuados cuando era necesario—. Vamos a ir a la comisaría. Señor Gair, acompañenos, por favor. Usted también, doctor McDouglas.

En ese momento sonó mi localizador. Me disculpé y salí al pasillo para hacer una llamada. Una de mis pacientes estaba cerca del final de la segunda fase de los dolores de parto y el niño daba muestras de agitación. La comadrona creía que podía ser necesario realizar una cesárea de emergencia. Volví y expliqué lo que ocurría.

—Te echaré una mano —dijo Gifford—. Ya hablaremos, Andy.

Andy Dunn abrió la boca, pero Gifford fue demasiado rápido. Abrió la puerta y me hizo salir antes de que nadie pudiera protestar. Vi la expresión de Dana; parecía sorprendida y no del todo satisfecha, pero no pude evitar tener la sensación de que nos separaban a propósito.

Una vez fuera, Gifford se adelantó e hice lo posible por seguirlo. Era difícil caminar a su ritmo mientras cruzábamos el aparcamiento y subíamos el sendero adoquinado que conducía a la puerta principal del hospital, de modo que caminé más deprisa de lo que mis fuerzas me permitían mientras me preguntaba cuándo abriría él la boca para restregarme en la cara los problemas que había causado.

Eran tantas las palabras que me bullían en la cabeza que no estaba segura de si sería capaz de hacerlas salir en el orden adecuado una vez que empezara. Quería acusarlo, exigirle una explicación, justificarme. Al mismo tiempo estaba resuelta a no hacer el ridículo con un parloteo incoherente. Tenía que ser él quien hablara primero y me ofreciera alguna explicación, y estaba decidida a esperar.

Él seguía sin haber dicho una palabra cuando entramos en el hospital, torcimos a la izquierda y, pasando por la sala de urgencias, seguimos hacia la unidad de maternidad. Al llegar a la escalera, giró y empezó a subir.

—Creía que ibas a echarme una mano —dije. Me di cuenta de que hablaba como una esposa quejica, pero no me importó. Tenía la razón moral de mi parte y no iba a ceder.

Gifford estaba ya en el cuarto escalón, pero se paró y se giró. La luz de la ventana de la escalera brillaba detrás de él y no pude ver su expresión.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

Me sentí estúpida de inmediato. Por supuesto que no necesitaba ayuda. Pero tampoco iba a permitir que me hiciera el vacío. Por el pasillo se acercaban dos enfermeras y un portero. Su conversación cesó en cuanto percibieron la evidente tensión que había entre nosotros.

—Has dicho que ibas a acompañarme —no me molesté en bajar la voz.

Kenn también había advertido a los demás.

—Necesitaba salir de allí —dijo—. Tengo cosas que hacer.

Se volvió y siguió subiendo la escalera. Me quedé allí, observándolo.

—La necesitan en maternidad, señorita Hamilton —añadió con firmeza—. Venga a verme cuando termine.

Los tres miembros del personal pasaron por mi lado cuando empecé a subir la escalera detrás de él. Uno de ellos, una enfermera a la que conocía poco, no se molestó en ocultar su mirada intrigada y sonrió a medias. Creía que estaba en apuros y no le importaba lo más mínimo.

No podía seguir a Gifford por la escalera y exigirle una explicación delante de la mitad del hospital. Además, tenía razón, me necesitaban en maternidad. Me volví y bajé de nuevo; me detuve solo para lavarme las manos y recogerme el pelo, y entré en la sala de partos.

Había dos comadronas; una de mediana edad, de las islas, que llevaba veinte años haciendo su trabajo y no disimulaba el hecho de que me consideraba superflua. La otra era una estudiante en prácticas, una chica de unos veinticinco años cuyo nombre no recordaba.

La futura madre era Maura Lennon, de treinta y cinco años y a punto de dar a luz a su primer hijo. Estaba tumbada en la cama con los ojos muy abiertos, la cara pálida y brillante de sudor. Temblaba con una violencia que no me gustó. Su marido, sentado a su lado, mirando nervioso la máquina que monitorizaba los latidos del niño. Al acercarme, Maura gimió; Jenny, la comadrona de más edad, le ayudaba a incorporarse.

—Vamos, Maura, puja ahora, con todas tus fuerzas.

Maura arrugó la cara y empujó mientras yo sustituía a Jenny al pie de la cama. Se veía la cabeza del bebe, pero no había visos de que fuera a salir en los próximos minutos. Y eso era lo que debía hacer. Maura estaba exhausta; el dolor se había vuelto excesivo para ella. Pujó, pero con pocas fuerzas, y, cuando la contracción terminó, ella cayó de espaldas con un gemido. Miré el monitor. Los latidos del bebé se habían ralentizado de forma considerable.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunté.

—Unos diez minutos —respondió Jenny—. No le hemos dado nada para el dolor aparte de gas y aire. No quiere que corte, ni tampoco fórceps ni cesárea.

Miré hacia el escritorio. Encima estaba el plan de parto de Maura. Lo cogí y lo hojeé. Unas cuatro páginas mecanografiadas con letra apretada. Me pregunté si lo había leído alguien además de la futura madre. Yo no iba a hacerlo, desde luego.

De pie junto a la cama, le aparté el pelo de la frente. Era la primera vez que tocaba así a una paciente.

—¿Cómo te encuentras, Maura?

Gimió y desvió la mirada. Una pregunta estúpida. Le cogí la mano.

—¿Cuánto tiempo llevas de parto?

—Quince horas —respondió Jenny en nombre de Maura—. Se lo provocaron

anoche. A las cuarenta dos y semanas —eso último sonaba ligeramente acusador. Nadie quería que un embarazo durara cuarenta y dos semanas, y yo menos que nadie. A esas alturas la placenta empieza a deteriorarse, a veces gravemente, y el porcentaje de mortinatos aumenta drásticamente. Había visto a Maura hacía una semana y se había negado con rotundidad a que le provocara el parto. Había dejado que cumpliera las cuarenta y dos semanas completas debido a su insistencia pero en contra de lo que me decía el instinto.

Se sacudió hacia arriba para tener otra contracción. Jenny y la estudiante le gritaron que tuviera coraje mientras yo observaba el monitor.

—¿Quién es el interno de guardia? —pregunté a la estudiante.

—Davee Renald —respondió.

—Pídele que venga, por favor.

Salió corriendo.

La contracción se acabó y me bastó ver la cara de Jenny para saber que no había habido ningún avance en el otro extremo.

Cogí la mano libre de Maura y la apreté.

—Maura, mírame —dije, obligándola a hacer contacto visual. Tenía los ojos vidriosos, pero me sostuvo la mirada—. Está siendo un parto insólitamente doloroso, y hasta ahora lo has hecho extraordinariamente bien —y era cierto. Las inducciones siempre eran más intensas y pocas mujeres lograban aguantar sin una epidural—. Pero ahora tienes que dejar que te ayudemos.

Vi en el monitor que se acercaba otra contracción. Se me acababa el tiempo.

—Voy inyectarte una anestesia local y a intentarlo con el fórceps. Si no funciona, iremos al quirófano para hacerte una cesárea de emergencia. ¿Estás de acuerdo?

Me miró y soltó un gallito al hablar.

—¿Puede darme un minuto para pensarlo?

Sacudí la cabeza mientras el interno y una enfermera entraban corriendo. En un hospital más grande, un pediatra habría asistido un parto de fórceps, pero allí teníamos que contentarnos con el médico que estuviera de guardia. Jenny susurró algo a la estudiante y esta volvió a salir para avisar a los del quirófano.

—No, Maura —dije—. No tenemos ni un minuto que perder. Tu bebé tiene que nacer ya.

Ella no respondió y deduje por su silencio que estaba conforme. Me senté. Jenny tenía todos los instrumentos preparados y, sin que nadie me lo pidiera, empecé a levantar las piernas de Maura con los estribos. Le puse la inyección de anestesia en el perineo e hice un pequeño corte para abrir la salida vaginal. Inserté los fórceps y esperé la siguiente contracción. Mientras Maura pujaba, tiré con mucha suavidad. La cabeza salió más.

—Ahora descansa, descansa —ordene—. La próxima es la grande.

Ella pujó de nuevo y tiré. Ya casi estábamos... la cabeza ya había salido. Aflojé el fórceps, se los di a Jenny, y... ¡mierda! Un par de centímetros de membrana gris. El

cordón umbilical se había enrollado alrededor del cuello del bebé y yo había estado a punto de pasarlo por alto. Introduje un dedo por debajo y lo aparte con suavidad por encima de la cabeza. Cuando tendí las manos hacia los hombros, Maura pujó por última vez y salieron por sí solos, seguidos del resto del bebé. Entregué el cuerpo sólido, resbaladizo e increíblemente hermoso a Jenny, que lo cogió para llevárselo a sus padres. Luego se oyó un sollozo y por un momento creí que había sido yo. Me sobrepuse, me sequé los ojos con la manga y retiré la placenta. La estudiante en prácticas (Grace, por fin me acordé de que se llamaba Grace) me ayudó a coser y a lavar a la paciente. Tenía los ojos brillantes, pero era rápida y pulcra en todo lo que hacía. Sería una buena comadrona.

Sobre la mesa del pediatra, el interno había terminado sus comprobaciones.

—Todo está bien —dijo devolviéndole el bebé a Maura.

Me quedé en la sala de partos otros quince minutos, para asegurarme de que la madre y el niño estaban bien. Luego llegó un camillero y se llevó a Maura a la ducha, y di una vuelta por las salas para ver cómo estaban el resto de mis pacientes. No esperábamos otro parto hasta mediados de semana, de modo que con un poco de suerte sería un fin de semana tranquilo. Decidí que podían prescindir de mí y me encaminé hacia la salida.

Jenny, la comadrona, entraba de nuevo en la sala cuando yo salía.

—Enhorabuena, señorita Hamilton —dijo, y al instante sospeché que sus palabras encerraban un sarcasmo.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, irritada.

Me miró desconcertada.

—Ahora no —dijo—. Pero antes de que llegara usted pensé que iba a perder a esa criatura. Y eso hace muchos años que no lo decía —debió de ver algo en mi cara, porque se acercó más y bajó la voz—. He pasado catorce horas sudando con esa chica. Me ha gritado, me ha dado patadas, me ha insultado y me ha estrujado tanto la mano que casi me parte los dedos. Y si ella y su marido están felices ahora, es gracias a usted, no a mí —me dio un apretón en el brazo—. Buen trabajo, muchacha.

Subí la escalera hasta donde el personal directivo tenía sus oficinas. El último despacho del pasillo, enorme y haciendo esquina, era el de Gifford. Era la primera vez que entraba en él y me sorprendió bastante, me recordó las consultas privadas en las que había estado de estudiante: paredes color crema, pesadas cortinas de rayas, butacas de cuero marrón y un escritorio de madera oscura que no podría decir si era de anticuario o una reproducción. Encima del escritorio solo había un ordenador portátil cerrado y una carpeta de manila. Habría apostado algo a que era el historial médico de Melissa Gair.

Gifford estaba de espaldas a la puerta. Inclinado hacia delante, con los codos apoyados en el alféizar, miraba el océano por encima de los edificios. No llamé, me limité a empujar la puerta, ya abierta; no hizo ningún ruido sobre la gruesa alfombra estampada. Él se volvió.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

—Ha sido una niña —respondí mientras cruzaba la alfombra hasta la mitad de la habitación.

—Enhorabuena —se quedó allí de pie mirándome, el vivo retrato de la serenidad. En cualquier momento ladearía la cabeza con una expresión educada pero firme y me preguntaría: «¿Eso es todo, señorita Hamilton?».

Bueno, pues yo no iba a permitirlo.

—Estoy a punto de... —hice un gesto juntando los dedos de mi mano izquierda

— tener la mayor rabieta de mi vida. ¿Y sabes una cosa? Creo que me saldría con la mía.

—Por favor, no lo hagas —cruzó la habitación y se apoyó contra el escritorio—. Me duele mucho la cabeza.

—Te lo mereces. ¿A qué coño estás jugando? ¿Tienes idea de lo serio que es este asunto?

Suspiró, de repente parecía cansado. Nunca había pensado en su edad, pero en ese momento me pregunté cuántos años tenía.

—¿Qué quieres saber, Tora?

—Todo. Quiero una maldita explicación.

Su respuesta fue una sonrisa cansina, una breve sacudida de cabeza y una exhalación de aire por la nariz; era una carcajada tan económica en alegría como en duración.

—¿No la queremos todos? —dijo. Se pasó las manos por la cara y se apartó el pelo. Tenía marcas de sudor en las axilas—. Puedo decirte lo que ha pasado mientras estabas en el quirófano. ¿Te parece?

—Es un comienzo.

—¿Quieres sentarte? —señaló con la cabeza una silla.

Lo hice. De hecho, lo necesitaba, como si su abatimiento fuera contagioso. Era una butaca exageradamente cómoda y la habitación estaba bien caldeada. Me obligué a erguirme.

—El comisario Harris viene de Inverness para tomar las riendas del caso. Andy Dunn ha estado aquí hace veinte minutos para averiguar detalles sobre los dos médicos y las tres enfermeras que trataron a la señora Gair. Tres de ellos se encuentran en estos momentos en la comisaría, están siendo interrogados. De los otros dos, uno está de vacaciones, y el otro no trabaja ya en el hospital y están tratando de localizarlo. El médico de cabecera de la señora Gair también está en la comisaría.

—¿Y tú?

Volvió a sonreír, me había leído el pensamiento.

—Suelo tomarme unas vacaciones largas a finales de verano o en otoño. Cuando ingresaron a la señora Gair, yo estaba en Nueva Zelanda. Llevaba cinco días muerta cuando volví.

Pensé en lo que acababa de decir. ¿Era posible que Kenn Gifford no hubiera participado en la mierda que se estaba cocinando allí?

—El forense que realizó la autopsia está de baja por enfermedad en Edimburgo...

—Un momento —lo interrumpí—. Pero ¿no la hizo Stephen Renney?

Gifford negó con la cabeza.

—Stephen solo lleva ocho meses con nosotros. Empezó justo cuando tú llegaste. Está sustituyendo a nuestro forense, un tipo llamado Jonathan Wheeler. ¿Qué iba a decir? Ah, sí, en estos momentos la oficial Tulloch está volando a Edimburgo para

entrevistar a Jonathan. Pero aquí tienes el informe —señaló con un gesto la carpeta que había encima de su escritorio—. Es bastante detallado. ¿Quieres leerlo?

Me tendió la carpeta y yo la cogí, más porque necesitaba tiempo para pensar que porque quisiera realmente mirar el informe, pasé las hojas. Cáncer extendido a los dos pechos, a los nudos linfáticos y a los pulmones. Tumores secundarios en..., y así seguía.

Levanté la vista.

—Su tumba. Me refiero a su tumba oficial. ¿Dónde está? ¿La están exhumando?

—Me temo que no es posible. A la señora Gair la incineraron, o eso es lo que hemos creído hasta ahora.

—Qué oportuno.

—No hay nada ni remotamente oportuno en este lío.

—Bueno, ¿y cómo acabó en mi terreno una mujer que murió de cáncer hace tres años?

—¿Quieres oír la mejor teoría que tengo?

—¿Quieres decir que tienes más de una? Estoy impresionada. Yo no he sido capaz de llegar a ninguna.

—Bueno, como teoría es floja. Probablemente es más bien lo que me gustaría creer. Pero espero que estemos ante un caso tipo Burke y Hare.

—¿Ladrones de cuerpos?

Asintió.

—Por motivos personales que preferiría no saber, aunque supongo que acabaré enterándome, alguien robó el cuerpo del depósito de cadáveres. Incineraron un ataúd vacío o, más probablemente, lleno de peso.

Era ridículo. ¿Kenn Gifford, uno de los hombres más brillantes que había conocido nunca, creía que iba a tragarme esa chorrada?

—Pero ella no murió en octubre de 2004. Según los forenses, murió casi un año después.

—Enterraron el cadáver en la turba un año después. ¿Y si la conservaron varios meses congelada?

Pensé en ello. Un segundo.

—Había dado a luz. Un cadáver congelado no puede gestar un bebé.

—Bueno, he de reconocer que en ese punto mi teoría se topa con un obstáculo. Solo espero y rezo para que Stephen Renney y tú estéis totalmente equivocados.

—No lo estamos —susurré. Pensé que el equipo de forenses de Inverness también había examinado el cadáver. No podíamos estar todos equivocados.

—La turba es una sustancia extraña. No sabemos mucho de ella. Tal vez alteró el habitual procedimiento de putrefacción.

—Había dado a luz —repetí.

—Melissa Gair estaba embarazada.

—¿Lo estaba?

—He hablado con su médico de cabecera. Hace cuarenta minutos. Antes de que la policía fuera a buscarlo.

—Quieres decir que le has advertido.

—Tora, tranquilízate. Conozco a Peter Jobbs desde que tenía diez años. Es un hombre honrado, créeme.

Decidí pasar por alto esas palabras.

—¿Y qué te ha dicho?

—Ella fue a verlo en septiembre de 2004, preocupada por un bulto en el pecho izquierdo. También creía que estaba en la primera fase de embarazo. Peter le concertó una cita con un especialista en Aberdeen, pero dos semanas más tarde, tres días antes de la cita, la ingresaron en el hospital con un gran dolor.

Se levantó y cruzó la habitación.

—¿Quieres café? —preguntó.

Asentí.

Gifford sirvió café de una cafetera muy parecida a la que yo tenía en mi consulta y regresó con dos tazas. Me dio una y se sentó de nuevo en la otra butaca. Tenía que volverme hacia un lado para verlo. Él miraba al frente, rehuyendo mi mirada.

—Las radiografías iniciales mostraron una propagación extensiva del cáncer. Aquí no tenemos a nadie realmente cualificado para tratar algo así, de modo que pedimos un traslado. Se la mantuvo estable y voló a Aberdeen. Allí la abrieron, la cerraron y nos la devolvieron. Le aumentaron la medicación contra el dolor y a los pocos días murió.

«Abrir y cerrar» significa que determinada intervención quirúrgica se suspende porque se descubre que el mal es inoperable. El cirujano de Aberdeen debió de abrir a Melissa y, al ver que el cáncer estaba demasiado extendido para eliminarlo quirúrgicamente, volvió a cerrarla. El cirujano debía de estar al pie de la cama de Melissa cuando ella se despertó. «Lo siento mucho, señora Gair, pero me temo que no podemos operar». Tal vez entró en la habitación vistiendo una capa negra y portando una guadaña.

—Pobre Melissa.

Asintió.

—Treinta y dos años.

Con una nueva vida dentro de ella. Qué triste tuvo que ser.

A menos que...

—No, joder —yo volvía a estar de pie y gritando. No podía creer que hubiera estado a punto de tragármelo—. Melissa no murió de cáncer. Melissa murió porque alguien cogió un cincel, se lo clavó en el pecho, le abrió a la fuerza la caja torácica, le cortó metódicamente las cinco arterias principales y otras más pequeñas, y le arrancó el corazón, que probablemente seguía latiendo.

—Tora —Gifford también se había levantado y se acercaba a mí.

Yo jadeaba y empezaba a sentirme mareada.

—Murió porque un maldito tarado decidió que muriera y un montón de degenerados están mintiendo. Probablemente tú entre ellos.

Me puso las manos en los hombros y sentí una oleada de calor en mi interior. Nos miramos. De color pizarra, sus ojos eran de color pizarra. Respiraba pesada y lentamente. Me descubrí calmándome para sincronizar mi respiración con la suya. El mareo había desaparecido. Llamaron a la puerta.

—¿Va todo bien, señor Gifford?

—Todo va bien —respondió Gifford—. ¿Puedes darme un momento?

Se oyó el sonido de pasos alejándose.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Gifford.

Sacudí la cabeza, pero había en ello más obstinación que sinceridad.

Gifford alzó la mano y me acarició la cabeza. Se detuvo en mi cuello desnudo.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo.

Bueno, se me ocurrieron unas cuantas cosas, porque, a pesar de todo, era muy agradable estar allí con él, casi en sus brazos, en esa habitación ridículamente amueblada.

—Odio los hombres con pelo largo —dije.

No me preguntéis de dónde salió eso; o por qué me pareció que ese era el momento adecuado para decirlo.

Él sonrió. Esta vez con una sonrisa sincera, y me pregunté cómo podía haberme parecido feo.

—Entonces me lo cortaré —dijo.

Me acerqué un paso más, apoyé la cabeza en su pecho y me quedé mirando la tela de su camisa, sabiendo que la situación había traspasado el límite de lo decoroso y debía interrumpirla.

—Ahora viene la parte que no te va a gustar —dijo él.

Volví a levantar la cabeza con brusquedad, hasta retrocedí un paso. ¿Qué era exactamente lo que se suponía que me había gustado hasta entonces?

—Estás suspendida quince días, sin reducción de sueldo.

Me aparté.

—Es una puta broma.

Él no dijo nada. No bromeaba.

—No puedes hacerlo. No he hecho nada malo.

Él se rio y se acercó de nuevo a la ventana. Cuando se volvió, me entraron ganas de darle una patada, pero no me moví.

—Técnicamente —dijo a mi reflejo en el cristal—, creo que descubrirás que has hecho un montón de cosas malas. Has interferido en una investigación policial, has violado muchas normas del hospital y has desobedecido algunas de mis instrucciones directas. Has violado la confidencialidad de un paciente y has disgustado a varios miembros de la comunidad y del hospital —se volvió de nuevo. Sonreía—. Pero esa no es la razón por la que estás suspendida.

—Entonces, ¿por qué?

Levantó el índice.

—En primer lugar, si te quedas, seguirás comportándote como lo has hecho hasta ahora, y no puedo protegerte siempre.

—No lo haré. Lo dejaré en manos de la policía.

Sacudió la cabeza.

—No te creo. Segundo, como has expresado tan elocuentemente en Odontología, en los próximos días la mierda salpicará lejos y habrá mucha gente muy enfadada. No quiero que te consideren el centro o la causa de todo.

—No me importa lo que la gente piense de mí.

—Pues debería. Cuando todo termine, seguirás trabajando aquí. Pero no podrás hacerlo si tienes a todo el mundo en tu contra.

—No les caeré mejor si huyo. Creerán que no me atrevo a dar la cara. Dios mío, si les dices que me has suspendido, creerán que estoy implicada.

—Les diré que estás exhausta y muy alterada por todo lo ocurrido. Serás objeto de compasión, no de resentimiento. Tercero, los próximos días voy a estar muy ocupado tratando de minimizar el perjuicio para el hospital, por no hablar de mi propia reputación... No quiero oírlo, Tora —dijo, al ver que me disponía a interrumpirlo—. No soy policía. El bienestar del hospital es mi prioridad, y no te quiero aquí distrayéndome.

No tenía una respuesta inmediata a eso. De no haber sido algo completamente fuera de lugar, habría dicho que era felicidad lo que se retorció en la boca de mi estómago.

—Cuarto —dijo, sobresaltándose. ¿Había un cuarto punto?—. Quiero que estés en un lugar seguro.

¡Adiós final feliz! En medio del embriagador arrebató del descubrimiento y la justificación, había olvidado por completo que —para utilizar un tópico de las películas policíacas— había un asesino suelto; y había estado hurgando donde alguien, tal vez un miembro del personal de ese hospital, no quería que se hurgara.

Dio un paso hacia mí y volvió a sujetarme, esta vez los antebrazos.

—Necesitas tomarte unos días libres —dijo—. Estás visiblemente agotada, blanca como el papel, te tiemblan las manos y tienes las pupilas dilatadas como si te hubieras drogado. Si te expones a una infección, caerás redonda. No puedo tenerte trabajando en el hospital.

Había ingerido drogas, pero lo había hecho involuntariamente. ¿Tan evidente era? ¿O acaso Kenn sabía más de lo que daba a entender? Me pregunté de nuevo quién había entrado en mi despacho cerrado con llave. Él lo había hecho la mañana anterior. Había dicho que el empleado de la limpieza le había dejado entrar, pero...

Una ráfaga de aire frío recorrió la habitación cuando se abrió la puerta. Kenn ya no me miraba a mí sino a quienquiera que estaba en el umbral. Me volví y mi día se completó. Era Duncan.

—Aparta las manos de mi mujer, Gifford —dijo con calma. Parecía cualquier cosa menos calmado.

Kenn mantuvo las manos en mis hombros durante un instante, luego el calor desapareció. Me aparté de él y me acerqué a mi marido, quien, debo decirlo, no parecía especialmente contento de verme.

—¿Qué te ha retenido? —preguntó Gifford.

—El vuelo se ha retrasado —respondió Duncan; lo miraba con odio. Luego entró en la habitación, la recorrió con la mirada, y soltó una carcajada corta y desagradable—. ¿Qué eres, un ginecólogo de Harley Street?

—Me alegro de que te guste —dijo Gifford—. Pero lo diseñó mi predecesor.

Noté que Duncan se ponía tenso.

—No podría justificar el gasto que impondría redecorarla —dijo Kenn—. Pero... ¿nunca te invitó a entrar?

Miré a uno y a otro. Duncan estaba furioso e imaginé que lo estaba conmigo. Pero, por Dios, ¿no exageraba un poco? Tal vez nos había visto en una actitud más íntima de como a cualquier marido le gustaría ver a su esposa, pero tampoco nos había pillado montándonoslo en el sofá.

—¿Qué está pasando? —pregunté; en los últimos días estaba utilizando esa frase demasiado a menudo.

Gifford se volvió hacia mí.

—Mi predecesor. El que fue el director médico de este hospital durante quince años antes de jubilarse. Una especie de mentor para mí. Dale recuerdos de mi parte, ¿quieres?

Miré a Duncan.

—Despierta, Tor —dijo algo irritado—. Está hablando de mi padre.

De acuerdo, estaba algo perdida.

—Tu padre trabajaba en Edimburgo. Eso me dijiste.

Poco después de conocernos, Duncan me dijo que su padre era médico, anestesista, y, como es lógico, la información me interesó. También me dijo que trabajó fuera durante la mayor parte de su niñez, que solo regresaba los fines de semana. Siempre había creído que eso explicaba la manera de ser de la familia de Duncan.

—Volvió antes de que yo me fuera a la universidad —dijo él—. ¿Dónde está tu coche?

—No tengo ni idea —respondí. Las cosas habían ido demasiado deprisa y estaba desorientada.

—Aparcado frente a la casa de la oficial Tulloch —dijo Gifford—. Bastante seguro, esperemos.

Me quedé dormida a los pocos minutos de que Duncan empezara a conducir. Tuve

sueños extraños e inconexos de que estaba en el quirófano sin los instrumentos adecuados. El paciente era el padre de Duncan, y la cara de la enfermera ayudante que me miraba por encima de la mascarilla era la de su madre, Elspeth. Estábamos en un aula de anatomía con una mesa de operaciones en el centro y círculos de sillas alrededor. En cada silla había alguien a quien conocía: Dana, Andy Dunn, Stephen Renney, mis padres, mis tres hermanos, amigos de la universidad, la líder de mi grupo de *girl scouts*. No hacía falta ser Sigmund Freud para reconocer el clásico sueño de ansiedad. Me desperté sobresaltada cuando Duncan frenó con brusquedad para esquivar una oveja extraviada. No estábamos en la carretera que llevaba a casa.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A Westing —respondió.

Westing era el hogar de sus padres en Unst, donde él había nacido y crecido.

Pensé un momento.

—¿Quién va a cuidar de los caballos?

—Mary ha dicho que se pasaría.

Asentí. Mary era una chica del pueblo que daba de comer a los caballos y los sacaba a pasear los días que yo estaba ocupada. Los conocía bien, y viceversa. Estarían bien. Se me volvían a cerrar los párpados cuando me pregunté si debía explicar a Duncan lo que había ocurrido la noche anterior. También quería preguntarle si sabía algo de Tronal.

Me volví hacia él. Miraba al frente, tenía los músculos en tensión, como si estuviera muy concentrado, aunque conocía bien la carretera y todavía no estaba oscuro. Además, conducía demasiado rápido. No parecía un buen momento para hablar. Tal vez más tarde. Volví a cerrar los ojos y me dormí. Me desperté cuando estábamos a bordo del ferry a Yell.

—Gifford te ha llamado, ¿no? —pregunté—. Te ha dicho que entraron en casa la otra noche.

Duncan asintió sin mirarme. Tuve una sensación desagradable. Duncan y Gifford podían tenerse antipatía, pero se habían confabulado para ocuparse de mí. O tal vez Gifford había representado el pequeño acercamiento íntimo conmigo para que Duncan lo viera. ¿Era posible que Gifford estuviera jugando con los dos?

No se tarda mucho en llegar a Yell en coche, y hacia las nueve estábamos en el último tramo del viaje.

Hacía siete años que conocía a Duncan, llevaba cinco años casada con él, y todavía podía decir con absoluta franqueza que no conocía a sus padres. Durante mucho tiempo me pareció raro, hasta un poco inquietante, viniendo como vengo de una familia numerosa, ruidosa, comunicativa y chismosa en la que se habla mucho y no hay secretos. Eso fue hasta que me di cuenta de que Duncan tampoco los conocía y no debía tomármelo como algo personal.

Duncan es hijo único. Llegó al matrimonio relativamente tarde, cuando, presumiblemente, la certeza de tener hijos se había convertido en una aceptación

entre resignada y resentida de algo que podía no ocurrir nunca. Cualquiera habría pensado que precisamente por eso Duncan era aún más valioso, aún más amado, pero ese no parecía ser el caso.

Nunca habían sido una familia unida. Su madre lo consentía, como cabía esperar de una mujer algo mayor con un solo hijo, pero en su relación no había una familiaridad cómoda. Casi nunca les había oído bromear juntos o compartir recuerdos de su niñez. Aún menos a menudo la había oído a ella regañarlo. La palabra que parecía describir mejor la relación entre Duncan y su madre era «educada», aunque de vez en cuando también podía calificarse de «poco relajada».

La relación entre Duncan y su padre era más fácil de describir, aunque no de entender. Era formal, cortés y —a mi parecer, al menos— visiblemente gélida. Hablaban bastante —sobre el trabajo de Duncan, la economía, los temas de actualidad, la vida en las islas—, pero nunca entraban en el terreno personal. Nunca salían juntos a navegar ni paseaban por el acantilado. Nunca se escapaban al pub mientras su madre y yo preparábamos la cena, ni se quedaban dormidos juntos frente al televisor, y nunca jamás discutían.

En la travesía en ferry de quince minutos de Yell a Unst pregunté:

—¿Se jubiló antes de hora?

No sabía qué edad tenía el viejo Richard, pero apenas aparentaba setenta años. Sin embargo, desde que yo lo conocía no había trabajado. Aunque no había mencionado a Richard en todo el trayecto, Duncan supo inmediatamente de quién hablaba.

—Hace diez años —respondió, mirando al frente.

—¿Por qué?

Si Richard había dejado su cargo en circunstancias poco claras, eso al menos explicaría por qué era tan reacio a hablar de su profesión.

Duncan se encogió de hombros sin mirarme.

—Tenía otras cosas que hacer. Y había preparado a su sucesor.

—Gifford.

Duncan guardó silencio.

—¿Qué hay entre vosotros? —pregunté.

Por fin me miró.

—¿Debería preguntarte eso mismo?

—Él dice que te robó la novia.

El brillo de los ojos de Duncan desapareció y por un momento no reconocí la cara que se volvió hacia mí. Luego soltó una fuerte carcajada llena de cólera.

—En sus sueños.

El ferry estaba entrando en el puerto, y los otros tres coches que hacían la última travesía habían puesto el motor en marcha. Duncan accionó la llave de contacto. Mientras los motores del ferry rugían y la pesada rampa del puerto bajaba de golpe, murmuró algo, pero no me atreví a pedirle que lo repitiera.

Situada en la misma latitud que el sur de Groenlandia, Unst está habitada por aproximadamente setecientas personas y cincuenta mil frailecillos. La más septentrional de las Islas Británicas pobladas mide cerca de veinte kilómetros de largo y ocho de ancho, y tiene una única carretera principal, la A968, que se extiende desde el puerto del ferry, al sudeste, en Belmont, hasta Norwich, al noreste.

Tres kilómetros después de bajar del ferry, tomamos a la izquierda una carretera de un solo carril y empezamos a subir y bajar las colinas que bordeaban la costa. Casi literalmente al final de la carretera encuentras el puñado de edificios que es Westing, y la fría y suntuosa casa de granito que era el hogar de la familia de Duncan.

Elsbeth abrazó a Duncan y apretó su fría mejilla contra la mía. Richard estrechó la mano de su hijo y me saludó con la cabeza. Nos llevaron a su gran sala de estar orientada al oeste. Atraída por los colores del exterior, me acerqué a la ventana. A mi espalda se hizo el silencio; se me erizó la piel al sentirme observada, luego oí descorchar una botella.

El sol casi se había puesto y el cielo estaba violeta. Cerca de la costa de Westing hay varias rocas enormes de lava, es cuanto queda de los antiguos acantilados que en el pasado resistieron los embates del Atlántico. Esas rocas se veían negras donde la luz no las alcanzaba, pero sus bordes irregulares brillaban como oro líquido. Las nubes, gruesas y amenazadoras durante todo el día, se habían convertido en sombras suaves de color rosa oscuro, y la espuma de las olas rebotaba por la orilla como chispas de plata.

Percibí movimiento detrás de mí y me volví. Richard me ofrecía una copa de vino. Se quedó a mi lado y los dos miramos al exterior. El sol había desaparecido detrás de los acantilados de Yell, pero al hacerlo los había envuelto en luz. Parecían esculpidos en bronce.

—El lugar más hermoso y solitario de la tierra —dijo Richard, expresando mis pensamientos con palabras.

Bebí un largo trago de vino. Era excelente. En la casa de Elspeth y Richard había una bodega enorme en el sótano, pero, a diferencia de la nuestra, estaba bien abastecida. Richard me cogió del brazo y me condujo al sillón que había junto a la chimenea mientras Elspeth se acercaba con una bandeja a rebosar. Me rendí a su hospitalidad y comí y bebí agradecida, al tiempo que hacía lo posible por responder a los intentos de Elspeth de mantener una conversación educada.

Media hora después, mientras Duncan y su padre discutían sobre el estado de las carreteras de la isla y los planes para explotar parte de sus recursos de turba, me disculpé y subí a nuestra habitación. Cuando nos quedábamos en casa de los padres de Duncan dormíamos en la mejor habitación de invitados en lugar de en la antigua habitación de Duncan, como había esperado yo. Según me había dicho, estaba en la buhardilla, pero la habían convertido en trastero. Yo no había preguntado qué había

sido de sus cosas, de todos los polvorientos recuerdos de su niñez.

Saqué el móvil y comprobé si tenía mensajes. Había tres de Dana, y sentí una oleada de afecto hacia ella. Al menos ella no participaba en la conspiración general para apartarme de todo. Sabía que tan al norte no tendría cobertura, de modo que me arriesgué a utilizar el teléfono de la habitación. Contestó al segundo timbrazo.

—Gracias a Dios, Tora, ¿dónde estás?

—Exiliada en las estepas siberianas.

El teléfono del dormitorio estaba junto a la ventana. Nuestra habitación miraba al este. Veía más colinas, envueltas en una luz rosa intensa, y las aguas rosa fresa del lago interior que había detrás de la casa.

—¿Cómo dices?

Se lo expliqué.

—Bueno, probablemente sea lo mejor. Al menos allí arriba estarás fuera de peligro.

¿Por qué todos hablaban de mi seguridad? Era desalentador, por no decir más.

—¿Me puedes decir qué está pasando? —un frailecillo se posó en el alféizar y me miró.

—Por supuesto. Acabo de volver de Edimburgo. He ido a interrogar a Jonathan Wheeler, el forense de tu hospital. Lleva varios meses de baja.

—Sí, he oído hablar de él. ¿Qué has averiguado? —el frailecillo, aburrido de mí, empezó a limpiarse su pico multicolor con la piedra del alféizar.

—Bueno, el hecho de que le hubieran advertido de mi visita no fue una ayuda. Tu amigo Gifford se merece una buena tunda por obstrucción a la justicia, la verdad, pero veo difícil que ocurra, claro, ya que él y mi inspector fueron compañeros de ducha en los vestuarios de rugby y compartieron la pastilla de jabón y un buen número de...

—¡Dana! —no es que no me lo pasara bien con su invectiva contra Gifford, pero tenía poco tiempo. Oí movimiento en el piso de abajo.

—Perdona. Aparte de eso, Wheeler me pareció un tipo honrado. Lo llevé a la comisaría de Edimburgo y lo tuve sudando durante media hora en la sala de interrogatorio; le di el tratamiento completo. Se acordaba del caso, claro que cómo no iba acordarse si acababa de recordárselo tu jefe, y fue bastante sincero con los detalles. No tengo aquí mis notas, pero todo parecía cuadrar con lo que nos habían dicho. Mujer joven, bultos malignos en los dos pechos y propagación extensiva del cáncer a la mayoría de los órganos. Te diré lo que no encajó.

—¿Qué?

—Bueno, al parecer Melissa Gair estaba embarazada, cuando fue a ver a su médico de cabecera. De pocos meses. Ni siquiera Stephen Gair lo sabía.

—Me lo ha dicho Gifford.

Se oyó una brusca inhalación.

—Caramba, ese tipo es una amenaza. En fin, el médico hizo un análisis de orina a

Melissa y vio que estaba embarazada, pero en la autopsia que se le hizo tres semanas después no consta que lo estuviera.

Lamenté frustrar el entusiasmo de Dana, pero no quería que siguiera pistas falsas.

—Eso es fácil de explicar.

—¿Cómo?

—Muchos embarazos se interrumpen en los primeros días. El óvulo ha sido fecundado y la hormona del embarazo aparece en la sangre, de modo que la prueba da positivo, pero luego el óvulo muere. A Melissa pudo haberle venido la regla entre la visita al médico y el ingreso en el hospital, lo que habría sido un aborto muy temprano. Dada la naturaleza invasora del cáncer, me parece algo muy probable.

Mientras Dana procesaba la información que acababa de darle se produjo un silencio.

—Dana —continué, antes de que dijera algo—, he estado pensando. Puede que la mujer que ingresó con cáncer en el hospital y que murió en él, la que llevas todo el día investigando, no fuera Melissa Gair. A lo mejor se mezclaron los historiales.

—Hemos considerado esa posibilidad.

—¿Y...?

—Era ella. Su médico de cabecera está seguro de que Melissa fue a verlo. Hacía años que la conocía. También hemos hablado con la recepcionista de la consulta. Conocía a Melissa. El personal del hospital no la conocía personalmente, pero les he enseñado fotos y están totalmente seguros de que era ella. Por supuesto, había cambiado un poco cuando la ingresaron. El dolor parece tener ese efecto. Pero todos, juntos y por separado, se acordaban de su pelo y de su piel. Era una mujer muy atractiva.

—Podrían haber mentido.

Ella guardó silencio un momento.

—Bueno, es posible. Pero sus versiones coinciden. Las hemos cotejado una y otra vez, y no hay diferencias.

Reflexioné.

—¿Tenía una hermana gemela?

—No. Solo un hermano mayor que vive en Estados Unidos.

—Entonces, ¿Stephen Renney y yo nos equivocamos? ¿Me equivoqué en cuanto al historial dental? —No podía creerlo, pero parecía la única explicación posible.

—No, no os equivocasteis. Pedimos la opinión a otro dentista. No hay duda de que el cuerpo del depósito es Melissa. Y han repetido la autopsia. Es casi seguro que dio a luz. También le han encontrado un pequeño bulto en el pecho izquierdo. Lo están analizando, pero no creen que fuera maligno.

Me quedé callada unos minutos. Mi cerebro sencillamente no podía asimilar tanta información.

—Estamos dando vueltas a lo mismo —dije por fin.

—No me digas.

—¿Y ahora qué?

—Nadie parece saberlo. El personal del hospital y el médico de cabecera se han ido a casa. También Stephen Gair.

—¿Has dejado que se vaya?

Aun por teléfono podía percibir su frustración.

—Tora, ¿quién es nuestro sospechoso? ¿De qué lo acusarnos? Tenemos seis, no, siete respetables miembros de la profesión médica que dicen lo mismo: en septiembre de 2004 una mujer llamada Melissa Gair ingresó en el hospital con cáncer de mama. Dado lo avanzado de la enfermedad, le dieron solo unas pocas semanas de vida y murió en el hospital. Todo se hizo según las reglas. No hay motivos para dudar de sus versiones.

—Aparte de los obvios —repliqué.

El frailecillo movió la cabeza hacia mí y emprendió el vuelo. Al cabo de unos segundos había desaparecido sobre el acantilado.

—Tendríamos que demostrar que los siete se confabularon, junto con Stephen Gair, para simular una muerte. No tenemos ni idea de cómo pudo ocurrir ni de cuál fue el móvil. Ni siquiera podemos presentar cargos contra ellos.

No sabía qué responder, hasta que se me ocurrió algo.

—Un seguro de vida. ¿Por cuánto estaba asegurada?

—Estoy comprobando las finanzas de Gair, pero probablemente no bastaban para pagar además a siete personas. La otra cosa es que Stephen Gair ha identificado el cuerpo del depósito. Afirma estar seguro de que es su mujer.

—A la que vio morir hace tres años —había alzado la voz.

—Para el carro, doctora, yo solo soy mensajera. Dime, ¿crees que si Gair hubiera estado involucrado en un juego sucio que tuvo lugar hace tres años, la habría identificado?

—Tor, ¿estás bien? —era Duncan gritando al pie de la escalera.

—Tengo que irme —dije a Dana—. Te llamaré.

Duncan se había instalado de espaldas al fuego de turba. Sus padres estaban sentados cerca. Hasta en mayo el aire de Unst tiene algo frío. Me fijé en que Duncan había terminado el vino y había pasado a Lagavulin, un whisky de malta de las tierras altas que siempre me hace pensar en beicon rancio.

—¿Con quién hablabas? —preguntó.

—Con Dana —respondí al tiempo que me preguntaba si era buen momento para empezar a cogerle el gusto al whisky de malta. Una sola Melissa Gair y dos muertes muy diferentes. ¿Cómo podía morir una persona dos veces?

Duncan cerró un momento los ojos. Más que enfadado parecía triste, lo que hizo que me sintiera culpable y de nuevo enfadada. Con todo lo que estaba pasando, ¿por qué tenía que ser precisamente yo la que se sintiera culpable?

—Me gustaría que lo dejaras estar —dijo con suavidad, con un tono que daba a entender que sabía que no lo haría.

Con el rabillo del ojo vi que Elspeth miraba a Richard, pero ninguno de los dos preguntó qué era lo que se suponía que debía dejar estar. Imaginé que ya lo sabían.

Por encima del hombro de Duncan vi algo que debía de haber visto varias veces pero en lo que nunca había pensado. Me acerqué y deslicé un dedo por el contorno.

La chimenea de la sala de estar de Richard y Elspeth es enorme. Debe de tener un metro ochenta de largo y un metro veinte de profundidad. La rejilla central mide unos sesenta centímetros cuadrados, y el cañón de humo es de dimensiones parecidas. Tiene un tiro magnífico, y el fuego que arde en ella los días de fiesta y en vacaciones es como una pequeña hoguera. Pero yo no miraba el fuego, relativamente modesto para una tarde de primavera, sino el dintel de piedra que se extendía por encima. De aproximadamente dos metros y medio de largo y dieciocho centímetros de ancho, se apoyaba en fuertes columnas de piedra a cada lado. En el granito había grabadas unas formas que reconocí: una flecha recta, una efe torcida, un zigzag que recordaba un rayo. Se repetían varias veces, en ocasiones boca abajo, otras al revés, como una imagen en un espejo, y alrededor del borde del dintel había un diseño angular. El efecto general era más elaborado, pero aun así se parecía mucho a los relieves que había en la chimenea del sótano de nuestra casa. Y ahí estaban las cinco runas vikingas de nuestra chimenea que nos habían desconcertado a Dana y a mí.

—Richard, tengo entendido que hablaste con la agente Tulloch —dije mientras recorría con un dedo la runa que estaba bastante segura de que significaba Iniciación—. Necesitaba que le asesoraras sobre las runas grabadas en el cadáver que desenterré.

Con el rabillo del ojo vi que Elspeth hizo una mueca.

—Sí, me acuerdo —dijo Richard; habló despacio, como siempre—. Había encontrado un libro sobre el tema. Le dije que no tenía nada que añadir a la interpretación que ofrecía el autor. Le recomendé que fuera a la Biblioteca Nacional.

De mucho debió de servirle la recomendación a la pobre Dana, que estaba en las Shetland. No podía creer que mi suegro no tuviera nada que decir sobre un tema tan esencial en la historia de las islas. ¿Se había unido a la conspiración general para evitar que el desagradable asunto de Tora saliera a la luz? Me di cuenta de que si el asesinato de Melissa estaba relacionado con el hospital, era muy probable que, como ex director médico, Richard Guthrie estuviera muy interesado en silenciar los hechos. Empezaba a preguntarme si el instinto que me había llevado a Unst por mi seguridad personal había sido sensato.

—Esas runas son iguales a las que hay en nuestro sótano —dije; tuve curiosidad por saber cómo contestaría Richard a mi pregunta directa—: ¿Qué significan?

—Mañana por la mañana te prestaré encantado un libro.

—Iniciación —dije al tiempo que deslizaba el dedo por el contorno de uno de los símbolos.

Richard se reunió conmigo ante la chimenea.

—A lo mejor no necesitas un libro.

—¿Por qué tallaría alguien la runa de Iniciación en la chimenea de una casa? —pregunté—. No tiene sentido.

Me miró y tuve que hacer un esfuerzo para no retroceder. Era un hombre alto y amplio de cuerpo. Su presencia física, sumada a una inteligencia formidable y un ingenio rápido, siempre me había resultado muy intimidante. Nunca antes me había enfrentado a él, y noté que se me aceleraba el pulso.

—Nadie sabe en realidad lo que significan estas runas —dijo—. Se remontan a miles de años atrás, y es casi seguro que su significado original se perdió junto con su uso. El libro que tenía la oficial Tulloch ofrecía una serie de interpretaciones. Existen otras. Solo tienes que escoger —como aburrido por el tema, suspiró y se acercó a la puerta—. Ahora, si me disculpáis, voy a acostarme.

—Buena idea —dijo Elspeth, levantándose—. ¿Necesitáis algo antes de subir?

—No te pareces mucho a tu padre —dije mientras Duncan empezaba a desnudarse.

—Ya me lo has dicho otras veces —replicó él; su voz quedó amortiguada por el jersey que estaba quitándose por la cabeza.

—Él es mucho más corpulento que tú —continuó—. ¿Y no era rubio de joven?

—Habré salido a mi madre —dijo mientras se desabrochaba los tejanos. Seguía enfadado conmigo.

Pensé en ello. Elspeth era baja y, por decirlo con delicadeza, regordeta. No se parecía en nada a Duncan, pero el flujo de genes es impredecible y nunca sabes qué cóctel humano va a resultar de cada acto reproductivo.

—¿Vas a darte una ducha antes de venir a la cama? —preguntó.

Por fin había encontrado a alguien lo bastante sincero para admitir que olía como una mofeta en celo. Me quedé bajo el agua de la ducha durante largo rato; cuando volví al dormitorio, Duncan ya dormía. Cinco minutos después, apenas unos segundos antes de que yo también me quedara dormida, se me ocurrió que si bien Richard Guthrie se parecía muy poco a su hijo, tenía mucho en común con Kenn Gifford.

Me despertó la luz que entraba a raudales en la habitación y me azuzaba para que saliera del sueño. Las cortinas de nuestra ventana orientada al este estaban descorridas; vi a Duncan de pie junto a la cama con un tazón humeante en las manos.

—¿Estás despierta?

Miré el té.

—¿Es para mí?

—Sí —lo dejó en la mesilla.

—Estoy despierta —me asombró lo bien que me encontraba. No hay nada como dormir una noche seguida.

Duncan se sentó a mi lado y le sonreí. Me encanta desayunar en la cama.

—¿Te apetece salir a navegar? —preguntó. Ya estaba vestido.

—¿Ahora?

—Podríamos comer unos sándwiches de beicon en el club —me tentó.

Pensé en ello. Pasar la mañana dando vueltas por la casa, buscando algo agradable que decir a Elspeth, tratando de esquivar a Richard, o...

—Necesitas... —empecé.

Duncan se puso de pie de un salto.

—¡Necesito sentir la velocidad! —terminó.

Chocamos los cinco.

Veinticinco minutos después estábamos en el club Uyea, devorando sándwiches de beicon con un Nescafé fuerte con mucha leche, y mirando más allá del estrecho de Uyea, hacia...

—¡Dios mío, ya lo tengo! —exclamé entre mordiscos.

—¿Qué? —murmuró Duncan, que ya iba por su segundo sándwich, totalmente equipado y con su chaqueta salvavidas.

—La isla de Tronal —dije—. Hay una clínica de maternidad allí. Y un centro de adopción.

—Vamos —dijo Duncan mientras se levantaba—. Tenemos una hora y media antes de que caiga un chaparrón.

Justo encima de nosotros el cielo estaba azul claro, pero sobre el océano, varios kilómetros más allá de Yell, había unas nubes bajas que no presagiaban nada bueno. Soplaban un viento de cinco nudos procedente del este. Duncan tenía razón, se avecinaba una tormenta.

—No puede estar a más de medio kilómetro —dije, con la vista todavía clavada en Tronal mientras deslizábamos el velero por las gradas del embarcadero.

No hubo respuesta.

—¿Podemos ir? —pregunté al llegar a la orilla, mientras Duncan empezaba a

bajar el barco del remolque.

—No, no podemos —respondió—. Para empezar, es privada, pero además navegar hasta allí es jodido. Las rocas destrozarían el casco antes de que nos hubiéramos acercado siquiera.

Pero no pudo evitar que yo la mirara mientras nos alejábamos a gran velocidad del embarcadero, él al timón y yo controlando el foque. Comprendí que debía de haber visto Tronal más de una docena de veces, pero nunca había reparado en ella. No creo que me hubiera dado cuenta siquiera de que era una isla. La costa de las Shetland se retuerce y ondula de tal forma que a menudo es difícil saber qué está unido a tierra firme y qué no lo está.

Tronal apenas se elevaba por encima del agua, carecía de los acantilados montañosos tan característicos de las Shetland. A la luz de primera hora de la mañana, contra el fondo azul del cielo, alcancé a ver senderos y, detrás de un risco, la parte superior de unos edificios. No vi más indicios evidentes de vida.

El viento era perfecto y el velero iba a máxima velocidad, pero empezaba a zozobrar. Duncan me indicó por señas que sacara el trapecio, y unos minutos después me deslizaba a unos centímetros del agua a una velocidad que me parecía que volaba. Rebotamos sobre unas pocas olas y los ojos me escocieron por la espuma. Por debajo de mí, el mar parecía una brillante masa de diamantes.

—¿Preparada? —dijo Duncan.

Me disponía a virar cuando vi que estábamos a solo unos metros de Tronal. Un muro de piedra medio derruido bordeaba el límite inferior del terreno, y fuera de él se extendía un cercado de alambre de espino. La tierra rodeada por la doble barrera había sido cultivada y los brotes verdes de alguna cosecha temprana se abrían paso en ella. Vi a un hombre de rodillas, cavando. Llevaba un mono marrón y apenas se le distinguía de la tierra. Dejó de trabajar y se volvió. Seguí su mirada y a unos veinte metros colina arriba vi a una mujer.

—¡A sotavento! —gritó Duncan.

El barco viró y me quedé desorientada, como siempre.

Cuando logré situarme de nuevo, miré atrás. Estábamos demasiado lejos para que distinguiera a nadie contra el fondo uniforme de la isla.

Navegábamos hacia el sudoeste. En vista del fuerte viento y de la tormenta que se acercaba, Duncan había optado por no dirigirse al mar del Norte sino a las aguas mucho más protegidas que se extendían entre Unst al norte, Yell al oeste y Fetlar al sur. Volvimos a virar y Duncan tuvo que gritarme que prestara atención. Pero en lo único en lo que podía pensar era en la mujer a la que acababa de ver. No estaba segura porque la había visto fugazmente, pero me había parecido que estaba en los últimos meses de embarazo. Me pregunté si era una de las infelices que se disponía a renunciar a su bebé.

El bote zozobraba con violencia; yo seguía suspendida en el trapecio, y Duncan no parecía particularmente relajado. Aunque esas aguas están más protegidas que el

mar abierto al este y al oeste de Unst, el viento es impredecible. Fueran cuales fuesen las condiciones, había tantos cabos e islas donde las corrientes de aire podían rebotar, que uno nunca sabía con qué iba a colisionar ni donde. Además, nos habíamos adentrado en el triángulo de mar donde circulaban los ferries, y teníamos que estar muy atentos; esas bestias se movían muy deprisa y no cambiarían de rumbo para esquivar un velero imprudente. Pasamos a toda velocidad por delante de la pequeña isla de Linga y respiramos aliviados cuando dejamos atrás Belmont y nos alejamos del alcance de las grandes embarcaciones. La gente que no navega no entiende cómo tu estado de ánimo puede cambiar rápidamente de la euforia a la preocupación o al terror absoluto. En esos momentos yo era presa de una ansiedad que iba en aumento. El viento parecía soplar con más fuerza, el trapecio no ayudaba a estabilizar la embarcación y la jarcia empezaba a chirriar.

—¡Vuelve aquí! —gritó Duncan, dándome muy poco margen de tiempo. Empecé a moverme hacia la algo mayor seguridad del velero.

En ese momento se oyó un crujido ensordecedor. «Un trueno», pensé. La tormenta debía de haberse adelantado. Siguió como un ruido de tela que se rasga y un grito de advertencia de Duncan. Me vi arrojada por el aire y caí en las frías aguas del estrecho de Bluemull.

El instinto hizo que me volviera en la dirección correcta, y a varios metros por encima de mí reconocí la luz del sol y el agua clara y centelleante. Moví los pies con fuerza y salí a la superficie. Tosí una y otra vez, sin tiempo entre medio para tomar más aire. Empecé a hundirme de nuevo.

Bajo la superficie, recordé que llevaba un chaleco salvavidas pero deshinchado. Tratando de no dejarme llevar por el pánico y sin dejar de mover las piernas para evitar hundirme aún más, busqué bajo las solapas de lona del chaleco el dispositivo rojo para hincharlo. Solo con que le diera un tirón, el chaleco se llenaría automáticamente de aire y me impulsaría hacia la superficie. ¡Pero no lograba encontrarlo!

Sabía que no podía perder la calma, de modo que me rendí y traté de salir a la superficie por mí misma. Esta vez logré controlar la tos el tiempo justo para tomar aire. El mar estaba más picado de lo que había creído, y todo lo que veía eran las pequeñas y agresivas olas a mi alrededor. Ni rastro del velero, ni de Duncan.

Renuncié a encontrar el dispositivo y busqué el tubo de entrada de aire que permite hinchar el salvavidas manualmente. Lo encontré fácilmente, quité el tapón y empecé a soplar. Después de ocho soplidos estaba exhausta. Lo tapé de nuevo y me eché hacia atrás en el agua. Me mantenía a flote de forma natural, pero las olas me salpicaban la cara con tanta violencia que volvió a entrarme el pánico. El chaleco no se hinchaba y me estaba quedando sin fuerzas para nada.

Creo que, llegada a este punto, casi me rendí. Lloré en alto y traté de gritar, pero

apenas oía mi voz por encima del viento. Traté de elevarme más en el agua, para orientarme. A esa altura, el estrecho de Bluemull no tenía más de un kilómetro de ancho, y yo parecía estar justo en el medio. Me di la vuelta y vi el velero, poco más que un punto blanco a medio kilómetro, tal vez más, del estrecho. Las velas se arrastraban por el agua y el mástil parecía haber desaparecido. Ni rastro de Duncan.

Pensé rápidamente. ¿Unst o Yell? Unst parecía estar más cerca y mi instinto me decía que era mejor ir hacia casa, pero los acantilados eran más escarpados y mucho menos compasivos que los de la isla vecina. No tenía mucho sentido llegar a tierra y morir de frío al pie de un acantilado de treinta metros de altura. Me volví hacia Yell y empecé a nadar.

Varios minutos después no había avanzado nada. No lograba recordar cómo funcionaban las corrientes en el estrecho, pero supuse que nadaba contra una de ellas. Volví a mirar alrededor, esperando el milagro improbable de que me viera alguien; un bote de pescadores que pasara, un caminante por el acantilado, otro velero, lo que fuera. Fue entonces cuando vi lo que iba a salvarme la vida: a menos de diez metros de distancia, apenas visible contra el agua, que se volvía más oscura y gris por momentos, había un palé de madera. Nadé hacia él. Traté de alcanzarlo varias veces sin éxito, hasta que por fin lo conseguí. Lo agarré con todas mis fuerzas y empecé a mover los pies.

El viento se levantó; las olas se volvieron más encrespadas, y la lluvia se hizo más intensa. De vez en cuando las aves marinas se zambullían cerca, graznando en mi dirección. Al principio me pareció que solo tenían curiosidad, luego empecé a preguntarme si trataban de decirme algo: «Por aquí no, te estás dirigiendo a aguas revueltas, nada hacia el sur; la corriente te llevará». Al cabo de un rato me planteé si lo que les atraía no era la perspectiva de carroña.

Sé exactamente cuánto tiempo estuve en el agua aquel día porque siempre que salgo a navegar me pongo un reloj sumergible. El reloj me ayudó casi tanto como el palé. Mantuvo a raya la desconcertante desorientación de no saber cuánto tiempo había transcurrido y me permitió proponerme pequeñas metas, incluso entretenerme con juegos. Nadaba diez minutos y descansaba dos, cronometrándome. Y hasta hacía apuestas conmigo misma. ¿Cuántos minutos faltaban para que pudiera distinguir las aves marinas de los acantilados? ¿Y las flores silvestres de las rocas?

El palé me mantuvo a flote; el reloj me mantuvo cuerda; y las piernas, fuertes tras muchos años montando a caballo, me llevaron a tierra firme.

Tardé tres horas y veinte minutos en recorrer a nado el medio kilómetro que había desde donde el velero había volcado hasta la isla de Yell. Es el equivalente de treinta largos de una piscina municipal de veinticinco metros; si os parece poco, recordad que en las piscinas no acostumbra a haber mareas, ni corrientes subterráneas, ni el agua está helada, ni la lluvia recia cae con violencia sobre ti. Pero por fin terminó, y a las doce menos diez supe que si mi destino era morir ahogada, no ocurriría ese día. Treinta segundos después salí tambaleándome a una playa.

Sin embargo, la muerte por frío todavía no estaba descartada. Tenía que seguir moviéndome. Logré levantarme y miré alrededor. Ante mí se elevaba un acantilado; no era muy alto pero no dejaba de ser un acantilado. La playa era muy estrecha, apenas una franja de arena, y detrás de un paso muy angosto había un pequeño lago. En él vertían sus aguas dos arroyos que bajaban de lo alto del acantilado, y comprendí que ofrecían la mejor ruta para escalarlo.

Emprendí el ascenso. Con los años, el arroyo que seguía había formado muchos salientes y hondonadas, y trepar no resultaba difícil. El mayor peligro era no prestar suficiente atención y resbalar. Antes de llegar a lo alto vi pasar un coche a menos de treinta pasos de mí, pero el conductor miraba al frente. Seguí andando hasta que me desplomé a un lado de la carretera.

La lluvia me azotaba la cara como un látigo de infinitas colas. Si un paciente hubiera llegado a urgencias temblando con tanta violencia como yo entonces, me habría preocupado enormemente. Pero todavía me quedaban fuerzas para empezar a preocuparme por Duncan. ¿Merecía la pena sobrevivir si él no lo había logrado? Él nadaba mejor que yo, pero ¿y si el mástil le había golpeado? Descubrí que me quedaba energía suficiente para llorar.

Hacia las doce y cuarto no había vuelto a pasar otro coche y no me quedó más elección que echar a andar. Estaba descalza. Poco después del accidente, las botas de navegar se me habían llenado de agua y me las había quitado, pero ahora habría agradecido llevar ese o cualquier otro calzado. El borde de la carretera era de hierba áspera, barro, guijarros y más piedras. Al cabo de diez minutos me sangraban los pies.

Seguí andando por la carretera hasta que llegué a Gutcher, de donde sale el ferry de Yell que lleva a Unst, y entré tambaleándome en la cafetería de madera pintada de verde que había junto al embarcadero.

—*Dat in traath!* —exclamó la mujer de detrás del mostrador al verme.

En la cafetería había dos personas, un chico de unos diez años y una mujer a quien tomé por su madre. Me miraron sin decir nada.

—¿Tienen un teléfono que pueda utilizar? —logré decir—. He sufrido un accidente navegando —añadí, aunque estoy segura de que no era necesario.

—¡Yan! —gritó la mujer, con la cabeza medio vuelta hacia la puerta del fondo pero sin apartar la vista de mí—. Hay una chica medio ahogada.

Me trajeron un teléfono, pero no pude marcar el número. Ni siquiera lo recordaba. Logré decirles quién era y ellos llamaron. Tardaron mucho en acudir, o eso me pareció, y durante todo ese tiempo me preparé para recibir la noticia de que Duncan no había logrado sobrevivir. Creo que me refugié en un rincón de mi cabeza, solo vagamente consciente del movimiento y los ruidos que me rodeaban. Me ofrecieron un té caliente, que ni siquiera pude sostener, y alguien me envolvió con una manta de coche. Me convertí en objeto de la delicada curiosidad y la amabilidad incondicional que uno solo encuentra en las comunidades pequeñas. Y esperé a que me dijeran que

mi marido había muerto.

Duncan no había muerto. Entró corriendo en la cafetería una hora después, un poco más pálido pero por lo demás en perfecto estado. Más tarde me enteré de que el velero no había volcado, solo había esorado con violencia y luego se había enderezado. Él logró agarrarse al timón y seguir a bordo, pero, sin mástil y con las velas rasgadas, el barco era prácticamente incontrolable y se dirigía a los acantilados. Hinchó su chaleco salvavidas, que, gracias a Dios, funcionó perfectamente, y se preparó para tirarse al agua. Luego tuvo la enorme suerte de ver un barco. Rob Craige, dueño de la mayor granja de salmones de Unst, regresaba de una salida matinal para revisar sus trampas. Rescató a Duncan y los dos me buscaron durante una hora. En medio de una tormenta cada vez más violenta, Rob convenció por fin a Duncan de que volvieran a Unst y llamaran a la guardia costera. Cuando el café de Yell llamó a la casa de los Guthrie, yo llevaba cuatro horas desaparecida.

No recuerdo gran cosa del trayecto de regreso a Westing. Solo que Richard conducía y que yo iba sentada en el asiento trasero, acurrucada contra Duncan. Nadie habló mucho. Tardamos más de lo previsto porque el mal tiempo hizo que los ferries se retrasaran, pero hacia media tarde llegamos por fin a casa. Elspeth había encendido un gran fuego en nuestra habitación y puesto más mantas en la cama. Duncan me ayudó a bañarme en agua bien caliente y a ponerme un pijama de franela de Richard. Richard me examinó, por si había sufrido una conmoción cerebral, me dio unos analgésicos para el dolor de cabeza y un Temazepam para conciliar el sueño. No discutí, aunque dudaba que lo necesitara. El sueño era lo único que creía que podía manejar en esos momentos.

Me despertaron unas voces. Seguía grogui y quise volver a dormirme, de modo que cerré los ojos y me acurruqué.

Duncan gritaba. Nunca había oído voces exaltadas en esa casa. Volví a abrir los ojos. Las cortinas estaban corridas y la tenue luz de una lámpara iluminaba una esquina de la habitación. Me volví para mirar el reloj. Eran poco más de las siete de la tarde. Me senté y, viendo que me encontraba bien, me levanté.

La puerta estaba entreabierta. Alcancé a oír a Richard. No gritaba (dudaba que fuera capaz de hacerlo) pero estaba discutiendo. Salí al pasillo y me detuve indecisa en lo alto de la escalera.

La puerta del estudio de Richard estaba abierta y Duncan apareció en el umbral. Se detuvo, se volvió, y miró de nuevo hacia la habitación.

—Ya he tenido bastante —dijo con firmeza—. Quiero dejarlo. ¡Voy a dejarlo!

Luego se fue; recorrió el pasillo hasta la cocina y salió por la puerta trasera. Tuve la extrañísima sensación de que se iba para siempre; de que nunca más lo vería.

Empecé a bajar la escalera. Iba por el cuarto escalón cuando me di cuenta de que

Richard no se hallaba solo en el estudio. Estaba con Elspeth. También discutían, pero en voz muy baja. Di otro paso y oí que ella suplicaba.

—Es impensable —dijo Richard.

—Está enamorado —replicó Elspeth.

—No puede hacerlo. No puede dejar todo lo que tiene aquí.

Me quedé paralizada y me aferré a la barandilla; luego, obligándome a moverme, volví a subir sobre unas piernas que volvían a temblar con violencia, un paso..., dos..., tres. Cuando llegué arriba, eché a correr por el pasillo, entre en la habitación de invitados y me metí de nuevo en la cama. Las sábanas se habían enfriado en mi ausencia y empecé a tiritar. Me tapé la cabeza con el edredón y esperé a que los temblores disminuyeran.

¿Duncan iba a dejarme? Sabía que últimamente las cosas no habían ido muy bien entre nosotros; incluso antes de que nos mudáramos a las islas Shetland, él había cambiado; se reía menos, callaba más, pasaba más tiempo fuera de casa. Yo lo había atribuido a la tensión de la mudanza inminente y a nuestras dificultades para tener hijos. En ese momento parecía que había mucho más. Lo que yo había considerado una mala racha, para él era el fin. Había encontrado una cuerda de salvamento.

¿Había otra explicación para lo que acababa de oír? Por mucho que me devanaba los sesos no se me ocurría ninguna. Duncan iba a dejarme. Duncan estaba enamorado de otra mujer. ¿Alguien que había conocido en alguno de sus viajes? ¿Alguien de las islas?

¿Qué demonios iba a hacer yo? Tenía un trabajo. No podía dejarlo al cabo de seis meses. Si lo hacía, ya podía despedirme de un futuro cargo de especialista, eso suponiendo que me permitieran irme de las islas con todo lo que estaba sucediendo. Había ido a un lugar dejado de la mano de Dios solo para estar con Duncan. ¿Cómo iba a tener un hijo ahora?

Mis lágrimas, cuando llegaron, estaban calientes; los ojos me escocieron y tuve que morderme el brazo para no llorar a gritos. El dolor de cabeza había vuelto con saña. No podía bajar a buscar a Richard, de modo que me levanté y fui al cuarto de baño para ver qué encontraba. No había nada en el armario ni en el neceser que Duncan había preparado para mí. El de Duncan estaba al lado del mío, en el saliente de la ventana.

Empecé a llorar de nuevo, y la jaqueca aumentó. Cogí su neceser y revolví su interior. Una toallita de franela azul húmeda, una cuchilla de afeitar, un cepillo de dientes, ibuprofeno, gracias a Dios, y otra caja de pastillas. La cogí sin pararme realmente a pensar y leí la etiqueta: Desogestrel. Dentro había tres hileras de pequeñas pastillas blancas cubiertas de papel de plata. Desogestrel. El nombre me sonaba pero no sabía de que. Ignoraba que Duncan tuviera alguna enfermedad que le obligara a tomar una pastilla diaria, pero esa noche estaba averiguando un montón de cosas sobre él.

Me tomé dos ibuprofenos, dejé el neceser de Duncan en la ventana, volví a la

cama y me preparé para una noche agitada. Creo que me dormí en cuestión de minutos.

Duncan no se metió en la cama. No estoy segura de qué le habría dicho si lo hubiera hecho. En algún momento de la noche me desperté y lo vi de pie junto a la cama, mirándome. No me moví. Se inclinó, me acarició el pelo que me caía sobre la sien y volvió a salir.

Poco antes del amanecer, cuando la luz gris e insulsa del exterior empezaba a cobrar vida, me desperté y lo primero que pensé fue que sabía qué era Desogestrel. De haber estado en condiciones, lo habría reconocido inmediatamente. Es una hormona sintética que reduce los niveles de testosterona en el cuerpo masculino e inhibe la producción de esperma. Durante varios años se ha utilizado en ensayos clínicos para perfeccionar una píldora anticonceptiva masculina. Combinada con inyecciones regulares de testosterona para mantener el equilibrio en el cuerpo masculino, está demostrado que es razonablemente efectiva. Todavía no se puede conseguir con receta médica, pero solo es cuestión de tiempo.

Duncan, al parecer, me llevaba ventaja en el juego. Y yo acababa de averiguar la razón por la que, después de dos años intentándolo, no había logrado quedarme embarazada.

—Volveré el miércoles, el martes como muy tarde —dijo Duncan.

—Muy bien —respondí, sin girarme.

Había acercado un sillón a la ventana y contemplaba el páramo que se extendía detrás de la casa. Los primeros brezos habían empezado a florecer y proyectaban una intensa bruma de color burdeos sobre las cimas de las colinas. Ya no llovía, pero el cielo estaba cubierto de nubarrones, y sus largas sombras asían el páramo como las garras de un avaro aferrado a algo valioso.

—Iremos a casa el próximo fin de semana —continuó él—. Tal vez podríamos dedicarnos a arreglar el jardín.

—Como quieras —observé una formación en punta de flecha de pájaros blancos como la nieve con las alas grises que pasó volando frente a la ventana.

Duncan se arrodilló a mi lado. Noté que una lágrima me resbalaba por la mejilla, pero seguí mirando al frente. Él no pudo verla.

—Tor, no puedo llevarte conmigo. Papá dice que no estás en condiciones para viajar, y tengo una reunión detrás de otra en los próximos días. No podría cuidar de ti...

—No quiero ir —dije.

Me cogió la mano. Dejé que lo hiciera, pero no le devolví el apretón.

—Lo siento, cariño. Siento mucho todo lo que estás pasando.

«Ya lo creo que lo sientes», pensé, pero no tuve fuerzas para expresarlo en voz alta. No podía pronunciar las palabras amargas que dejarían todo al descubierto. No era que quisiera negarlo; sencillamente no me hacía falta oírsele decir a él.

Se quedó allí unos minutos, luego me besó en la cabeza y se marchó. Oí el motor del coche al arrancar y lo vi desaparecer por la carretera del acantilado que conducía al ferry.

Me obligué a levantarme; sabía que no podía estar todo el día allí encerrada, obsesionada con Duncan y mi futuro incierto. Oficialmente inválida o no, iba a salir a dar un paseo. Me vestí y bajé. Por suerte, Elspeth estaba sola en la cocina. Richard tal vez habría intentado detenerme.

Durante el primer kilómetro seguí la carretera de la costa en dirección sur. Cuando la carretera giró tierra adentro, hacia Uyeasound, me desvié, y bordeé la colina de Burragarth hacia Saint Olaf's Kirk, en Lundawick. Del siglo XII, esta es una de las pocas iglesias nórdicas que quedan en la isla. Es un lugar popular entre los turistas, en especial por la vista que ofrece sobre el estrecho de Bluemull hacia Yell. Pero aquel día paseé sola por las ruinas mirando hacia la bahía Lunda Wick. Aunque el viento se había calmado, las olas que había dejado a su paso seguían brincando furiosas. Malas condiciones para la navegación, aunque yo no tenía ninguna intención de volver a subirme a un barco.

A mi alrededor, posadas en las piedras, lanzándose desde las rocas, deslizándose y rebotando en el viento, había cientos de las aves marinas por las que estas islas son famosas: gaviotas, alcatraces, fulmares, charranes y págalos volaban alrededor de mi cabeza, chillándome a mí y unas a otras. Mientras las observaba, moviendo la cabeza a un lado y a otro, una emoción frenética pareció aumentar entre ellas. Luego, casi al unísono, descendieron en picado hacia la bahía y se arrojaron sobre un banco de anguilas de arena. Hubo un remolino furioso de plumas y una avalancha de cuerpos resbaladizos mientras se peleaban y se atiborraban, se atracaban y se picoteaban.

Estaba preguntándome si tendría fuerzas para llegar hasta Uyeasound y tomarme un café cuando me fijé en una piedra erguida que había a menos de diez metros de la carretera. De unos tres metros y medio de altura, estaba ligeramente inclinada y cubierta de líquen gris. Me acerqué a ella, más que nada para matar el tiempo. Tenía la superficie totalmente lisa... excepto por unas líneas grabadas en ella. No eran exactamente las mismas, pero se parecían lo bastante para estar segura de que las encontraría entre el alfabeto rúnico del libro que Dana había sacado de la biblioteca. Más runas. No sabía si seguían interesándome, pero me resultaba mucho más fácil pensar en runas que en Duncan.

Eché a andar de nuevo por la carretera. Diez minutos después sonó mi móvil. Era Dana.

—Me he enterado del accidente. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dije, es lo que siempre se dice, ¿no?

Empezó a haber interferencias y me detuve. La conexión mejoró.

—... visto en la comisaría el informe de la guardia costera y he reconocido tu nombre. Oye, ¿puedo hacer algo? ¿Quieres que vaya?

Eso me emocionó, y por un segundo habría dado cualquier cosa por disfrutar de su compañía, pero sabía que habría sido ridículamente egoísta. Dana tenía demasiadas cosas que hacer para cuidar de mí. Eché a andar de nuevo.

—Gracias, pero mis suegros me están cuidando. ¿Alguna novedad?

—Algo parecido. Iba a llamarte de todos modos. ¿Puedes hablar ahora?

Miré alrededor, vi una roca y me senté en ella.

—Adelante. Aunque no estoy segura de cuánto durará la comunicación.

—He vuelto a hablar con el médico de cabecera de Melissa Gair. Quería comentarte algo.

—Dime.

—Me ha dicho que si bien le pareció prudente examinar el bulto que Melissa tenía en el pecho, no le preocupó mucho. Pensó que en el peor de los casos sería un tumor maligno en sus primeras fases. Se quedó perplejo al enterarse de su muerte tan poco tiempo después. No ha dicho que fuera imposible, pero tengo la sensación de que eso era lo que insinuaba.

El viento se había levantado; me subí el cuello de la cazadora.

—¿Y quieres saber mi opinión?

—Sí —dijo ella, no demasiado paciente—. ¿Qué crees?

—Bueno, es algo poco frecuente, desde luego —respondí—. Pero a veces ocurre. Puede que Melissa no viera enseguida el bulto y que este hubiera crecido antes de que fuera al médico. Tal vez él no se dio cuenta de lo mucho que se había extendido.

—Entonces, ¿no es imposible?

Estaba cogiendo frío y eché a andar.

—No, imposible no.

Me lo hizo repetir. La perdí unos segundos y luego volví.

—¿Has averiguado algo sobre Stephen Gair? —pregunté.

—Fui a verlo anoche. Tiene una casa bonita. Conocí a su segunda mujer y a un hijo que me dijeron que era de ella, de una relación anterior.

—Ya —dije para animarla a seguir, no muy segura de adónde quería ir a parar.

—Es un crío. No tiene ni dos años. Se llama Connor Gair. Stephen lo ha adoptado oficialmente.

—Estupendo. ¿Y?

—Pues que se parece un montón a su nuevo padrastro. Y se les ve muy unidos.

No podía ver qué importancia podía tener eso. No me interesaba la vida familiar de Stephen Gair. Bastante tenía con la mía, o la ausencia de la mía.

—Es pelirrojo, tiene la piel clara y perfecta, y las facciones regulares. Su madre, en cambio, es muy morena.

Reflexioné unos momentos y por fin caí en la cuenta.

—¡Caray! —exclamé.

—Exacto.

Las interferencias empezaron de nuevo y, sin estar segura de si me oía o no, le dije que la llamaría por la noche. Seguí andando hasta Uyeasound, un puñado de edificios alrededor de un pequeño puerto natural.

Encontré sin problemas la cafetería. Sentados a una de las mesas había un par de montañeros; en otra, un hombre trajeado. Quedaban tres mesas vacías. Elegí una y me senté. Una mujer mayor asomó la cabeza por una puerta del fondo, pero no pareció verme y desapareció. Saqué un bolígrafo del bolsillo de mi abrigo y cogí una servilleta de papel. Empecé a garabatear. Y a pensar.

Connor Gair; un niño de dos años de tez clara. Dada mi obsesión por los bebés, no era de extrañar que desde que había averiguado que la mujer asesinada había dado a luz, me hubiera preguntado mil veces qué había sido de la criatura. ¿También había muerto? ¿O estaba viva en alguna parte, ajena a lo que le había ocurrido a su madre? ¿Había encontrado Dana al bebé?

Bueno, si Stephen Gair estaba criando al hijo que había tenido con Melissa haciéndolo pasar por el de su nueva mujer, tenía que estar implicado en la muerte de Melissa. No había vuelta de hoja.

—¿Estás escribiendo a los trowies?

Di un respingo. La camarera había vuelto y miraba mi servilleta. Había dibujado

varias de las runas que había visto en la piedra.

—Oh, son runas —dije—. De la piedra en pie que hay en Lunda Wick.

Ella asintió.

—Sí, las marcas de los trowies.

El dialecto de las Shetland puede ser muy marcado y a los lugareños les gusta exagerarlo para dejar perplejos a los visitantes.

—Perdone, pero ¿qué es un trowie?

Ella me sonrió y me mostró sus feos dientes. Su piel, en otro tiempo clara, se había quemado y vuelto rojiza con el viento, y su pelo era como paja muerta. Aparentaba sesenta años, pero podría haber tenido de cuarenta y cinco para arriba.

—Los trows —dijo—. La gente gris.

Eso era nuevo para mí.

—Creía que eran runas. Runas vikingas.

Asintió y pareció perder interés.

—Sí. Dicen que vienen de las tierras nórdicas. ¿Qué le traigo?

Pedí un sándwich y un café, y ella desapareció en la cocina. ¿Trow? ¿Trowie? Lo escribí, no muy segura de cómo se escribía. Nunca había oído esa palabra, pero podía ser reveladora. Lo que había tomado por runas vikingas, ella había dicho que eran marcas de los trowies. ¿Quiénes eran los trows? ¿Y por qué grabaron sus marcas en el cuerpo de Melissa?

Esperé a que volviera, pero la cafetería se estaba llenando. Cuando apareció con mi pedido, lo dejó con prisas y se dirigió a otra mesa. Podría volver más tarde, cuando hubiera menos gente, o ir a la biblioteca. Esa era una buena opción. Tenía acceso a la mejor biblioteca de Unst, especializada en el folclore y las leyendas de las islas. Eso suponiendo que pudiera sortear al bibliotecario. Comí deprisa, me levanté y pagué la cuenta.

Tuve suerte; Richard seguía fuera y Elspeth estaba deseando que la dejara sola toda la tarde. Hacía las cinco sabía más de la historia de las Shetland de lo que nunca quise saber. Había averiguado que los guerreros vikingos las habían invadido en el siglo VIII, llevando consigo las viejas religiones paganas de Escandinavia. El cristianismo había llegado doscientos años después, pero entonces las creencias paganas nórdicas estaban profundamente arraigadas y habían impregnado todo. Al igual que la cultura nórdica.

Aunque desde el punto de vista geográfico estaban más cerca de la costa de Escocia, las islas Shetland formaron parte de un condado nórdico hasta finales del siglo XV. Aun después de que pasaran a estar bajo la dominación de los escoceses, el mar seguía aislándolas y conservaron su carácter. El dialecto estaba salpicado de un montón de viejas palabras nórdicas, muchas de las cuales eran adaptaciones y habían pasado a ser locales. Un ejemplo era la palabra «trow».

Trow, según descubrí, era una corrupción isleña de la palabra escandinava *troll*. Según la leyenda, cuando los vikingos llegaron en busca de un lugar para el pillaje y las violaciones, no lo hicieron solos; se llevaron consigo a los trows. La mayoría de las referencias antiguas que encontré describían a los trows como criaturas bastante entrañables aunque físicamente repulsivas, seres alegres y felices que vivían en espléndidas cavernas subterráneas, amaban la buena comida, la bebida y la música, y odiaban las iglesias y todo lo relacionado con la religión. Los humanos tenían cuidado de no ofenderlos debido a sus facultades sobrenaturales.

Tenían poderes para hechizar e hipnotizar, y les gustaba engatusar a los humanos, sobre todo a los niños y a las jóvenes hermosas, para que se fueran con ellos. También tenían el don de hacerse invisibles, especialmente cuando el sol se ponía y por la noche. La fuerte luz del sol, radiante, según la versión que leyeras de las historias, era desagradable o mortal.

Encontré historias que contaban que los trows entraban a robar en las casas por las noches, y se sentaban alrededor de las chimeneas, se servían productos caseros y se hacían con herramientas o, lo que más les gustaba, objetos de plata, y los isleños dejaban agua y pan para sus visitantes, como los niños dejan caramelos para Papá Noel. Averigüé que los trows perdían sus poderes cuando se enfrentaban con el hierro.

Todo era bastante inofensivo y entretenido. Hasta que llegué a las historias de Unst. Entonces las cosas tomaron un cariz claramente más oscuro.

La iglesia Gletna Kirk, por ejemplo, no muy lejos de Uyeasound, nunca había llegado a terminarse por culpa de los trows. Lo que conseguían levantar un día lo encontraban derruido al siguiente. Una noche, el párroco, irritado por la imposibilidad de progresar, se quedó en la obra para vigilar. Lo encontraron muerto a la mañana siguiente. Nunca dieron con su asesino, la obra se abandonó y se echó la culpa a los trows.

Según leí, se creía que los numerosos montículos que había en las islas eran tumbas trows; al parecer, las criaturas eran quisquillosas acerca de dónde debían ser enterradas. Creían que si su cuerpo no yacía en «tierra oscura y fragante», su alma vagaría y se volvería malvada. Muchos trows están enterrados juntos, pues prefieren la compañía incluso en la muerte. Aún hoy, si un isleño encuentra la tierra de su propiedad levantada, no investigará, por miedo a encontrar una tumba trow y a liberar un espíritu maligno.

Otras historias hablaban de mujeres a las que se las había visto pasear en el crepúsculo al mismo tiempo que morían tranquilamente en su cama. Leí que cuando los trows robaban un objeto, siempre colocaban en su lugar una réplica perfecta. Cuando robaban una persona dejaban una apariencia. Busqué «apariencia» en el diccionario de folclore: «Criatura semejante a un espectro, poco más que un fantasma pero con un gran parecido físico con un humano». El estudio de Richard estaba en el ala este de la casa, y a esa hora del día no entraba la luz del sol por las grandes

ventanas saledizas. Me di cuenta de que estaba temblando.

En cuanto a Unst, no encontré ninguna historia sobre criaturas traviesas parecidas a los hobbits. Pero había varias referencias breves al *Kunal Trow* o Rey Trow: humano en apariencia pero dotado de una fuerza magnífica, una rara longevidad y bastantes poderes sobrenaturales, entre ellos hipnotizar y hacerse invisible.

En un libro que consulté se describía a los kunal trows como una raza de varones que no podían engendrar hijas. Para reproducirse robaban mujeres humanas y dejaban en su lugar una apariencia. De esas uniones siempre nacían hijos sanos y fuertes. Sin embargo, nueve días después de dar a luz, la madre moría.

Encontré varias referencias a un libro de una mujer escocesa considerada una autoridad en el kunal trow de Unst. Richard debía de tener un ejemplar de ese libro, pero no estaba a la vista.

Bueno, todo aquello resultaba muy interesante, pero no había avanzado nada en la interpretación de las runas ni en las marcas de los trowies.

Poco antes había encontrado un ejemplar del mismo libro sobre runas que Dana había sacado de la biblioteca pública de Lerwick. Volví a cogerlo y lo abrí por el prólogo:

Las runas son el lenguaje de la vida: curan, bendicen, dan sabiduría; no hacen daño.

Me pregunté qué habría opinado Melissa Gair sobre eso.

Richard había dicho que las runas ofrecían distintas interpretaciones. Dana y yo no habíamos logrado dar sentido a los significados que proponía ese libro, pero tal vez Richard tuviera otros. Me levanté y recorrí la habitación con la mirada. En Londres había visto bibliotecas públicas con menos libros. Era la habitación más amplia de la casa, y todas las paredes estaban forradas del suelo al techo con estantes de roble oscuro. En la pared oeste se hallaban los libros de las islas Shetland, entre ellos las obras sobre mitos y leyendas que había estado hojeando. En los estantes inferiores había archivos de cuero, cada uno pulcramente clasificado con un rótulo escrito con la letra menuda de Richard. En el primero que abrí había varios libros delgados en rústica sobre el dialecto de las Shetland. Me dio miedo fisgonear más. Una cosa era mirar los libros y otra muy distinta revolver en cajas llenas de papeles. Entonces la vi; una caja al pie de un montón con el rótulo ESCRITURA Y ALFABETO RÚNICOS. En ese momento se abrió la puerta.

Me volví despacio y sonreí. En el umbral estaba Richard. Había entrado sin asomar antes la cabeza.

—¿Puedo ayudarte a encontrar algo? —había estado paseando y traía consigo el olor de los páramos. Me fijé en que seguía llevando las botas y el abrigo.

—Algo ligero —respondí—. Por si me cuesta dormirme.

—La señora Gaskell es lo que más se acerca a Mills Boon de todo lo que tengo — dijo él—. O quizá Wilkie Collins. Se le da bien la emoción barata.

Me levanté.

—¿Por qué nunca me has dicho que trabajaste en el Franklin Stone?

No se inmutó.

—¿Te habría interesado?

Me quedé mirándolo, más que preparada para una discusión.

—¿Me conseguiste tú el empleo? ¿Hablaste bien de mí a tu protegido?

Lo observé con atención.

—No —se limitó a responder.

Estaba segura de que mentía.

—¿Por qué se odian Kenn Gifford y Duncan? ¿Qué pasó?

Él entrecerró los ojos.

—Kenn no odia a Duncan. Dudo que piense mucho en él —se encogió de hombros, como si se tratara de un asunto demasiado trivial para ser de interés—. Duncan a veces puede ser muy infantil.

Desvió la mirada y la clavó en el montón de libros que yo había dejado en la alfombra.

—Mis libros están cuidadosamente ordenados. Me resulta difícil encontrarlos si los cambian de sitio. Me prestaré encantado a buscarte lo que quieras.

Me incliné para recoger los libros desparramados.

—Déjalos, por favor. Elspeth ha preparado té.

Sabía que no iba a parar hasta que me fuera, de modo que eso es lo que hice.

A la mañana siguiente Richard se fue temprano. Para estar jubilado, pasaba mucho tiempo fuera de casa, y caí en la cuenta de que no tenía ni idea de adónde iba o a qué se dedicaba. Pero desde la tarde anterior nos habíamos tratado con mucha frialdad y no me había parecido un buen momento para preguntar. Poco después del desayuno, Elspeth también salió de compras. Me propuso que la acompañara, pero le dije sinceramente que me dolía la cabeza y que estaba cansada y, después de insistir un poco más, se fue. Esperé a oír el motor del coche para ir directamente al estudio de Richard, pero lo encontré cerrado con llave.

Me quedé un momento delante de la puerta, echando humo. Luego subí corriendo la escalera. Sabía que tenía unas horquillas en el fondo del bolso. Cogí cuatro y empecé a darles forma.

Crecí con tres hermanos, todos mayores que yo, en una granja de Wiltshire, a cinco kilómetros del pueblo más cercano. Después del colegio eran mis únicos compañeros de juego. Así pues, entiendo de rugby, sé llevar los tantos en el críquet y explicar lo que es un fuera de juego en el fútbol. Sé cómo se llama cada bicho e insecto que se arrastra por suelo británico y hacer piruetas bastante impresionantes sobre un monopatín. Aprendí mis primeras nociones de sexo con la revista *Playboy* y, en cuanto a lo que nos interesa, estaba bastante segura de poder abrir una cerradura.

Era una cerradura vieja, y eso ayudó. Pero estaba algo suelta del marco, y eso lo complicó. Tardé quince minutos. Una vez en el interior del estudio, fui directa al archivo que había visto la noche anterior. En él había seis copias de una revista de la que nunca había oído hablar, *Escritos y símbolos antiguos*, varias fotocopias de libros y unas hojas de papel basto en las que había dibujados unos símbolos rúnicos con párrafos explicativos.

En el cuerpo de Melissa Gair habían grabado tres símbolos rúnicos. Uno era un rayo, ¿no? No, eso era en las chimeneas. Una cometa, eso era, como un dibujo infantil de una pajarita con una cuerda. Pasé las hojas. Ahí estaba: *Dagaz*. La traducción que ofrecía de su nombre era Cosecha y el significado principal era fertilidad, abundancia, vida nueva. Cosecha. ¿Por qué iba alguien a grabar eso en el cuerpo de una mujer? «Cosecha» es un término médico que se utiliza cuando se extirpa un órgano para donarlo. Habían arrancado el corazón de Melissa. ¿La «cosecha» se refería a su corazón? Pasé las hojas en busca de otros símbolos que me resultaran familiares. No podía recordar la segunda runa, pero no paraba de dar vueltas a la palabra «pescado», y al cabo de un momento encontré un pez angular, llamado *Othila* o Fertilidad. Lo describía como el símbolo de feminidad y maternidad. No era muy difícil ver la conexión.

La tercera runa era sencilla, solo dos líneas cruzadas. La encontré: *Nauthiz* o Sacrificio. Enumeraban sus significados: dolor, privación, inanición.

Creo que me quedé mirando las palabras durante largo rato, hasta mucho después

de que se volvieran borrosas y dejara de verlas. Pero si cerraba los ojos, seguían allí. Dolor. Privación. Inanición. ¿Con qué demonios nos estábamos enfrentando? ¿Y Sacrificio? ¿Qué clase de monstruo escribía palabras así en el cuerpo de una mujer?

Y cómo cambiaba. Con el libro que Dana había sacado de la biblioteca habíamos interpretado las tres runas como Separación, Penetración y Restricción, y no les habíamos encontrado sentido. Según el alfabeto de Richard, las runas parecían mucho más apropiadas.

Fertilidad: una mujer capaz de tener hijos; Cosecha: la nueva vida que sale de su cuerpo; Sacrificio: el precio que ha de pagar. Había averiguado que los símbolos rúnicos de Melissa tenían un significado y, aún más inquietante, que mi suegro lo conocía pero había preferido callárselo. También me di cuenta de que el libro que Dana había sacado de la biblioteca no iba descaminado. Restricción parecía encajar de forma natural con un grupo de palabras como sacrificio, dolor y privación; del mismo modo que Penetración tenía relación con palabras como cosecha y vida nueva. Todo dependía de dónde pusieras el énfasis y la atención.

Algo empezó a preocuparme. Allí había algo más que no podía ver; algo nuevo; un nuevo significado de las palabras que se me escapaba.

En un escritorio, en el otro extremo de la habitación, había un fax. Cogí las hojas que había encima, copié las palabras y me metí los folios en el bolsillo de los téjanos. Luego cerré la habitación, y tardé unos minutos en cerrar de nuevo la cerradura.

Tenía que hablar con Dana. No respondía en su móvil ni en el número de su casa. Llamé a información y me dieron el número de la comisaría de Lerwick, pero me salió el buzón de voz. Mientras me preguntaba qué debía hacer a continuación, sonó el teléfono. Contesté y una voz masculina preguntó por Richard.

—Soy McGill. Dígale que ya han ido a buscar el velero de su hijo. Está en mi astillero. Necesito saber qué quiere que haga ahora.

Prometí dar el recado y me dio la dirección. Ya había colgado cuando caí en la cuenta de que la información me concernía. El barco era de Duncan y mío. De Duncan y mío. ¿Cuánto tiempo más podría decir «De Duncan y mío»? Noté que se me saltaban las lágrimas. No, ahora no. Aún no podía enfrentarme a ello.

El hombre del astillero no había dicho si podía repararse o no, y yo no se lo había preguntado. Iría a echar un vistazo. Cualquier cosa era mejor que merodear por la casa sin nada que hacer y con demasiado tiempo para pensar.

Volví a telefonar al buzón de voz de Dana y le hablé de los nuevos significados rúnicos que había encontrado y de la mujer que se había referido a ellos como las marcas de los trowies. Ansiosa por si se acababa la cinta del contestador, expliqué a toda velocidad las distintas historias sobre los trows y los kunal trows, y le aconsejé que investigara los cultos isleños vinculados con las viejas leyendas. Lo deje ahí, no mencioné a Richard. Podía haber sido un descuido por su parte y, cuando llegó el momento, me costó denunciar al padre de mi marido.

Cogí la bicicleta de Elspeth y fui a Uyeasound, donde localicé el astillero. Un isleño pelirrojo de cara colorada que aún no había cumplido los veinte años me dijo que McGill había salido media hora y me dejó entrar en la nave donde varios barcos en distintas fases de reparación o construcción hacían equilibrios sobre pilas de maderos. Nuestro Laser estaba contra la pared, en una esquina. Le faltaba una parte de la proa, y el lado de babor estaba muy abollado y arañado.

—¿Es suyo? —preguntó el chico.

Asentí.

Se apoyó en un pie, luego en el otro, miró el barco y luego a mí.

—Es por el seguro, ¿verdad?

Levanté la cabeza y lo miré.

—¿Cómo dices?

Miró hacia la puerta doble, como esperando que llegaran refuerzos. No entró nadie, estábamos solos.

—¿Tenía pensado reclamar el seguro? —susurró.

—Supongo —dije—. ¿Por qué?

—Será mejor que espere al señor McGill —dijo alejándose.

—Espera. ¿Qué problema hay con el seguro?

Se detuvo, pareció tomar una decisión y retrocedió.

—El caso es... —dijo, todavía sin mirarme—, el caso es que yo no lo haría. Últimamente hemos tenido muchos accidentes de barco. Siempre envían a alguien a investigar. Me refiero a la compañía de seguros. Averiguan lo que pasó realmente.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. Se rompió el mástil.

Entonces me miró con esa expresión entre compasiva y divertida que todos ponemos cuando sabemos que alguien nos miente. Y saben que lo sabemos. Y sabemos que saben que lo sabemos.

Solo que yo no lo sabía.

Me acerqué al velero. Estaba boca abajo, pero había espacio para levantarlo y eso fue lo que hice.

—¡Eh! —gritó él.

Empujé con fuerza y logré darle la vuelta. Examiné la cabina de mando. Donde había estado el mástil solo había un tocón de veinte centímetros. También habían desaparecido casi todas las jarcias, pero una parte de la vela mayor seguía sujeta.

El chico se había acercado. Señaló el tocón.

—Si reclaman el seguro acabarán en los tribunales —dijo—. Nadie creerá que eso se partió. Lo serraron, casi hasta la mitad.

Debía volver a la ciudad y tomé la B9084, tenía ganas de vomitar por lo que acababa de averiguar. El accidente en barco no había sido tal. Alguien había saboteado la embarcación. Recordé que el chaleco salvavidas no se había hinchado y me sentí aún peor. En el puerto de Belmont tuve que esperar diez minutos desesperantes a que llegara el ferry. Durante ese tiempo pensé si había hecho lo correcto. Tenía que irme de Unst y esa era la única ruta que conocía. Pero ellos adivinarían adónde me había ido. Estarían esperándome al otro lado.

Llegó el ferry. Los cuatro coches que esperaban delante de mí subieron y yo los seguí. Llegaron dos coches más y estudié con atención a sus ocupantes. No reconocí a ninguno. Mientras el aire se llenaba del intenso olor a diesel y el ruido de los motores ahogaba los demás sonidos, empezó a lloviznar. Me subí el cuello del abrigo, me eché hacia delante y clavé la vista en Yell, deseando que se acercara y al mismo tiempo temiendo el momento del desembarco.

Durante esa larga y lenta travesía a la isla principal tuve demasiado tiempo para pensar. Alguien quería que muriera. No necesitaba preguntar por qué. Había desenterrado lo que se suponía que debía permanecer oculto para siempre. Si me hubiera desentendido, y hubiera permitido que la policía investigara, ahora probablemente estaría fuera de peligro. Pero frustrada por la falta de progresos de la policía, sintiendo un interés casi personal por el caso, había interferido una y otra vez. Si yo no hubiera comprobado los historiales médicos, ¿a quién se le habría ocurrido relacionar un cadáver mutilado con una muerte por cáncer? Sin una identidad, el crimen nunca se habría resuelto, pero gracias a una servidora, alguien tenía motivos para estar asustado. Y yo también lo estaba.

Desde que me había ido del astillero hasta que llegué a la isla principal, mis pensamientos fueron totalmente egocéntricos. Luego me acordé de Dana. Paré de pedalear y busqué con torpeza el móvil en los bolsillos. El cerebro todavía me regía lo suficiente para comprender que yo no era la única persona que corría peligro, y que no era de un solo asesino en potencia de lo que Dana y yo debíamos preocuparnos. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más me daba cuenta de que no se trataba de quién estaba implicado sino de quién no lo estaba.

Había ocurrido algo muy turbio cuando ingresaron a Melissa en el hospital. Por mucho que Kenn afirmara que estaba en Nueva Zelanda por esas fechas, él había seguido siendo el director. Tenía que estar implicado, pero no podía haber actuado solo. La policía local había seguido los procedimientos normales en una investigación: desde el principio Andy Dunn había hecho lo posible por restar importancia al asesinato, alejar a los medios de comunicación y llevar a Dana en la dirección equivocada. Stephen Gair había visto morir a su mujer y la había hecho

incinerar, y tres años después había identificado su cuerpo en un depósito de cadáveres. Y yo acababa de averiguar que alguien había serrado el mástil del velero y había saboteado mi chaleco salvavidas. ¿Cuántas personas estaban metidas en aquello?

Pero Dana no. Dana se había mostrado tan perseverante y decidida como yo. Si alguien quería quitarme de en medio, ella también era un posible blanco; tenía que decírselo. El problema era que yo no llevaba el móvil encima. Lo había olvidado en casa de Richard y Elspeth.

Me di cuenta de que no había hablado con Dana desde el día anterior por la mañana. Había tratado de llamarla, sin éxito, la tarde anterior y esa misma mañana. En aquel momento no me preocupó, pero me estaba preocupando entonces.

De nuevo en la isla principal me dirigí en bicicleta a Mossbank, una pequeña población de la costa este donde tuve que esperar quince minutos a que saliera el último autobús del día. Mientras plegaba la bicicleta de Elspeth y la colocaba en el compartimiento del equipaje, vi por la ventana trasera un coche patrulla. Se detuvo a menos de veinte metros y el conductor observó con atención cómo subían los últimos pasajeros.

El autobús arrancó. Durante el primer kilómetro no pude evitar mirar hacia atrás cada pocos minutos, pero no vi el coche patrulla. Luego empecé a relajarme y me sentí segura, al menos temporalmente. Ni el asesino más resuelto atacaría a una docena de isleños en un autobús público solo para cogerme a mí. Logré descansar una hora y me comí un sándwich. Cuando llegamos a Lerwick, había trazado un plan.

Primero, localizar a Dana. Tenía que informarle de lo que había averiguado en Unst y advertirle del peligro. Segundo, irme de las islas. Pasar un momento por casa, para recoger ropa y papeles importantes, e ir al aeropuerto. Pasar la noche allí, si era necesario, pero coger el primer avión que me llevara a Londres y desde allí un tren a casa de mis padres. Tercero, asesorarme bien de cuáles eran mis opciones laborales. Si me marchaba del Franklin Stone alegando estrés, ¿qué posibilidades tendría luego de conseguir un trabajo decente? Cuarto..., en realidad no había ningún cuarto punto. Buscar un buen abogado especializado en divorcios, tal vez.

Nos detuvimos en la estación de autobuses de Lerwick poco después de las cuatro. Me bajé y desplegué la bicicleta. Volví a ver el coche patrulla, escondido detrás de otro autobús. No podía hacer nada. Me monté en la bicicleta y me dirigí a casa de Dana. No esperaba encontrarla, pero con un poco de suerte mi coche seguiría aparcado cerca.

Cuando entré en el aparcamiento que había encima de la casa de Dana, me dolía el cuello de las veces que había vuelto la cabeza para comprobar si me seguían, y empezaba a sentir opresión en el pecho y mareo. Pero al ver que Dana estaba en casa me alegré. O, al menos, estaba su coche. El mío seguía donde lo había dejado y, según comprobé rápidamente, las llaves estaban en el bolsillo de mi abrigo.

Dejé la bicicleta apoyada contra el coche y salí corriendo del aparcamiento, bajé

el tramo de escalera y recorrí el sendero hasta la casa. Aporreé la puerta. Me pareció que los golpes resonaban dentro, como si la casa estuviera vacía. Empecé a pensar que tal vez no iba a volver a ver a Dana. Volví a aporrear la puerta.

—¿Tiene llaves?

Me volví de golpe. No había oído a nadie acercarse, pero Andy Dunn estaba justo detrás de mí. Demasiado cerca.

—Llevo diez minutos llamando —dijo—. Si está, no puede oírnos. ¿Cuándo ha hablado con ella por última vez?

No pude responder.

Él se acercó más y me puso las manos en los hombros. Quería apartarlo y subir corriendo hasta el coche o la bicicleta, lo que fuera, pero no podía moverme.

—¿Está bien, señorita Hamilton? ¿Necesita sentarse?

Sentí que me relajaba un poco.

—Estoy bien, gracias. Necesito ver a Dana.

No me preguntó por qué. Bajó las manos y se volvió para examinar la puerta gris de la casa de Dana. Luego se inclinó, levantó la hoja del buzón y miró dentro.

—Yo también. ¿Cuándo ha hablado con ella por última vez?

Tardé un momento en recordar. Él se enderezó y se volvió hacia mí. Tenía los ojos muy hundidos, de un azul apagado. La piel que los rodeaba era áspera y pecosa, y estaba surcada por profundas arrugas. Parecía no haber estado bajo un techo en toda su vida.

—¡Tora! —soltó con brusquedad.

—Ayer por la mañana —respondí—. Le dejé varios mensajes.

—Apártate —ordenó.

Lo hice y luego observé cómo retrocedía unos pasos y se lanzaba a todo correr contra la puerta. La golpeó con el hombro, y la puerta, que tan firme parecía unos minutos atrás, cedió y se abrió.

—Espera aquí.

Desapareció en el interior de la casa. Sentí que la realidad volvía a escabullirse. Me quedé cinco o seis minutos allí, consciente de los ruidos a mi alrededor: unos niños que jugaban en un jardín de esa misma calle; un gran ferry que entraba en el puerto; el inspector Dunn moviéndose por las habitaciones del piso de abajo, y también un fuerte golpeteo rítmico, en los oídos, que en ese momento no pude reconocer pero que ahora creo que debían de ser los latidos de mi corazón.

Dunn subió corriendo al piso de arriba. Oí portazos. Silencio. Empecé a rezar.

Luego sus pasos bajando pesadamente por la escalera. Saltó los tres últimos peldaños, cruzó el pequeño vestíbulo y me miró fijamente a los ojos. Parecía haber perdido el color de la cara y tenía las sienes cubiertas de sudor. Por un segundo, tal vez más, se limitó a mirarme. No recuerdo que moviera los labios, pero estoy segura de que oí su voz.

«Puedes subir al piso de arriba. Mira en el cuarto de baño».

Entré en la casa. Oí el crepitar de una radio y la voz de Dunn, apremiante y temblorosa, a mi espalda. Empecé a subir la escalera, sabía adónde tenía que ir y qué iba a encontrar cuando llegara. Se oyó un siseo de estática y de nuevo la voz de Dunn. Seguí subiendo.

—¡Eh! —gritó él, y oí que entraba corriendo en la casa.

Yo ya había llegado arriba de la escalera y había abierto la puerta del cuarto de baño.

Pasos que subían corriendo por la escalera. Respiración pesada. Dunn estaba detrás de mí, sus manos de nuevo sobre mis hombros.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con suavidad—. Vuelve abajo.

Traté de dar un paso, pero él me retuvo.

—Debes bajar.

—He de comprobar las constantes vitales.

Debió de encontrar cierto sentido a mis palabras, porque me soltó. Di un paso adelante y me incliné sobre la bañera. Cogí el brazo izquierdo de Dana. Era delgado y pálido como el de un niño. Del corte de siete centímetros que le recorría la muñeca en diagonal ya no manaba sangre. Tenía la piel fría pero suave, muy suave, como la depresión en la base de la columna vertebral de un bebé. Sabía que no encontraría el pulso. Puse de nuevo el brazo en su costado con delicadeza y le palpé el cuello. No había nada que encontrar. Nada que ofreciera el más mínimo rayo de esperanza. Me habría bastado mirarle la cara para saberlo, pero ni siquiera había necesitado mirarle la cara. Lo había sabido. Lo supe desde el momento en que aporreé la puerta y oí el vacío dentro.

El inspector Dunn estaba de nuevo sosteniéndome y mi campo de visión se volvió borroso. Ya no veía las paredes de azulejos del baño de Dana, ni la repisa de la ventana con sus criaturas marinas de cristales de colores, ni la puerta. Solo la bañera blanca, el cuerpo de Dana, como una hermosa estatua, y la sangre.

Cuando volví en mí, lo primero que pensé fue que seguía en la casa y que el inspector Dunn estaba inclinado sobre mí. Luego me di cuenta de que los ojos eran de un gris pizarra, en lugar de gris azulado, y que el pelo era rubio mate, sin rastro de rojo.

—¿Qué hora es? —logré preguntar.

Gifford miró el reloj.

—Las ocho y veinte.

—¿Qué me has dado?

—Diazepam. Estabas muy tensa cuando te han traído. Me has tenido un buen rato preocupado.

Diazepam es un sedante suave. Si me había dicho la verdad, estaría atontada durante un par de horas pero por lo demás bien. Decidí ponerlo a prueba sentándome. Me costó más de lo que había esperado.

—Es fácil —dijo él.

Dio vueltas a la manivela de la cama hasta colocarla en la posición de sentado. Luego me cogió la muñeca. Bajé la vista, alarmada, pero la tenía entera y sin señales. Gifford me la sostuvo durante medio minuto para comprobar el pulso. Luego me tomó la presión, me examinó los ojos con una pequeña linterna y levantó varios dedos para que los contara. Esperé a que terminara y declarara que estaba bien; al límite de mis fuerzas pero básicamente a salvo.

—¿Dónde está ella? —pregunté.

Él pareció confuso.

—Supongo que abajo. Tora, prométeme que no...

—Te lo prometo —respondí, y hablaba en serio.

No tenía ninguna intención de buscar a Dana. Dana se había ido a algún lugar donde yo no estaba dispuesta a seguirla.

—Lo siento mucho —dijo Gifford.

Guardé silencio.

—Supongo que nunca sabemos lo que pasa realmente en la cabeza de los demás.

—Supongo que no.

—Estaba sometida a mucha presión. Llevaba mucho tiempo siendo infeliz.

—Lo sé. Solo me habría gustado...

—No habrías podido hacer nada. Cuando los suicidas toman una decisión, no hay modo de detenerlos. Lo sabes muy bien.

Asentí. Lo sabía.

—He hablado con Duncan. Va a volver, pero no ha encontrado billete para antes de mañana por la mañana.

Lo miré.

—Podría... Me parece que me iré unos días a casa de mis padres. ¿Crees que habrá algún problema?

Gifford volvió a cogerme la mano.

—Estoy seguro de que no —respondió—. El inspector Dunn necesita hablar contigo. Le he dicho que espere hasta mañana. Voy a retenerte aquí esta noche.

Volví a asentir.

—Gracias.

Gifford bajó la cama con la manivela y cerré los ojos.

No suelo caer bien a la gente. No sé por qué, aunque con los años me lo he preguntado muchas veces. ¿Qué es exactamente lo que les desagrada de mí? No se me ocurre y nadie me lo ha dicho nunca. Todo lo que sé es que nunca me ha resultado demasiado fácil hacer amigos o conservarlos.

Recuerdo un incidente en la escuela de primaria, cuando tenía ocho años; aquel día estábamos alborotados, y la profesora, la señorita Williams, amenazó con trasladar al que se portara mal a un pupitre vacío frente al resto de la clase. Yo estaba de mal humor, harta de los otros cinco niños de mi mesa, que no paraban de moverse y hablar, de modo que levanté la mano y pedí cambiar de sitio. Quería trasladarme al pupitre tranquilo, pero la señorita Williams me malinterpretó y creyó que quería sentarme en cualquier otra parte. Me preguntó adónde quería ir; impresionada ante las nuevas posibilidades, miré alrededor.

En el otro extremo del aula, un chico gritó que me sentara con él. Luego, uno por uno, la mayoría de mis compañeros gritaron lo mismo. Allí donde miraba, los niños me suplicaban que me sentara a sus mesas. Supongo que se les despertó el sentido de la competencia; dudo que fuera una simpatía sincera hacia mí lo que los impulsaba a hacerlo, pero en ese momento no podía saberlo. Durante unos minutos disfruté del clamor, luego elegí un nuevo sitio y fui recibida con entusiasmo por mis nuevos compañeros de mesa.

El incidente se me ha quedado grabado porque es la única vez que recuerdo haberme sentido valorada por los que me rodeaban. La única vez que me he sentido popular.

En el instituto siempre me encontraba formando parte de un trío. Empezaba con una amiga íntima, pero luego, en alguna parte a lo largo del camino, aparecía alguien y pasábamos a ser tres. De forma lenta pero implacable, la intrusa pasaba cada vez más tiempo con nosotras, hasta que era evidente que veía más a mi mejor amiga que yo. Me ocurrió una y otra vez, hasta que no supe lo que era tener una amiga para mí sola.

De modo que aprendí a no esperar mucho de otras mujeres. Pasé por la facultad de medicina sin intimar demasiado con nadie. No era una zumbada que se quedaba estudiando todas las noches hasta las tantas, y nadie habría dicho que era una colgada. Pero nunca he tenido esa amiga especial, con quien necesitas hablar cada dos días, que te ofrece chocolate y comprensión cuanto se te parte el corazón, que

sabes que será tu dama de honor el día de tu boda y la madrina de tu primer hijo.

Me sobresaltaron las voces al otro lado de la puerta y me preparé para fingir que dormía.

—Al menos si la necesitamos la tenemos cerca —reconocí la voz de una de mis comadronas en prácticas.

—No creo que haga falta —dijo una mujer de más edad que podría haber sido Jenny—. Nunca he visto una tanda de bebés más sanos. Debe de ser algo que lleva el agua esta primavera.

Las comadronas siguieron andando y me sumergí de nuevo en el pozo de la autocompasión.

Diré una cosa más en mi favor: nunca soy avasalladora. Raras veces tomo la iniciativa con las amigas, siempre espero a que me llamen o me propongan quedar. Nunca me quejo cuando la amistad empieza a enfriarse, y nunca protesto si no hay mensajes en la pantalla de mi móvil o cuando me entero por chicas que conozco de salidas a las que no he sido invitada. Lo acepto como norma, embotello mi soledad y la pongo en el estante con las demás.

Lo que trato de decir con esta perorata autoindulgente es que con Dana todo el proceso había vuelto a empezar. Dana había pasado de ser alguien que no me caía muy bien a alguien en quien confiaba sin dudarlo. Más que eso, había empezado a disfrutar de su compañía. En los diez días pasados, Dana había estado cada vez un poco más cerca de convertirse en una amiga. Hasta que, en algún momento del día, mientras yo huía de las islas como un conejo asustado, ella yació en un baño de su propia sangre.

Abrí los ojos. Gracias a Dios que las comadronas parloteaban. Sabía qué me había preocupado desde que había averiguado en el despacho de Richard que uno de los símbolos inscritos en el cuerpo de Melissa significaba cosecha. Sabía qué debía consultar a continuación.

Estaba en una habitación privada auxiliar que comunicaba con una de mis salas. Encontré mi ropa y me vestí rápidamente. Eran las nueve menos cuarto, el hospital estaría tranquilo a esas horas. Eché un vistazo a la ficha que colgaba de mi cama. No me habían prescrito ninguna medicación para la noche; con suerte, no me echarían de menos hasta la mañana siguiente. Abrí la puerta. En la sala exterior había tres camas ocupadas. Una mujer estaba sentada dando de mamar. Las otras dos parecían dormir; sus pequeños apéndices jadeaban suavemente en cunas transparentes. Sin que nadie me viera, me dirigí sigilosamente hacia la puerta y salí al pasillo.

Necesitaba un ordenador, pero no podía arriesgarme a ir a mi despacho. En otra habitación, a dos puertas de la mía, encendí la lámpara de escritorio y el ordenador portátil. Mi contraseña seguía siendo válida y al cabo de unos momentos había entrado en el sistema.

«Tanda» era la palabra que Jenny había utilizado y que me había hecho recordar mientras reflexionaba en la cama sobre la amistad. Estaba buscando una tanda.

En el despacho de Richard había encontrado una interpretación de las runas de Melissa que por fin tenía algún significado. Pero una de ellas seguía sin tener mucho sentido. Veía adónde había querido ir a parar el artista, si podía llamarse así, con Fertilidad y Sacrificio. Pero ¿Cosecha? En medicina utilizamos la palabra «cosecha» cuando hablamos de un órgano que ha sido extirpado para un trasplante, y yo había barajado la idea de que se refiriera al corazón arrancado. Pero ¿qué posibilidades había de que un culto antiguo utilizara un término médico moderno? Cuanto más pensaba en ello, más probable me parecía que Cosecha hacía alusión no al corazón sino a la criatura.

Eso me llevó rápidamente a la siguiente pregunta clave. En general, ¿con qué frecuencia te encuentras con una cosecha de una unidad? Utilizamos la palabra «cosecha», en singular, pero en sus implicaciones es claramente plural, evoca imágenes de fertilidad y abundancia. Y yo sabía que al menos otra joven había encontrado prematuramente la muerte en 2004, el año en que se suponía había muerto Melissa. Kirsten Hawick, arrollada por un camión mientras montaba a caballo, tenía más o menos la misma edad que Melissa y se parecía bastante a ella físicamente. Además, había encontrado en mi terreno un anillo que probablemente fue suyo. En verdad, nunca lo había aceptado como una coincidencia.

Melissa no había muerto y sido incinerada en 2004; su cuerpo, todavía en el depósito de cadáveres, ofrecía pruebas irrefutables de ello. Si bien no podía imaginar como lo habían hecho, su muerte prematura tuvo que haber sido simulada; ¿había ocurrido lo mismo con Kirsten y tal vez con otras mujeres?

¿Quedaban más cuerpos por encontrar?

Lo primero que debía averiguar era cuántas defunciones de mujeres se habían registrado en 2004, de modo que a través de internet accedí a la Oficina de Registro General de las Shetland. No era el sitio más fácil de consultar, pero después de dar varios rodeos lo encontré: una tabla de las defunciones que habían tenido lugar en las Shetland entre 1983 y 2007, agrupadas en franjas etarias de cinco años.

En 2004, el año de las muertes de Melissa y Kirsten, había habido 106 defunciones de mujeres en las islas. Examinando la lista encontré que, como era de esperar, la mayoría estaban incluidas en las franjas de edad avanzada, de sesenta y cinco años para arriba. En el nivel más bajo de la escala las muertes eran muchas menos. En ese año en particular no había muerto ninguna mujer de edad comprendida entre 0 y 19 años. En la franja de 20 a 24, sin embargo, habían muerto cinco. En la de 25 a 30 años habían muerto tres mujeres, y en la siguiente, de 30 a 34 años, cuatro. Un total de doce mujeres jóvenes habían muerto en un solo año.

Me pareció una cifra muy elevada.

A continuación consulté el año 2005. Solo habían muerto seis mujeres en las tres franjas etarias correspondientes. Y en 2006 solo había habido cuatro muertes de esas

características.

El año 2006 era el último del que se tenían estadísticas, de modo que retrocedí en el tiempo. En 2003 habían muerto dos mujeres en esa franja de edad. El año 2002 había sido particularmente bueno, ya que no había constancia de ninguna muerte. En 2001, por el contrario, había registradas once muertes.

Seguí retrocediendo. En 2000 había habido seis muertes, en 1999 solo dos, y en 1998 la impresionante cifra de diez. En 1997 encontré dos modestas muertes, al igual que en 1996, pero ¿podéis creerlo?, en 1995 habían muerto ocho mujeres prematuramente.

Revisé toda la tabla hasta 1983. No soy experta en estadística, pero incluso yo fui capaz de ver aparecer un patrón. Cada tres años se daba una modesta pero significativa irregularidad con el índice de defunciones femeninas. ¿Qué diablos significaba y, aún más importante, por qué nadie lo había detectado antes?

Volví a mirar la columna del total, para ver si el patrón se reflejaba en ella. El número total de mujeres muertas en las Shetland variaba considerablemente: de 86 en 2003 a 154 en 1997. Lo revisé a conciencia, pero no logré discernir ningún patrón cada tres años; el aumento de las defunciones, la diferencia en las cifras, parecía algo totalmente fortuito. Fuera lo que fuese lo que ocurría en los tres grupos de edad de las mujeres jóvenes, quedaba enmascarado por las cifras relativas a la población femenina total. Si añadías las defunciones masculinas a la ecuación, las posibilidades de que alguien viera lo que yo acababa de ver eran nulas.

Tal vez eso explicaba por qué ningún experto en estadística de la Oficina de Registro General había advertido la anomalía. Si se tomaba la población de las Shetland como un todo, no ocurría nada; y como el índice de muertes en las Shetland era más bajo que en el resto de Escocia, no había habido motivos para que nadie examinara las cifras con más detenimiento. Las cifras eran sencillamente demasiado pequeñas para que destacaran en una investigación que no fuera muy específica.

Me recosté para reflexionar sobre ello.

Había empezado buscando una tanda y había encontrado siete. Había por lo menos siete años en los que el índice de defunciones de mujeres se salía de la norma. Bastaría mostrar las cifras a algún experto para convencerlo de que estaba pasando algo extraño, pero, por desgracia, no tenía ni idea de a quién acudir. Me costaba creer que todo el Departamento de la Policía del Norte fuera corrupto, pero ¿cómo podía saber en quién confiar y en quién no, ahora que ya no estaba Dana? Además, si algunas de esas muertes eran sospechosas (o, lisa y llanamente, si no habían ocurrido en realidad), ¿cómo no iban a estar implicados los altos cargos del hospital? ¿Podía contar con que alguien me apoyara? Decidí que necesitaba tener más datos. ¿Quiénes eran esas mujeres? ¿Cómo habían muerto? Empecé por 2004, el año en que, supuestamente Melissa, había muerto.

Salí de internet, entré en los archivos del hospital y busqué información sobre las defunciones de 2004. Ese año habían muerto un total de 106 mujeres, de las cuales

solo me interesaban doce. Iba a llevarme bastante tiempo comprobarlas todas, y todavía estaba atontada por el sedante que me había dado Gifford.

Por suerte, el listado de defunciones incluía el nombre y la fecha de nacimiento. Tardé treinta minutos —cada vez que oía un ruido en el pasillo daba un bote—, pero al final conseguí la lista de las doce mujeres que fallecieron ese año a una edad comprendida entre 20 y 34 años.

Anoté los nombres, la edad y la causa abreviada de la muerte en un bloc de notas que encontré encima del escritorio.

Melissa Gair — 32 — cáncer de mama
Kirsten Hawick — 29 — accidente a caballo
Heather Paterson — 28 — suicidio
Kate Innes — 23 — cáncer de mama
Jacqueline Ross — 33 — eclampsia
Rachel Gibb — 21 — accidente de coche
Joanna Buchan — 24 — ahogada
Vivian Elrick — 27 — suicidio
Olivia Birnie — 33 — enfermedad de corazón
Laura Pendry — 27 — cáncer de cérvix
Caitlin Corrigan — 22 — ahogada
Phoebe Jones — 20 — suicidio

Observé la lista durante cinco, diez minutos, buscando algo que se saliera de lo corriente. No había nada, salvo que parecían demasiadas. Por otra parte, las causas de las muertes eran exactamente las que uno habría esperado. Normalmente las mujeres jóvenes mueren como consecuencia de un accidente o una autolesión deliberada. Aparte de eso, cabe esperar unos pocos casos de enfermedades del corazón y de cáncer, y algún que otro problema asociado con el parto.

Volví a mi primera lista, la de la Oficina de Registro General que había impreso. Un cálculo aproximado me indicó que cuando eliminabas de la ecuación los años irregulares, la cifra media de mujeres jóvenes que morían anualmente en las Shetland era de 3,1. Si tenía en cuenta solo los años irregulares, la media ascendía a 10. Cada tres años morían seis o siete mujeres más de lo normal.

¿Era posible fingir ese número de muertes? ¿Hacer desaparecer a esas mujeres y mantenerlas vivas un año más para luego asesinarlas tan brutalmente como habían asesinado a Melissa? Y, he aquí la gran pregunta, ¿habían dado todas ellas a luz poco antes de morir, como Melissa?

Volví a la lista de las doce mujeres que habían muerto en el año 2004. Melissa y Kirsten no habían fallecido de muerte natural, de eso estaba segura. Pero ¿cuáles de las otras habían compartido su destino? ¿Vivian? ¿Phoebe? ¿Kate? ¿Cuáles de esas mujeres habían sido raptadas y tenidas prisioneras durante casi todo un año, y habían

dado a luz solas y aterrorizadas? ¿Cuál había sido su mayor miedo al final, su propia vida o lo que sería de su bebé?

Una cosecha de bebés. Por fin lo había dicho. Debía de haber estado rebotando en lo más recóndito de mi mente desde la autopsia, cuando descubrí que la mujer que encontré en mi terreno había dado a luz. «¿Qué fue de ese bebé?», me pregunté inmediatamente. En el despacho de Richard, el descubrimiento de que una de las runas significaba Cosecha casi me llevó hasta allí, pero fue el comentario pasajero de Jenny sobre la tanda de bebés lo que me dio el empujón que necesitaba.

«Piensa, Tora, piensa». Si raptaron a esas mujeres, tuvieron que esconderlas en algún lugar seguro pero apartado de esta localidad. Las enterraron aquí mismo —en mi terreno, por el amor de Dios—, de modo que no podían haberse ido de las islas. Tuvo que ser en algún lugar próximo a un centro médico, donde pudieran dar a luz sin peligro. ¡Cielos! Era evidente.

Teclee de nuevo y abrí la página de obstetricia y ginecología. Ya había consultado esa lista una vez, un día después de que encontrara a Melissa; informaba de todos los partos que habían tenido lugar en la isla de marzo a agosto de 2005, cuando debía de haber nacido el bebé de Melissa. La imprimí, me senté a estudiarla y refresqué mi memoria. Ciento cuarenta partos. Según Dana, la mayoría de las mujeres de la lista estaban vivas y con buena salud, pero a esas alturas yo sabía que estaba enfrentándome a gente inteligente y con enormes recursos. Cuando puedes simular una muerte en un hospital moderno, puedes falsificar cualquier cosa.

Revisé la lista, marcando las entradas según avanzaba. Pronto, todos los partos que habían tenido lugar en Tronal estaban subrayados con rotulador amarillo. Esperaba encontrar seis o siete; solo había cuatro. Eran pocos para apuntar una respuesta fácil; sin embargo, Tronal era el lugar ideal; lo bastante remoto para ofrecer privacidad, y accesible a los que tenían una embarcación y sabían navegar en condiciones difíciles. Había una clínica de maternidad moderna y un obstetra residente. Me dio un vuelco el corazón al caer en la cuenta de que también contaba con un anestesista cualificado que podía ir y venir sin dificultad.

¡Dios mío!

Mi suegro trabajaba para el centro de Tronal. Tenía que hacerlo. Allí era donde estaba cuando se ausentaba tantos días. Recordé lo que Stephen Renney había dicho: Melissa había sido fuertemente anestesiada antes de que la mataran y las náuseas retrocedieron. Richard había sido director médico del Franklin Stone antes de pasar las riendas a su protegido, Kenn Gifford. Si se simulaban muertes en ese hospital, los directores médicos ocupaban un lugar idóneo para supervisarlas.

De pronto tuve la certeza de que Richard estaba implicado. Probablemente Kenn también lo estaba. Y Dana y yo habíamos tenido dudas acerca de Andy Dunn. Uno de ellos nos vio salir a Duncan y a mí en el velero y creyeron que yo no sobreviviría a la travesía. Habían conspirado para asesinarme. Y volverían a intentarlo.

Había estado observando los papeles que tenía encima del escritorio, pero un

parpadeo en la pantalla me hizo levantar la vista. Había aparecido un mensaje:

Se ha realizado una operación ilegal y el programa se cerrará.

Y a continuación la imagen desapareció de la pantalla. Había visto antes ese mensaje y sabía que podía no significar nada. De cualquier modo, se me había acabado el tiempo. Apagué el ordenador, recogí los papeles y cogí mi chaqueta del respaldo de la silla. Me metí los papeles en el bolsillo, luego apagué la lámpara y me acerqué a la puerta.

Escuchando con atención en la oscuridad, oí los ruidos que suele haber en un hospital, pero todos parecían algo alejados. No había moqueta en el pasillo, y estaba segura de que habría oído a alguien acercarse. Decidí correr el riesgo, abrí la puerta y miré a izquierda y derecha. Voces. La puerta de mi despacho estaba abierta; tenía que pasar por delante de ella para salir. No tenía sentido esperar más. Agradeciendo mi buena fortuna de llevar zapatillas de deporte y poder moverme sin hacer mucho ruido, pasé rápidamente por delante de mi despacho, crucé las puertas de vaivén del final del pasillo y bajé la escalera. Salí por urgencias rezando para no encontrarme a nadie conocido; de poder escoger no habría tomado esa ruta, ya que era la parte del hospital donde siempre había más movimiento, pero era la más rápida para salir. En el aparcamiento, me detuve a reflexionar. Eran las diez menos cinco de la noche y necesitaba un medio de transporte. Tenía que volver como fuera a casa de Dana para recuperar mi coche. Eché a andar por el aparcamiento pero de pronto me detuve. Y casi me reí.

Mi coche estaba aparcado en la zona reservada para el personal del hospital. Las llaves seguían en mi bolsillo. Alguien había puesto incluso la bicicleta de Elspeth en el maletero.

Era demasiado tarde para salir de las islas esa noche, pero de todos modos esa parte del plan había cambiado. No iría a ninguna parte. Tenía más cosas que averiguar e iba a decírselo a la gente en quien podía confiar; esa sería mi prioridad a la mañana siguiente. Helen era la única persona a la que podía recurrir. La Helen de Dana. Era una agente de alto rango en Dundee. Dana confiaba en ella, y eso me bastaba.

Primero necesitaba algo de ropa y un saco de dormir, por si acababa pasando la noche en el coche. Aparqué a medio kilómetro de mi casa, detrás de unos garajes. Luego saqué la bicicleta de Elspeth del maletero y pedaleé en la noche colina arriba. Rodeé la casa, mirando por todas las ventanas del piso de abajo, pero no parecía haber nadie. Sin hacer ruido, introduje la llave y entré. En el suelo de baldosas, detrás de la puerta, había correspondencia. Cerré la puerta y escuché. Nada. Estaba bastante segura de que la casa estaba vacía, pero de todos modos me sentía nerviosa. Subí corriendo la escalera, busqué una bolsa de viaje y la llené de ropa. Encima del armario guardaba mi saco de dormir; cogí una almohada de la cama, por si acaso.

También metí mis joyas, las pocas que tenía. Por último, encontré la vieja pistola para caballos de mi abuelo y la escondí entre la ropa.

Me detuve en el umbral y se me ocurrió que podía ser la última vez que veía esa habitación, esa casa. Era de buena educación dejar una nota.

En nuestro tocador había una foto del día de nuestra boda. Duncan, alto y elegante, con chaqué, me besaba la mano en la puerta de la iglesia. Yo iba envuelta en encaje color crema y, por primera vez en mi vida, se me veía femenina. Siempre me había encantado esa foto. La cogí, la tiré al suelo y la pisoteé con fuerza. El cristal se hizo añicos y el marco de madera se partió por una esquina. El mensaje era evidente.

Bajé la escalera con dificultad; no sabía cómo me las arreglaría para llevar tantas cosas en la bicicleta. El contestador parpadeaba. Cinco mensajes. Podían ser importantes. Apreté el PLAY.

«Tora, soy Richard. Es martes al mediodía. Elspeth y yo estamos preocupados por ti. Por favor, llámanos».

«Sí, seguro que estáis preocupados». Apreté el botón de borrar.

«Tor, soy yo. ¿Qué está pasando? Llevo todo el día llamándote al móvil. ¿Puedes llamarme, por favor?».

Lo borré.

«Tora, escucha..., esto no tiene gracia. Todo el mundo está preocupado por ti. Solo dinos que estás bien... Lo tengo muy complicado para volver. Por Dios, Tora, llama, ¿quieres?».

Lo borré.

«Soy yo otra vez. Acabo de enterarme de lo de Dana. Lo siento mucho, cariño. Volveré mañana por la mañana. ¿Puedes llamarme, por favor, solo para hacerme saber que estás bien?... Te quiero».

Pensaréis que soy idiota, pero no pude borrar ese mensaje. Apreté el botón para escuchar el último. Una voz diferente.

«Tora, esto no ha sido una buena idea. Tienes que volver. Espero que no estés conduciendo. Dime dónde estás e iré a recogerte».

«Ya te gustaría». Lo borré. De todos modos, me quedé preocupada. Si Kenn había advertido a la policía local que estaba conduciendo bajo el efecto de sedantes, me cogerían a los pocos minutos de salir de casa.

Llevé mis cosas hasta la puerta y me agaché para recoger las cartas. Iba a dejarlas en la mesa de centro de la sala de estar cuando una me llamó la atención. Era un sobre lila con mi nombre escrito a mano. No llevaba sello y noté que dentro había algo pesado y duro. Lo abrí, saqué una llave dorada y leí la breve nota; la primera que he recibido nunca de ultratumba.

De algún modo, logré bajar en la bicicleta de Elspeth, sin pedalear, hasta la carretera donde tenía aparcado el coche. Con gran esfuerzo, metí en el maletero las bolsas y la bicicleta plegada, y puse el motor en marcha. Creo que me habría costado aunque no hubiera estado llorando.

Empezaba a llover cuando me dirigí de nuevo a Lerwick. No podía parar de llorar. Di gracias a Dios por que no estuviera del todo oscuro, pues tenía que conducir deprisa. Me buscarían en esa carretera. En cuanto llegara a las afueras de Lerwick me resultaría más fácil esconderme. Nunca imaginarían adónde iba. En la nota de Dana ponía:

Tora:

Acabo de hablar con tu suegra. ¿Siempre es así?

Tu mensaje es de gran ayuda. Las piezas empiezan a encajar.

Supongo que estás volviendo hacia aquí. No te quedes sola en tu casa. Ven a la mía. Entra y espérame.

¡Estoy preocupada por ti! Por favor, ponte pronto en contacto.

DANA

En la esquina superior había escrito la fecha y la hora. Las doce de ese mismo día. Comprendí que esa información podía ser crucial para determinar la hora de su muerte y que debía entregar la nota inmediatamente a la policía. Conociendo mi suerte, tendría oportunidad de hacerlo en los próximos cinco minutos.

Pero no me persiguió ningún coche patrulla en el breve trayecto hasta Lerwick. Una vez que dejé la carretera me sentí más segura. Tardé unos minutos en llegar a The Lanes, pasé de largo el aparcamiento de Dana y continué hasta el siguiente.

Habían reparado la puerta delantera —un trabajo rápido, chicos—, pero no habían cambiado la cerradura. El vestíbulo de Dana parecía tranquilo, silencioso. Me detuve un momento a escuchar y me di cuenta de que la casa no estaba en absoluto en silencio. Las casas nunca lo están. Oí el débil gorgoteo del agua calentándose, el suave zumbido de los aparatos electrónicos, hasta el tictac de un reloj. Nada que me acelerara el pulso. Había llevado una linterna, la encendí y recorrí el pasillo hasta la cocina. Estaba impecable. Habían fregado el suelo recientemente, y la encimera de acero inoxidable alrededor del fregadero brillaba. Sin pensar realmente en lo que hacía, tal vez porque tenía hambre y actuaba subconscientemente, me acerqué a la nevera y la abrí.

Dana había hecho compras. La bandeja para la ensalada estaba llena. Había un frutero gigante lleno de albaricoques en un estante y varios quesos continentales envueltos en otro. Yogur natural en cantidad. En la puerta había dos litros de leche

semidesnatada, un tetrabrik de zumo de arándanos y una botella de buen vino blanco. Encima había una hilera de huevos ecológicos. No había carne ni pescado. Dana era vegetariana.

Pensé en comer algo, pero sabía que no podría. Cerré la nevera y salí de la cocina. Tenía que subir al piso de arriba.

Repetí paso a paso el último recorrido que había hecho en esa casa, pensando, como solemos hacer en tales ocasiones: «Si... si no me hubiera entrado el pánico en Unst; si hubiera vuelto a casa de Richard y Elspeth, y hubiera robado el coche de Elspeth en lugar de su bicicleta, habría llegado a la isla principal en un par de horas, habría estado aquí antes de que Dana...».

La puerta del cuarto de baño estaba cerrada. Me cubrí la mano con la chaqueta y la empujé. Luego apunté la linterna alrededor.

Impecable.

Habían limpiado a fondo el cuarto de baño. Recordé las pequeñas salpicaduras rosa que había visto en los azulejos poco antes ese mismo día. Habían desaparecido. Las baldosas del suelo estaban limpias, pero, que yo recordara, también lo habían estado antes. Dana había sido tan pulcra al morir como lo había sido en vida. Retrocedí y cerré la puerta. No tenía nada que hacer allí.

Pasé de largo el dormitorio de Dana. Me dirigía a la habitación de invitados, donde había dormido unos días antes y que sabía que hacía las veces de despacho.

Su escritorio estaba prácticamente vacío. Sabía que guardaba sus notas sobre el caso en una carpeta azul, pero no había rastro de ella en la habitación. Abrí el cajón del escritorio y encontré un archivador de veinte carpetas colgantes. Cada una tenía una etiqueta de color beis escrita en tinta lila: CASA, COCHE, INVERSIONES, PENSIÓN, VIAJES, SEGURO... Pensé en los tres archivos destartalados que tenía en casa y que utilizaba para organizar mis papeles. Tal vez si hubiera pasado más tiempo con Dana, me habría enseñado a ser ordenada, organizada. Solo unos pocos consejos.

Cerré el cajón. Probablemente estaba perdiendo el tiempo. La policía debía de haberse llevado todo lo relacionado con el caso. Recordaba haber visto un ordenador portátil encima del escritorio en mi visita anterior, pero había desaparecido. Solo quedaban una impresora y unos pocos cables colgantes. Y un montón de libros pulcramente amontonados a un lado.

El primero del montón me llamó la atención porque reconocí al autor. Wilkie Collins, leí, y recordé la broma de Richard de que sus novelas serían adecuadas para una lectora mediocre como yo. *La dama de blanco*. Lo habría tomado como lectura de Dana para conciliar el sueño si no fuera porque no estaba en su mesilla de noche y porque había varias páginas marcadas con pequeños post-its amarillos. Lo cogí.

El siguiente libro del montón era *El folclore de las islas Shetland*, de James R. Nicholson. De nuevo, tenía varias páginas señaladas con post-its. Luego encontré *Folclore, mitos y leyendas británicos*, de Marc Alexander. El título del último libro del montón me resultó familiar, aunque nunca había visto ningún ejemplar. Lo abrí y

vi que era de una biblioteca; a juzgar por la fecha de devolución estampada dentro, lo había sacado hacía muy poco. Era el libro del que había encontrado varias referencias en el despacho de Richard, el que más podía decirme acerca de los kunal trows. Dana se había tomado en serio mis comentarios sobre los cultos locales. El libro también estaba lleno de post-its. Me senté en la cama y empecé a leer.

La primera historia que había llamado la atención de Dana era la del macabro hallazgo de un elevado número de huesos humanos durante la construcción de un edificio en Balta. Los lugareños habían murmurado algo sobre un enterramiento antiguo, pero los huesos (todos de personas adultas) estaban amontonados unos sobre otros sin ningún orden, y no había rastro de lápidas. En el post-it que lo señalaba Dana había escrito: «¿Eran huesos de mujeres? ¿Es verdad esta historia? ¿Pueden comprobarse los datos?».

En una página posterior leí sobre una roca que se eleva en el mar cerca de Papa Stour, conocida en la región como Frow Snack o Maidens' Skerry, la Roca de la Doncella. En la época en que la autora escribió el libro podían verse los restos de un edificio sobre la roca. Corrían rumores de que se había utilizado como cárcel para las mujeres que «se portaban mal». En el lado este de las Shetland había otra roca, Maiden Stack, con una historia similar. Dana había apuntado: «Historias isleñas de mujeres encarceladas. ¿Se han encontrado restos humanos en alguna de las dos rocas?».

Unas páginas más adelante Dana había encontrado otra historia de tumbas no ortodoxas: un gran número de pequeños montículos en la isla de Yell. Toda la ladera, según la tradición local, estaba cubierta de enterramientos, hasta el punto de que la gente evitaba ese lugar. En las notas de Dana se percibía una frustración cada vez mayor. «¿Cuándo?», había escrito. Había buscado hechos y pruebas, verdaderas pistas que pudiera investigar con un meticuloso trabajo policial. El libro sólo ofrecía historias. Pero eran historias interesantes. Si la autora estaba en lo cierto, en esas islas se habían encontrado varias veces fosas comunes ocultas y no consagradas. Me preguntaba cuántas más podían haber. Yo cada vez estaba más segura de que Melissa no era la única mujer que había enterrada en mi terreno.

Perdí por completo la noción del tiempo mientras leía los libros que Dana había llenado de post-its; cada vez averiguaba más cosas de la extraña y a menudo horrible historia de las islas.

Encontré otras muchas historias: de mujeres jóvenes, de niños, hasta de animales robados por los trows, quienes en su lugar habían dejado apariencias que habían muerto poco después. Los cínicos dirían, por supuesto, que las apariencias no eran tales, que las muertes habían sido por causas naturales (o, más probablemente, humanas), y que los trows no habían tenido nada que ver con ello. Se podría argüir, y parte de mí se sentía tentada a hacerlo, que habían atribuido a los trows un montón de maldades humanas cometidas en esas islas a lo largo de los años. Aun así, me impresionó que hubiera tantísimas historias. Una y otra vez surgía el mismo tema: se

llevaban a alguien, dejaban en su lugar una apariencia y al poco tiempo esta moría.

Por supuesto, yo no creía en las apariencias. Si las muertes habían sido simuladas para ocultar los secuestros —que era básicamente lo que apuntaban todas esas historias—, se había hecho con medios naturales. No iba a seguir ninguna ruta sobrenatural.

El problema era que no iba a seguir ninguna ruta. Las palabras empezaban a saltar por la página y yo ya había pensado bastante por un día. Puse el libro en el suelo y dejé que se me cerraran los ojos.

En mi sueño, cerraba la puerta trasera a Duncan y los golpes de la madera contra el marco de la puerta resonaban por toda la casa. Me desperté. No había sido un sueño. Alguien había entrado en la casa. Alguien se movía, con discreción pero de forma bastante audible, en el piso de abajo.

Por un momento volvía a estar en el mundo de pesadilla de hacía cinco días. Había regresado. Me había encontrado. ¿Qué diablos podía hacer? «Quédate inmóvil, no te muevas, no respires siquiera. No te encontrará».

Era ridículo. Quienquiera que fuera, probablemente había tenido la misma idea que yo. Buscaba algo y su búsqueda no tardaría en conducirlo hasta el lugar donde Dana trabajaba.

«Escóndete».

Tanteé detrás de mí. La cama era un diván. No había ningún armario. Ningún lugar donde alguien de mi estatura pudiera pasar inadvertida. Y menos aún cuando era a mí a quien buscaba.

«Escapa».

Era la única opción sensata. Me senté. Tenía las llaves encima del escritorio. Cuando las cogí, tintinearón.

Agarré la manija de la ventana. No se movió. Dana las había cerrado con seguro, por supuesto. Era policía. Las examiné desde más cerca. Eran de cristal doble. Tal vez pudiera romperlas, pero haría mucho ruido. Tenía que bajar. Pasar de algún modo por su lado sin que me viera.

Metí una mano en mi bolsa de viaje y hurgué en ella hasta dar con la única protección que me había llevado de casa. Agarrándola con fuerza con la mano derecha, me acerqué a la puerta, giré el pomo con suavidad y se abrió. Me llegó un golpe sordo del piso de abajo. Crucé el pasillo y agradecí que Dana hubiera puesto moqueta en él y en la escalera. En el piso de abajo el suelo era de madera y baldosas. Pero todavía tenía que bajar.

En lo alto de la escalera me detuve a escuchar. Llegaban ruidos de detrás de la puerta de la cocina, cerrada. Miré por encima de la barandilla. Había dos puertas que daban a la cocina, sin contar la trasera que daba al jardín: la primera, la que estaba mirando en esos momentos, comunicaba con el vestíbulo; la segunda, con la sala de

estar. Decidí que iría por ahí, tiraría algo en el vestíbulo para distraer a quien fuera que estuviera allí y, cuando saliera a investigar, cruzaría con sigilo la cocina y saldría por la puerta trasera. Una vez fuera, saltaría el muro del jardín y correría como una loca hasta el coche.

Cinco pasos más, seis. Tenía la mano derecha húmeda por el sudor. Comprobé el gatillo. Solté el seguro.

El último peldaño crujió.

Crucé el pasillo y entré en la sala de estar. Estaba más oscuro de lo que debería. Alguien había corrido las cortinas. Me detuve. Escuché. Levanté la mano derecha frente a mí, pero me temblaba.

Luego algo me golpeó en la espalda y me desplomé.

Yacía inmóvil en el suelo, con una mejilla apretada contra las tablas de roble del suelo de Dana y la mano derecha vacía.

El peso que me tenía inmovilizada se movió. Desplacé el codo hacia atrás con fuerza y oí gruñir a alguien. Luego volví a tener ese peso sólido encima. Me habían agarrado el brazo derecho y me lo torcían detrás de la espalda. Me retorcí, me sacudí y di patadas hacia atrás con las dos piernas. Los primeros tres golpes hicieron contacto y el peso se desplazó hacia delante.

—¡Policía! ¡No se mueva!

Sí, claro. Una de las manos que me agarraban el brazo derecho me soltó, seguramente para esposarme la mano izquierda. Pero no era lo bastante fuerte para sujetarme con un brazo.

Respiré hondo —nada fácil con ese peso sobre el pecho que me obstruía los pulmones— y me di la vuelta. La persona que tenía encima resbaló y cayó hacia un lado. Me puse de pie. Mi adversario también. Nos miramos. En la oscuridad distinguí una figura alta; pelo rubio y corto; facciones regulares, bien definidas. Reprimí la tentación de decir «El doctor Livingstone, supongo», porque a esas alturas sabía con quién me las estaba viendo.

—¿Quién demonios eres? —dijo ella.

—Tora Hamilton —respondí—. Una amiga de Dana. Me dio una llave.

Se me ocurrió que esa tal vez no era la respuesta más prudente, pero la mujer pareció relajarse.

—Trabajo en el hospital —añadí—. He estado ayudando a Dana en uno de sus casos. El asesinato. El cadáver que encontraron en mi terreno. La encontré yo —dejé de farfullar.

La mujer asintió.

—Me lo dijo.

Yo volvía a respirar con normalidad. Me dolía la cabeza pero había dejado de darme vueltas.

—Lo siento mucho, de verdad —oí cómo me fallaba la voz.

La inspectora general Helen Rowley me miró durante largo rato. Oí crepitar el sistema de calefacción central por el frío de la noche. Fuera ladró un perro.

—¿Crees que se suicidó? —lo preguntó en voz tan baja que apenas la entendí.

Ella no esperaba realmente una respuesta, pero yo había pasado la mayor parte de las últimas ocho horas esperando, deseando, que se me diera la oportunidad de decir lo que me disponía a decir.

—Ni por un momento he creído que lo hiciera.

Los ojos de Helen brillaron por la sorpresa, luego los entrecerró.

—¿De qué estás hablando? —susurró.

—¿Has visto la nevera? —pregunté. Fue lo primero que se me ocurrió—. ¿Crees

que Dana habría llenado la nevera unas horas antes de quitarse la vida?

Su mirada se hizo más penetrante, si eso era posible. No me creía. Y se estaba enfadando. Pero yo ya me había lanzado. Se suponía que ella conocía a Dana mejor que nadie. ¿Por qué tenía que convencerla yo de algo tan obvio?

—Si Dana, la Dana que yo conocía, hubiera planeado suicidarse, habría vaciado la nevera, habría tirado todo al cubo de la basura, habría empujado el cubo hasta la acera y habría limpiado la nevera con Dettol —dije con una amargura que sabía que era injusta pero que no pude evitar—. Ah, y habría devuelto los libros a la biblioteca.

Helen retrocedió un paso y buscó a tientas en la pared. La habitación se llenó de luz y tuve la oportunidad de verla bien. Llevaba una cazadora acolchada gris y unos pantalones abombados como de lucha libre. Era alta, casi de mi estatura, y no tenía el pelo corto sino que lo llevaba recogido en una trenza. Era atractiva. No era lo que se dice guapa, pero tenía la línea de la mandíbula muy marcada y los ojos marrones. Me di cuenta, con un sobresalto, de que se parecía mucho a mí. Miró alrededor y se dejó caer en uno de los sofás.

Me obligué a guardar silencio unos segundos. Tenía tanto que decir, que no estaba segura de poder sacarlo todo de forma coherente. Cuando pensé que sería capaz de hablar sin decir tonterías, continué:

—Hace aproximadamente cuatro años trabajé durante un período largo con suicidas. Suicidas fracasados, por supuesto, es difícil hablar con los que... Bueno, los motivos y las circunstancias varían, pero todos tienen una cosa en común.

Helen se había echado hacia delante, tenía los brazos cruzados y las manos en los antebrazos. Habló hacia la alfombra, a sus pies.

—¿Qué es? ¿La desesperación?

—Supongo. Pero la palabra que iba a utilizar era «vacío». Esas personas miran el futuro y no ven nada. Creen que no hay nada por lo que vivir y por eso no quieren seguir haciéndolo.

Me miró.

—¿Y Dana no era así?

Me incliné hacia ella y me obligué a hablar despacio.

—En absoluto. Estaban pasando demasiadas cosas en su vida. Se había propuesto llegar al fondo de este caso..., se sentía furiosa por la falta de apoyo que estaba recibiendo. Hablé con ella varias veces en los últimos días. Estaba bien; preocupada, enfadada, crispada, pero desde luego no se sentía vacía. Esta mañana me escribió una nota. Te la enseñaré; la tengo arriba, en alguna parte. No es la nota de una suicida. Dana no se suicidó.

—Me han dicho que estaba teniendo problemas para adaptarse, que no se relacionaba con sus colegas, que echaba de menos su antiguo puesto..., que me echaba de menos a mí —le tembló la voz.

—Probablemente todo eso sea cierto, pero no es motivo suficiente.

—Anoche me llamó. Estaba preocupada y quería que la ayudara, pero tienes

razón, no parecía...

Nos quedamos un rato inmóviles, en silencio. Me preguntaba si ofrecerme a preparar té cuando ella volvió a hablar.

—Esta casa es tan suya... Sabe crear ambientes agradables. Su piso de Dundee era igual. Deberías ver mi casa. Es un caos.

—La mía también —dije, pero por dentro volvía a sentirme nerviosa. El alivio que había experimentado al ver a Helen estaba dando paso a la ansiedad. Tarde o temprano me encontrarían. Me llevarían a la comisaría para que prestara declaración y me retendrían allí el tiempo que quisieran. Había creído que necesitaba a Helen, pero no la necesitaba llorando o desesperada. La quería activa.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

Seguí su mirada hasta el suelo.

—Un arma humanitaria —dije—. Para sacrificar caballos.

Por un segundo creí que se echaría a reír.

—Dios. ¿Es legal?

Me encogí de hombros.

—Lo era. En los años cincuenta.

—¿Te importa si lo pongo en un lugar seguro?

—Adelante.

Se levantó, cogió el arma y la dejó encima de una cómoda. Luego volvió a mirarme; la piel alrededor de sus ojos estaba llena de manchas rosadas, pero supe que le faltaba mucho para derrumbarse.

—¿La mataste tú? —preguntó.

Abrí la boca pero fui totalmente incapaz de responder. Lo que fuera que vio en mí hizo que se relajara, incluso esbozó una sonrisa.

—Lo siento, tenía que preguntártelo. Entonces, ¿quién lo hizo?

—No estoy segura. Pero probablemente no se trata de una persona que actúa individualmente. Y desde luego hay una conexión con el caso que Dana estaba investigando. Creo que estaba muy cerca de averiguar algo. Yo también. Creo que alguien trató de matarme hace un par de días.

Le hablé sobre el accidente de barco, sobre el descubrimiento del mástil serrado. Cuando terminé, guardó silencio. Luego se levantó, cruzó la habitación, y se detuvo frente a un cuadro en el que no me había fijado. Era un pequeño dibujo a lápiz de un terrier rodeado de piernas femeninas con zapatos de tacón. No tenía ni idea de si me creía o me había tomado por loca.

—Iba a ponerte en contacto contigo esta misma mañana. Para pedirte que me ayudaras —dije.

Se volvió de nuevo, tenía una expresión algo dura.

—¿Ayudarte a qué?

—Bueno, para empezar, a estar fuera de peligro. Pero también a averiguar qué está pasando y quién mató a Dana.

Sacudió la cabeza.

—Debes dejarlo en manos de la policía.

Me levanté de un salto.

—¡No! Ese es precisamente el problema. La policía no hará nada. Dana lo sabía. Por eso no confiaba en sus colegas y le resultaba tan difícil trabajar con ellos. Aquí está pasando algo muy serio y la policía está implicada de algún modo.

Ella se dejó caer en el sofá.

—Te escucho —dijo.

Yo también me senté.

—Esto te va a parecer un poco extraño —empecé.

Veinte minutos después había terminado. En el reloj de la pared vi que eran las doce y cuarto. Helen se levantó y salió de la habitación. La oí moverse por la cocina. Volvió unos minutos después con dos copas de vino blanco.

—Tenías razón —dijo—. Me parece extraño.

Me encogí de hombros y sonreí bobamente. Bueno, la había prevenido.

—¿Trolls? —repitió; en su mirada leí un «¿Estás hablando en serio?».

Bebí un sorbo de vino. Era bueno; intenso y puro, muy frío.

—Bueno, no. En realidad no son trolls. Evidentemente los trolls no existen. Pero hay alguna clase de culto basado en esa vieja leyenda de las islas.

—¿Gente que cree que son trolls?

Estaba perdiendo el tiempo. Me levanté.

—Siéntate —bramó ella—. Dana no te tenía por imbécil, así que voy a darte el beneficio de la duda —levantó la vista de la cómoda—. A pesar de ciertas pruebas que demuestran lo contrario.

Me puse de morros como una adolescente a la que acaban de regañarle. Helen revisaba las notas que había tomado mientras yo hablaba y no vio mi expresión. Volví a sentarme.

—Bien, por el momento necesito dejar a un lado el folclore de las Shetland y concentrarme en lo que sabemos —continuó—. Desenterraste un cadáver en tu terreno que ha sido identificado como el de Melissa Gair. Llevaba dos años muerta y poco antes de morir dio a luz.

Asentí.

—Hasta ahí todo está razonablemente claro, aunque es bastante horrible. Lo que lo complica todo es que se creía que Melissa Gair había muerto casi un año antes. Tenemos a una mujer que ha muerto dos veces. La primera muerte está bien documentada y probada, y, al menos sobre papel, es difícil negarla. Pero la segunda muerte le lleva ventaja, porque hay un cadáver que la respalda —se detuvo para beber un sorbo de vino.

—Es un pelín complicado, sí.

—Y que lo digas. Ahora bien, a raíz de ciertos símbolos grabados en el cadáver y de un anillo que encontraste en tu terreno, empezaste a considerar la idea de que habían asesinado a más de una mujer.

Asentí de nuevo.

—De modo que consultaste las estadísticas de las defunciones en las islas —se inclinó y cogió las notas que yo había tomado en el hospital—. Si tus cifras son correctas...

—Lo son —la interrumpí.

Me miró ceñuda.

—Si son correctas, debo admitir que muestran un patrón claro. Cada tres años parece aumentar el índice de defunciones de mujeres jóvenes. Bien, pasemos ahora de los hechos a la teoría. Tu hipótesis es que algunas de esas mujeres...

—Aproximadamente seis cada tres años.

—De acuerdo. Algunas de esas mujeres fueron raptadas. Simularon su muerte en un hospital moderno y ajetreado, y las retuvieron contra su voluntad en algún lugar durante todo un año —miró de nuevo los papeles—. Crees que en la isla de Tronal. Durante ese período fueron... ¿fecundadas? —hizo una mueca. Yo también.

—También podrían haberlas llevado allí en las primeras fases de embarazo —dije—. Como Melissa. En estas islas hay tantas historias sobre secuestros de chicas, mujeres embarazadas y niños, y sobre el hallazgo de huesos humanos... Dios mío, en este lugar hay más fosas comunes que en Bosnia.

—Hummm. ¿Y esos crímenes son obra de hombres vestidos de gris que viven en cuevas subterráneas, aman la música y los objetos de plata, y temen el hierro?

No dije nada; me limité a mirarla furiosa.

—Bueno —dijo ella por fin—, volvamos a las mujeres desaparecidas. Crees que mientras estaban prisioneras dieron a luz y luego las mataron. Volvieron a traer el cuerpo aquí y las enterraron en tu terreno —hizo una pausa.

—Sí —respondí—. Eso es lo que creo que ocurrió.

Guardó silencio.

—Es exactamente como en la leyenda —me apresuré a continuar—. Los kunal trows roban esposas humanas. Diez días después de haber dado a luz a su bebé, que siempre es un varón, porque son una raza de varones, la madre muere.

—Tora...

—Melissa Gair fue asesinada entre una semana y diez días después de haber dado a luz.

—Vamos, vamos... ¿Existe la más remota posibilidad de simular una muerte en un hospital? ¿De verdad?

—No hace mucho lo habría negado con rotundidad. Pero ahora creo que es posible.

—¿Cómo?

—Tendría que haber mucha gente implicada: varios médicos, tal vez un

administrador, sin duda un forense. No estoy segura de si se podría engañar a un médico cualificado, pero sí a alguien profano, sobre todo a un pariente afectado..., si hubiera mucho jaleo, un montón de distracciones..., y si el paciente estuviera inmóvil, tal vez en un estado de coma inducido mediante drogas.

Helen agitó el vino de su copa y observó los dibujos que describía. No soltó prenda, pero me pareció que me escuchaba.

—Además, creo que utilizan la hipnosis —continué, pensando: «Qué demonios...».

Dejó de agitar la copa.

—¿La hipnosis? —repitió.

Después de ver su expresión, el mero hecho de que no me esposara y telefonara a sus colegas me infundió el coraje para continuar.

—La hipnosis no es ninguna tontería —dije a todo correr—. Se ha demostrado científicamente y la practican muchos psiquiatras. Creo que es posible enseñar un cuerpo aparentemente sin vida a un familiar desconsolado e inducirle a creer que esa persona está muerta.

Helen guardó silencio. Luego empezó a menear la cabeza. No se lo tragaba.

—Todas las historias que he leído hacen hincapié en la facultad de los trows para hipnotizar a la gente.

—Solo son historias.

Parecía incrédula, y no me extrañaba. Pero no había estado en mi piel los pasados diez días.

—Yo ya no lo creo. Estoy segura de que mi jefe del hospital sabe hipnotizar. Hace poco hubo un incidente con mi caballo. Me dejó en una especie de trance y consiguió que hiciera exactamente lo que me decía. Y creo que también me lo ha hecho un par de veces en el hospital. Me pone las manos en los hombros, me mira a los ojos y me habla. Y mi estado anímico cambia. Me siento serena y feliz de hacer lo que me dice.

Helen dejó de mover la cabeza, pero yo no hubiera sabido decir si estaba convencida o no.

—¿Y hay drogas que pueden hacer que alguien parezca muerto, como has dicho?

—Ya lo creo. Si se toma la cantidad suficiente de casi cualquier sedante, la presión arterial descenderá tanto que será imposible encontrar el pulso periférico. Es arriesgado, por supuesto, porque cabe la posibilidad de excederse en la dosis y acabar matando al paciente. Pero un anestesista competente sabría hacerlo.

Le di tiempo para reflexionar sobre ello mientras pensaba en el anestesista competente que yo conocía.

—¿Cuánto de todo esto hablaste con Dana? —preguntó ella.

—No tuve oportunidad. Pero le dejé mensajes. Le hablé de las leyendas de los trows. Y sé que me tomó en serio por todos los libros que he visto en el piso de arriba. ¿No te dijo nada cuando te llamo?

Helen suspiró y bebió otro sorbo de vino. No estaba claro quién de las dos bebía

más deprisa. Debíamos aflojar el ritmo, sobre todo yo.

—No —dijo—. Quería verme. Vi que estaba preocupada. No quiso hablar por teléfono.

—Sabía demasiado —me pregunté si alguna vez lograría dejar de culparme. Por mí, por los mensajes que le había dejado, Dana había estado demasiado cerca de averiguar algo. Ella había pagado el precio de mis intromisiones.

Como si me leyera el pensamiento, Helen me puso una mano en el hombro.

—No descarto las estadísticas que has mencionado, pero me cuesta asimilar el asunto de los trows. De momento, seguimos teniendo un solo cadáver. Trabajemos a partir de eso, ¿quieres? —se levantó—. Vamos, veamos qué dice Dana sobre todo esto.

La miré como una boba. ¿Qué pensaba hacer, una sesión de espiritismo?

—Vamos a buscar en su ordenador. Sé su contraseña.

Sacudí la cabeza.

—Encima de su escritorio no hay nada. Se lo ha llevado la policía.

—¿Eso crees? —dijo, y se volvió para encaminarse hacia la escalera.

En el dormitorio principal, Helen se subió a una silla frente al gran armario de roble y abrió el cajón del medio de los tres que había en la parte superior. Me pasó un pequeño maletín de lona ribeteado de cuero rojo. Dentro se movía algo grande. Abrió la cremallera y sacó un pequeño ordenador portátil que reconocí en el acto.

Me sonrió, pero no vi luz en sus ojos.

—El portátil que se han llevado era de la policía. Este era el suyo. Dana siempre copiaba todo lo importante. Solo introducía en él la información realmente confidencial.

Lo llevó a la habitación de invitados, conectó los cables y lo abrió. La pantalla cobró vida. Miró hacia la ventana. La persiana estaba bajada, pero yo estaba segura de que desde fuera se vería luz.

Helen estaba ya concentrada intentando acceder al sistema de archivo de Dana, pero yo me sentía demasiado nerviosa para sentarme a su lado.

—Helen.

Levantó la vista.

—Tienes que saber que la policía debe de estar buscándome.

Se recostó en la silla y arqueó las cejas. Era un gesto tan típico de Dana que no supe si reír o llorar.

—Quieren interrogarme por lo que ha pasado hoy, mejor dicho, ayer. Me he dado de alta del hospital hace unas horas. De forma extraoficial.

—¿Sabes que tienes una llave de esta casa?

Negué con la cabeza.

—Seguramente lo deducirán. Tenemos que irnos a otra parte.

Me senté con ella ante el ordenador y examinamos una lista de archivos, cada uno numerado.

—Dana daba a sus casos un nombre distinto al oficial —explicó ella.

Clicó los últimos, donde era más probable que estuvieran los casos más recientes.

—Era muy rigurosa con la seguridad —dije, recordando los comentarios de Kenn Gifford sobre la paranoia de Dana.

—Hacía bien —afirmó Helen—. La seguridad de las comisarías tiene más agujeros que un colador. Allá vamos.

El caso número Xcr56381 se abrió. Era una carpeta con varios archivos. Mientras los leía empecé a sentir una fría opresión en el pecho.

El primer archivo se llamaba «Personas desaparecidas». Los subarchivos cubrían Shetland, las Orcadas, Escocia y el Reino Unido. El segundo archivo se llamaba «Bebés», y estaba compuesto por los subarchivos «Partos en Franklin Stone» y «Partos en Tronal». Por último estaba la «Información financiera». En esa sección había una serie de nombres; reconocí algunos. Andrew Dunn, Kenn Gifford, Richard

Guthrie, Duncan Guthrie, Tora Hamilton. Pero Stephen Gair tenía una sección para él solo, con un subarchivo para su compañía, «Gair, Carter, Gow».

—El primer sospechoso siempre es el cónyuge —dijo Helen al tiempo que abría los archivos de Gair—. Dana no pasaría por alto lo elemental.

Había varios datos personales: sus estudios, los primeros años de experiencia laboral, las fechas de sus dos matrimonios, en 1999 con Melissa y en 2005 con Alison Jenner. Pero casi todo estaba relacionado con el trabajo.

Empezamos revisando un informe sobre el bufete de Gair, llamado Gair, Carter, Gow, con base en Lerwick pero con oficinas en Oban y Stirling. La mayoría de sus casos parecían girar en torno a la gestión de contratos comerciales para compañías de transporte y petróleo locales. Advertí con cierta alarma que Gair representaba a la compañía de Duncan y, sin mucha sorpresa, que también eran los asesores legales del hospital. También tenían oficinas dedicadas a derecho familiar, escrituras de traspaso, fondos y validaciones testamentarias.

Noté un temblor en la sien izquierda, que amenazaba con volverse doloroso, mientras revisábamos página tras página extractos de cuentas del First National Bank of Scotland. El bufete Gair, Carter, Gow tenía muchas cuentas. Cada una de las tres sucursales poseía una cuenta comercial y una cuenta de ahorros; a los pocos minutos quedó claro que el bufete contaba con reservas considerables. También había seis cuentas cliente, ordenadas según el tipo de cliente.

—¿Cómo obtuvo Dana toda esta información? —pregunté—. No puedo creer que se la diera Stephen Gair. ¿Pudo haber conseguido una orden judicial en tan poco tiempo?

—Es poco probable —respondió Helen sin levantar la vista.

—Entonces... ¿cómo?

—Es mejor no preguntar —dijo Helen.

Cerró la cuenta de un cliente y abrió la siguiente. Luego hizo una pausa y me miró.

—Digamos que no era tan rigurosa con los procedimientos como lo era con la seguridad. De hecho, hace unos años la trasladaron de Manchester a Dundee debido a sus métodos poco ortodoxos. Me dijeron que la tuviera vigilada, que le hiciera ver que estaba equivocada. Ni que decir tiene que no lo logró.

—¿Obtuvo todo esto ilegalmente?

—Seguramente. Había pocas cosas que no supiera en cuanto a ordenadores. Hizo el doctorado en diseño de software. Se le daba especialmente bien piratear información de instituciones financieras.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hizo?

Helen suspiró.

—Tora, no lo sé. No me gustaba preguntar mucho. Pero supongo que, cuando se mudó aquí, abrió una cuenta en cada banco e institución financiera de la isla. Debí de ir a ellos con frecuencia, para conocer al personal, y debí de copiar números de

cuenta y códigos de la entidad. Intentaría deducir las contraseñas observando a la gente pulsar teclas en los teclados. Cuando estuvo en tu casa, ¿te fijaste si miraba vuestros papeles?

—Sí —dije; recordé que la había visto mirar el tablero de la cocina donde habíamos colgado los últimos extractos del banco y de las tarjetas de crédito.

—Tenía una memoria excelente para los números. Y, con lo que sabía de diseño de software, supongo que conseguía saltarse la mayoría de los sistemas de seguridad.

Dana la mala. ¿Quién lo habría creído?

—Pero —traté de refrescar mis conocimientos jurídicos—, cuando la información se obtiene ilegalmente, ¿eso no pone en peligro la investigación?

—Solo si intentas utilizarla. Dana nunca lo habría hecho. Una vez que hubiera averiguado lo que pasaba, habría buscado pruebas por medio de los conductos legales. Mira, Dana ha señalado varias veces a este cliente, Shiller Drilling. ¿Te suena?

—Vagamente. Creo que es una de las compañías petrolíferas más importantes.

Helen examinaba la cuenta cliente de Gair, Carter, Gow del año financiero anterior. Dana había marcado muchas entradas, todas relacionadas con Shiller Drilling.

—La ley estipula que los bufetes tengan una cuenta para cada cliente, ¿lo sabías? —dijo Helen—. El dinero que maneja en nombre de un cliente no debe mezclarse con el capital propio.

Supongo que puse cara de boba, porque respiró hondo y volvió a intentarlo.

—Cuando te compras una casa, das el dinero a tu abogado. Él lo guarda en la cuenta de su cliente hasta que llega el momento de pagar al vendedor. Se supone que es para asegurar la transparencia y limpieza de la transacción.

Asentí.

—Este dinero, por ejemplo, es del cliente Shiller Drilling, no de Gair, Carter, Gow —dije.

—Exacto. Y parece ser que Shiller Drilling movió mucho activo el año pasado. Mira...

Helen señaló las tres primeras entradas que Dana había marcado.

11 abril TRF — venta de Shiller Drilling: Minnesot. terreno rancho — 75 000 \$

15 junio TRF — venta de Shiller Drilling: Boston. prop — 150 000 \$

23 junio TRF — venta de Shiller Drilling: Dubai. Paseo marítimo — 90 000 \$

Había más; demasiadas para abarcarlas con un vistazo, todas relacionadas aparentemente con ingresos procedentes de ventas de terrenos y propiedades. Al final de la página Dana había escrito una nota:

N.B.: Total de ingresos anuales de Shiller Drilling: 9075 millones de dólares, 5,5 millones de libras esterlinas (cambio actual). Referencia cruzada 3.

Helen hizo una búsqueda y tecleó «Referencia cruzada 3». Unos segundos después apareció una página llena de cifras. Desplazó el cursor hasta el final: «Manganate Minerals Inc., Informe Anual y Contabilidad». Dana había cruzado una cuenta cliente de Gair, Carter, Gow con el informe anual de una... ¿compañía de minerales?

Tamborileó con los dedos en el escritorio, luego desplazó el cursor a la parte superior de la página.

—Ya lo tengo. Manganate o como se llame es un holding. Shiller Drilling forma parte de él.

Tenía razón. En la columna de la izquierda, bajo el encabezamiento «Ingresos de Ventas de Propiedades y Terrenos», estaba Shiller Drilling. Helen recorrió con el dedo la pantalla en sentido horizontal. Según el informe anual, ese año Shiller Drilling había vendido 4,54 millones de dólares en tierras y propiedades. Helen cliqueó de inmediato otro icono y se abrió una calculadora. Apretó unas cuantas teclas y me sonrió. Me costaba seguirla. En la calculadora se leía 2 275 000.

—¿Y cuánto esperabas que hubiera? —preguntó Helen.

Yo asimilaba despacio.

—¿Cinco millones y medio? —aventuré, recordando la nota que había escrito Dana al final del extracto de Gair, Carter, Gow—. ¿Debería haber cinco millones y medio de libras esterlinas?

—Una chica lista —dijo Helen. Su cansancio parecía haber desaparecido—. Por tanto, la cuenta cliente de Gair, Carter, Gow nos muestra tres millones doscientas cincuenta mil libras de ingresos en ventas de tierras y propiedades que no aparecen en el informe anual de la compañía del cliente. ¿De dónde sale en realidad ese dinero?

—¿De otro ejercicio financiero?

Me miró con fijeza.

—Vas bien encaminada. Y si solo se trata de una discrepancia entre ejercicios financieros, deberías encontrar los millones que faltan... ¿dónde exactamente?

Pensé unos segundos.

—En el ejercicio anterior. O en el siguiente.

Asintió.

—No puedo creer que Dana no los tuviera en su ordenador —dijo.

Se puso a teclear de nuevo y en unos segundos teníamos los extractos de la misma cuenta cliente del año financiero anterior. Otra nota al pie de Dana:

N.B.: Total de ingresos anuales de Shiller Drilling: 10 065 millones de dólares, 6,1 millón de libras esterlinas (cambio actual). Referencia cruzada 2.

Introdujo «Referencia cruzada 2» en el buscador, accedimos a otro informe anual de Manganate, y Helen, con ayuda de la calculadora, convirtió los dólares en libras esterlinas. De nuevo, el informe anual mostraba unos ingresos de las ventas de terrenos y propiedades considerablemente inferiores a los de la cuenta cliente del bufete.

Lo comprobamos una vez más. Dana había retrocedido tres años y volvía a ocurrir. Todos los años entraban varios millones de libras en la cuenta cliente de Gair, Carter, Gow, inscritos como ventas de tierras y propiedades en el extranjero por parte de Shiller Drilling, pero si se comparaba con el informe anual del holding, quedaba por justificar una suma considerable.

—¿Alguna vez dormía? —murmuré, sobre todo para mí.

—Casi nunca se acostaba antes de la una o las dos —dijo Helen—. Era incapaz de desconectar.

Revisé las columnas de cifras y las notas. En los extractos del bufete había entradas de débito y de crédito; en cuanto se realizaba la venta de tierras y propiedades, los ingresos se transferían a las cuentas bancarias del cliente, la mayoría con un nombre de referencia.

—¿Tendría sentido sumar todos los débitos de Shiller Drilling? —pregunté—. ¿Ver a cuánto ascienden?

—No se pierde nada con probar —dijo Helen—. Necesito hacer pis.

Mientras Helen se levantaba, comprobé la columna de débitos; me fijé en todas las entradas de Shiller Drilling, y vi que no todos los débitos de Shiller tenían como referencia la misma cuenta bancaria. El dinero iba a parar a dos cuentas distintas. Apunté el número de referencia de cada una.

Oí la cadena del baño y los pasos de Helen en el piso de abajo. Quería saber qué información tenía Dana de Duncan, Richard, Andy Dunn y Kenn, por no hablar de mí. Sostuve el cursor sobre el nombre de Duncan un segundo, pero cambié de opinión y abrí el archivo de Andy. Fui directamente a su cuenta bancaria. Helen volvió con dos vasos de agua.

—Le gusta vivir bien —murmuró mientras se sentaba a mi lado.

Me había leído el pensamiento. Todos los meses hacía pagos elevados a una compañía de alquiler de coches, un vinatero, vuelos al extranjero... La cantidad mensual de su hipoteca me hizo parpadear.

—¿Cuánto gana un inspector de policía aquí? —pregunté.

—Tanto no —respondió Helen, muy seria de pronto—. ¿Y de dónde sale ese dinero?

Señalaba una entrada en la columna de créditos de 5000 libras. Retrocedió varios meses. Había varias cifras igual de elevadas. Cada una tenía un número de referencia, seguramente de la cuenta bancaria de la que se había transferido el dinero. Lo apunté; el corazón me latía con fuerza. CK0012946170. Había visto ese número antes, estaba segura.

—Espera un minuto —dije; le quité el ratón. Volví a la cuenta cliente de Gair, Carter, Gow, me desplazé por el texto hasta dar con el lugar adecuado, y señalé con un dedo la pantalla—. Mira. Me parecía que lo había visto. Es el mismo número.

Ahí estaba, CK0012946170. Las dos primeras letras, CK, se me habían quedado grabadas en la memoria. Había pensado en Calvin Klein. Comprobamos la columna de cifras. En todo el año había doce transferencias de la cuenta cliente Gair, Carter, Gow con la referencia CK, y sumaban hasta dos millones y medio de libras.

—Esto no pinta bien —dijo Helen para sí.

—¿Lo estoy entendiendo? —pregunté—. Tenemos millones no justificados procedentes del extranjero. Stephen Gair está transfiriendo una gran suma a esta cuenta bancaria y Andy Dunn está recibiendo una paga mensual de ella.

—Eso parece —dijo—. ¡Mierda! —miró el reloj y repitió—: Mierda.

Helen empezaba a tomarme en serio, y eso debería haber hecho que me sintiera mejor. Pero también parecía preocupada. Era evidente que acababa de percatarse de lo que yo sabía desde hacía rato: hacía horas que habían partido los últimos vuelos. No había forma de salir de las islas hasta la mañana siguiente.

—Entra en Gifford —dije—. Si está pasando algo en el hospital, tiene que estar implicado.

Asintió y volvió a coger el ratón.

—Espartano —dijo cuando abrió el archivo de Kenn Gifford.

Tenía razón. Pocas veces había visto un extracto bancario tan corto ni tan sencillo. El sueldo entraba todos los meses (sustancialmente más alto que el mío, aun teniendo en cuenta su alto cargo), y dos terceras partes salían de nuevo hacia una cuenta de ahorro. Cada mes sacaba una suma considerable de dinero en efectivo y eso era todo; no había giros, ni pagos domiciliados, ni mensualidades de ninguna clase. Mejor dicho, solo uno: 1000 libras entraban mensualmente en su cuenta; el número de referencia era CK0012946170.

—¿A qué hora te has ido del hospital? —me preguntó Helen.

—Hace cuatro horas.

—Mierda, tenemos que irnos —pero no hizo ademán de levantarse. En lugar de ello, abrió el archivo de Richard Guthrie y entró directamente en su cuenta bancaria. Dana había señalado dos entradas: la primera era el pago de un crédito de 2000 libras de la misma cuenta bancaria de la que Gifford y Dunn recibían el dinero; la segunda, otro ingreso de 2000 libras, con la referencia «Sueldo médico Tronal». No me había equivocado, Richard Guthrie seguía ejerciendo la medicina en la clínica de maternidad de Tronal. Bastó un rápido vistazo para comprobar que las dos entradas se repetían todos los meses.

—Debo comprobar a tu marido —dijo Helen.

—Lo sé.

Abrió el archivo de Duncan y me sorprendí tocando madera. Dana había encontrado un resumen de sus estudios universitarios y su carrera, así como unos

recortes de prensa sobre, su nueva compañía. También tenía sus cuentas bancarias, tanto del negocio como personales.

Fue como si faltara el aire en el pequeño estudio de Dana. De pronto me costaba respirar. Observé a Helen pasar las páginas: la misma entrada se repetía mes tras mes: 1000 libras. Adivinad el número de referencia.

Helen me miró.

—¿Estás bien? —me puso una mano en el hombro.

Asentí, pero por supuesto no era verdad. Ya no miraba la pantalla.

—Aquí hay algo más —dijo—. A finales del año pasado. ¿Sabes de qué va?

Señaló una entrada a comienzos de diciembre. En la cuenta de Duncan habían ingresado cientos de miles de libras procedentes de la cuenta CK, y unos días después habían sido transferidas a la cuenta cliente de Gair, Carter, Gow.

—Compramos la casa la primera semana de diciembre —dijo—. Es lo que pagamos por ella.

—Parece ser que Stephen Gair se ocupó de la venta —dijo Helen.

—Duncan me dijo que el dinero venía de un fondo —expliqué.

—Tu marido utiliza la banca electrónica —dijo ella con suavidad, como si tratara con una enferma—. ¿Sabes los datos de seguridad?

Reflexioné, y estaba a punto de sacudir la cabeza cuando se me ocurrió algo. Él nunca me lo había dicho, pero le había oído hablar por teléfono con el banco miles de veces. La fecha que había que recordar era el 12 de septiembre de 1974, mi cumpleaños; la dirección era el 10 de Rillington Place en referencia al título de la aterradora película; una broma morbosa que solo a él le hacía gracia. Sabía el nombre de soltera de su madre, McClare; solo se me resistía la contraseña, pero, a fuerza de devanarme los sesos, supe varias de las letras. Las escribí: P, Y, S y O. Las contraseñas tienen que ser fáciles de memorizar, de modo que la gente escoge nombres de cosas o personas que les gustan. Repasé los nombres de parientes, de sus mejores amigos de la universidad, hasta de los animales que habíamos tenido, pero no llegué a nada.

—¿Qué le gusta hacer? —preguntó Helen.

—Jugar a squash —logré decir.

—Jugadores de squash famosos —apuntó.

—No hay. De todos modos es inútil, nunca creerán que soy Duncan Guthrie.

—Pon la voz grave.

La bajé una octava.

—Nunca creerán que soy Duncan Guthrie —dije imitando ridículamente la voz de un hombre.

—Habla más deprisa y tápate la nariz, como si estuvieras resfriada.

—Por Dios, hazlo tú. Se supone que tú eres la marimacho.

Helen respiró por la nariz, como una madre al límite de su paciencia con un niño particularmente pesado.

—Osprey —dije, dándome cuenta de que ese pequeño estallido de rabia había conseguido que me sintiera mejor—. Su primer barco se llamaba *Osprey*. Eso es.

—¿Preparada para intentarlo? —cogió el auricular.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé.

—Necesitamos saber exactamente de dónde viene este dinero.

Cogí el teléfono y marqué el número del banco. Cuando di el nombre de Duncan, la chica me interrogó inmediatamente y pensé que me había pillado. Me aparté del teléfono, fingí un estornudo y volví a hablar.

—Disculpe. Sí, Duncan Guthrie.

—¿Puede decirme la tercera letra de su contraseña, señor Guthrie?

Quince segundos después había burlado la seguridad.

—He estado revisando mi cuenta, es la primera vez que lo hago en varios meses, si le soy sincero, y hay ciertas cosas que no recuerdo haber establecido —fingí un ataque de tos—. Me preguntaba si podría explicarme las entradas.

—Por supuesto. ¿De qué no está seguro?

Di una cifra y una cantidad. Siguió un momento de silencio mientras lo comprobaba.

—Es un pago mensual domiciliado al gimnasio Body Max Gym y a su entrenador personal. ¿Quiere que lo cancele, señor Guthrie?

—No, no, déjelo. Debo empezar a ir a ese gimnasio. También estoy confundido con unas retenciones mensuales de unos clientes. Tienen la referencia CKOO12946170. ¿Puede decirme de dónde vienen...?

Otra breve pausa.

—La referencia de ese pago es la clínica de maternidad de Tronal.

No dije nada. Pasaron unos segundos.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Guthrie?

—¿Qué pasa? —siseó Helen a mi lado.

—No, gracias. Muchas gracias por su ayuda.

Colgué.

—Tronal —dije—. Todo gira en torno a Tronal.

Helen miró la ventana por encima de mi hombro. Se levantó, cruzó la habitación y se quedó de pie mirando al exterior. Luego se inclinó y apagó la luz. No me gustó lo que vi en su cara y me levanté. El estudio de Dana estaba encarado hacia el puerto. Justo debajo de Commercial Street se habían detenido tres coches patrulla con las luces encendidas pero con las sirenas desconectadas. Mientras observábamos se reunió con ellos un cuarto coche.

—No puedo evitar pensar que esto tiene que ver contigo —dijo Helen.

—Arréstame.

—¿Qué?

—Arréstame. Si estoy bajo tu custodia no podrán hacerme nada.

Ella apartó los ojos de la ventana un segundo. Casi parecía estar considerándolo, pero al cabo de un momento negó con la cabeza.

—Estamos en su jurisdicción. No funcionará.

—Si me dejas en sus manos, me matarán. Como mataron a Dana. Parecerá un accidente, tal vez un suicidio, pero habrán sido ellos. Espero que no lo olvides.

—¡Tranquilízate!

Helen pasó por mi lado y volvió al escritorio. Desconectó el ordenador, lo cerró, y me miró por encima del hombro.

—¿Tienes coche?

Asentí y salí. Estábamos en la puerta trasera cuando oímos que aporreaban la delantera. Ella cerró la puerta con llave, recorrió con la mirada el pequeño jardín y salió. La seguí. Cuando llegamos a lo alto, se subió a un macetero grande y miró por encima del muro del jardín contiguo. Luego lo saltó, gateó unos metros y desapareció.

—Pásame la bolsa —me ordenó en voz baja.

Lo hice y luego salté. No era tan ágil como ella, pero en unos segundos estaba al otro lado del muro. Echamos a correr colina arriba en dirección al aparcamiento, pero el único camino para salir del segundo jardín era la calle, donde la policía estaría esperando. El muro de ese jardín era más bajo; logramos escondernos detrás de unos arbustos de lilas y observar. Frente a la puerta de Dana había tres agentes uniformados, un hombre con una cazadora de cuero marrón y otro mucho más alto; estaba segura de que era Andy Dunn. Uno de los agentes corrió hasta la puerta y la tiró abajo por segunda vez ese día. Desapareció en el interior de la casa; Helen y yo saltamos el muro, echamos a correr por el sendero, subimos un tramo corto de escalera y giramos hacia la izquierda por una arcada de piedra que daba al aparcamiento. Corrimos hasta mi coche y entramos.

Salía del aparcamiento cuando vi por el retrovisor que las luces del piso de arriba de Dana se habían encendido.

—Esperarán que nos dirijamos al aeropuerto —dijo Helen—. Tendrán vigilada la carretera que lleva al sur.

Tenía razón, y aunque lográramos llegar a Sumburgh, no podríamos aparcar y esperar el primer avión. Mucho antes del amanecer la gente que me buscaba tendría todos los aeropuertos y los puertos de ferries bajo control.

Se me revolvió el estómago. Helen era una buena aliada; era valiente, inteligente y no se dejaba intimidar fácilmente; pero ni siquiera ella sería capaz de resistir mucho tiempo contra todo el Departamento de la Policía del Norte una vez que nos descubrieran. Y encontrarnos sería lo más fácil del mundo. Hay muy pocas carreteras en las islas Shetland, y desaparecer en un complicado laberinto de caminos vecinales no era una opción. Si queríamos evitar que nos localizaran en la siguiente hora, teníamos que dejar las carreteras.

—No puedo pedir que nos manden un helicóptero hasta mañana por la mañana —dijo—. ¿A qué hora amanece?

—A eso de las cinco —respondí.

En verano me levantaba a menudo a esa hora para sacar a pasear a los caballos antes de irme a trabajar. Era una posibilidad. Helen tamborileaba con los puños en el salpicadero, a todas luces reflexionando.

—Tora, escucha —dijo al cabo de un segundo—. No puedo empezar a lanzar acusaciones contra un superior sin tener muchas más pruebas de las que ya tenemos. Necesitamos más tiempo —consultó su reloj—. Son casi las dos. ¿Se te ocurre dónde podríamos escondernos las próximas tres horas?

Pensé en ir a mi casa; no era buena idea, seguramente sería el primer lugar donde buscarían. Pensé en volver al hospital; habría muchas zonas tranquilas a esa hora de la noche, pero lo más seguro era que me reconocieran. Pensé en ir al centro de Lerwick y buscar un café abierto toda la noche o incluso una discoteca; era una buena idea, lo malo es que no estaba segura de que hubiera alguno. Helen y yo no podríamos escondernos entre la gente; simplemente habría muy poca gente en las Shetland.

—¿Sabes montar? —pregunté.

Quince minutos más tarde aparcaba, por segunda vez en esa noche, un poco más abajo de la colina de mi casa. Charles y Henry nos oyeron y se acercaron trotando a la valla. Les di unos caramelos de menta a cada uno y se dejaron ensillar dócilmente. Yo estaba un poco preocupada por la pata de Charles; montar un caballo cojo en medio de la nada no era una perspectiva que me atrajera, pero la herida parecía estar sanando bien y, mientras nos lo tomáramos con calma, aguantaría.

El portátil de Dana, los libros del escritorio, nuestro dinero y el móvil de Helen

fueron a parar a las dos alforjas; todo lo demás tuvimos que dejarlo. Ayudé a Helen a subirse a Henry y yo monté a Charles. Los caballos se emocionaron con la idea de una salida con luna llena y se movieron nerviosos. Helen estaba rígida, tenía los nudillos blancos alrededor de las riendas. Mientras salíamos, sentí remordimientos; montar de noche no es algo que recomiende la Sociedad Hípica Británica, y menos aún en terreno abrupto y con un caballo herido y una jinete inexperta.

Nuestra propiedad está en la colina que se eleva sobre Tresta; cruzaríamos el campo, saldríamos del pueblo y volveríamos a la carretera principal, eso sería probablemente lo mejor, porque nunca me ha gustado el estruendo que hacen los cascos de dos caballos grandes sobre el asfalto. Charles iba el primero, emocionado con la primera salida que hacía en una semana, pero marcando un ritmo que Henry estaba encantado de seguir. Yo quería trotar para dejar la carretera lo antes posible, pero no me atreví a intentarlo hasta que Helen se sintiera más segura. Cada vez que los cascos de Henry patinaban sobre el asfalto liso o repiqueteaban contra las piedras sueltas la oía maldecir por lo bajo.

Mientras nos dirigíamos hacia el este desde Tresta se hizo casi noche cerrada. La luna desapareció detrás de una nube y las colinas parecieron acercarse más. Llegamos al lugar donde la carretera había sido excavada en la roca de las colinas. Ni Helen ni yo veíamos muy bien de noche, y hasta los caballos tenían dificultades. Siempre he odiado la sensación de cuando un casco resbala en el asfalto y el trasero del caballo se hunde, así que podía imaginarme perfectamente por lo que estaba pasando Helen.

Tomamos una curva y a nuestra izquierda la colina se convirtió en un acantilado que se alzaba sobre nosotras. A la derecha, el terreno descendía abruptamente hacia Weisdale Voe, una de las mayores ensenadas del interior. A la luz del día era un lugar conocido por su belleza; por la noche, sin la riqueza de los colores ni el intenso contraste de los juegos de la luz en la tierra y el agua, el paisaje parecía vacío e inacabado. Las rocas se veían oscuras y extrañas; áridas, como incapaces de albergar vida. A pesar de las luces parpadeantes en el borde del agua, la tierra a nuestro alrededor parecía hostil.

Mientras avanzábamos, traté de dar sentido a todo lo que habíamos averiguado en las dos últimas horas. Siguiendo las pistas de Dana, habíamos descubierto lo que parecía ser una red de dinero ilegal: grandes sumas se ingresaban en las cuentas de negocios de Stephen Gair procedentes de fuentes desconocidas, de las cuales una parte importante entraba en una cuenta de Tronal y era distribuida de nuevo entre hombres destacados de las islas, entre ellos mi marido. ¿De dónde venía todo ese dinero? ¿Qué clase de actividad podía generar tanto dinero? ¿Y había alguna posibilidad de que hubiéramos interpretado mal lo que habíamos visto? ¿Que Duncan, Richard y hasta Kenn no estuvieran implicados en las muertes de Melissa y Dana?

Un kilómetro más adelante oí lo que había temido: el ruido de un coche. Acerqué a Charles al borde de la carretera, y Henry, antes que Helen, hizo otro tanto detrás de

mí. Vi cómo las luces se acercaban. Charles empezó a moverse nervioso y tiré de las riendas.

—Quieto —murmuré—. Sujétalo bien —dije por encima del hombro.

El coche se acercaba a donde estábamos, oímos cómo reducía la velocidad al vernos. No se detuvo, sino que continuó hacia el oeste.

Dije unas palabras a Helen para tranquilizarla y nos pusimos de nuevo en camino. No tardamos en llegar al punto donde podíamos tomar una carretera secundaria. Nos dirigíamos al norte por la B9075 hacia Weisdale. Las posibilidades de encontrarnos con un coche a toda velocidad disminuyeron, pero no las de que nos oyeran y reconocieran. Teníamos que cruzar el pueblo lo más deprisa posible; iba a arriesgarme a trotar. Después de asegurarme de que los estribos de Helen estaban lo bastante cortos, le recordé que mantuviera los talones hacia abajo y sostuviera las riendas cortas. Luego apremié a Charles.

Henry se puso a nuestra altura. Miré a Helen con una sonrisa que esperaba que fuera de aliento. Se levantaba excesivamente sobre los estribos para trotar y no seguía el ritmo de los botes. Dijo que había montado un poco pero que no estaba acostumbrada a saltar ni a galopar. Pero era una actriz pésima.

—¿Adónde vamos? —gritó por encima del ruido de los cascos.

Me pareció buena señal que se sintiera lo bastante relajada para hablar.

—Hacia el norte a través del valle Kergord, a Voe —respondí—. Una amiga mía tiene un par de caballos. Dejaremos estos en su campo hasta que pueda organizar que los recojan.

—¿Todo el camino es de asfalto? —preguntó ella, esperanzada.

Estábamos pasando por delante de Weisdale Mill y vi luz en la casa de al lado.

—No. Nos queda un kilómetro por esta carretera y luego otro kilómetro y medio de camino de tierra. Y finalmente campo abierto.

Hubo un silencio mientras ella consideraba las implicaciones de cabalgar en el campo en la oscuridad.

—¿Has montado antes por aquí?

Asentí. Me pareció absurdo aclararle que la única ocasión en que lo había hecho fue a plena luz del día, con caballos en perfecto estado y con un guía local con experiencia.

—¿Cuánto tardaremos?

—Un par de horas.

—Deberíamos haber traído algo de comer.

Yo también me moría de hambre. No quería ni pensar en la última vez que había comido algo. Pero en cuanto empecé, ya no pude parar. Hacía aproximadamente doce horas: un sándwich de pollo con mayonesa en el autobús. Lamenté la aprensión que me había embargado al abrir la nevera de Dana.

Ante nosotras se alzaban unas formas oscuras, lo bastante poco frecuentes en ese paisaje para causar extrañeza. Eran árboles; las plantaciones de Kergord, que cubrían

unas tres hectáreas y media, y eran posiblemente la única zona boscosa de las Shetland; sin duda, la única que yo había visto.

El estrépito de los cascos sobre el asfalto dio paso al crujir de las hojas secas. La última vez que había montado por allí, el guía me había explicado que a finales de primavera el suelo del bosque se cubría de pequeñas celidonias. Traté de verlas, pero las nubes y las copas de los árboles me lo impedían. Por encima de nosotros, un aleteo y un graznido sobresaltaron a los caballos. Unos grajos daban vueltas en el cielo, repreniéndonos por haberlos despertado.

Llegamos al sendero de tierra y volvimos a ir al paso para cruzar un guardaganado. Sentí cómo el pánico volvía a apoderarse de mí y me obligue a calmarme. Durante cientos de años los caballos se habían utilizado como transporte nocturno. Charles y Henry podían arreglárselas, y yo también.

Al cabo de unos minutos me pareció que Helen volvía a estar lo bastante relajada para hablar de nuevo.

—Bueno, supongo que no es muy habitual que aparezcan millones de libras de la nada sin que haya habido algún trapicheo. ¿Alguna idea?

Helen se atrevió a levantar los ojos del camino.

—He estado pensando en ello —dijo—. Me pregunto si se dedican a vender bebés. Tal vez a parejas ricas de países extranjeros, donde la adopción privada es la norma y el dinero cambia de manos. La mayor parte de ese dinero parecía proceder de Estados Unidos.

A mí también se me había ocurrido, pero, sabiendo lo que sabía de Tronal, no me pareció posible.

—Según el registro, solo nacen ocho bebés al año —dije—. Para generar esa clase de ingresos, necesitarían más niños, ¿no? ¿Y qué hay de los bebés que se supone que se adoptan aquí? ¿De dónde salen?

—Ocho bebés, ¿eh? ¿Una clínica de maternidad en una isla privada solo para ocho bebés al año? ¿Te parece posible?

—No —dije, ni por un momento me había parecido ni remotamente posible.

Habíamos llegado al final del sendero de tierra. Solo teníamos que pasar por delante de unas granjas y estaríamos en campo abierto. Pero en ese preciso momento se abrió la puerta de una granja y apareció un hombre. Era bajo y grueso, de unos setenta años, y llevaba una camiseta de malla rota y unos pantalones de chándal grises que le colgaban por debajo de las caderas. Iba descalzo y supuse que se había levantado con demasiadas prisas como para buscar las gafas, porque entrecerraba los ojos como si forzara la vista para vernos bien; un detalle que no contribuyó a mitigar mi inquietud, ya que nos miraba a través del cañón de una escopeta del calibre doce.

Crecí en el campo, mi padre y mis hermanos eran miembros del coto de caza del pueblo, y yo misma soy bastante diestra con una escopeta y sé el daño que puede hacer si se dispara a bocajarro.

Fue un momento de tensión.

Helen alargó la mano derecha. Por un segundo pensé que era un gesto de rendición.

—Policía. Baje inmediatamente el arma, señor —estaba enseñándole la placa.

Busqué en el bolsillo de mi cazadora la chapa del hospital y también la saqué. La sostuve en alto, segura de que Pantalones de Chándal no se detendría a leerla.

Sin estar muy seguro, el hombre bajó la escopeta.

—¿Qué está pasando?

—Una patrulla nocturna, señor —dijo Helen—. Quiero que deje su arma en el suelo, señor. Inmediatamente. Apuntar a un agente con un arma es un delito muy serio.

Tuve que morderme el labio. ¡Una patrulla nocturna! Pero él pareció tragárselo. Dobló las rodillas y dejó la escopeta en el suelo. Se irguió con esfuerzo.

—¿Debo llamar a la comisaría local? —murmuró él.

—Sí, señor —dijo Helen—. Pero le pedirán que vaya a firmar su declaración, de modo que puede que prefiera dejarlo para mañana. Y deberá sacarse la licencia de armas. Tendrán que comprobar el número de serie.

Me encantaba esa mujer. Aunque las licencias de armas podían obtenerse con bastante facilidad, todo el mundo sabía que muchos granjeros no se molestaban en hacerlo.

—Tenemos que seguir adelante, señor. Lamento haberlo molestado. Pida disculpas a su familia de mi parte. Sargento, ¿puede abrir la verja?

Me adelanté, me bajé del caballo y abrí la verja que llevaba al valle. Helen pasó sin mirarme. Cerré la verja y volví a montar. Troté para alcanzarla y avanzamos al paso en silencio hasta que me pareció que no podía oírnos nadie. Miré atrás y vi que Pantalones de Chándal había entrado en la casa y cerrado la puerta, pero en la ventana del piso de arriba seguía habiendo luz. Mientras la miraba se apagó.

—¿No podrías haberme hecho inspectora? —pregunté.

Me miró y pareció forzar una sonrisa.

—Una patrulla nocturna —dijo—. Dios, a Dana le habría encantado.

Y de pronto se vino abajo por completo. Se le colapso el rostro, sus hombros se encorvaron y finalmente se dejó caer hacia delante hasta apoyarse en las crines de Henry. Su cuerpo se estremecía en sollozos desgarradores y empezó a hacer un sonido que solo oyes en aquel que siente la más profunda pena: un ruido primitivo, a mitad de camino entre un alarido y un chillido. Henry protestó con una sacudida. Charles, el más nervioso de los dos, relinchó y empezó a saltar de lado. Lo calmé e,

inclinándome hacia delante, cogí las riendas de las manos de Helen y tiré de ellas por encima de la cabeza de Henry. Avanzamos —yo guiaba a Henry—, mientras los sollozos de Helen se volvían más débiles y menos insistentes. Al cabo de un rato se tranquilizó. Miré hacia atrás; se secaba la cara con la manga. Parecía haber envejecido diez años.

—Lo siento —murmuró.

—No, lo siento yo. No debería haberte hecho pasar por esto. No estás en condiciones.

Se irguió en la silla de montar.

—¿Asesinaron a Dana ayer?

Pensé muy detenidamente antes de responder. Ya no me hacía la Sherlock Holmes. Aquello era real y muy, muy serio.

—Sí —dije—. Creo que sí.

—Estoy bien. ¿Puedes devolverme las riendas?

Seguimos avanzando unos minutos más. Las altas colinas se alzaban a ambos lados, sombras profundas contra un cielo color carbón. Estábamos lo más lejos que se puede estar del mar en Escocia —que no es gran cosa, cinco o seis kilómetros como mucho—, pero parecía que el paisaje había cambiado al entrar en el valle: en lugar de a mar olía a tierra, a la mohosa humedad de la turba, al frescor de la vegetación exuberante. El viento había perdido parte de su ferocidad, solo soplaba con suavidad cada pocos minutos, para que no nos confiáramos.

De vez en cuando salía la luna de detrás de una nube y la tierra brillaba bajo su luz como si hubieran llovido cristales rotos sobre ella. Avanzábamos sobre sílex firmemente agarrado a la tierra que brillaba a nuestro alrededor con el claro de luna.

Llegamos al primero de los arroyos que debíamos sortear. Mientras apremiaba a Charles para que se acercara, bajó la cabeza para beber. Henry lo imitó.

—¿Es potable esta agua? —preguntó Helen.

Yo también me moría de sed. El vino que habíamos bebido poco antes había tenido su habitual efecto deshidratador.

—Bueno, parece que eso es lo que creen estos dos —dije mientras desmontaba.

Helen siguió mi ejemplo y los cuatro bebimos de aquella agua helada con un ligero sabor a turba. Helen se lavó la cara, y yo me la arrojé sobre la cabeza y me sentí mejor inmediatamente. Pero seguía muerta de hambre.

Con el rabillo del ojo vi que algo se movía hacia nosotras; algo demasiado grande para ser una oveja. Grité, tenía todas las terminales nerviosas del cuerpo alerta. En un segundo Helen estuvo a mi lado. Luego las dos nos relajamos. La forma solitaria se había convertido en varias y avanzaban hacia nosotras. Eran una docena o más de ponis autóctonos de las Shetland. Había olvidado que en ese valle vivía una gran manada.

Los caballos son criaturas enormemente sociables y, al ver a dos desconocidos de su misma especie, se habían acercado a saludar. No parecieron alterarse lo más

mínimo al encontrar también a dos seres humanos. Dos de los más atrevidos me olfatearon las piernas, y uno permitió incluso que Helen se agachara para acariciarlo.

—¿Sabes? Creo que tendría éxito —dije, viendo a Henry apretar el morro contra el de una yegua gris que no levantaba más de nueve palmos del suelo.

—¿El qué?

—La policía montada de las Shetland —dije—. Hay mucho terreno que es totalmente inaccesible por carretera y no escasea el ganado autóctono.

—Vale la pena pensarlo —coincidió Helen—. Claro que los jinetes tendrían que ser enanos.

—Habría que cambiar los requisitos en cuanto a la estatura.

—Tal vez una dispensa para las Shetland. ¿Cuántos ponis de estos tenéis aquí?

—No estoy segura de que nadie lo sepa. Al parecer, se reproducen como conejos. Venden muchos a centros de animales domésticos, granjas modelo y esa clase de lugares. Y para que los monten los niños. Son muy populares. Se exportan a todo el mun... —me detuve; acababa de darme cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Como los bebés de las Shetland? —preguntó Helen.

—Es posible —dije—, solo que...

—¿De dónde salen? —terminó ella.

Asentí.

Helen frunció el entrecejo y pareció reflexionar.

—Pongamos que nacen más bebés de los que aparecen en el registro —dijo por fin—. Pongamos que Stephen Gair, Andy Dunn, Kenn Gifford..., todos los hombres cuyos archivos hemos revisado poco antes...

—Tranquila —la interrumpí—. Puedes pronunciar el nombre de Duncan y de Richard.

Sonrió a medias.

—Supongamos que están implicados y están ganando una fortuna con ello, y que Melissa Gair lo averiguó de algún modo y amenazó con ir a la policía. Eso sería motivo suficiente para quitarla de en medio, ¿no?

—Supongo.

—Pero ¿por qué no se limitaron a matarla y simularon un accidente? ¿Por qué la hicieron pasar por muerta y la mantuvieron viva tanto tiempo?

—Porque Stephen Gair sabía que estaba embarazada y quería a su hijo.

Le expliqué la teoría de Dana de que el niño al que Stephen Gair llamaba «hijastro» era en realidad el hijo de Melissa. Helen pareció encogerse un poco cuando mencioné a Dana, pero se recobró.

—Un riesgo enorme —dijo—. ¿Y por qué le arrancaron el corazón? ¿Por qué le grabaron esos extraños símbolos en la espalda? ¿Por qué la enterraron en tu terreno? ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué no la tiraron al mar?

—Porque hay que enterrarlas en tierra oscura y fragante —susurré, sin pretender realmente que ella me oyera.

Me miró.

—¿Volvemos a los trolls? Ahora mismo no puedo pensar en trolls. Tenemos que movernos.

Cogió las riendas, puso un pie en el estribo y se dispuso a montar por el lado que no debía. No dije nada; a Henry seguramente no le importaría. Entonces se detuvo.

—¿Quieres que lo agarre? —ofrecí.

—Calla —siseó—. Escucha.

Escuché. Los suaves relinchos de los ponis, los apacibles sorbos de algunos de ellos bebiendo, el susurro del viento que bajaba de las cimas de las colinas. Y algo más. Algo grave, regular, mecánico. No era un sonido de la naturaleza. Algo insistente; algo que se acercaba.

—¡Mierda! —Helen pasó las riendas por encima de la cabeza de Henry y tiró de ellas para conducirlo a un empinado saliente de roca en el borde del valle—. Vamos.

El ruido se hizo más fuerte. A los ponis no les gustó. Varios se apartaban del grupo y echaban a correr para acto seguido volver. Helen había llegado al afloramiento de roca. Yo lo hice unos segundos después. Nos pegamos a la pared, tirando de las riendas de los caballos. Les sujetamos la cabeza e intentamos que no se movieran mientras esperábamos a que se acercara el helicóptero.

—Al final el granjero ha llamado a la policía —susurré, como si los del helicóptero, todavía a un kilómetro de distancia pudieran oírnos.

—Es más probable que hayan encontrado tu coche —dijo Helen—. ¿Sabe alguien que tienes caballos?

Pensé en ello. Duncan echaría a faltar a los caballos inmediatamente, por supuesto, pero no se encontraba en las islas. ¡Gifford! Gifford lo sabía. Y Dunn, claro. De hecho, toda la policía de las Shetland. Y Richard. Sí, casi todo el mundo sabía que tenía caballos.

El helicóptero ya estaba cerca, vimos el reflector, un enorme haz de luz que iluminaba el valle. Tiré con más fuerza de las riendas. Los ponis, sintiéndose más seguros en un grupo grande, nos habían seguido hasta el saliente. Pero, a diferencia de Charles y Henry, no podían estarse quietos; se empujaban y se movían de aquí para allá, brincaban y se peleaban en un intento de acercarse lo más posible a los caballos grandes.

—¡Largo! ¡Fuera! ¡Salid de aquí! —siseó Helen—. Estos cabrones van a delatarnos.

El helicóptero estaba justo encima de nosotras. La cascada de luz era tan extraña como aterradora en su intensidad; iluminaba el paisaje como una parodia fantasmal de la luz del día. Pero fuera del haz todo se veía muy oscuro, de una negrura antinatural en las Shetland, y por el momento esa oscuridad nos amparaba.

El helicóptero pasó de largo. Contuve el aliento sin atreverme apenas a confiar. Se alejó un kilómetro hacia el norte, viró ciento ochenta y volvió hacia nosotras.

—Nos han visto —susurré de nuevo. No podía evitarlo; hablar en voz baja era

algo instintivo.

—Han visto algo —dijo Helen—. Estate quieta.

Esta vez el helicóptero no iluminaba el centro del valle, sino que se había desplazado unos veinte metros hacia el oeste; un ajuste pequeño pero crucial, ya que esta vez el reflector difícilmente nos habría pasado por alto.

—Debería haberlos desensillado cuando los hemos oído —dije—. A nadie le extrañaría ver dos caballos sueltos por aquí, y sin ellos podríamos habernos escondido detrás de las rocas.

Helen sacudió la cabeza.

—Seguro que tienen un equipo de vigilancia para detectar el calor corporal. De hecho, puede que estos tunantes nos hayan sacado del apuro.

Los ponis parecían temer más la luz que el ruido. Cuando lo tuvieron cerca, salieron al descubierto y se desperdigaron por el valle buscando la protección de la oscuridad. El helicóptero giró y los siguió en el preciso momento en que el haz de luz iluminaba la cola marrón de Henry. El semental dominante galopó hacia el sur, casi toda la manada dio media vuelta para seguirlo y, como un nuevo recluta, el helicóptero se fue tras ellos. El pánico entre los aterrados animales aumentó. La manada dio la vuelta y el helicóptero hizo lo mismo; la luz se acercó. Una yegua que había permanecido con su potro cerca de nosotras se separó; el helicóptero volvió a girar, se elevó más en el cielo y se dirigió al norte. Regresó, pero no se acercó a nuestro saliente de roca sino que volvió a dirigirse al norte.

Charles y Henry empezaban a estar inquietos, pero Helen y yo apenas nos atrevíamos a movernos cuando por fin dejaron de oírse los motores del helicóptero.

—No puedo creer que hayamos salido de esta —dije cuando me pareció seguro volver a respirar.

—Han visto movimiento y probablemente calor corporal, pero han creído que eran los ponis. Que Dios los bendiga.

Los ponis se habían calmado, pero no se acercaron.

—¿Volverán? —pregunté.

—Es imposible saberlo. Tienen que cubrir mucho terreno. Creo que debemos ponernos en camino. Si vuelven, los oiremos.

Montamos y partimos de nuevo. La tensión de los últimos minutos parecía haberme arrebatado las fuerzas. Cuanto podía hacer era señalar a Charles la dirección correcta e instarlo a avanzar.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Helen.

Miré el reloj. Eran casi las tres. El incidente con el helicóptero nos había retrasado.

—Otros cuarenta y cinco minutos —calculé.

—Dios, me duele el culo.

—Espera a mañana. No podrás dar un paso.

En ese momento el mundo cambió a nuestro alrededor.

Habíamos estado recorriendo un paisaje de sombras negras y grises, y de acantilados coronados por escasos restos de vegetación cuya silueta se recortaba en un cielo azul añil intenso. Había gran variedad de tonos sutiles, pero ningún color verdadero.

Y de pronto pareció como si una mano gigantesca desplegara en el cielo un rollo de la más fina seda verde, que quedó suspendida en el aire, a varios kilómetros de altura, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, deslizándose y brillando, cambiando constantemente, emitiendo y reflejando luz propia. Alrededor de ella, el cielo se hizo más negro. Los árboles y las formaciones rocosas cobraron relieve cuando la mano pareció sacudir la tela; entonces, el cielo de seda se onduló y ante nosotras danzaron tonalidades verde pálido que jamás hubiera podido imaginar.

Los caballos se quedaron clavados en el suelo.

—Dios mío —susurró Helen—. ¿Qué es esto?

Del noroeste llegó un sordo estallido de color, como si una ventana se hubiera abierto en el cielo para dejar entrever a los perplejos mortales de la tierra los tesoros que había más allá. Caían en cascada rayos de un verde plateado, un violeta intenso y del rosa más cálido y delicado que podáis imaginar; era el color del amor, de los sueños de las chicas, de un futuro agradable y feliz que yo seguramente nunca conocería. Era un color tan increíblemente intenso y al mismo tiempo tan delicado, que a través de él podíamos ver las estrellas.

Y así fue como pasamos a engrosar las filas de las pocas almas privilegiadas a las que una afortunada coincidencia temporal, geográfica y atmosférica ha permitido contemplar la aurora boreal.

—Las luces del norte —dije.

Silencio.

—¡Guau! —murmuró Helen.

—No hay nada comparable —coincidí.

De nuevo silencio.

—Pero ¿cómo se producen? —preguntó ella.

Respiré hondo, lista para soltar una larga y tediosa explicación sobre partículas cargadas procedentes del sol que colisionaban con átomos de oxígeno y nitrógeno, pero me lo pensé mejor.

—Los esquimales creían que eran regalos de los muertos —dije. Luego, sorprendida de mi propia temeridad, así como de las profundidades sentimentales a las que podía caer mi carácter, normalmente cínico, añadí—: Creo que las ha enviado Dana.

Helen y yo observamos titilar y oscilar las luces durante otros diez minutos antes de que se apagaran. Aquello nos retrasaba aún más, pero no parecía importar. Habíamos recobrado fuerzas.

—Gracias —susurró Helen.

Y supe que no me lo decía a mí.

Poco antes de las tres y media llegamos a los establos de los caballos de alquiler que mi amiga tiene en Voe. Estaban vacíos, pero vi a sus dos caballos mirándonos desde un campo cercano. Desmonté y deslicé la mano por la pata herida de Charles. Había aguantado, pero iba a necesitar unos días de descanso. Encontré unos baldes y di a los dos caballos agua en abundancia y una brazada de heno. Luego los desensillé, los solté en el campo, y llevé las sillas al cuarto de los arreos. La llave estaba donde esperaba encontrarla, bajo una maceta de loza.

El cuarto de los arreos de mi amiga hace las veces de despacho, y había un teléfono. Se lo señalé a Helen, cerré la puerta y fui directa a un cajón del escritorio. Tuve suerte. Había un paquete de bizcochos Jaffa, una caja casi llena de chokolatinas Maltesers y tres tubos de caramelos de menta Polo. Dividí el botín y comimos hambrientas durante cinco minutos. Cuando nos sentimos un poco mejor, aunque todavía doloridas y cansadas, enchufamos el portátil de Dana.

En el pequeño escritorio de mi amiga solo había sitio para una de las dos, de modo que Helen ocupó la silla y yo me acomodé sobre una bala de paja, apoyada contra la pared de piedra. No creía haber estado nunca en un asiento menos cómodo, pero sabía que si permitía que se me cerraran los ojos me quedaría dormida en cuestión de segundos. Saqué de las alforjas el ejemplar de Dana de *La dama de blanco*. Cuando lo hice, cayeron de él varias hojas A4 dobladas.

De pronto, Helen dejó de teclear, tosió y escupió en la mano. Me pilló mirándola.

—Las malditas chokolatinas están cubiertas de pelos —gruñó antes de seguir tecleando.

—Si tienes suerte, pelos de perro; si no, de caballo —murmuré.

—¿Perdón? —dijo, sin dejar de teclear.

—Lo decía mi padre a la hora de comer. Me crié en una granja. Con caballos. La higiene en la comida no era algo que nos preocupara mucho.

—Si encuentro otro te lo doy. ¿Qué estás haciendo?

—Mirar fijamente una hoja de papel, esperando que en algún momento antes de que amanezca verá las palabras —respondí.

—Deberías dormir —dijo—. Probablemente tendrías que seguir en el hospital —se inclinó hacia un lado y escupió otra vez, esta vez, con menos delicadeza—. Mierda, ¿qué es esto?

—Tienes que comer un kilo de porquería antes de morir —dije.

En esta ocasión dejó caer las manos sobre el portátil y se volvió hacia mí.

—¿Qué?

—Mi padre otra vez. Lo sacó de su padre. Es un refrán de Wiltshire. Cuando era una cría me lo tomaba al pie de la letra, ya sabes, creía que si comía exactamente un kilo de porquería sería el fin, caería el telón, aunque solo tuviera siete años y estuviera sana como un toro. Me aterrorizaba pensar en ello. Limpiaba la fruta hasta que la estropeaba de tanto frotarla. Una vez traté de echar lejía a una galleta que se me había caído.

Helen me miraba. Bajé la vista al suelo, me sentía ridícula.

—¿Estás bien? —preguntó tímidamente, como si no estuviera demasiado segura de poder afrontar una respuesta sincera.

Asentí sin levantar la mirada.

—Tienes permiso para berrear. Yo ya lo he hecho.

Me mordí el labio y respiré hondo.

—No estoy segura de si podría parar —logré decir al cabo de un par de segundos.

Helen no dijo nada pero noté que me miraba.

—Duncan va a dejarme —dijo—. Ha conocido a alguien. Supongo que, en vista de lo que sabemos, debería estar agradecida...

Helen empezó a levantarse del escritorio para acercarse a mí.

—¿Cuándo podrás llamar para pedir un helicóptero? —pregunté.

Guardó silencio un segundo, luego se sentó de nuevo.

—Dentro de una hora, más o menos. No tardará mucho.

Me obligué a concentrarme en los papeles que tenía en la mano. Al cabo de un par de minutos, logré contener las lágrimas y leerlos. Al principio de la investigación había dado a Dana un listado impreso de todos los nacimientos habidos en las islas. Ella lo había introducido todo en su portátil, pero había guardado mi original, que era lo que yo estaba leyendo en esos momentos. Había marcado varias entradas con un rotulador rosa. Eran los cuatro nacimientos que habían tenido lugar en Tronal entre marzo y agosto de 2005. Yo había hecho exactamente lo mismo unas horas antes.

Me fijé de nuevo en las iniciales KT. Siete entradas. ¿Qué había dicho Gifford que significaban? ¿Trauma keloide? Tal como lo había explicado, tenía cierto sentido, pero no me había topado nunca con ese término. Preguntándome si las entradas tenían algo más en común, comprobé el intervalo de tiempo y no encontré nada; se distribuían bastante uniformemente a lo largo de los seis meses. Comprobé la localidad; tres habían nacido en el Franklin Stone, otro en otra parte de Lerwick, uno en Yell, uno en Bressay y uno en Papa Stour. El peso de los recién nacidos variaba, pero todos estaban dentro de lo normal, si bien tirando a lo alto. Un par habían nacido por cesárea, pero los demás habían sido partos vaginales normales. Todos eran varones. Volví a comprobarlo. No había ni una sola niña entre ellos. «Raza de varones».

Ya había tenido suficiente. Me acomodé sobre la paja y me tapé con la cazadora. Mi mente se cerró en el preciso momento en que lo hicieron mis ojos.

—Tora.

No quería despertarme. Sabía que tenía que hacerlo.

—¡Tora! —esta vez más firme. Como mamá un día de colegio. Tenía que hacerlo. Me obligué a incorporarme.

Helen estaba inclinada sobre mí. La puerta del cuarto de los arreos estaba abierta y fuera era de día. Helen había preparado las dos alforjas y llevaba una en cada hombro.

—Tenemos que irnos —dijo—. ¿Puedes caminar un kilómetro?

Me levanté. Hablar parecía demasiado esfuerzo, de modo que no lo intenté. Bebí agua, escribí una nota a mi amiga y salí a la luz del sol. Helen cerró la puerta detrás de mí y volvió a poner la llave en su sitio. Miré hacia donde Charles y Henry estaban pastando y me sentí como si estuviera dejando atrás a mis hijos. Helen se encaminó a la verja y la seguí. La sostuvo abierta para mí.

Empezamos a andar por la carretera hacia la pequeña ciudad de Voe. Me sentía como si me hubieran clavado un cuchillo entre los omóplatos, y me temblaban las piernas. Volvía a estar mareada, pero esta vez no era por miedo sino por agotamiento

y por la necesidad de comer. No me quedaba energía para tener miedo.

—¿Adónde vamos? —pregunté. Miré el reloj. Eran las cinco y media.

—Al pub que hay al final —respondió Helen—. Hay un aparcamiento. El helicóptero aterrizará en él.

A pesar de todo, estaba impresionada. Helen iba a sacarnos de allí. Estaría a salvo. Podría descansar. Podríamos trabajar en el caso. O tal vez dejaría que otros lo hicieran. Tal vez ya no me importaba tanto.

Oímos el helicóptero cuando todavía estábamos a medio kilómetro del pub y tuve que reprimir las ganas de echar a correr y esconderme.

—Helen, ¿y si no son de los tuyos? ¿Y si son ellos? ¿Y si han localizado tu llamada?

—Cálmate. Si esa clase de tecnología existe fuera de las películas, desde luego no suele utilizarse.

El ruido del helicóptero se hizo más fuerte. Helen me cogió del brazo y me hizo cruzar la carretera y entrar en el aparcamiento. El helicóptero estaba encima de nosotras. Empezó a dar vueltas.

Miré alrededor. No se veía a nadie, pero el ruido de los motores del helicóptero atraería a curiosos en cuestión de minutos. Alguien llamaría a la policía local. Vendrían a echar un vistazo.

Poco a poco el helicóptero empezó a bajar. Seguía dando vueltas alrededor del aparcamiento, perdiendo altura con cada giro. Una furgoneta de reparto que pasaba por la carretera se había parado. Una mujer que paseaba dos lurchers se acercó. Los perros empezaron a ladrar, pero ella, en lugar de alejarse del ruido, se detuvo y, protegiéndose los ojos del sol temprano con una mano, se quedó mirando.

El helicóptero —pequeño, negro y amarillo, no muy distinto del que utilizaba el equipo médico para moverse por las islas en caso de emergencias— estaba a unos dos metros por encima de nosotras, y el viento creado por las aspas me alborotó el pelo. El de Helen, todavía recogido en una trenza, no se movió. Un coche se detuvo y dos hombres salieron para mirar. Uno de ellos hablaba por un móvil.

Vamos.

Por fin el helicóptero tocó tierra. El piloto hizo señas a Helen, y ella me cogió del brazo y me llevó corriendo hasta él. Abrió la puerta y subí al asiento trasero, luego ella hizo lo mismo y la cerró. Antes de que tuviéramos tiempo de encontrar los cinturones de seguridad, y no digamos de abrocharlos, estábamos en el aire.

Helen gritó algo que no entendí al piloto; él gritó a su vez una respuesta, dio media vuelta al helicóptero y puso rumbo al sur. Nos dirigíamos de nuevo a las Shetland. En realidad, no me importaba, lo único que quería era que cuando aterrizáramos lo hiciéramos fuera de las islas.

Helen me sonrió, me dio unas palmaditas en la mano y arqueó las cejas con un movimiento de cabeza, como diciendo: «¿Va todo bien?». Era imposible hablar, de modo que asentí. Ella se recostó en su asiento y cerró los ojos.

El helicóptero se sacudía mientras avanzaba hacia el sur. No nos habían ofrecido auriculares, y el ruido de los motores era ensordecedor. Empecé a sentir náuseas y busqué una bolsa para el mareo. Se me llenó la boca de saliva y cerré los ojos.

Helen no había dicho nada, pero supuse que íbamos a Dundee, donde estaba su base. En terreno propio podría utilizar de la mejor forma posible los recursos que tenía a su disposición y estaría más capacitada para protegerme si, o, más bien, cuando Dunn y compañía fueran a por mí.

Al cabo de un rato se me pasaron las náuseas y me arriesgué a abrir de nuevo los ojos. Diez o quince minutos después me encontraba lo bastante bien para seguir la línea de la costa con la mirada. El sol de primera hora de la mañana hacía brillar el mar y la espuma blanca se había vuelto plateada.

La primera vez que vi a Duncan fue en la playa. Había estado haciendo surf y salió del agua con la tabla bajo el brazo, el pelo negro y mojado, los ojos más azules que el cielo. No me atreví a acercarme, creía que no tenía ninguna posibilidad, pero más tarde, por la noche, él me buscó. Me sentí la mujer más afortunada del mundo. ¿En qué me convertía eso ahora? Había un montón de preguntas para las que no quería respuestas, pero no podía sacármelas de la cabeza. ¿Hasta qué punto Duncan estaba implicado? ¿Sabía lo de Melissa? ¿Compró la casa para poder vigilar el lugar y asegurarse de que nada perturbaba la tumba anónima en la ladera de la colina? No podía creerlo, no lo creía, pero...

Dundee se aproximaba; me preparé para sentir el vacío en el estómago y el pitido en los oídos que señalan el descenso. El piloto viró con brusquedad hacia la derecha y tomó rumbo al oeste. Dejamos atrás Dundee y empezamos a ganar altitud. Un minuto más tarde miré hacia abajo y comprendí la razón. A nuestros pies se extendían las montañas Grampian.

Creo que ya he dejado claro que no soy una gran admiradora de Escocia, y menos del extremo nordeste. Pero hasta yo tengo que admitir que no hay un lugar más hermoso que las tierras altas escocesas. Contemplé cómo se deslizaban las cimas por debajo de nosotros, algunas nevadas, otras cubiertas de brezo, vi los brillantes zafiros de los lagos, y bosques tan tupidos y frondosos que uno habría esperado encontrar dragones en ellos, y empecé a sentirme mejor. El dolor entre los omóplatos se había atenuado, y al mirarme las manos advertí que ya no me temblaban. Cuando vimos de nuevo el mar, el helicóptero emprendía por fin el descenso.

Helen abrió los ojos cuando estábamos a un metro del suelo. Aterrizamos en un campo de fútbol. A cincuenta metros de distancia había un coche de policía. Se me aceleró el pulso, pero Helen no parpadeó. Gritó algo al piloto y bajó de un salto. La seguí y corrimos hacia el coche de policía. El agente sentado al volante arrancó el motor.

—Buenos días, Nigel —dijo Helen.

—Buenos días, señora. ¿Adónde primero?

—Al puerto, por favor.

Cruzamos una pequeña ciudad de piedra gris que me resultó vagamente familiar. Cuando llegamos al puerto caí en la cuenta de dónde estábamos. Hacía unos años Duncan y yo habíamos hecho un crucero por las destilerías de whisky de las tierras altas. La excursión, de una semana, había empezado en esa ciudad, y recordé una maravillosa noche de borrachera. Me pareció que aquello había pasado hacía mucho tiempo.

Helen dio indicaciones al conductor y recorrimos el paseo marítimo hasta detenernos en seco en el espigón; no supe por qué. Bajamos. Helen me llevó a uno de los pequeños puestos que hay en los paseos marítimos de casi todas las ciudades costeras.

—¿Te gusta el marisco? —preguntó.

—No suelo tomarlo para desayunar.

—Confía en mí. ¿Te gusta el marisco?

—Supongo —dije; pensé que una buena vomitera acabaría por fin con las náuseas.

Helen señaló un banco orientado al mar y me senté en él. Me llegó el olor acre y ligeramente rancio de las algas secadas al sol y de los restos de la pesca del día anterior. Y de algo maravilloso. Helen se sentó a mi lado con una gran taza llena de café, varias servilletas blancas y una bolsa de papel manchada de grasa.

—Bollo de langosta —dijo, orgullosa—. Recién pescada esta mañana.

Fue un desayuno delicioso: el sabor amargo e intenso del café tuvo un efecto medicinal; el pan blanco recién hecho goteaba mantequilla salada derretida y me manchó los labios de harina como si fuera fino polvo de talco, y la langosta tenía un sabor tan dulce y penetrante que cada bocado era un banquete en sí mismo. Comimos como si se tratara de una carrera; gané yo solo por una fracción de segundo.

Habría dado cualquier cosa por quedarme allí, bebiendo café, mientras el sol se elevaba en el cielo y el mar pasaba de plateado a un azul intenso, observando cómo se alejaba la marea y volvían los botes de pesca. Pero pasaba el tiempo. El mundo se despertaba y sabía que Helen no me había llevado a Oban solo para desayunar.

Como si me leyera el pensamiento, miró el reloj.

—Las ocho menos cuarto —dijo—. Creo que es una hora bastante decente para llamar a la puerta de una casa —se levantó, se sacudió las migas y me tendió una mano para que le diera los envases vacíos.

De nuevo en el coche, se volvió hacia mí.

—Bien, escúchame con atención porque dentro de nada estaremos allí. Anoche, mientras dormías, eché otro vistazo a las cuentas bancarias de Gair, Carter, Gow, para ver si podía averiguar algo más que se saliera de lo común. En total hay seis cuentas cliente. Encontré las referencias de la compañía de tu marido, las del hospital donde trabajas y las de Tronal. Pero Dana no hizo más referencias cruzadas y no había nada con qué comparar las cantidades de dinero que mueve supuestamente Shiller Drilling. ¿Me sigues?

—Sí. De momento.

Habíamos dejado el puerto y nos abríamos paso por las calles residenciales de Oban. Nigel, el conductor, se detuvo para consultar un callejero.

—Eso no significa que no haya nada, sino que hace falta indagar más de lo que yo pude hacerlo anoche.

—Entiendo.

Volvíamos a estar en marcha.

—Luego empecé a revisar los extractos de la cuenta comercial. De nuevo, nada me llamó la atención. Casi todos los días ingresan talones y dinero en efectivo, pero no se especifica de dónde vienen. Tendríamos que revisar los libros de contabilidad para averiguarlo. Hay una gran nómina de sueldos mensuales y varios pagos domiciliados a las compañías de servicios. Además, todos los meses entra dinero de unos cuantos clientes que tienen un contrato con el bufete.

—¿Todo dentro de lo que cabría esperar?

El coche había reducido la velocidad. Nos adentramos en un callejón de casas independientes bastante nuevas. Nigel miraba los números.

—Sí. Pero al revisar la cuenta de Gair, Carter, Gow en Oban, que dejé para el final, vi algo.

—Ya hemos llegado, señora —dijo Nigel—. El número catorce.

—Gracias, danos un momento —dijo Helen—. Tres pagos de la cuenta comercial de Oban a algo llamado Fondo Cathy Morton. Me llamaron la atención, en primer lugar, porque en total suponían medio millón de libras esterlinas. Recuerda que esta no era una cuenta cliente, sino que venía del dinero de Gair, Carter, Gow. La otra cosa que me llamó la atención fue cuándo se hicieron.

Por encima del hombro de Helen vi moverse unas cortinas. Desde una ventana del piso de abajo del número catorce nos observaba una cara pequeña.

—Tres pagos, en septiembre y en octubre de 2004. El segundo, el 6 de octubre de 2004.

No dije nada, me limité a mirarla, esperando el remate. Helen pareció decepcionada; era evidente que me había perdido algo.

—Luego volví a conectarme a internet y entré en un registro de la policía nacional. Solo hay un expediente de una tal Cathy Morton en Oban, y esta es su última dirección conocida. Vamos, nos han visto. Tú también, Nigel, por favor. Necesitarás el cuaderno.

Bajamos del coche y recorrimos el camino del garaje hasta la puerta principal. Helen llamó. Un hombre de casi cuarenta años abrió rápidamente la puerta; llevaba un traje que necesitaba un buen planchado y una camisa azul con el cuello desabrochado. Un niño pequeño con un pijama de Spiderman nos miraba desde detrás del marco de la puerta. Helen le enseñó la placa y nos presentó a Nigel y a mí. El hombre nos fulminó con la mirada.

—¿Es usted el señor Mark Salter? —preguntó Helen.

El hombre movió la cabeza hacia delante.

—Necesitamos hablar con usted y con su mujer. ¿Podemos pasar?

Salter no se movió.

—Está en la cama —dijo.

Otro crío, esta vez una niña, se reunió con su hermano. Nos observaban con la curiosidad descarada de los niños.

—Por favor, vaya a avisarla —dijo Helen al tiempo que daba un paso adelante.

Salter podía retroceder o enfrentarse cara a cara con un policía de alto rango. Tomó la decisión prudente y nos dejó pasar.

Murmuró que iba a despertar a su mujer y desapareció en el piso de arriba. Entramos en la sala de estar. En la televisión, encendida, daban *CBeebies*. Los niños, de unos tres y siete años, parecían fascinados con nosotros.

—¡Hola! —dijo Helen dirigiéndose al niño—. Tú debes de ser Jamie —el niño no dijo nada. Helen probó con la niña—. Hola, Kirsty.

Kirsty, una criatura encantadora de piel de porcelana y pelo pelirrojo, se volvió y salió corriendo de la habitación. Oímos pasos en la escalera y llegaron Mark Salter y su mujer. Kirsty se escondió detrás de ellos. Era evidente que la mujer se había vestido a toda prisa con unos pantalones de chándal y una camiseta arrugada. En su hombro descansaba un bebé de unas cuatro semanas.

—Me llamo Caroline Salter —dijo con Kirsty abrazada a sus piernas.

—He de estar en el trabajo dentro de quince minutos —intervino Mark Salter.

—Ya verá como ser interrogado por la policía le sirve como una excusa estupenda —dijo Helen. Miró a los niños y, volviéndose hacia Caroline, bajó la voz y añadió—: Necesito hablar con usted de su hermana.

La mujer apartó a Kirsty de sus piernas con firmeza. Hablo con el niño con una voz que no admitía protestas.

—Vamos, id a desayunar.

Miró a su marido y él se llevó a los niños de la habitación; al salir apagó el televisor y cerró la puerta detrás de él.

Caroline cambió de postura al bebé.

—Mi hermana está muerta —dijo mientras se sentaba en uno de los sofás.

Helen había contado con eso. Asintió.

—Lo sé. Lo siento mucho.

Miró el otro sofá y levantó un brazo en un gesto de «¿Podemos?». La señora Salter asintió, y Helen y yo tomamos asiento. Nigel se acomodó en una silla junto a la ventana.

—¿Qué tal lo llevan los niños? —preguntó Helen.

Algo en la cara de la mujer se suavizó.

—Bien —dijo—. Todavía tienen algunos días malos. Para Jamie es más difícil. Kirsty casi no se acuerda de su mamá.

Helen señaló el bebé.

—Este es suyo —dijo.

Caroline asintió.

—Es precioso —dijo Helen. Luego se volvió hacia mí—. La señorita Hamilton es obstetra. Trae al mundo a pequeños como él continuamente.

Caroline se irguió en la silla y por un momento el cansancio de su cara dejó entrever cierto interés.

Me obligué a sonreír.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que bien. Es duro. Me refiero a que estoy acostumbrada a los niños, pero los bebés son otra cosa.

—Y que lo digas —dije; la impaciencia crecía en mi interior.

La puerta se abrió, y Mark Salter volvió a entrar y se sentó al lado de su mujer. Noté que Helen se erguía a mi lado. El tiempo de empatía femenina había terminado.

—¿Cuándo se puso enferma su hermana? —preguntó Helen.

Junto a la ventana, Nigel había empezado a escribir. Caroline miró a su marido, quien puso cara de estar pensando.

—Hace cinco años le quitaron un tumor en el pecho —dijo—. En Navidad. Jamie no tenía más de dos años. Luego estuvo bien durante un tiempo.

—Pero el cáncer volvió...

Mark asintió.

—¿No lo hace siempre?

—¿Cuándo exactamente?

—A principios de 2004 —dijo Caroline—. Cathy estaba embarazada de Kirsty, de modo que no pudieron hacerle quimioterapia. Cuando nació la niña, el tumor se había extendido demasiado.

—¿Los médicos no pudieron extirparlo? —pregunté.

Caroline tenía los ojos húmedos.

—Lo intentaron —dijo—. La operaron, pero no sirvió de nada. —Un caso de «abrir y cerrar»—. Le hicieron quimioterapia y radioterapia, pero al final solo pudieron darle cosas contra el dolor.

—¿Vivía aquí, con ustedes? —preguntó Helen.

Caroline asintió.

—No podía ocuparse de los niños. Al final no podía hacer nada. Tenía tanto dolor...

Caroline se echó a llorar y el bebé protestó con un gemido. Mark Salter aprovechó la oportunidad para hacer el papel de marido enfadado.

—¡Estupendo! Justo lo que nos faltaba. ¿Han acabado? —no lo hizo demasiado bien. Parecía más asustado que enfadado.

—No del todo, señor —dijo Helen, que tampoco había quedado convencida—. Quiero preguntarles por el Fondo Cathy Morton. Supongo que ustedes dos son los

beneficiarios.

Mark asintió.

—Sí, nosotros dos y nuestro abogado —respondió.

—¿No será el señor Gair?

—Sí, así es. ¿Debo informarle de esto?

—Dudo que pueda ponerse en contacto con él en estos momentos. ¿Cuándo conoció Cathy a Stephen Gair?

Se miraron.

—Quiero saber a qué viene todo esto —empezó él.

—Creo que ya lo sabe, señor Salter. Se trata del dinero que su cuñada recibió del señor Gair.

—Ese dinero no es nuestro —dijo Caroline—. No podemos gastarlo. Es para los niños.

Mark Salter se levantó.

Detrás de él, Nigel también lo hizo.

—No tenemos nada más que decir. Les ruego que se vayan, por favor.

Helen se levantó. Creyendo que nos íbamos, yo también lo hice.

—Señor Salter, en este momento no tengo motivos para sospechar que usted o su mujer han obrado mal. Pero puedo detenerles por obstrucción a la justicia si no cooperan, y lo haré.

Hubo un momento de silencio. Luego Helen se sentó de nuevo. Sintiéndome un poco boba, la imité. Salter tardó un segundo en volver a tomar asiento al lado de su aterrada mujer. El bebé estaba armando follón, y Caroline deslizó una mano por debajo de la camiseta, dejó al descubierto un gran pecho y acercó al bebé, que enseguida se agarró al pezón, grande y cuarteado.

Salter miró a su mujer con tristeza.

—Díselo —espetó—. Tú estabas allí.

Caroline miró al bebé. Los labios empezaron a temblarle.

—¿Cathy hizo testamento? —preguntó Helen.

Caroline asintió, seguía mirando al bebé, que mamaba.

—En junio. A esas alturas ella ya sabía que no iba a durar mucho.

—¿Y Stephen Gair lo redactó por ella?

—Sí. Lo había conocido un año antes, cuando ella vendió su casa. Él no trabajaba en Oban, pero accedió. Creo que hasta salieron juntos un tiempo, cuando ella todavía estaba bien. Ya sabe, una cena cuando él se encontraba en la ciudad, un par de fines de semana fuera. No nos contó gran cosa porque él..., bueno.

—Estaba casado —dijo Helen.

Caroline levantó rápidamente la vista con aire culpable, como si fuera ella la que había estado saliendo con un casado. Asintió.

—¿Qué pasó entonces?

Volvió a bajar la cabeza. El bebé se había soltado y dormía. Dios, era como que te

arrancaran un diente. Quería gritarle que acabara y nos dijera lo que sabía.

—¿Qué pasó en septiembre de 2004? Él vino a verla, ¿verdad?

—Estaba muy enferma. Ya no se levantaba de la cama —Caroline miró a su marido y en su cara se reflejó afecto—. Mark creía que debían ingresarla en algún centro.

Él se puso rígido.

—No era bueno que los niños la vieran así.

—Un día llamaron a la puerta. Nos pidieron permiso para verla. Dijeron que sabían que estaba enferma, pero que era importante.

—¿Quiénes?

—Stephen Gair y otro hombre. Hablaba como un médico.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Helen con el pulso acelerado.

Caroline sacudió la cabeza.

—Nunca lo supe.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté. Helen me pidió con la mirada que la dejara manejar el asunto.

Caroline se volvió hacia mí.

—Alto —dijo—. Muy alto, ancho de hombros, rubio. Aparte de eso...

—Está bien —dijo Helen—. Luego volveremos a eso. Díganos qué pasó.

—Los llevé a su habitación. A ella le costaba hablar, pero hizo un gran esfuerzo.

—¿De qué hablaron?

—Le hicieron una oferta —esta vez fue Mark quien habló—. Un asunto entre ellos. Le dijimos que no hacía falta, que nosotros cuidaríamos de los niños.

Por Dios, ¿cómo podía tener Helen tanta paciencia?

—¿Qué le ofrecieron?

—Participar en unos ensayos para un nuevo fármaco contra el cáncer. Tendría que ingresar en un hospital de las Shetland donde estaban haciendo el experimento. Dijeron que no había garantías de que respondiera al fármaco, pero que se había hecho para las fases avanzadas del cáncer y que siempre había una posibilidad.

—¿A cambio de qué?

—A cambio la compañía farmacéutica abriría un fondo fideicomiso para sus hijos, enteramente para ellos. El dinero está totalmente controlado. Llega todos los meses para cosas como el uniforme para el colegio de Jamie y la guardería de Kirsty. Nosotros no recibimos nada.

Recorrí con la mirada la habitación, los sofás de cuero, el equipo musical, el televisor de banda ancha. Recordé el monovolumen nuevo que había visto en el camino del garaje.

—¿Y Cathy accedió?

—No tenía por qué hacerlo —insistió Mark.

—Sí, accedió —dijo Caroline—. Qué pasaría con sus hijos, qué sería de ellos, era lo que más le preocupaba. No tenían a nadie, aparte de nosotros, y sabía que nosotros

no teníamos mucho dinero. Creyó que era lo único que podía hacer por ellos.

—Entiendo —dijo Helen—. ¿Qué pasó entonces?

—Stephen Gair abrió el fondo, y nos nombró a Mark y a mí fideicomisarios. Firmamos los papeles al día siguiente y nos pagaron el primer plazo. Vinieron a buscarla un par de días después.

—¿Quién vino?

—Ese hombre, el médico, en una ambulancia. Y una enfermera. Le dijeron que la llevarían en helicóptero y que nosotros podríamos ir a visitarla en cuanto estuviera instalada.

—¿Cuándo volvieron a verla?

Caroline sacudió la cabeza.

—No volvimos a verla. Murió una semana después. Tuve que decírselo a Jamie. Creía que su mamá se había ido para curarse.

—¿Dónde se celebró el funeral?

En la cara de Caroline se reflejó el enfado.

—No hubo —dijo Mark—. Gair vino a vernos y dijo que eso había sido parte del acuerdo. Cathy había donado su cuerpo a la medicina para que fuera útil para la investigación.

—Entonces, ¿no la vieron?

—No. Desapareció sin más.

—¿Hablaron con ella?

—Ni siquiera teníamos un número de teléfono —dijo Mark—. Stephen Gair nos llamaba casi todas las tardes para darnos un parte. No paraba de decirnos que no sufría, pero que estaba adormilada por las drogas y que no podía hablar por teléfono.

—¿Recuerda la fecha de su muerte? —preguntó Helen.

—El 6 de octubre —dijo Caroline.

Helen me miró, para ver si por fin lo había entendido. El 6 de octubre era el día que se suponía que había muerto Melissa, es decir, Melissa uno.

—No nos quedamos satisfechos —dijo Mark—. No nos quedamos nada satisfechos con que hubiera desaparecido de ese modo. Quisimos hablar con sus médicos, averiguar cómo habían sido sus últimos días. No paramos de telefonar a Stephen Gair, pero no contestó nuestras llamadas.

—¿Trataron de llamar al hospital? —pregunté.

—Sí —dijo Caroline—. Llamé al Franklin Stone de Lerwick, pero no tenían el historial clínico de Cathy Morton. Me entró el pánico y fui a las oficinas que Stephen Gair tiene en la ciudad. Él no estaba, pero armé bastante follón. Al día siguiente vino ese médico, o el que creíamos que era médico.

—Continúe.

—Bueno, yo estaba sola en casa, y él prácticamente me amenazó. Dijo que dejáramos de molestar al señor Gair, que Cathy no había sufrido ningún daño con los fármacos, que habría muerto de todos modos, que había recibido una atención muy

buena y que debíamos olvidarnos del asunto. Dio a entender que si queríamos conservar el dinero debíamos guardar silencio.

—Teníamos que pensar en los niños —dijo Mark—. Nada iba a devolvernos a Cathy. Había que pensar en su futuro.

—Pero yo no me quedé contenta —repitió Caroline—. Amenacé con llamar a la policía.

—¿Qué dijo?

—Me dijo que él era la policía.

Durante un momento nadie habló. Helen pareció reflexionar seriamente. Luego se volvió una vez más hacia Caroline.

—¿Tiene una foto de su hermana, señora Salter?

Caroline se levantó con el bebe todavía pegado al pecho. Cruzó la habitación y abrió el primer cajón de una cómoda. Mientras buscaba dentro, los demás mirábamos la alfombra. Luego Caroline volvió hacia Helen y le dio algo. Helen miró la fotografía un segundo y me la pasó. La habían tomado en una playa un día ventoso y soleado. Stephen Gair, un par de años más joven y mucho más feliz que el día que yo lo había conocido, reía a la cámara. Abrazaba a una chica muy guapa que llevaba un jersey verde. Dicen que los hombres a menudo buscan el mismo prototipo físico, y en el caso de Gair sin duda era verdad. No habríais tomado a las dos mujeres por gemelas, pero el parecido entre Melissa y Cathy era considerable: la misma edad y constitución; melena larga y pelirroja, aunque Cathy tenía el pelo liso; piel clara, facciones pequeñas y regulares.

Después de todo, había un parecido.

Pasé las siguientes diez horas en la comisaría de Tayside en calidad de huésped.

Helen y yo fuimos a Dundee en helicóptero; ella iba delante, con el piloto, llevaba puestos los auriculares y hablaba continuamente por la radio. Yo iba detrás, envuelta en ruido. Después de veinte minutos contemplando el paisaje, busqué en el bolso y saqué una vez más el ejemplar de *La dama de blanco*. Todavía no había tenido oportunidad de comprobar los post-its que Dana había puesto en varias páginas. Probablemente no encontraría nada nuevo, pero mientras estuviéramos en el aire no tenía mucho más que hacer.

Abrí el libro en el primer post-it. La página 50. Dana había vuelto a utilizar el rotulador rosa:

Ahí estaba la señorita Fairlie, una figura blanca y solitaria a la luz de la luna; por su actitud, por su forma de volver la cabeza, por el color de su piel y la forma de su cara, la viva imagen de la dama de blanco.

En la página 391 encontré otro fragmento marcado:

Los cambios externos causados por el sufrimiento y el terror del pasado aumentaron temiblemente el fatal parecido entre Anne Catherick y ella misma.

«La viva imagen». «Fatal parecido». Stephen Gair tuvo un asombroso golpe de suerte. Impaciente por deshacerse de su mujer, conoció a una mujer con una enfermedad terminal que se parecía muchísimo a ella. Aterrada por el futuro de sus hijos, Cathy Morton accedió a ser trasladada a un hospital nuevo donde, grogui por los analgésicos, no se enteró de lo que ocurría a su alrededor. ¿Y quién iba a sospechar que no era la persona que un respetado abogado local afirmaba que era? Ningún miembro del personal médico que había tratado a Cathy había conocido a Melissa; a la hermana y al cuñado de Cathy no se les había permitido visitarla; a los padres de Melissa no les habían dicho que estaba en el hospital, y seguramente ninguno de sus amigos lo sabía.

Alguien que hubiera visto a Melissa un par de veces podría haberse dejado engañar al ver a una Cathy demacrada por el cáncer en la cama de un hospital. Tanto Cathy como Melissa habían sido atractivas, pero en otra foto que nos enseñó Caroline de una Cathy apenas reconocible al final de su enfermedad, se veía el efecto devastador que puede tener el cáncer.

Cathy murió a los pocos días de ingresar en el hospital. Le realizaron la autopsia, cuyo informe yo había visto en la oficina de Gifford, y luego la incineraron. Imaginé el funeral, la iglesia llena de amigos y familiares de Melissa, profundamente

sorprendidos por su muerte repentina, intentando sobrellevar el dolor. ¿Quién podía haber imaginado que el cadáver que contenía el ataúd que se dirigía a la incineradora no era el de Melissa? ¿Que Melissa, todavía con vida, estaba en... otra parte? ¿Cómo lo había hecho Gair? ¿Cómo se las había apañado para que su mujer desapareciera de forma tan eficiente? ¿Dónde había estado ella durante los nueve meses que habían transcurrido entre la muerte de Cathy y la suya? ¿Y qué demonios le había pasado en ese tiempo?

Cerré el libro y lo dejé a un lado. En aquel momento no conocía el argumento, pero lo leí unos meses después. Trata de un hombre que finge la muerte de su esposa (por dinero, por supuesto) haciéndola desaparecer misteriosamente y sustituyéndola por una mujer moribunda. Dana conocía la historia y había estado a punto de ligarlo todo. Probablemente yo nunca sabría si se había puesto en contacto con los Salter y si eso había sido lo que había impulsado a sus asesinos a actuar.

Cuando aterrizamos en Dundee, Helen me dedicó una rápida sonrisa y desapareció en un coche que la estaba esperando. Otro coche me llevó a la comisaría, donde me dieron café y me hicieron esperar en una sala de interrogatorios. Esperé casi una hora, a punto estuve de volverme loca, y luego un miembro del equipo de Helen, un inspector, llegó para interrogarme. Un agente estaba sentado en una esquina de la habitación, y toda la conversación quedó grabada. No me leyó mis derechos ni me ofreció un abogado, pero por lo demás fue un interrogatorio en toda regla; no iba a dejarse llevar por las apariencias.

Le conté todo, desde el hallazgo del cadáver hasta la visita a los Salter. Le hablé de Kirsten Hawick, que había muerto en un accidente a caballo, y del anillo que había encontrado y que tenía todo el aspecto de ser suyo; de que alguien había entrado en mi casa y en mi oficina; del corazón de cerdo que habían dejado en la mesa de mi cocina; de mis sospechas de que me habían drogado y habían manipulado mi ordenador. Le hablé del velero sabotado y del chaleco salvavidas inutilizable; de mi convicción de que Dana había sido asesinada porque sabía demasiado. Le describí las irregularidades financieras que Dana había descubierto y mi huida con Helen por las oscuras tierras de las Shetland. Y volví sobre ello. Una y otra vez. El inspector me interrumpía a cada rato para que repitiera o aclarara algo, hasta que realmente ya no estuve segura de qué había dicho y qué no. Cinco minutos después me alegró mucho no ser sospechosa en el caso; veinte minutos después empecé a pensar que tal vez lo era.

Una hora y media más tarde paramos. Me trajeron la comida. Luego él volvió. Más preguntas. Después de una hora se recostó en su silla.

—¿Quién sabía que tenía previsto salir a navegar esa mañana, señorita Hamilton?

—No lo habíamos planeado —respondí, consciente de que me adentraba en un callejón sin salida—. Ni siquiera habíamos planeado pasar ese fin de semana en Unst. Fue una decisión de última hora. Pero mucha gente sabe que tenemos un barco allí.

—¿Guardan en él los chalecos salvavidas?

No podía mirarlo.

—No, los guardamos en nuestra casa —dije—. En la buhardilla. Duncan debió de cogerlos antes de salir. Estuvieron en el maletero de su coche hasta que los utilizamos ese domingo por la mañana.

Ceñudo, él estudió sus notas. Luego volvió a mirarme.

—¿Quién tuvo la idea de salir a navegar? ¿A quién se le ocurrió?

—A Duncan —dije—. Fue idea de Duncan.

Me llevaron a una celda; allí me dieron más comida y una nota de Helen en la que me decía que comiera y descansara. Cuando desperté eran casi las siete de la tarde y Helen estaba en la puerta. Llevaba un traje pantalón sastre negro y un chaleco de seda verde esmeralda. Se había lavado el pelo y se lo había recogido en lo alto de la cabeza. No se parecía a la mujer con la que había montado a caballo la noche anterior.

—¿Te encuentras mejor?

Logré sonreír.

—Supongo.

—¿Estás preparada para volver?

¿Volver? ¿A las islas? Por la mañana, muy temprano, las había visto desaparecer en el horizonte y me había dicho que se había acabado, que esa parte de mi vida había terminado. De pronto parecía que no iba a ser así.

—¿Tengo elección? —pregunté, sabiendo cuál iba a ser la respuesta.

—En realidad, no. Puedes comer por el camino.

Durante el trayecto hasta el helipuerto ella guardó silencio. Yo tenía cien preguntas que hacer, pero no sabía por cuál empezar y, con franqueza, me daba un poco de miedo. Helen ya no era mi compañera de fuga, sino una inspectora de policía probablemente a cargo de una investigación muy seria. Y yo era su testigo principal. Habiendo llegado tan lejos, no quería hacer nada que resultara contraproducente.

Mientras el conductor aparcaba, Helen dijo:

—Stephen Gair ha confesado.

Yo estaba recostada en el asiento y me erguí de golpe.

—¿En serio? ¿Lo ha admitido?

Asintió.

—Lleva detenido desde mediodía. Ha costado dos horas, pero al final se ha venido abajo.

—¿Qué? Quiero decir que qué ha confesado exactamente —Stephen Gair no me había parecido de los que se rinden con tanta facilidad.

—Bueno, todo. Para empezar, la venta de bebés al mejor postor. Dice que trabaja

con varias de las menos escrupulosas agencias de adopción del extranjero. Cuando les llega una pareja rica, le hablan de una forma de abreviar el proceso a cambio de dinero. Se hace todo mediante una especie de subasta ciega en internet. Cuando hay un bebé disponible, se lo lleva el mejor postor. En algunos casos han llegado a pagar un millón de dólares.

Nuestro chófer bajó del coche. Hizo señas al piloto, este asintió, y las hélices del helicóptero empezaron a girar.

—George Reynolds, el director de Servicios Sociales, está en la comisaría de Lerwick para ayudarnos en nuestra investigación. Ha negado saber nada, pero si los bebés han salido al extranjero con papeles de adopción, su departamento tiene que estar implicado.

—¿Quién los llevaba al extranjero?

—Una agencia de enfermeras. Hemos hablado con ellas, pero por el momento afirman que no sabían que se trataba de algo ilegal.

—¿Y Gair admite que sustituyó a Cathy por su mujer en el hospital?

El ruido de los motores del helicóptero iba en aumento y tuve que alzar la voz. Una vez que bajásemos del coche sería imposible volver a hablar.

—Sí. Insiste en que la trataron muy bien, que la enfermedad siguió su curso natural y que de ninguna manera se le puede responsabilizar de su muerte. También dice que nadie del hospital sabía nada de todo esto.

—Entonces, ¿quién lo ayudó? ¿Quién pidió la ambulancia?

—Afirma que lo hizo él mismo. La alquiló por su cuenta. Y pagó a una enfermera para la ocasión.

Estaba pensando más deprisa que nunca. ¿Era posible que nadie del hospital estuviera implicado?

—¿Qué hay del médico, el que luego dijo que era policía, el que habló con Caroline?

—Gair insiste en que no tuvo ningún cómplice. Dice que Caroline debe de estar confundida.

—A mí no me lo pareció.

—No. En estos momentos está en Lerwick. Hemos preparado una ronda de identificación.

—Entonces, ¿sabes quién era?

—Digamos que tengo algunas ideas.

Cambió de expresión. No iba a darme más información sobre aquello. Probé otra táctica.

—¿Y Melissa?

Helen levantó un dedo hacia el piloto.

—Gair admite que la mató. Ella averiguó lo de las adopciones y lo amenazó con ir a la policía. Esto no va a gustarte: dice que la tuvo en tu sótano. Un equipo forense lleva horas allí.

—No hablas en serio —susurré; recordé la insistencia de Dana en registrar el sótano..., su instinto había dado en el clavo una vez más.

—Gair había tramitado la validación del testamento del último propietario y sabía que la casa estaba vacía. Hasta tenía un juego de llaves. Dice que tuvo a Melissa atada y drogada en el sótano y que, una vez que dio a luz, la mató. Afirma que actuó solo.

—¡Tonterías! No pudo hacer eso sin ayuda. Tener a una mujer embarazada prisionera durante meses, y luego asistirle en el parto. Está encubriendo a alguien.

—Es probable. Dice que los símbolos de la espalda se los grabó él. Se le ocurrió al ver los de tu chimenea. Por lo visto, quería que pareciera obra de algún culto, para alejar las sospechas de él si alguna vez la encontraban. Y lo mismo con lo de arrancarle el corazón. No se acuerda de lo que hizo con él. Dice que se hallaba bajo mucha tensión y que tiene muchas lagunas.

—¡Tonterías! ¡Menudas tonterías!

—Gracias, pero hemos llegado a esa conclusión por nosotros mismos. También admite que Connor, el niño al que llama hijastro, es su hijo. Y que Melissa, no Alison, su nueva mujer, era su madre.

—También en eso Dana tenía razón.

A mi lado, Helen respiró hondo.

—Bueno, podemos hacer una prueba de ADN y demostrar lo que haya que demostrar. Mira, no te preocupes. En cuestión de horas, tal vez días, nos lo dirá todo. Ahora debemos irnos.

Tardamos más de una hora en volver. Helen se dedicó a leer y a tomar notas; su lenguaje corporal me indicaba que no le hiciera más preguntas, y no quise presionarla. Pero, mierda...

Lo primero que pensé, en cuanto el helicóptero se puso en marcha, fue que nunca habríamos llegado a ese punto si Stephen Gair no hubiera accedido a que examinaran el historial dental de su mujer. Hacía unos días, concretamente el sábado por la mañana, Gair había sido todo cooperación. Lejos de quejarse de mi conducta poco ética, como habría estado en su derecho, me había permitido confirmar que el cadáver que había encontrado en mi terreno era el de su mujer. A esas alturas estábamos muy lejos de saber cómo se había llevado a cabo la sustitución, y aun así Stephen Gair se había entregado.

El helicóptero se ladeó y sobrevolamos el mar del Norte rumbo a las islas. El sol estaba bajo y difundía su calor dorado sobre las olas.

¿Por qué diablos lo había hecho? ¿Se había cansado de vivir con el sentimiento de culpa? He oído decir que los delincuentes a menudo desean en secreto que los encuentren. ¿O nos había seguido la corriente deliberadamente, sabiendo que el sistema estaba allí para protegerlo, que tenía amigos que podrían sacarlo del apuro?

¿Había fingido esa mañana delante de Dana y de mí, para alentarnos a revelar exactamente lo que sabíamos, antes de ser..., bueno, neutralizadas? ¿Para quitarnos de en medio antes de que pudiéramos hablar con alguien que nos tomara en serio? Tres días después, Dana había muerto y yo me había salvado por los pelos de ahogarme.

Melissa había averiguado demasiadas cosas y se habían ocupado de ella; su muerte había sido larga y espantosa. Me preguntaba qué había despertado las sospechas de Melissa, qué camino había seguido para descubrir más cosas, en qué momento se había asustado de verdad y si había tratado de escapar. Primero Melissa y luego Dana habían pagado el precio por saber demasiado. Y no había terminado. A pesar de lo que Helen acababa de decir sobre la confesión de Gair, supe que no había terminado. ¿Por qué diablos volvía a las Shetland?

Aterrizamos en un campo cercano a la comisaría de Lerwick y el ruido disminuyó lo justo para que pudiéramos hablar. Helen levantó la mirada de sus notas.

—Un coche te está esperando para llevarte a casa a recoger lo que necesites. Luego te dejará en un hotel para que pases la noche allí. No sé cuándo te necesitaremos en la comisaría, así que estate preparada.

—¿Estás tú al mando?

—No. El comisario Harris. Pero estoy de asesora y observadora oficial. En adelante procederemos según las normas, te lo prometo —miró alrededor. Nos esperaban varios coches de policía. Se volvió de nuevo hacia mí y en su cara vi una expresión que no supe interpretar—. Hay algo que tienes que saber. Esta noche hemos detenido a muchas personas, y no las soltaremos hasta que estemos convencidos de que no tienen nada que ver con todo esto. Me temo que tu marido es una de ellas.

Asentí. Lo esperaba. Incluso recibí con alivio la noticia. Lo último que quería en ese momento era tener que enfrentarme a Duncan.

—Y tu suegro y tu jefe en el hospital. Puede que te necesiten en el trabajo los próximos días.

Tenía razón. El hospital no podía permitirse perdernos a Gifford y a mí al mismo tiempo. Y yo que creía que me había escapado...

Bajamos. Helen me dio un apretón en el hombro y entró en uno de los coches que estaban esperando. Una agente se presentó y me condujo a un segundo coche. Al volante iba otro agente, emprendimos el trayecto de veinte minutos hasta mi casa. Me pregunté qué haría esa noche, encerrada en un hotel extraño de Lerwick.

El coche se detuvo frente a la casa.

—¿Quiere que le acompañe? —me preguntó la agente... Jane. Creo que me había dicho que se llamaba así.

—No, gracias. No hace falta. No tardaré.

Caminé hasta la puerta y encontré la llave. El vestíbulo estaba oscuro y me recibió el silencio y el frío que reina en las casas cuando llevan un tiempo

desocupadas. Recorrí el pasillo que lleva hasta la cocina sin pararme a pensar en la línea de luz que se veía por debajo de la puerta. La abrí.

Duncan y Kenn Gifford estaban sentados a la mesa de la cocina; en medio, nuestra botella de Talisker casi vacía.

Casi grité, pero sabía que los agentes de fuera no me oirían. Pensé en echar a correr, pero Duncan estaba demasiado cerca de mí y se mueve como un rayo cuando quiere. Kenn me miraba fijamente; entrecerraba tanto los ojos que apenas se le veían a través de las pestañas. Duncan se acercó a mí, la viva imagen del marido afligido al que le llena de alivio el volver a ver a su mujer.

—Tor, gracias a Dios...

Retrocedí bruscamente un paso y alcé las manos frente a mí. Duncan pareció confuso, pero se detuvo.

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien —empecé a moverme, me aparté de la puerta y me acerqué a lo que había visto en la encimera—. Estoy muy lejos de estar bien —alcancé el cuchillo que estaba en la encimera. Era uno de esos cuchillos para casi todo: trocear, cortar, pelar. Era pequeño pero afilado. Serviría. Duncan pareció horrorizado, y Kenn, vagamente divertido—. Quiero que salgáis de aquí. Ahora mismo. Si uno de los dos trata de tocarme, lo rajo. ¿Entendido?

—Tor... —Duncan volvió a acercarse.

—¿Lo has entendido? —grité al tiempo que agitaba el cuchillo hacia él. Lo tenía a tres palmos, pero me había explicado con claridad. Retrocedió.

—Yo lo he entendido —dijo Gifford, que no se había movido. Cogió el vaso y se lo llevó a los labios—. ¿Y tú, Dunc?

¿Dunc? ¿Desde cuándo aquellos dos se trataban con tanta familiaridad?

—¿Por qué no le ofreces un vaso a Tora? —preguntó Gifford.

—Hay dos policías fuera —dije.

—Bueno, si están de guardia no pueden beber —dijo Gifford.

Juro que si el cuchillo hubiera sido una pistola, le habría disparado.

—Creo que deberíais sentaros —dijo Gifford—. Tora, si con eso vas a sentirte mejor, diles a tus amigos que pasen.

Los miré, primero a uno y luego al otro: mi marido, alto y atractivo, casi temblaba por la ansiedad; mi jefe, feo y fascinante, era la calma personificada.

—Creía que estabais arrestados.

—Lo estábamos —dijo Gifford—. Una experiencia interesante. Nos han soltado hace una hora.

Hacía una hora, Helen y yo estábamos volviendo de Dundee. Pueden pasar muchas cosas en una hora.

—Gracias a vuestra amistad con el inspector Dunn, supongo.

Duncan y Kenn se miraron.

—No exactamente —dijo Gifford, casi para sí. Luego me miró—. Nuestros amigos de la comisaría no han encontrado cargos contra nosotros. Aunque presiento que tú tienes unos cuantos.

Por un segundo pensé en largarme. Solo por un segundo.

—Ayudaste a Stephen Gair a sustituir a su mujer por una enferma terminal —dije a Gifford. Por alguna razón me resultaba más fácil hablar con él, acusarlo a él en vez de a Duncan—. Le ayudaste a tener prisionera a Melissa Gair en nuestro maldito sótano durante ocho meses. La mantuvisteis viva y la asististeis en el parto, y luego la matasteis —me detuve y respiré hondo—. ¡No quiero imaginar por lo que pasó, cabrón inhumano!

Gifford se estremeció. Luego entornó aún más los ojos.

—Cuando Cathy Morton murió en nuestro hospital yo estaba en Nueva Zelanda. Ya te lo dije, y así se lo he repetido hoy a la policía. Han comprobado los detalles del vuelo y a la gente con la que me quedé en Auckland. La policía, a diferencia de ti, me cree. No había visto a Caroline Salter hasta que esta tarde he participado en una ronda de identificación. Si ella me hubiera señalado, ahora no estaría aquí.

No estaba dispuesta a tragar.

—Alguien ayudó a Gair. No pudo hacerlo solo.

—No, no creo que lo hiciera solo. Pero nosotros no le ayudamos. Ninguno de los dos hemos tenido nada que ver con lo que ha estado pasando en Tronal. No teníamos ningún motivo para querer que Melissa Gair muriera.

Gifford había bajado la voz hasta casi susurrar. Me sorprendí mirando fijamente sus ojos, queriendo creerlo. Me obligué a desviar la vista.

—Tú en cambio sí me quisiste muerta —dije a Duncan.

—El idiota del astillero se equivocó, Tor —Duncan seguía queriendo acercarse a mí pero no se atrevía—. Sé lo que piensas, pero es una gilipollez. El mástil se dobló mientras estábamos navegando, pero no llegó a partirse limpiamente. Después de que me rescataran, el barco se quedó atascado entre unas jaulas de salmones. El equipo de rescate tuvo que serrar el mástil para liberar el velero. El chico de McGill no lo sabía y se precipitó a sacar conclusiones.

Pensé en ello. No era imposible. A veces el mástil no llega a partirse, solo se dobla bajo la fuerza del viento. Todavía sujeto, gira en todas direcciones. Es agobiante y peligroso, y la mayoría de los marineros llevan un hacha por si ocurre.

—Nadie está tratando de matarte —dijo Duncan casi con un susurro.

—Aunque el interno Donaldson está bastante cabreado por cómo le gritaste el otro día —dijo Gifford—. Está pensando en presentar una queja.

—¡Ya vale, joder! Anoche me estuvo buscando la mitad de la isla. Tuvisteis un helicóptero registrando los páramos, por el amor de Dios. Nadie hace eso a menos que busque a alguien desesperadamente.

—Estábamos preocupados por ti. Saliste del hospital con un cargamento de Diazepam en el cuerpo. Por lo que sabíamos, podías haberte convencido de que podías volar y haber ido al acantilado más cercano para bailotear con los frailecillos.

—Alguien mató a Dana. Sabía demasiado. Sobre Stephen Gair. Sobre todos vosotros.

—Hoy le han hecho la autopsia. ¿Quieres saber lo que han averiguado?

De pronto quería sentarme. Hasta me sorprendí mirando la botella de Talisker. Gifford empujó su vaso hacia mí. Duncan lo fulminó con la mirada. Vi que la puerta del sótano había sido precintada por la policía. Me obligué a mirar a otro sitio; no quería ni pensar en lo que podía haber ocurrido ahí abajo. Hice una señal a Gifford con la cabeza para que hablara.

—La muerte se produjo a causa de una gran pérdida de sangre por la sección de las arterias radial y ulnar de ambas muñecas. El ángulo y la poca profundidad de los cortes apuntan que las heridas fueron autoinfligidas. No había rastro de drogas en su torrente sanguíneo ni hematomas que indicaran que la habían retenido. La conclusión es muerte por suicidio.

Sacudí la cabeza.

—Puedes leer el informe tú misma.

—Dana no se suicidó.

Ya no estaba segura de si Gifford estaba implicado, ya no podía jurar que Duncan había intentado matarme, pero si había una sola verdad a la que aferrarme era que Dana no se había quitado la vida. Si me había equivocado sobre Dana, podría haberme equivocado en todo lo demás. Y no me había equivocado, por supuesto que no.

Entonces Gifford me dejó sin aliento.

—Probablemente no. Pero..., escucha, es muy posible que nunca puedas demostrar lo contrario.

Tenía las pupilas enormes y los iris sin color. Tuve que parpadear con fuerza y moverme en la silla para dejar de mirarlo a los ojos. Me volví hacia Duncan. Había vuelto a sentarse y me tendía una mano, callosa y bronceada, por encima de la mesa. La miré y, juntando las manos con firmeza ante mí, sacudí la cabeza. Gifford miró a Duncan, que asintió con la cabeza solo una vez. Luego tomó la palabra.

—Caroline Salter ha identificado a Andrew Dunn como el hombre que fue con Gair a ver a Cathy. Dunn estaba metido en el chanchullo de las adopciones y ha hecho una fortuna con los años. Casi seguro que conspiró con Gair para matar a Melissa, y puede que haya matado también a Dana Tulloch. Pero, Tora, lo más probable es que nunca puedas demostrarlo.

Me recosté en la silla y me apreté la boca con las manos; sabía que en cualquier momento me echaría a llorar. No dudé ni por un instante en lo que Duncan había dicho. Cogí el vaso de Gifford y lo apuré. El whisky me golpeó el fondo de la garganta, pero ayudó. Todavía no iba a llorar.

—¿Cómo..., cómo lo hizo...?

Gifford se sirvió otra copa. En el mismo vaso.

—El inspector Dunn deja mucho que desear como agente de policía, pero tiene... ¿cómo decirlo? Unas aptitudes poco comunes.

De pronto algo encajó.

—La hipnotizó. Hizo que ella misma se cortara las venas.

Gifford asintió.

—Es probable —dijo.

Miré a Duncan. Hizo una mueca compasiva. Me volví de nuevo hacia Gifford.

—Tú también puedes hacerlo.

Esperó un segundo y luego inclinó la cabeza. Lo admitía.

—¡Dios mío! —me levanté, presa del pánico. Busqué a tientas el cuchillo, pero estaba al lado de Duncan. ¿Cuándo lo había cogido? Miré hacia la puerta.

—Tora, es una técnica que conocemos todos —Gifford se había levantado—. ¿Cómo crees que Duncan consiguió que te casaras con él?

Miré a Duncan horrorizada, rezando para que lo negara indignado. Se limitó a sostenerme la mirada.

—El invierno es muy largo —continuó Gifford mientras se sentaba de nuevo—. Aquí nos divertimos a nuestra manera.

—Afloja, Kenn. No tiene gracia —dijo Duncan.

—Tienes razón. Lo siento —Gifford me cogió la mano.

No se me ocurrió apartarla, pero Duncan carraspeó y Kenn me soltó. Me senté de nuevo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que aquí todos sabéis hipnotizar? ¿Que es una de las asignaturas del instituto?

—Por supuesto que no —dijo Duncan—. Solo un par de las familias más antiguas. Es algo que ha pasado de generación en generación. No es más que un juego, en realidad. Aunque puede darnos cierta ventaja en las reuniones de negocios, ya sabes, para ganarte más rápidamente a la gente. Todo inofensivo.

—Andy siempre ha sido mejor que la mayoría. Creo que disfruta con la sensación de poder que le proporciona —dijo Gifford.

—Se lo vais a contar. Le vais a contar todo esto a la policía.

Duncan y Gifford se miraron de nuevo y deseé que dejaran de hacerlo. No lograba acostumbrarme a ver a esos dos conspirar juntos.

—Si eso es lo que quieres... —dijo Gifford—. Pero ante las pruebas manifiestas de que se suicidó, ¿crees que nos van a tomar en serio?

De pronto los tres nos sobresaltamos: alguien aporreaba la puerta de la calle al mismo tiempo que sonaba el teléfono. Nos miramos, no muy seguros de qué hacer, qué atender antes. Al final me levanté y salí. A mi espalda oí que Duncan contestaba al teléfono. Caminé rápidamente hacia la puerta y la abrí. La agente estaba en el umbral, con su colega detrás de ella.

—¿Está bien? —trataba de mirar por encima de mi hombro—. Nos han dicho que nos aseguremos de que está bien, que no la dejemos sola.

Asentí.

—Estoy bien. Pasen.

Los conduje hasta la sala de estar.

—¿Pueden esperar un momento aquí? Tengo que terminar una cosa.

Cuando volví a la cocina, Duncan tenía el teléfono en la mano. Lo cogí.

—Tora, acaban de decírmelo —Helen hablaba deprisa—. Que han soltado a tu marido. ¿Estás bien?

—Estoy bien, de verdad, no te preocupes.

—¿Están contigo los agentes?

—En la habitación de al lado.

—Por el amor de Dios, que no se muevan de allí. No me quedo nada tranquila, pero no puedo salir ahora. Gair ha admitido que Andy Dunn trabajaba con él y que lo ayudó a matar a Melissa.

Duncan y Kenn me miraban.

—Andy Dunn mató a Dana —dije.

Al otro lado se produjo un silencio.

—No puedo hablar en estos momentos. Te llamaré.

Colgó y devolví el auricular a su sitio. Cerré la puerta de la cocina para que los dos agentes no nos oyeran desde la sala de estar y me senté de nuevo.

—No han visto a Dunn desde las once de ayer por la noche —dijo Gifford—. La señora Salter ha identificado la fotografía. Creen que ha salido de las islas. Hasta que lo encuentren, deberás tener cuidado.

Duncan hizo un ruido de exasperación. Cogió la botella, la vació en su vaso y se quedó mirando el líquido color ámbar.

—Tranquilo, Duncan —dijo Kenn con algo parecido a una advertencia en la voz.

En la habitación se respiraban emociones que amenazaban con descontrolarse. Había algo más en juego y yo no sabía qué era. Luego recordé cierta información.

—Vosotros dos estáis recibiendo dinero de Tronal —dije; me volví hacia Duncan—. Ha pagado incluso esta maldita casa. Si ninguno de los dos tenéis nada que ver con la clínica de maternidad, ¿por qué estáis en su nómina?

—Parece que ya no nos quedan secretos, amigo —dijo Kenn, recorriendo la cocina con la mirada—. ¿Se lo digo yo o se lo dice tú? Por cierto, me muero de hambre. ¿Alguien tiene previsto cenar esta noche?

Mientras Kenn se levantaba y cruzaba la habitación, esperé a que Duncan me revelara el último gran secreto.

—Ocho personas reciben un ingreso mensual de Tronal —dijo por fin—. Aparte del personal, por supuesto. Kenn y yo, papá, Gair, Dunn y otros tres que seguramente no conoces.

—¿Por qué? —pregunte, recostándome en la silla.

Kenn había desaparecido de mi campo visual y eso no me gustó.

—Somos los propietarios. Compramos acciones hace aproximadamente diez años. Tuvo problemas financieros y estuvo a punto de quebrar, y entre todos la sacamos a flote. Eso fue mucho antes de que te conociera, y nunca se me ha ocurrido comentártelo. Mi fondo de fideicomiso formaba parte del préstamo. Venció en

diciembre, a tiempo para comprar la casa.

¿Eran los dueños de la clínica y no sabían nada de lo que había estado pasando en ella? ¿De verdad esperaban que les creyera?

—La clínica Tronal hace mucho tiempo que funciona —continuó Duncan—. Este asunto con Gair solo es... la rama podrida de un árbol. En todo este tiempo Tronal ha ayudado a muchas mujeres, a un montón de familias de aquí.

Gifford había abierto la nevera. Como no encontró nada, volvió.

—La mayoría de los bebés que nacen allí son adoptados por la vía legal normal —dijo—. La gente que trabaja en la clínica probablemente no sepa nada de lo que Gair y Dunn se traían entre manos. Estoy totalmente seguro de que Richard no sabía nada —abrió un armario y lo cerró de nuevo.

—Sigo sin entender por qué la sacasteis a flote. ¿Qué os importaba?

Kenn abrió otro armario.

—Dios, ¿habéis oído hablar de los supermercados? —se rindió y volvió a la mesa.

—Porque nacimos allí —dijo Duncan. Hizo una pausa para que tuviera tiempo de asimilarlo—. Los dos somos niños de Tronal. Adoptados por familias de aquí. Dunn también. No estoy seguro de los demás.

Miré fijamente a Duncan.

—¿Elsbeth y Richard no son tus padres?

—Elsbeth no podía tener hijos —dijo Duncan. Se le ensombreció la cara—. Richard sí —añadió, mirando a Kenn.

—Richard es mi padre —dijo Kenn.

Descubrí que no tenía nada que decir.

—Richard y Elsbeth estuvieron varios años intentando tener hijos —explicó Kenn—. Durante ese tiempo, supongo que mientras su relación pasaba por cierta tensión, Richard tuvo una aventura con una interna del hospital. Ella dio a luz en la unidad de maternidad de Tronal y me dio en adopción a los Gifford. Tres años después, Elsbeth se dio por fin por vencida y accedió a adoptar. Duncan tenía cuatro meses, y tengo entendido que era un niño muy atractivo.

—¿Vosotros dos sois hermanos? —pregunté, mirándolos.

Gifford se encogió de hombros.

—Bueno, biológicamente no, pero sí, siempre nos hemos sentido de la misma familia.

La cara de Duncan se ensombreció.

—¿Por qué no te adoptaron a ti? —pregunté a Kenn.

—Elsbeth no sabe nada de mí. No supe quién era mi padre genético hasta que cumplí los dieciséis años. Pero no me sorprendió.

No, apuesto a que no. No podía creer que no se me hubiera ocurrido antes. Había visto el gran parecido entre Richard y Kenn, la antipatía que se tenían Duncan y Kenn, la fría formalidad que había entre Duncan y sus padres, pero no había juntado

las piezas. Kenn, el médico, el hijo biológico, el hijo espiritual; Duncan, el pobre niño abandonado, aceptado para tener contenta a Elspeth. Pobre Duncan. Y, por lo mismo, pobre Kenn. Menudo lío.

Una hora después seguía en mi casa. Había descubierto que no podía soportar la idea de pasar una noche en un hotel extraño. La agente Jane, a insistencia de Helen, dormía en una de las habitaciones de invitados. A Duncan se le había destinado con firmeza a la otra. No era que no creyera lo que me había contado. En realidad lo creía; quería hablar con Helen, pedirle que lo comprobara todo, pero cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que las mentiras habían terminado, de que por fin tenía casi todas las respuestas.

Tomé una larga ducha, me enjaboné dos veces el pelo y me cepillé los dientes. Era agradable volver a utilizar un cuarto de baño. A pesar del rato que había dormido en la celda de Dundee, se me cerraban los ojos. Pero en eso vi el neceser de Duncan en el estante del cuarto de baño y el sueño se me fue de golpe. No, aún no tenía todas las respuestas.

Crucé el pasillo y abrí la puerta de la habitación de invitados. Duncan estaba en la cama, con los auriculares puestos y cara abatida. Se animó al saberme ahí, hasta que vio la expresión de mi rostro. Le tendí la caja que había cogido de su neceser.

—¿Tienes algo que decir?

Se quitó los auriculares y se levantó.

—¿Qué te parece si te digo que lo siento?

Sacudí la cabeza.

—No es suficiente.

Entré en la habitación preguntándome cuánto daño podría infligirle antes de que: a) me dominara, o b) nos interrumpiera la agente Jane.

—¿Tienes idea de cómo ha sido este año para mí?

Duncan no pudo seguir sosteniéndome la mirada.

—Tengo que ver, hablar y tocar a mujeres embarazadas todos los días de trabajo de mi vida. Tengo que escucharlas quejarse de las náuseas, del cansancio, del dolor de espalda, del picor de ingles, hasta que no me queda otro remedio que sentarme encima de las manos para no abofetearlas y gritarles: «Deja de quejarte, estúpida, y da gracias por lo que tienes». Tengo que tocar a todos los recién nacidos, sentir sus pequeños cuerpos entre mis manos, y cada vez me noto dividida entre el deseo de echar a correr con él y el de tirarlo por la maldita ventana. Cada vez que dejo a uno en brazos de su madre, se me parte el corazón. Quiero derrumbarme en el suelo de la sala de partos y chillar: «¿Por qué, por qué, por qué yo no? ¿Por qué todas las otras malditas mujeres del mundo pueden y yo no?».

Cuando terminé, estaba gritando y me pareció oír ruido en el pasillo. Duncan seguía sin mirarme, pero me pareció ver miedo en su cara. Creo que eso me

sorprendió, que incluso me alarmó. Dos años de tristeza, de perplejidad ante mi incapacidad para concebir, cristalizaron ante mí esa noche, y por primera vez lo expresé todo con palabras. Duncan me había dado la espalda y estaba apoyado en el alféizar de la ventana. Rodeé la cama y me obligué a bajar la voz. Pero ya no parecía mi voz; sonaba perversa.

—Pero sí que puedo, ¿verdad? Puedo tener hijos. Todo este sufrimiento ha sido totalmente innecesario. No hacía falta que serraras el mástil, Duncan, has estado matándome durante más de un año.

Le arrojé la caja. Me pareció ridículamente inapropiado y miré alrededor en busca de un misil mayor. Por suerte para los dos no había nada a mano. La lámpara de la mesilla de noche era lo bastante pesada, pero cuando me di cuenta de que primero tenía que desenchufarla, se me fueron las ganas.

Me acerqué a la puerta y me volví.

—Esta mierda ni siquiera está autorizada en el Reino Unido. ¿Quién te lo ha dado? ¿Papi o el Hermano Mayor? ¿Sabes una cosa? Ya no me importa. Y, por cierto, sé que estás planeando dejarme. Y me alegro.

Salí dando un portazo y vi a Jane en lo alto de la escalera. Volví a la habitación y cerré la puerta.

Bueno, ya no me parecía posible dormir. Me pregunté cómo iba a pasar el resto de la noche. Tenía hambre, pero, como Kenn había averiguado poco antes, los armarios estaban vacíos. La puerta de la habitación se abrió.

—No quiero oírlo —dije, dándome cuenta de que iba a sentirme un poco tonta si me volvía y encontraba a la agente Jane en la puerta.

—Hay una razón por la que mi madre biológica me dejó en adopción —dijo Duncan.

—Me has tomado por alguien a quien eso podría interesarle —dije, todavía sin volverme.

—Tenía esclerosis múltiple —continuó Duncan—. Ya estaba enferma cuando me tuvo a mí. Sabía que se deterioraría rápidamente.

No dije nada, pero mi postura debió de reflejar que estaba escuchando.

—Sé que porto el gen —dijo Duncan—. Hay muchas posibilidades de que enferme, aunque ya soy mayor que ella cuando murió. Y hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que transmita el gen a un hijo mío.

Me volví. Vi que Duncan tenía la piel alrededor de los ojos roja e hinchada. Sus ojos brillaban. Nunca antes le había visto llorar. Qué poco conocemos a la gente que nos rodea. Se arriesgó a entrar en la habitación.

—Sé que debería habértelo dicho. Siento mucho no haberlo hecho.

—¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cuándo lo supiste?

—Lo sé desde niño. No tengo excusa. Salvo que cuando te conocí no parecías interesada en tener hijos. Cuando no estabas trabajando, montabas a caballo; todos los fines de semana te jugabas el cuello participando en carreras por el campo. A los

treinta y cinco años ibas a ser médico especialista y a ganar el concurso hípico de Badminton Park. No veía cómo podían encajar los hijos en ese estilo de vida.

Lo que decía era verdad, pero describía a la persona que había sido hacía ocho años.

—He cambiado. Mi estilo de vida cambió.

—Lo sé. Pero ¿cuándo se suponía que yo debía decírtelo? ¿Cuando nos comprometimos?

—Sí —interrumpí—. Eso habría sido lo correcto.

—Me aterró que cambiaras de opinión. Además nunca dijiste: «Por cierto, Dunc, quiero tener seis hijos en los primeros seis años».

—Hablamos de eso. Hasta la saciedad. Y dijiste que tú también querías tener hijos.

—Y quiero. Solo que no pueden ser míos.

—Debería haberlo sabido. Dejé de tomar la píldora. Me hice todas esas pruebas. Hemos follado como conejos. Y todo ese tiempo...

—Sabía que si veníamos a vivir aquí, podríamos adoptar uno. Un recién nacido. Tal vez más de uno.

—Esas pruebas. Los recuentos de esperma. Eran normales. ¿Cómo lo hiciste?

—Por Dios, ¿tan importante es?

—Sí, es importante. ¿Cómo?

—Solo es cuestión de sincronización. Desogestrel se elimina rápidamente si dejas de tomarlo. Cuando me tocaba hacer un recuento, evitaba estar cerca de ti si estabas ovulando.

Se acercó más y se sentó a mi lado en la cama.

—Las mujeres llegan a querer a los hijos adoptados. El vínculo materno no depende del lazo de sangre. Y el paterno tampoco.

—Claro, por eso tú y tus padres estáis tan unidos.

Sacudió la cabeza.

—No es un buen ejemplo. Conozco a muchos adoptados. Son niños muy queridos. Portan una felicidad enorme.

—Todavía no lo has entendido, ¿verdad? No era solo un hijo lo que yo quería, era un hijo tuyo. Un niño con tus ojos azules, tu cuerpo esbelto, tu pelo siempre revuelto por más que lo peines. Hablaba con ese niño, le contaba historias de sus padres, de sus primos, de lo que haríamos juntos cuando naciera. Hasta tenía nombre —quería decirle mucho más, pero no podía.

—¿Cuál?

—No importa.

—Sí que importa. ¿Cómo se llamaba?

—Duncatoony —logré decir.

Por un momento pensé que Duncan se estaba riendo. Luego me di cuenta de que no. Nos quedamos sentados uno al lado del otro mientras la noche se hacía más

oscura.

Al día siguiente fui a trabajar. La noche anterior, Kenn, antes de marcharse, me pidió que lo hiciera si me veía con fuerzas; en vista de que el hospital no estaba implicado, mi cese temporal había terminado. Seguía dolida por la indignidad de todo aquello hasta que caí en la cuenta de que esa mañana nada me apetecía más que trabajar.

En algún momento de la noche Duncan y yo acordamos una tregua. Quedaban muchos temas pendientes, pero ninguno de los dos tenía la energía necesaria para reanudar las hostilidades. Nos tomaríamos un descanso.

En cuanto al futuro, no estaba segura. Duncan me dijo que la discusión que yo oí en Unst le motivó su deseo de marcharse de las Shetland, que Elspeth se refería a mí cuando dijo que estaba enamorado. Afirmó que nada en el mundo lo apartaría de mí. Pero todavía estaba por ver si yo iba a seguir con él, en el hospital y en las islas; no lo sabía. Me lo iba a tomar con calma. Porque, a pesar de todas las mentiras, a pesar de todo lo que me había ocultado, todavía le quería.

Hice el recorrido de las salas pasando por alto las miradas intrigadas del personal. Una vez que no tuve más remedio que reconocer (pero solo ante mí misma) que la unidad había estado funcionando a la perfección sin mí, subí a mi despacho para preparar las consultas de la tarde.

Llamé a mi amiga de Voe y me dijo que Charles y Henry estaban bien. Le di las gracias por cuidar de ellos y respondí a unas cuantas preguntas curiosas sobre cómo y por qué estaban allí. Me ocupé de que los recogieran esa tarde.

Me pregunté qué estaba pasando en casa. Esa mañana, justo cuando Duncan y yo salíamos, llegaron muchos coches de policía. Como Helen había prometido, iban a registrar otra vez nuestros terrenos, pero yo ya no creía que fueran a encontrar nada. Tal vez un día vería de otra manera las estadísticas de mortalidad femenina en las islas y cambiaría de opinión. Cada cosa a su tiempo. Pero había algo que debía hacer ese mismo día. Cogí el teléfono, marqué un número de Londres y pedí que me pusieran con una mujer con la que había trabajado en el último hospital: la anestesista.

—¿Diane? —dije cuando por fin me pasaron con ella—. Soy Tora.

—Dios mío, cuánto tiempo. ¿Cómo estás?

No había una respuesta corta y sincera a eso, de modo que solté la mentira de rigor.

—Bien. ¿Y tú?

—Estupendamente. ¿Te veremos en septiembre?

—Por supuesto. Me muero de ganas —dije, aunque hacía semanas que no había pensado en ello. Una boda en el pintoresco pueblo de Buckinghamshire; había olvidado que la vida normal seguía su curso ahí fuera—. Mira, siento molestarte, pero necesito cierta información y no tengo mucho tiempo. ¿Tienes inconveniente?

—Dispara.

—¿Qué sabes de los fármacos no rastreables?

No era fácil descolocar a Diana. Guardó silencio solo un segundo, luego respondió.

—Bueno, en realidad no existen. Si sabes qué buscas, puedes encontrarlo.

—Eso pensaba. Pero si uno quiere dejar a alguien sin sentido, no matarlo pero sí incapacitarlo durante un breve período de tiempo, ¿hay algo que pueda suministrarle que un forense no suela analizar?

—¿Ha vuelto a jugar Duncan contigo? —había cierta aspereza en su tono, pero no me extrañó. Mi pregunta no era lo que se dice normal.

—Lo siento. Ojalá tuviera tiempo para explicártelo. Te llamaré pronto, te lo prometo. ¿Se te ocurre algo? ¿Alguna sustancia poco habitual que no se analizaría salvo por petición expresa?

—Bueno, tendría que consultarlo, pero estoy casi segura de que no suelen analizar sustancias como las benzodiazepinas, ya sabes, Nitrazepam o Temazepam. ¿Te sirve?

—Sí. Te prometo que no estoy pensando nada ilegal.

—Te creo. Te llamaré. Por cierto, ya tengo el vestido.

Nombró un diseñador londinense de vestidos de novia escandalosamente caro y parloteó alegremente unos minutos más. Le dejó hacerlo encantada, pero en realidad no la escuchaba.

Por más que Dunn fuera un genio de la hipnosis, seguía pareciéndome imposible que hubiera inducido a alguien tan lista y sensata como Dana a suicidarse mediante la hipnosis. Como mucho la habría tenido hipnotizada el tiempo necesario para drogarla. Una vez inconsciente, habría sido relativamente sencillo llevarla al cuarto de baño y cortarle las muñecas con sus propias manos. Si Stephen Renney no había encontrado nada en el organismo de Dana era porque no había sabido qué buscar. Me negaba a aceptar lo que Gifford había dicho esa noche. No enterrarían a Dana como una suicida; no si yo podía impedirlo.

—¡Hola!

Levanté la vista.

—¡Vaya, hola!

Helen estaba en el umbral. Llevaba el mismo traje que la noche anterior, pero se había cambiado la blusa por otra de color rojo. Seguía teniendo un aspecto magnífico. Me pregunté si Dana la había llevado de compras y había supervisado su armario, o si había sido al revés. Tal vez Dana debía su estilo a esa mujer. Probablemente nunca lo sabría. Sentí pena al pensar que nunca las conocería como pareja.

Entró. Me di cuenta de que estaba ridículamente contenta de verla.

—¿Café? —ofrecí.

Asintió y me levanté para servirlo. Luego nos quedamos un rato sentadas.

—¿Estás bien? —preguntó, y por la forma en que me miraba, tal vez con demasiada intensidad, empecé a pensar que tenía algo que decirme.

—Estoy bien —dije, ganando tiempo, porque, fuera lo que fuese, no estaba segura de si quería saberlo—. En realidad, mejor que bien. Duncan y yo hemos aclarado unas cuantas cosas, y aquí me tienes, trabajando de nuevo.

—Hace veinticuatro horas parecía imposible, ¿verdad?

Asentí.

—¿Está Duncan...? Quiero decir...

—¿Fuera de sospecha? Creo que sí. Su explicación de que es accionista cuadra, y parece que no ha estado en Tronal desde hace años. Él, Franklin Stone y el señor Gifford también parecen limpios. Supongo que sabes lo de Dunn.

—Sí. ¿Es grave?

—Todo lo grave que puede ser. Cuando el malo es el poli no hay final feliz.

—¿Sigue sin aparecer?

Helen se terminó el café y se levantó para servirse más.

—Sí. Se le vio el martes por la tarde cogiendo un ferry a la zona continental. Hemos dado la alerta a todos los aeropuertos y puertos de ferries, pero...

—¿Puede que ya esté muy lejos?

Asintió.

—En fin, la buena noticia es que esta mañana han examinado tu terreno a conciencia. Si decides plantar unos bulbos en primavera, no te llevarás más sorpresas desagradables.

—¿Y lo han hecho como es debido? ¿Utilizaron los aparatos y demás? —tenía que preguntarlo.

Helen no se ofendió. Casi se rio.

—Está bien, deja que te explique lo que han hecho, hasta donde yo sé. Para empezar, esta mañana han sobrevolado el terreno y han tomado un montón de fotos aéreas. Al parecer, y reconozco que no lo sabía, cuando se ha removido la tierra a cierta profundidad, se nota en la superficie: hay marcas en el suelo o en los cultivos. También podría aumentar la vegetación, una explosión de flores de primavera, por ejemplo. Las fotos aéreas permiten ver esas cosas.

—¿Y han visto algo?

—Nada. Pero parece ser que no esperaban ver nada. La técnica funciona mejor en extensiones más amplias, como los enterramientos prehistóricos. Las tumbas individuales no suelen verse; pero como es algo sabido, han sido concienzudos.

—Entonces, ¿qué?

—El paso siguiente ha sido utilizar un radar que atraviesa el suelo. Tienen aparatos que envían pulsos electromagnéticos al suelo. Cuando alcanzan una superficie de tierra que tiene un contenido de agua diferente de la tierra que la rodea, las señales rebotan. El equipo plasma todas esas señales en un gráfico y, si hay algo enterrado, en el gráfico aparece el patrón de los reflejos. Hasta es posible calcular la profundidad del enterramiento basándose en el retraso con que regresan los reflejos. Hemos hecho eso a lo largo y ancho del terreno.

—Muy hábil.

—Oh, es increíble. Por supuesto, no es infalible. Al parecer, como mejor funciona es en suelo arenoso de alta resistividad, y de eso no hay mucho en tu terreno. De modo que hicieron un nuevo rastreo, esta vez para analizar la tierra. ¿Quieres que siga?

—Por favor.

—El análisis de la tierra se hace midiendo la cantidad de fosfato. El fosfato está presente en todos los suelos, pero allí donde hay un cadáver enterrado, ya sea humano o de un animal grande, los niveles de fosfato aumentan de forma considerable.

Desde luego, para mí eso tenía sentido. Los cuerpos son particularmente ricos en fósforo, que, junto con el calcio, da dureza y resistencia a los huesos. También se encuentra en otros tejidos del cuerpo.

—La descomposición de los cuerpos humanos enterrados aumenta el contenido de fósforo de la tierra que los rodea —continuó Helen—. El equipo tomó cientos de muestras de tierra de tu campo. Si encuentran gran cantidad de fósforo, podría haber más enterramientos.

—¿Cuánto tardarán en analizarlas?

—Varios días. Pero ya han avanzado mucho y hasta ahora no han encontrado nada. No creo que haya nada ahí abajo, Tora.

Por un momento guardé silencio.

—¿Se acabó entonces la preocupación por los hombrecillos verdes obsesionados por la plata? —preguntó Helen.

Tuve el detalle de parecer avergonzada.

—Supongo que la otra noche el estrés pudo conmigo.

Ella sonrió. La observé. La mirada nerviosa, ligeramente alerta, seguía allí.

—Hay algo más, ¿verdad? Algo desagradable.

—Me temo que sí. Parece ser que después de todo Stephen Gair no va a enfrentarse a la justicia. Al menos, no en esta vida.

Helen fue la primera en romper el contacto visual. Se levantó y se acercó a la ventana.

—¿Qué ha pasado? —logré decir, preguntándome por qué sentía tanto frío. No podían haberlo soltado ni nada parecido.

—Se ha ahorcado —respondió. Seguía mirando el aparcamiento del personal médico—. Lo han encontrado poco después de las cinco de esta madrugada.

Me concedió tiempo para reflexionar. Reflexioné. Ya no tendría la oportunidad de enfrentarme a él en la sala del tribunal y decir: «Sé lo que hiciste», y conseguir que la gente me creyera. Nunca podría mirarlo a los ojos y decir: «¡Te he pillado, cabrón, ya lo creo que te he pillado!». ¿Cómo me sentía? Bastante cabreada, francamente. Me levanté.

—¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Qué hicisteis, le disteis una cuerda para que practicara con ella el arte de hacer nudos?

Por fin se volvió. Levantó una mano.

—Cálmate. Lo investigarán a fondo. Me temo que no puedo darte más detalles. Estas cosas pasan. Ya sé que no deberían pasar, pero pasan. Sencillamente no creyeron que hubiera riesgo de suicidio.

—Lo contrario que con Dana, que decidisteis que se había suicidado sin tener una sola prueba.

En cuanto lo dije, supe que había ido demasiado lejos. La expresión de Helen se endureció. Empezó a moverse. Me puse delante de ella.

—Lo siento. Ha sido totalmente gratuito.

Se relajó un poco.

—Supongo que entonces se ha terminado —dije.

—¿Bromeas? Este asunto de Tronal nos tendrá ocupados durante años.

De pronto tenía muchas ganas de volver a sentarme.

—¿Qué quieres decir?

—Ese lugar es un horrible batiburrillo de trabajo médico, servicios sociales, negocios legales y tráfico ilegal de niños. Hay muchísimas personas relacionadas, y debemos investigarlas a todas. Y, por supuesto, tenemos que hacer un seguimiento de todos los bebés adoptados que han salido de Tronal.

—Todo eso os llevará un buen tiempo.

—Exacto. El problema es que hemos detectado que entra dinero, pero todo son transferencias en efectivo cuya fuente es muy difícil localizar. Podemos sospechar qué agencias de adopción estaban implicadas, pero sin pruebas es difícil que lo reconozcan.

—¿Y hacerlo desde aquí? Tuvo que haber partidas de nacimiento, papeles de adopción, pasaportes preparados.

—Puede, pero aún no hemos dado con ellos. Aparte de la media docena de niños que se adoptan anualmente en las islas, todo parece en regla. Todas las personas con las que he hablado hasta ahora, entre ellas George Reynolds, de Servicios Sociales, y su equipo, niegan haber estado al corriente de las adopciones en el extranjero, ya sea por dinero o no.

—Bueno, era de esperar, ¿no?

—Sí, pero lo cierto es que no hay pruebas de que haya nacido un número significativo de bebés en las islas, una docena al año como mucho. En la superficie, parece una operación muy discreta; pero es, si lo piensas, lo que cabía esperar. ¿Cuántos niños se dan actualmente en adopción?

Tenía razón.

—Pero él lo reconoció. Dijo que había vendido bebés por internet.

—Es cierto, pero aparte del dinero y de la palabra de un hombre que ahora está muerto, no tenemos ninguna prueba —se acercó a la mesa del café y dejó el tazón—. Ahora mismo me voy para allí.

—Un largo viaje —dijo una voz desde el umbral.

Nos volvimos. Allí estaba Gifford. Ninguna de los dos lo había oído acercarse.

—En Tronal no hay pista de aterrizaje para helicópteros —explicó—. Tendrá que ir por carretera y barco.

—Te llamaré luego, Tora —dijo Helen.

Saludó a Gifford con la cabeza y salió de la habitación.

—¿La inspectora Rowley? —me preguntó.

Asentí.

—Tan despampanante como dicen.

Sentí la necesidad de hacer algo. Cogí el tazón de Helen y el mío y los llevé al fregadero.

—Créeme, estás perdiendo el tiempo.

Él se rio.

—Eso he oído. ¿Qué tal estás?

Se acercó más y me examinó con atención. La capacidad que tienen los hombres corpulentos para intimidar es tan injusta; no hace falta que sean inteligentes, ni siquiera hace falta que amenacen, basta con que estén allí. Lo sorteé y me acerqué a la ventana.

—Bien —respondí, y me pareció que era la décima vez que lo decía esa mañana.

—Me alegra tenerte de vuelta —miró la cafetera, vio que estaba vacía y cogió una galleta.

—Dice el hombre que me expulsó.

—Dice la mujer que nunca me permitirá olvidarlo.

Avanzó hacia mí y me retiré detrás de mi escritorio.

Puso una cara de exasperación.

—¿Puedes estarte quieta? No voy a hipnotizarte. De todos modos nunca lo he logrado. Eres particularmente difícil.

Y sí, como era de esperar, sentí una oleada de orgullo. También me sentí un poco tonta. Decidí arriesgarme a mirarlo a los ojos —esa mañana eran verdes, de un intenso verde musgo—, pero si me ponía las manos en los hombros, chillaría.

—Anoche no tuve oportunidad de felicitarte —continuó.

Busqué un indicio de sarcasmo en su cara, pero no lo vi.

—Me encantaría decirte que te has equivocado de profesión, pero no quiero perderte en esta.

—Solo lo dices porque el hospital ha salido de esta oliendo a lavanda. Si todavía sospecharan de ti, me darías unas palmaditas en la cabeza haciendo unos ruiditos de preocupación y murmurarías algo sobre sedantes.

Me inmovilizó con la mirada.

—Richard sigue detenido.

Mierda, me había dejado embaucar. ¿Aprendería algún día a utilizar el cerebro antes de abrir la boca?

—Lo siento. Debería haber pensado en ello.

Y entonces esa gran mano caliente me asió el antebrazo y ningún sonido salió de mi boca.

—Has pasado por más cosas esta semana que la mayoría de nosotros en toda nuestra vida. Richard puede cuidar de sí mismo —se volvió para marcharse y noté un vacío frío en el brazo.

—Kenn...

Se giró en el umbral.

—Perdóname.

Arqueó una ceja.

—Por haber sospechado de ti —añadí.

—Disculpas aceptadas. Yo sigo dándole vueltas.

—¿A qué?

—A lo que voy a hacer contigo —me sonrió y salió de la habitación.

Me senté.

—Mierda —dije en voz alta.

Y yo que había creído que todos mis problemas estaban resolviéndose por sí solos.

Bajé la escalera. Un par de pacientes en su tercer trimestre fueron lo bastante amables para decirme que me habían echado a faltar en la última consulta. Pero no podía quitarme de la cabeza el asunto de Tronal, y en cuanto hicimos una pausa para comer, me compré un sándwich y subí a mi despacho. Saqué del bolso los papeles con los que había empezado todo: el registro de partos de las autoridades sanitarias de las Shetland.

«Déjalo, Tora», dijo una voz en lo más recóndito de mi mente; la voz débil y ligeramente nostálgica que habla en nombre de la parte adulta y prudente que hay en mí. Por desgracia, nunca había aprendido a prestar atención a esa voz, y no iba a empezar entonces. Una vez más conté los partos híbridos en Tronal. Cuatro. Cuatro en un período de seis meses significaba entre seis y diez al año. Si alrededor de media docena de bebés habían sido adoptados en las islas, no quedaban suficientes niños para venderlos al extranjero y ganar dinero con ello.

¿De dónde diablos había sacado Stephen Gair los bebés? ¿Y cómo narices podía ser que esa clínica de maternidad ultramoderna que me habían descrito solo atendiera ocho partos al año? El equipo y el personal debían de pasarse la mayor parte del año de brazos cruzados. En Tronal tenían que nacer más bebés que los que reflejaban las estadísticas. Pero ¿cómo era posible que los partos no quedaran registrados?

Dana también había mencionado los abortos, pero eso no tenía mucho sentido. El aborto podía practicarse en todas partes del Reino Unido; ¿por qué diablos iba a viajar un elevado número de mujeres hasta Tronal para algo que podían obtener en su ciudad?

Si hubiera podido acompañar a Helen a Tronal... habría sabido qué preguntas hacer y habría podido detectar las irregularidades mucho mejor que ella. Pero era

imposible; si se celebraba alguna clase de juicio, yo sería una testigo clave. No podía seguir interfiriendo en la investigación oficial.

Empecé a revisar la lista una vez más.

Lo primero que me llamó la atención fueron esas dichosas iniciales. KT. Trauma keloide. Problemas surgidos a partir de una cicatriz en el perineo anterior. Cambié de pantalla y tecleé «trauma keloide» en el buscador de Google. Nada. Pero el término había sido acuñado para describir una condición particular de las Shetland, de modo que quizá todavía no se había dado a conocer en el mundo a través de la red. Entré en los archivos del hospital e hice una búsqueda parecida. Nada. Comprobé de nuevo todas las entradas con las iniciales KT. El 1 de abril, un niño, nacido en Papa Stour. Luego, el 8 de mayo, otro niño, nacido en el Franklin Stone. El 19 de mayo, un tercer niño; por supuesto, todos eran varones. Pero el sexo del bebé no podía haber afectado a una cicatriz en el perineo, ¿no? El 6 de junio, Alison Jenner había tenido un niño en Bressay; unos días después había habido otro parto en el Franklin Stone.

Un momento. Ese nombre me sonaba. Alison Jenner. ¿Dónde lo había oído antes? Jenner, Jenner, Jenner. Mierda, lo había olvidado.

Stephen Renney estaba en su despacho sin ventanas, comiendo un sándwich y bebiendo una lata de Fanta. Advirtió mi presencia en el umbral, levantó la vista y empezó a hacer esos movimientos ligeramente nerviosos y avergonzados que hacemos todos cuando nos sorprenden comiendo solos, como si comer fuera alguna clase de indulgencia no del todo respetable en lugar de la cosa más natural del mundo.

—Perdone —dije, siguiendo la reacción clásica y poniendo cara algo avergonzada, como si lo hubiera sorprendido en el cuarto de baño.

—No se preocupe —respondió él, disculpándose ridículamente.

Se levantó y señaló una silla. Me senté.

—Quería preguntarle algo. Sobre Dana Tulloch.

Tenía los antebrazos apoyados en el escritorio y se inclinó hacia delante. Me llegó el olor a atún de su aliento.

—El señor Gifford me ha dicho que no se encontraron restos de ninguna droga en su organismo y...

—Señorita Hamilton... —se inclinó aún más e hice un esfuerzo por no apartarme; olía como si hubiera estado ingiriendo comida para gato.

—Sé que no puede hablar de ello conmigo y no quiero ponerle en una situación difícil, pero...

—Señorita Hamilton...

—Por favor, concédame un minuto. Esta mañana he hablado con una amiga anestesista. Me ha mencionado ciertas drogas que incapacitarían a cualquiera, pero que no suelen rastrearse en una autopsia. Solo me preguntaba si usted...

—Señorita Hamilton —Stephen Renney había alzado la voz—. Yo no practiqué la autopsia de la señorita Tulloch.

—Ah —dije. ¿Gifford había mencionado a Stephen Renney o simplemente yo lo había supuesto?

—Puedo obtener una copia del informe, por supuesto, pero no creo que haya llegado aún. Puedo comprobarlo por usted.

—Entonces, ¿quién la hizo? —exigí saber, tirando los modales por la ventana. Me miró ceñudo.

—En realidad, yo no llegué a ver a la señorita Tulloch. Solo la tuvieron aquí un par de horas, y yo estaba reunido. Se la llevaron a Dundee. Tengo entendido que el traslado lo solicitó la persona más allegada, una agente de policía. Realizaron la autopsia en Dundee.

—Claro, lo siento.

Helen no lo había mencionado, pero tampoco tenía motivos para hacerlo. Era lógico que encomendara la autopsia a gente que ella conocía y en quien confiaba.

—¿Puedo ayudarla en algo más?

Sé cuándo me echan de un lugar. Sacudí la cabeza, le di las gracias de nuevo y salí.

De regreso en mi despacho, encontré un e-mail de Gifford pidiéndome ayuda en el quirófano para esa tarde. Él tenía todas las horas cubiertas y esa mañana había ingresado un paciente con el apéndice rasgado. Si podía atenderlo yo se evitaría tener que reorganizar la lista. No estoy cualificada para practicar la cirugía en general, pero el apéndice entra en mi especialidad. Consulté el buzón (había un e-mail de Duncan; los demás no eran urgentes) y bajé al quirófano.

El paciente era un hombre de treinta años, sano y en forma. Abrí, revolví por ahí dentro durante unos pocos minutos y extraje la causa del problema; estaba hinchado como un tambor, no era extraño que le doliera. En cuanto lo hube cerrado y se llevaban al paciente a la sala de recuperación entró Gifford. Llevaba todavía el traje de quirófano y los guantes ensangrentados. Bajé la vista. También lo estaban los míos. El resto del personal había salido del quirófano; estábamos solos. Se soltó la mascarilla de una oreja.

—¿Quieres cenar conmigo?

Me dejé la mascarilla puesta.

—¿Cuándo?

Se encogió de hombros.

—¿Esta noche?

Logré mirarlo a los ojos.

—Qué amable. Veré si Duncan puede.

Se acercó y me quitó la mascarilla. Al hacerlo me rozó la mejilla con los dedos enguantados y no pude evitar estremecerme. Él lo notó, por supuesto.

—Volveré a preguntártelo.

Pensé en si tendría la cara manchada de sangre.

—Te enviaré por e-mail las normas del hospital sobre acoso sexual.

Él se rio.

—No te molestes. Las escribí yo.

Se quedó inmóvil un momento, mirándome, y por debajo de los olores antisépticos del quirófano reconocí un olor tan cálido y familiar que tuve ganas de acercarme más, agarrarle la ropa y apretarla contra mi cara. Luego él se volvió y se fue, y el olor desapareció con él. Estaba temblando. La enfermera ayudante entró y empezó a recoger los instrumentos. Le di las gracias y, rezando para no encontrarme con Gifford en el camino de vuelta a mi despacho, me fui.

Pasé una hora en las salas, luego decidí ir a ver a mi paciente del apéndice. Estaba despierto pero soñoliento. Su mujer estaba sentada a su lado; su hijo pequeño, de unos quince meses, estaba de pie en el borde de la cama. La madre le agarraba una mano, el padre la otra, y él daba botes alegremente. No podía ser agradable para mi paciente, pero si él no protestaba yo tampoco iba a hacerlo. Lo examiné, consciente de que había algo en mi cabeza que no me dejaba tranquila, y accedí a que volviera a casa al día siguiente si hacía descanso total.

Me detuve en el restaurante para comprar un bollo de chocolate y me lo llevé al despacho. Me preparé un café, me senté ante el escritorio... y recordé.

El grupo familiar: el paciente del apéndice, su mujer y su hijo. Sabía quién era Alison Jenner. Era la segunda mujer de Stephen Gair, la madrastra del hijo de Melissa.

¿Por qué demonios estaba su nombre en la lista de partos de las Shetland? No era ella quien había dado a luz sino Melissa. ¿Cómo podía estar su nombre en la lista de mujeres que habían dado a luz ese verano? ¿Y por qué su entrada tenía la referencia KT?

Busqué la lista y lo comprobé, por si me había equivocado. Ahí estaba. Alison Jenner, de cuarenta años, había dado a luz a un niño de tres kilos setecientos gramos el 6 de junio. No podía ser una coincidencia, tenía que ser la misma mujer. «¡Vamos, piensa!». Los Gair solo tenían un hijo. De modo que o Stephen Gair había mentado al decir que Connor era hijo de Melissa —¿y por qué diablos iba a hacerlo?—, o la entrada se refería al hijo de Melissa.

Comprobé de nuevo el número de entradas seguidas de las iniciales KT. Ese verano había siete. Busqué la lista del período siguiente, de septiembre de 2005 a febrero de 2006. No había ninguna. Luego retrocedí al invierno anterior. Nada. Volví al verano de 2004. Ninguna entrada con KT. Seguí retrocediendo hasta que volví a ver las iniciales. En el verano de 2002 había cinco entradas seguidas de KT, nacimientos que habrían tenido lugar en diferentes centros de las islas; todos varones.

A medida que retrocedía y examinaba años enteros de una vez, sentí una opresión en el pecho. No había nada en 2001 ni en 2000, pero en el verano de 1999 había seis entradas con las iniciales KT. Varones.

Me entraron ganas de apagar el ordenador, meterme en el coche, irme a casa, coger los caballos y montar kilómetros y kilómetros a lo largo de la playa. O, mejor aún, subir corriendo al despacho de Kenn Gifford, cerrar la puerta con llave y quitarme todo lo que llevaba puesto. Cualquier cosa con tal de apartar mi mente de lo que tenía ante los ojos.

Me quedé donde estaba y abrí más páginas.

Retrocedí hasta 1980 y me di por satisfecha. El patrón era inconfundible. Cada tres años nacían entre cuatro y ocho niños de partos registrados como KT.

Cada tres años el índice de mortalidad femenina de las Shetland presentaba un modesto pero inequívoco aumento. El verano siguiente nacía un número de niños fuera de lo común. Las iniciales KT no tenían nada que ver con el trauma keloide; era la cortina de humo, esa enfermedad probablemente ni siquiera existía. KT significaba Kunal Trow.

Retrocedí lo más deprisa que pude al comienzo del registro informatizado. Empezaba en el año 1975. Debía retroceder aún más.

Me levanté, sentí las piernas algo flojas, y eché a andar por el pasillo lo más rápidamente que me atreví hasta el ascensor de servicio. Llegó en menos de dos minutos, milagrosamente vacío. Pulsé la S de sótano y bajé.

Parecía desierto. Seguí las indicaciones y recorrí un pasillo iluminado por bombillas espaciadas. Había varias fundidas. Mientras caminaba localicé los interruptores en las paredes. No quería verme atrapada en la profunda negrura de ahí abajo, buscando a tientas interruptores que no existían.

Llegué al final del pasillo. Los archivos de la mayoría de los hospitales son el caos y esos no eran una excepción. Ocupaban tres habitaciones del sótano. Empujé la puerta de la primera. Oscuridad. Busqué a tientas un interruptor en la pared. La habitación se iluminó con una luz lúgubre. Notaba el polvo en la garganta. Todo estaba dentro de grandes cajas de cartón marrón que se amontonaban sobre estantes metálicos. La mayoría de los rótulos estaban a la vista. Recorrí los estantes vigilando en todo momento la puerta. Dudaba que alguien fuera por allí más de un par de veces al año. Si cerraban la puerta de golpe y echaban la llave por fuera, podía prepararme para pasar unos agradables días de hambre y terror.

No encontré nada relacionado con el departamento de obstetricia, de modo que abrí la puerta de la segunda habitación. La distribución era la misma que en la primera. Esta vez calcé la puerta con una cuña. Los encontré en la tercera fila. Tardé unos minutos en localizar la caja que necesitaba. La bajé. Dentro había libros de registros de partos escritos a mano; el equivalente manual de las listas que había estado consultando en mi ordenador. Encontré el del año que buscaba, 1972, y lo hojeé hasta julio. Ahí estaba, el 25 de ese mes. Elspeth Guthrie, de treinta y cinco años, había dado a luz en la isla de Unst a un niño de tres kilos y medio. KT.

Estaba en cuclillas, inclinada sobre la caja, y me desplomé en el suelo. Me quedé allí, entre años de porquería y polvo acumulados, sin importarme si me ensuciaba.

Solo se me ocurría una razón por la que podían haber falsificado los registros de los partos hasta el punto de hacer constar a la madre adoptiva como madre biológica: había habido un problema tan serio en el parto, que no soportaría una investigación. La madre biológica de Duncan había sido asesinada. Como Melissa; como todas las demás.

Cada tres años tenían en cautividad a varias mujeres de las islas, las alimentaban como si fueran animales de granja y luego las mataban. Me pregunté si las leyendas de los trows habían inspirado a algún maníaco o, al contrario, si las historias habían nacido a partir de casos reales ocurridos en las islas a lo largo de los años; algo que se sabía pero de lo que nunca se hablaba, nunca se había reconocido abiertamente, porque hacerlo equivaldría a admitir que vivías entre monstruos.

Tenía intención de buscar también la ficha de nacimiento de Kenn, pero no me vi con fuerzas. Ya era suficiente.

Me levanté, tapé la caja y la devolví al estante. Con el libro bajo el brazo, salí de la habitación, obligándome a no correr; apagué las luces y me encaminé hacia el ascensor. Pero entonces cambié de opinión y eché a andar en sentido contrario, hacia la escalera, sin parar de repetirme que debía tranquilizarme y actuar con calma, que nadie sabía lo que había descubierto y que durante un tiempo estaría fuera de peligro. Solo tenía que mantener la serenidad.

¿Cómo demonios lo hacían? ¿Cómo podías hacer desaparecer a una mujer y convencer a todos sus parientes de que había muerto? ¿Cómo se celebra un funeral con un ataúd vacío? ¿Nadie había echado un último vistazo y había descubierto un ataúd forrado de color rosa y lleno de ladrillos?

Estaba en la planta baja. Y estaba sin aliento. Me detuve unos segundos.

No era posible que hubieran utilizado apariencias —el equivalente de la moribunda Cathy Morton— para todas ellas. No podían haber encontrado suficientes mujeres gravemente enfermas. El cambio Cathy/Melissa tenía que haber sido un caso especial. Volví a la teoría de la hipnosis y las drogas, a la implicación de suficientes personas para tener la seguridad de que el procedimiento nunca sería cuestionado: el médico administraba los fármacos, declaraba la muerte, consolaba a la familia; el forense rellenaba los formularios y presentaba informes de cadáveres que no existían; se disuadía a los parientes de ver el cadáver con distintos pretextos.

Volví a estar en la planta de mi despacho.

Pobre Kirsten, mi compañera ecuestre. Me había arrodillado junto a su tumba, había arreglado las flores primaverales y había sentido cierta empatía por la forma en que había muerto. Pero ella no estaba allí abajo. Seguía en mi terreno, en su verdadera tumba; tenía que estarlo. Los rastreos con aparatos especiales habían sido una farsa, también los más recientes llevados a cabo ese mismo día. Si el comisario Harris había estado presente..., bueno, me gustaría saber dónde y cuándo había nacido.

Por un momento me pregunté si había descubierto de dónde sacaba Stephen Gair

sus niños. Pero algo seguía sin cuadrar. Las cifras —una media de dos bebés por año — eran demasiado bajas para producir la clase de ingresos que Helen y yo habíamos descubierto. Además, todos los bebés que podía nombrar —Duncan, Kenn, Andy Dunn, Connor Gair— habían sido adoptados en las islas. Cabía la posibilidad de que hubiera otros. El dinero tal vez había cambiado de manos, pero no explicaba las enormes sumas —varios millones todos los años— que entraban procedentes del extranjero. Por otra parte, vender los bebés al mejor postor sería un riesgo demasiado grande. No, fuera cual fuese el motivo que guiaba a esa gente, tenía que ser algo más que el dinero. Los bebés que vendían llegaban de otra fuente.

Encontré el despacho tal como lo había dejado. Había café preparado y me serví un tazón, derramando bastante en el proceso. O me tranquilizaba o la primera persona que me viera sabría que estaba pasando algo. Creo que el teléfono llevaba rato sonando cuando llegué hasta él y contesté.

—Estaba a punto de probar en tu casa.

Era Helen. Aún no podía decírselo. Antes debía calmarme. Si abría la boca, balbuciría como una idiota.

—¿Dónde estás? —logré decir.

—A punto de salir de Tronal. Uf, se está levantando el viento. ¿Me oyes?

Experimenté una oleada de pánico tan intenso que resultó doloroso. Había olvidado que Helen había ido a Tronal.

—¿Estás bien? ¿Con quién estás?

—Tora, estoy bien. ¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada, nada, solo estoy cansada —dije, ordenándome serenarme y tomármelo con calma. Respiré hondo—. ¿Cómo ha ido?

—Es un lugar singular. Solo había unas pocas mujeres, la mayoría dormidas. En la maternidad había un par de bebés. Volveremos por la mañana. Me quedaré unos días en Unst.

—¿Te veré pronto?

Se quedó callada un segundo. Alcancé a oír el motor de la lancha y el silbido del viento.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó por fin.

—Estoy bien —repetí. Luego, porque no parecía suficiente, añadí—: Me voy a casa. Duncan y yo vamos a salir a cenar.

—Me alegro, porque, verás, quería pedirte un favor. Es algo personal y no he tenido ocasión de hacerlo esta mañana. ¿Es buen momento?

—Por supuesto —dije. Era un momento excelente. Estaba preparada para casi todo; cualquier cosa que no requiriera pensar, moverme ni hablar.

Bajó la voz.

—El caso es que tengo que empezar a pensar en el funeral de Dana. Soy la

persona más allegada, ya sabes.

Lo sabía; mi afable forense me lo había dicho. El funeral de Dana. Cerré los ojos y me vi en medio de una reunión solemne y triste, en una iglesia antigua, grande como una catedral y débilmente iluminada por altas velas blancas. Pude oler el humo de la cera y el incienso que llegaba del altar mayor.

—Sé que hacía poco que la conocías —oí la voz de Helen a lo lejos—, pero creo..., bueno, creo que le causaste una gran impresión. A mí también, por cierto. Significaría mucho para mí que asistieras.

Las flores de Dana serían blancas: rosas, orquídeas y lirios; elegantes y hermosas como ella. Seis agentes de policía jóvenes, impecablemente uniformados, la llevarían al altar. Se me hizo un nudo en la garganta. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas y dejé de ver la habitación en la que me encontraba.

—Por supuesto —dije—. Por supuesto que iré. Gracias.

—No, gracias a ti —la voz de Helen se había vuelto más grave.

—¿Será en Dundee? ¿Ya sabes la fecha?

—No. Todavía estoy esperando a que en tu hospital me digan cuándo podrán trasladarla. Necesitan retenerla un poco más. Lo entiendo, por supuesto, pero me gustaría que las cosas se agilizaran.

Y la imagen se paralizó de golpe, los portadores del ataúd uniformados dejaron de moverse, las velas parpadearon y se apagaron.

—¿Sigue aquí? ¿En el hospital?

No esperaba que me oyera, apenas me oí yo, pero el viento debió de dejar de soplar en ese preciso momento, porque respondió:

—Solo temporalmente. He de irme. Hasta luego.

Colgó. Parpadeé con fuerza. Tenía la cara mojada pero mis ojos estaban limpios. Volvía a ver con claridad la habitación que hacía unos segundos había sido una piscina. Me levanté. Podía moverme. Y, gracias a Dios, pude volver a pensar.

En aquel momento comprendí el significado verdadero y completo de la palabra revelación. Porque acababa de tener una. Todavía había muchas cosas que se me escapaban, pero comprendí algo con absoluta y total claridad. Lo sentía, pero no iba a poder complacer a Helen. No iba a ser uno de los que lloraran la muerte de Dana, mordiéndome los labios y secándome los ojos mientras observaba cómo llevaban el elegante e ingrátido ataúd a la tumba. No iba a participar en el viejo ritual de entregar el cuerpo a la tierra o las llamas. No pensaba ir a ese funeral.

Porque Dana no estaba muerta.

Una hora y media después me dirigía en coche al ferry de Yell. Aún no eran las ocho, pero esa iba a ser la última travesía de la tarde; el cielo estaba encapotado y amenazaba con caer una tormenta. Me quedé sentada en el coche, tiritando a pesar de la chaqueta que llevaba, y traté de no pensar en las olas que se estrellaban contra el ferry mientras nos abríamos paso a través del estrecho de Yell. Cuando el hombre del ferry se acercó, le pregunté a qué velocidad creía que soplaba el viento. Entre cinco y seis nudos, dijo, y aumentaría antes de que terminara la noche.

No quise pensar en las otras tormentas que podían estallar antes del amanecer. Tenía la sensación de que cada acción que realizaba era la última. Poco antes de salir del hospital llamé a casa. Duncan no contestó y tampoco lo encontré en el móvil. Le dejé un mensaje: había habido una emergencia en el hospital y trabajaría hasta tarde. Añadí que le quería; en parte porque era cierto, pero también porque no estaba segura de si volvería a tener ocasión de decírselo.

Tenía mariposillas bailando samba en mi estómago cuando bajé del ferry. Tuve que seguir conduciendo, pero no me importó. Necesitaba la protección de la oscuridad para llevar a cabo mis planes, y un poco más de tiempo para aunar el coraje suficiente. Por otra parte, sabía que si le daba demasiadas vueltas me echaría atrás.

Había tomado una pequeña precaución antes de irme de Lerwick. Había metido en un sobre el libro de registro del sótano junto con varias hojas impresas y una nota que había escrito rápidamente, había pasado por casa de Dana y lo había dejado en la cocina, encima de la nevera, bien a la vista. En algún momento de los próximos días Helen lo encontraría. Si yo no volvía, ella sabría adónde había ido y por qué. Pasara lo que pasase, no iba a desaparecer sin dejar rastro.

Helen había pasado la mayor parte del día en Tronal con su equipo e iba a quedarse a dormir en Unst. La gente de Tronal estaría recelosa. Todo lo que tuvieran que esconder estaría bien escondido. Controlarían los acercamientos desde el norte y el nordeste, y detectarían de inmediato cualquier barco que saliera de Unst. No podía contar con llegar a la isla desde allí sin llamar la atención.

De modo que no iba a intentarlo siquiera.

En Gutcher on Yell hay un pequeño club náutico junto al embarcadero. Tiene unos veinte socios, todos de Yell, y está afiliado al club vecino de Unst. Yo tenía una llave del cobertizo que hacía las veces de sede. Una vez dentro, rompería el armario de las llaves de los barcos. Eso sería lo fácil.

A continuación tendría que manejar un barco desconocido, navegar en la oscuridad, sola, con vientos de tormenta y en aguas que apenas conocía, hacia una zona donde la navegación era notoriamente traicionera. Pero ni siquiera eso sería lo difícil.

Dios mío, ¿en qué demonios estaba pensando?

Aparqué. Con alivio y decepción (por partes iguales), vi que el aparcamiento

estaba vacío y que no se veían luces dentro del club. A esas alturas habría tomado cualquier obstáculo que se hubiera interpuesto en mi camino como una señal para no continuar. Tardé unos segundos en romper el armario y encontrar las llaves que buscaba. Cogí varios impermeables y un chaleco salvavidas, y bajé al embarcadero.

Duncan y Richard tenían un amigo en Yell que era un gran navegante. Hacía poco se había comprado uno de los nuevos modelos deportivos, y Duncan y yo habíamos salido varias veces con él. Era un velero pensado para la velocidad, pero contaba con una quilla que ofrecía mayor estabilidad que una lancha corriente. Tenía un motor, para cuando el viento no soplaba a tu favor; una pequeña cabina cubierta, para cuando era el tiempo el que no estaba de tu parte, y un ancla que permitía atracar en alta mar.

Estaba a punto de añadir un gran hurto a la lista de cargos que la policía y las autoridades de las demás islas tenían contra mí, pero tal vez no viviera para contarlo.

El embarcadero, que tenía como mínimo cincuenta años, se balanceaba bajo mis pies. El viento me levantó el pelo y supuse que había alcanzado los seis nudos. Si aumentaba más estaría poniendo estúpidamente en peligro mi vida. Probablemente lo haría de todos modos.

Los puertos náuticos nunca son lugares silenciosos y, cuando los recorren fuertes vientos, el ruido puede llegar a ponerte los nervios de punta. Había atracadas varias embarcaciones, y sus jarcias sonaban como tantas guitarras agudas y desafinadas. Algunas entrechocaban entre sí y, a pesar de lo relativamente resguardado que estaba el puerto, las pequeñas olas se estrellaban con agresividad contra los cascos. Aquello no auguraba nada bueno en cuanto a las condiciones en mar abierto.

Localicé el velero, subí a bordo, entré en la cabina, y tuve un ataque de nervios que me dejó sin fuerzas. Me obligué a concentrarme en poner a punto la embarcación, paso a paso. Si me topaba con algo que no sabía hacer, esa sería la señal para rendirme. Fijé el foque en su sitio y pasé la escota por los orificios. Luego coloqué la vela mayor y solté la contra de la botavara. Comprobé el combustible y el tablero de mandos. Esperando oír en cualquier momento un grito de indignación, terminé más deprisa de lo que esperaba. Y me tranquilicé. Un poco.

Nuestro amigo tenía a bordo cartas de navegación que estudié con detenimiento. Del puerto náutico de Gutchter navegaría un kilómetro y medio hacia el sudeste, oculta por una pequeña isla deshabitada llamada Linga. Una vez dejara atrás Linga, cambiaría de rumbo y me dirigiría hacia Tronal. En el lado occidental de la isla había acantilados, pero también una zona de playa en pendiente. Podría echar el ancla. Si es que llegaba hasta allí.

Me dije ahora o nunca y, soltando el largo de popa, hice un nudo corredizo en la proa y arranqué el motor. Puse la marcha atrás y salí despacio del puerto. No me vio nadie, o al menos nadie gritó ni dio la alarma.

Mientras salía del puerto, una ola rompió contra la proa de estribor y me dio de pleno en la cara. No imaginaba que haría tanto frío. Me puse la capucha y tiré de los

cordones.

El cielo estaba encapotado y oscurecía con rapidez. Metí el mapa en una funda de plástico y lo colgué del tablero de mandos; muy pronto, ya casi sin visibilidad, tendría que consultarlo cada cinco minutos. Hice virar el barco bruscamente hacia estribor y me adentré en el canal entre Linga y Yell. Las olas golpeaban el barco por delante. Cada pocos segundos se estrellaba una contra el casco y sus gélidas partículas caían con violencia sobre la proa. No tardé en estar calada.

Estaba dejando atrás las luces de Gutchet. Al otro lado se alzaba la tierra como sombras oscuras. El motor era pequeño, avanzaba con gran esfuerzo a cuatro nudos y hacía demasiado ruido. Si quería llegar a Tronal en menos de una hora sin que nadie me oyera, tendría que navegar a vela. Empecé a izar la vela mayor. El barco escoró de inmediato.

Necesité reunir todo mi coraje para desplegar el foque; sabía que no tendría suficiente estabilidad sin él. Lo saqué hasta la mitad. La vela se tensó, el barco tomó velocidad, y apagué el motor.

A los pocos minutos el barco iba a siete nudos y escoraba en un ángulo de treinta grados. Me apoyé contra el lado del barco para mantenerme erguida mientras chocábamos con olas que parecían muros de ladrillo. Pero estaba haciendo progresos. Y estaba al mando de la situación. Por los pelos.

Luego me refugié en la cabina. Las ráfagas fuertes de viento amenazaban con hacer escorar el barco. Con una mano alertaba con fuerza el timón mientras con la otra sujetaba la escota de la mayor. Cada vez que notaba que perdía el control del timón, aflojaba un poco la escola y me agarraba fuerte, hasta que el barco volvía a enderezarse.

Antes de que me diera cuenta había llegado al extremo sur de Linga y tenía que abandonar la protección del canal. Puse rumbo a babor y cambié las velas. El viento soplaba del lado de babor de la popa, y el barco dejó de escorar y volvió a enderezarse. Las velas se hincharon y el barco tomó velocidad. Siete nudos y medio, ocho, ocho y medio. A ese ritmo, si no la fastidiaba, no tardaría en llegar a Tronal.

¿Y qué demonios iba a encontrar allí?

Helen se había equivocado. Era una buena policía y había hecho lo que estaba entrenada para hacer: se había atenido a los hechos. Los hechos nos habían guiado hasta ahora. Nos habían conducido al descubrimiento de Tronal como el centro de un complot de venta ilegal de bebés, con Stephen Gair como jefe de la operación, ayudado por Dunn y otros sujetos más, todavía por determinar.

Nos habían conducido al asesinato de Melissa para proteger la operación, quitándola de en medio de un modo que en el curso normal de los acontecimientos nunca habría resultado sospechoso, aunque se hubiera descubierto su cuerpo.

Pero los hechos no explicaban el extraño ritual de su entierro en mi terreno, en lugar de arrojarla al mar. No explicaba —dejando a un lado el vínculo paterno— que Gair hubiera asumido el enorme riesgo de tenerla prisionera hasta que diera a luz a su

hijo. No explicaba que yo hubiera encontrado el anillo de boda de Kirsten en mi terreno.

Los hechos tampoco explicaban el incremento regular en el índice de defunciones de mujeres, seguido un año más tarde de una tanda de niños registrados incorrecta e ilegalmente como hijos biológicos de sus madres adoptivas.

Por supuesto, sabía que si diseccionara los cuerpos de esos trows, y realizara todos los análisis médicos conocidos con su sangre, su ADN y su estructura ósea, no serían diferentes anatómicamente de cualquier otro ser humano varón. Sin embargo, y esa era la cuestión crucial, ellos se creían diferentes del resto de la raza humana, con distintos derechos y responsabilidades; consideraban que no estaban sujetos a las leyes ordinarias de los hombres sino a un código propio determinado, administrado y monitorizado por ellos mismos.

El barco siguió avanzando mientras caía la oscuridad total. La brújula me indicaba que llevaba buen rumbo y el mapa no anunciaba accidentes inmediatos, pero por lo demás iba a ciegas. Aparte de unos pocos faros parpadeantes, navegaba en un vacío negro y profundo. Unas sombras en el horizonte casi invisible me decían que había islas o grandes rocas a mi alrededor, pero no estaban cerca. El medidor de profundidad se había rendido, incapaz de hacer cálculos en aguas tan profundas. Eso era tranquilizador, pero no me gustaba pensar en las brazas de negrura que había por debajo de mí. Seguí avanzando, preguntándome qué me esperaba en Tronal.

La historia ofrece innumerables ejemplos de la autoproclamada raza superior. Eso tenía que ser con lo que me estaba enfrentando: un grupo de hombres que se creían intrínsecamente mejores que el resto de los mortales. En ese remoto rincón del mundo, unas pocas docenas de isleños gobernaban su reino privado. Dirigían la policía, el gobierno local, el servicio de salud, los colegios, la cámara de comercio; controlaban todos los aspectos de la vida en la isla; conseguían automáticamente los mejores empleos, los contratos más fantásticos, el ingreso en los mejores clubes; se hacían ricos con una compleja red de negocios legales e ilegales. Desde el descubrimiento de los campos petrolíferos del mar del Norte, las islas Shetland disfrutaban de una prosperidad económica sin precedentes y un grupo de lugareños le estaba sacando partido. Eran como masones reunidos con la mafia. Con un toque extra de perversión.

Por supuesto, a medida que la tarde daba paso a la noche, me pregunté por qué esos hombres no dejaban las cosas como estaban; se casaban y procreaban como los demás hombres, y disfrutaban de los frutos de su pequeño feudo. ¿Por qué tenían que raptar, violar y asesinar a las madres de sus hijos? Supuse que esa horrible forma de actuar y el reducido número de niños nacidos a partir de ella estaban en el núcleo mismo de su unicidad. El hecho de ser tan pocos les hacía, a sus ojos al menos, enormemente especiales.

Los niños nacidos en la comunidad trow se enfrentarían a una elección difícil: o aceptar lo que eran, disfrutar de enormes ventajas y lidiar con la horrible realidad de cómo habían sido creados; o marcharse y exponerse a la destrucción de todos y todo lo que les habían enseñado a valorar. Ahora sabía que Duncan no tenía ningún deseo de dejarme; era de esa vida de lo que quería huir. Sabía por qué le había deprimido tanto volver a las Shetland a pesar de las enormes ventajas que le habían brindado; por qué había habido tanta tensión en nuestra relación. Duncan luchaba contra las fuerzas que le habían hecho regresar. Mi corazón estaba con él, pero de momento era una lucha que tendría que librar él solo. Yo ya tenía mis propios problemas que resolver y, de todos modos, tenía la impresión de que él estaba en clara desventaja.

Sobre mí flotaba una masa de oscuridad cada vez más negra, su forma se revelaba más sólida que la noche que la rodeaba. Hasta me pareció ver pequeñas luces. Me estaba acercando a Tronal. Enrollé el foque y la velocidad del barco se redujo un par de nudos. Distinguí bultos y crestas en los acantilados, y vi una zona más clara que debía de ser la arena de la playa. El medidor de profundidad volvía a funcionar. Quince metros, catorce, trece...

Las olas rompían en la orilla. Diez metros, nueve... Estaba a punto de virar para ponerme contra el viento y poder arriar las velas cuando vi rocas a babor. A estribor parecía despejado, pero iba a tener que hacer un giro de casi trescientos grados y no estaba segura de si avanzaba a suficiente velocidad. Volví a mirar hacia babor; más rocas. Cinco metros de profundidad, cuatro, tres... Me incliné hacia delante lo más deprisa que pude para levantar la quilla y solté la vela mayor. Luego cerré los ojos y agarré con fuerza el timón. El viento soplaba por detrás y el barco siguió avanzando hasta que el sonido del roce del casco por abajo y una gran sacudida me informaron de que había tocado tierra. Un metro más y se detuvo.

Recogí lo que necesitaba de la cabina y salí de nuevo. De pie en la estrecha cubierta contemple Tronal, la fortaleza geográfica que estaba a punto de invadir. Desde el principio de los tiempos la gente se había rodeado de agua para protegerse contra las invasiones. Pero no era solo con la isla con lo que iba a enfrentarme; era con la fortaleza de los trows, una estructura invisible pero compleja dirigida por hombres muy poderosos. Dotados de mucha fuerza y de aptitudes hipnotizadoras. De poco servía que me repitiera que solo eran hombres. Durante generaciones se habían convencido a sí mismos de que eran diferentes.

Después de todo, si crees firmemente en algo, se convierte en una especie de verdad.

La playa era estrecha, en pendiente, con cantos rodados desperdigados que brillaban negros en la oscuridad. Por todos lados se alzaban sobre mí acantilados bajos y escarpados. Me pareció que se movían y casi grité, luego me relajé. Eran el hogar de cientos de aves marinas (gaviotas o fulmares, no sabía distinguirlos) que retorcían sus vientres blancos, batían las alas, y subían y bajaban la cabeza contra las paredes negras de granito.

Saqué el ancla del armario y caminé varios pasos hacia la orilla hasta encajarla debajo de una pequeña roca. En el caso de que lograra volver a la playa, el barco estaría esperándome. Me puse a la espalda la pequeña mochila que había llevado conmigo y eché a andar.

Me encaminé hacia el punto más bajo del acantilado. Estaba demasiado oscuro para ver con claridad y continuamente tropezaba o me resbalaba. Cuando llegué al final de la playa empecé a subir. Al cabo de unos metros, los guijarros dieron paso a matas de hierba y a ligeros y toscos arbustos de brezo. No era una cuesta empinada, pero cuando llegué a lo alto, jadeaba. Arriba, una cerca de alambre de espino recorría el contorno de la isla, pero yo iba preparada. Con unos alicates pequeños que había cogido del barco, corté y me abrí camino. Después de eso había un muro de piedra que me llegaba a la cintura. Lo salté con cuidado de no mover ninguna piedra suelta. Miré alrededor, vi una piedra caída y la coloqué encima del muro para señalar el lugar donde había cortado el alambre.

Agachada, miré alrededor. Tronal es una isla pequeña con forma ovalada, cerca de un kilómetro y medio de longitud y medio de ancho, y tres promontorios achaparrados en el límite sudeste. Su punto más alto, que era más o menos donde me encontraba, se halla cincuenta metros sobre el nivel del mar. Al mirar hacia el norte vi las luces de Uyeasound on Unst, y también algunas en el diminuto puerto deportivo de Tronal. Un solo espigón, nuevo y sólidamente construido, sobresalía del pequeño puerto natural. Había atracados varios barcos, entre ellos un yate blanco. Cerca del embarcadero había un Land Rover aparcado. Me pareció ver movimiento alrededor de él.

Del puerto salía una carretera desigual de un solo carril que cruzaba la isla hacia los únicos edificios que quedaban a la vista. Casi en el centro de la isla el terreno se elevaba y volvía a descender, formando una hondonada natural en la que se apiñaban los edificios. Me agaché más y empecé a andar hacia ellos.

El instinto me decía que no me alejara de la ladera y me moviera todo lo deprisa que el abrupto terreno me lo permitiera. En cierto momento me pareció oír voces y, diez minutos después, el ruido del motor de un barco, pero el viento seguía soplando con fuerza y no podía estar segura.

Al cabo de quince minutos de avanzar agachada y con dificultad, vi luces no muy lejos. Subí a lo alto de la colina y me tumbé en la hierba áspera y espinosa. Abajo, a

quince metros como mucho, estaba la clínica.

Era un edificio de una sola planta, hecho con piedra de la región y con tejado de pizarra, construido alrededor de un patio cuadrado. Por el lado nordeste, un arco con una verja permitía el acceso a los vehículos. La verja estaba abierta. En el tejado había buhardillas a intervalos regulares, seis en cada lado. Solo se veían unas pocas luces en el edificio, pero toda la zona estaba débilmente iluminada por una serie de focos pequeños colocados a lo largo de senderos de grava. Volví a ponerme en camino pero me mantuve a distancia para inspeccionar el edificio desde todos los ángulos antes de decidir si era seguro acercarme.

Hacia el sur, lejos de la verja de entrada, vi toda una hilera de habitaciones con la luz apagada. Las persianas estaban abiertas, pero no distinguí nada dentro.

En el ala sudeste había movimiento. Varias de las ventanas tenían las persianas abiertas y las luces encendidas. Me escondí en la penumbra y observé. Allí dentro había hombres. Conté media docena, pero podrían haber sido más. Tres, tal vez cuatro, estaban en una especie de sala de reunión; vi sillones y un televisor fijado a la pared. Otros dos estaban en una cocina amplia y reluciente de acero inoxidable. Varios de ellos vestían tejanos y jersey, y había un par con el uniforme de quirófano. Charlaban de pie con un tazón humeante en la mano. Uno de los hombres de la cocina fumaba y dirigía el cigarrillo hacia una ventana abierta. En mi reloj eran las diez pasadas. En un hospital normal las cosas empezarían a estar más tranquilas. Nada que ver con aquello.

Me agaché; pensé en los vídeos de vigilancia, los reflectores de seguridad, las alarmas. Si ese edificio era la prisión que creía que era, contaría con todo eso. Doblé otra esquina y vi una hilera de ocho ventanas, todas con las persianas abiertas. Seguí andando. Había una fila de edificios externos a diez metros del principal. Decidí esconderme detrás de ellos.

Debía de estar a unos seis metros de los cobertizos cuando estalló una algarabía atronadora: los ladridos nerviosos de varios perros grandes. Me tiré al suelo y, con las manos unidas al pecho, me enrosqué instintivamente formando el ovillo más apretado que pude.

Los ladridos se hicieron más intensos, hubo arañazos en la madera, y los animales se hirieron unos a otros en su ansia por alcanzarme, por cuál sería el primero en desgarrarme.

No ocurrió nada; ni oí pisadas de patas grandes, ni dientes irregulares se clavaron en mi carne. Pero el estruendo cacofónico continuó, los perros estaban cada vez más furiosos con ellos mismos, conmigo y con la situación. Con un alivio que casi consiguió que me desmayara me di cuenta de que no podían alcanzarme. Estaban encerrados.

Me obligué a gatear. Volví por el mismo camino, pasando por la sala de reunión y la cocina. A medida que mi olor se hizo más débil los perros se calmaron. A los pocos segundos oí una voz de hombre hablar con ellos, tranquilizándolos.

El televisor de la sala de reunión estaba encendido y había varios hombres apiñados alrededor, mirando con interés. Con suerte, eso los distraería un rato. Además, si bien mi reciente encuentro con el mundo canino me había dejado temblando con violencia, me di cuenta de que la presencia de los perros era una buena noticia; siempre que los tuvieran encerrados. Si los perros guardianes se encargaban de la seguridad de la isla, tal vez se apoyaran menos en aparatos como alarmas y cámaras. Por supuesto, una vez que soltaran a los perros, mi esperanza de vida sería de diez minutos.

La cocina estaba vacía, la ventana del fumador seguía abierta.

Pensar siquiera en enfrentarme al personal clínico reunido en la habitación contigua era un riesgo estúpido y absurdo. Era mucho más sensato cruzar de nuevo la isla hasta el barco, subirme a él y navegar hasta Unst; y, una vez allí, intentar convencer a Helen para que volviera antes de lo previsto y tomara Tronal por sorpresa. De ese modo, tal vez todavía estaría viva cuando saliera el sol. Pero ¿lo estaría Dana?

Mirando alrededor, vi un arbusto alto y corrí hacia él. Allí detrás, me quité la mochila y el impermeable. Debajo llevaba el uniforme de quirófano; no me lo había quitado en todo el día. Me puse un gorro y me metí el pelo dentro. Si alguien me veía fugazmente y de lejos, tal vez no hiciera sonar la señal de alarma. Eché a correr, me detuve para comprobar si la cocina seguía vacía, y trepé a la ventana.

El televisor de la sala contigua tenía el volumen alto y estaba casi segura de que nadie me había oído entrar. Me deslicé hasta una superficie de trabajo de acero, bajé al suelo y escuché con atención: nada aparte del débil canto de los hinchas de algún deporte por la televisión y alguna exclamación procedente de la habitación de al lado. Me incliné y ajusté la ventana para que pareciera que estaba cerrada. Con suerte, cualquiera que echara un vistazo la creería cerrada a cal y canto. Crucé la cocina y abrí la puerta con cuidado. El pasillo estaba vacío y me dirigí hacia la izquierda, lejos de la sala de reunión. Miré hacia arriba y en la intersección de la pared con el techo vi cámaras. Solo podía esperar que nadie estuviera vigilándolas.

Caminé despacio y sin hacer ruido, alerta al más mínimo sonido que me indicara que se acercaba alguien. A lo largo de la pared, a mi derecha, había alguna que otra ventana que daba a un oscuro patio interior. Al otro lado del patio había otro pasillo iluminado y con ventanas. Sería difícil pasar desapercibida. Por fuera el edificio me había parecido viejo, pero una vez dentro no daba esa impresión. Era demasiado regular, demasiado limpio y moderno en su construcción, con muchas ventanas grandes. A mi izquierda había habitaciones, la mayoría cerradas; en una vi luz por debajo de la puerta y me apresuré a dejarla atrás. Dos tenían la puerta abierta y atisbé dentro. La primera era un despacho: un escritorio, un ordenador, una estantería acristalada; la segunda era alguna clase de sala de reuniones.

Llegué al final del pasillo y vi a mi derecha una puerta que daba al patio. A mi izquierda estaban las puertas dobles de acero de un ascensor grande y una escalera.

Empecé a subir.

Siete peldaños más arriba, la escalera describía un giro de ciento ochenta grados. En lo alto había una puerta contra incendios. La abrí y miré qué había al otro lado. Se abría a un pasillo estrecho sin ventanas. A lo largo del techo bajo, empotrados a la misma distancia unos de otros, se sucedían unos focos de poca intensidad. Conté seis puertas a mi derecha. Cada una tenía una pequeña ventana con persiana. Aparté la primera persiana.

La habitación que había detrás estaba oscura, pero distinguí una cama estrecha típica de hospital con estructura tubular y un armario de color pálido a un lado. También una butaca y un pequeño televisor fijado a la pared. En la cama había alguien, pero estaba tapado y no vi si era joven o viejo, hombre o mujer, o si estaba vivo o muerto.

Me acerqué a la siguiente habitación. La misma distribución. Pero esta vez, mientras miraba, la figura de la cama se movió, se dio la vuelta y se estiró hasta quedarse de nuevo quieta.

La siguiente habitación estaba vacía, lo mismo que la cuarta.

En la quinta había luz. En la butaca había una mujer leyendo una revista. Levantó la vista y nos miramos. Luego dejó caer la revista, puso las manos en los brazos de la butaca y se dio impulso para levantarse. Iba con pijama y bata. Estaba embarazada.

Se acercó a la puerta. Yo tenía los nervios a flor de piel, pero sabía que si echaba a correr el juego habría terminado. Abrió la puerta y ladeó ligeramente la cabeza.

—Hola —dijo.

Yo solo podía sostenerle la mirada. Se le formaron arrugas en la frente y entrecerró los ojos.

—Lo siento —logré decir—. Ha sido un día muy largo, me he pasado cuatro horas en el quirófano y parece que ya no me rige el cerebro. ¿Cómo se encuentra?

Ella se relajó y retrocedió, invitándome a pasar. Entré, cerré la puerta detrás de mí y antes bajé la persiana.

—Estoy bien —respondió ella—. Solo un poco nerviosa. El señor Mortensen dijo que me daría algo para ayudarme a dormir; pero supongo que ha estado muy ocupado —se apoyó contra la cama—. Lo de mañana sigue en pie, ¿verdad?

Me obligué a sonreír.

—No tengo noticia de lo contrario.

—Gracias a Dios. Solo quiero acabar de una vez. Necesito volver a trabajar.

Un aborto. Dana me había dicho que la clínica practicaba abortos. Esa mujer, al menos, estaba allí voluntariamente.

—¿La había visto antes? —me preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Creo que no. ¿Lleva mucho aquí?

—Cinco días. Necesito volver a casa. Pensé que serían solo veinticuatro horas.

—He estado fuera una semana y he vuelto esta tarde —dijo—. Aún no he tenido

tiempo de leer su historial. ¿Ha habido complicaciones?

Ella suspiró y se incorporó con esfuerzo en la cama.

—Todas las que pueda imaginar. Parece ser que tengo la tensión arterial por las nubes, aunque en el pasado nunca había tenido ningún problema. Azúcar y proteína en la orina. Y rastros de infección viral en la sangre, aunque por qué los detiene eso, se me escapa.

A mí también se me escapaba. No tenía ningún sentido. Allí pasaba algo raro. Eché un vistazo a los papeles que colgaban al pie de la cama y encontré su nombre.

—Emma, ¿me dejas echar un vistazo a tu barriga?

Ella se recostó y se abrió la bata. Era una mujer despampanante de casi treinta años, alta, con el pelo largo y rubio, los labios gruesos y muy rojos, y una dentadura blanca y perfecta.

Le apreté el abdomen con suavidad. Enseguida noté una patada. La miré, pero su cara estaba tensa. No me miraba.

—¿En qué trabajas, Emma? —pregunté mientras deslizaba las manos hacia arriba.

Ella sonrió.

—Soy actriz —lo dijo como quien lleva mucho tiempo esperando pronunciar esas palabras y no se ha acostumbrado del todo a la emoción de pronunciarlas—. Acabo de conseguir un papel en el West End —nombró un musical que me sonaba remotamente—. Mi suplente me ha sustituido, y si no vuelvo pronto podrían darle el papel a ella para siempre.

Terminé mi examen y le di las gracias. Estaba lejos de sentirme contenta. Volví al pie de la cama y cogí otra vez su historial. En la segunda página encontré lo que buscaba. Última menstruación: 3 de noviembre de 2006. Me quedé mirando la cama mientras trataba de hacer cálculos mentales. Luego revisé las otras anotaciones. Levanté la vista. Emma volvía a estar sentada y me observaba. Tenía una expresión cauta, los labios apretados en una línea recta.

—Emma, aquí pone que la última vez que tuviste el período fue el 3 de noviembre. ¿Es correcto?

Asintió.

—¿Eso significa que estás... de veintisiete, veintiocho semanas?

Volvió a asentir, más despacio. Por un momento solo pude mirarla. Luego volví a concentrarme en su historial, revisando una y otra vez todo lo que había anotado en él. Ella se echó hacia delante.

—No me diga que eso va a ser un problema. Me prometieron...

—No, no... —alcé las manos—. Por favor, no te preocupes. Como te he dicho, estoy poniéndome al día. Ahora te dejaré descansar.

Miré una vez más el historial y me acerqué a la puerta. Ella me observó desde la cama como quien observa un gato moverse por una habitación. En la puerta me detuve y me volví.

—¿Cómo conociste Tronal, Emma? Si trabajas en el West End, debes de vivir en Londres. Has venido de muy lejos.

Ella asintió despacio, todavía recelosa.

—Se lo diré —convino por fin—. Fui a una clínica de Londres. Me dijeron que no podían ayudarme, pero que tenían unos folletos.

—¿Folletos sobre Tronal?

Sacudió ligeramente la cabeza.

—No mencionaban Tronal. No tenía ni idea de que tendría que venir a las Shetland. El folleto decía algo sobre orientación y asesoramiento para mujeres embarazadas en su segundo y tercer trimestre. Había un número de teléfono.

—¿Y llamaste?

En alguna parte del edificio sonó un timbre. Intenté que Emma no viera que me ponía en tensión.

—No tenía nada que perder. Fui a ver a un médico que tenía la consulta en Harley Street. Me mandó aquí.

Tenía que irme. Forcé una sonrisa y miré el reloj.

—He quedado con el doctor Moneasen dentro de una hora —dije—. Le preguntaré si puedo darte algo para dormir. ¿Estarás bien hasta entonces?

Ella asintió y pareció relajarse un poco. Le dediqué una última sonrisa y salí de la habitación. Con suerte, Emma esperaría una hora para ver si cumplía mi promesa. Disponía de una hora. En el mejor de los casos.

De nuevo en el pasillo, me apoyé un momento en la pared para recuperar el aliento y aclararme las ideas.

Como casi todos los médicos obstetras, estoy preparada para interrumpir embarazos, y desde que estaba en las Shetland lo había hecho tres veces. Ni me gusta hacerlo ni apruebo que se considere como una práctica rutinaria, pero respeto las leyes de nuestro país y el derecho de la mujer a tener la última palabra sobre lo que ocurre en su cuerpo.

Sin embargo, bajo ningún concepto habría accedido a interrumpir el embarazo de Emma.

En comparación con el resto de Europa, las leyes del Reino Unido sobre el aborto son bastante relajadas; demasiado, dirían algunos. En nuestro país es legal abortar hasta las veinticuatro semanas de embarazo siempre que dos médicos coincidan en que el riesgo para la salud de la mujer (o la salud del niño) será mayor si el embarazo sigue adelante que si se le pone fin. Eso suele significar que los médicos apoyan la decisión de la mujer de abortar; es lo que se conoce como «aborto social», una práctica que muchos deploran.

Pasadas las veinticuatro semanas solo se permite el aborto si hay pruebas médicas de que la vida o la salud de la mujer se ven seriamente amenazadas por la continuación del embarazo, o si el niño va a nacer con una minusvalía importante. Al estudiar detenidamente el historial de Emma no vi ninguna razón válida para realizar

la intervención en fechas tan tardías. Nada apuntaba que hubiera una deformidad seria en el feto, ni ningún riesgo significativo para la vida de Emma. Era un embarazo normal; inoportuno, obviamente, pero por lo demás completamente normal.

Me pregunté cuánto había pagado Emma por esa operación ilegal, por qué demonios la habían retenido allí durante cinco días con pretextos ridículos en lugar de realizar la intervención en el acto, y cuántas otras mujeres desesperadas llegaban allí todos los años en busca de algo que sabían imposible en cualquier otra parte de Europa.

Seguí andando. Abrí un par de dedos la persiana de la siguiente ventana y miré. Esta vez la mujer estaba sentada en la cama, mirando la televisión. La mujer (mejor dicho, la chica, no podía tener más de dieciséis años) también parecía embarazada, aunque no podía estar segura. Si hubiera tenido tiempo para observarla seguramente se habría delatado. Las embarazadas adaptan instintivamente su postura y sus movimientos para proteger al feto que crece dentro de ellas. Tarde o temprano habría apoyado las manos en el abdomen, se habría erguido sin presionar los músculos del estómago o se habría frotado la espalda con suavidad. Me aparté y doblé la esquina.

Pasé por delante de seis habitaciones, todas vacías, y doblé otra esquina. La primera habitación del siguiente pasillo estaba vacía. No había sábanas en la cama, las almohadas estaban sin funda, amontonadas, y había una manta amarilla doblada encima. La siguiente estaba igual que la anterior.

La tercera estaba vacía pero parecía lista para recibir a un paciente. Entré. La cama estaba pulcramente hecha. En el armario había toallas blancas dobladas. Un camisón con estampado de flores, perfectamente planchado y doblado, esperaba a los pies de la cama. De las paredes colgaban varios grabados de flores silvestres. Tenía todo el aspecto de una habitación pulcra, limpia y confortable de un hospital privado exclusivo. Salvo por los grilletes metálicos que había en cada esquina de la cama.

Salí caminando hacia atrás, tiré de la puerta hacia mí y tuve cuidado de dejarla ligeramente entornada, exactamente como la había encontrado. Según había descubierto hacía dos días, el índice de mortalidad entre las mujeres jóvenes de las Shetland aumentaba cada tres años. El último incremento había tenido lugar en 2004, el año en que habían dado por muertas a Melissa y a Kirsten. Estábamos en mayo de 2007, tres años después.

Había tres habitaciones más. No estaba segura de si quería ver lo que había en ellas. El pomo de la siguiente habitación giró y la puerta se abrió. La luz de la mesilla de noche iluminaba lo justo.

La mujer que estaba en la cama no podía tener más de veinticinco años. Tenía el pelo castaño oscuro y pestañas espesas, la ágil esbeltez de los muy jóvenes, y un cutis pálido y perfecto. Yacía como dormida, respiraba profunda y regularmente pero tumbada boca arriba, con las piernas estiradas y juntas, y los brazos pegados a los

costados. Es raro dormir en esa postura de forma natural, y supuse que la habían sedado. Sobre el estómago tenía una manta. Me acerqué al pie de la cama y no vi ningún historial, solo un nombre: Freya. En la cama había grilletes, pero colgaban sueltos, casi rozando el suelo. Salí de puntillas.

La mujer de la quinta habitación parecía mayor que las otras, pero, al igual que la chica de la habitación anterior, dormía en la estrecha cama en una postura poco natural. Se llamaba Odel y tenía los pies, no los brazos, sujetos con grilletes. ¿Odel? ¿Freya? ¿Quiénes eran esas dos mujeres? ¿Cómo habían llegado allí? ¿Tenían familia en alguna parte llorando por ellas, creyéndolas muertas? Me pregunté si había visto a alguna de ellas antes, si habían pasado por el hospital. Sus caras no me sonaban. No había indicios de que ya estuvieran embarazadas. Me pregunté dónde habían estado durante la visita de Helen, y si las esconderían cuando volviera al día siguiente.

Abrí la última puerta y al hacerlo vi el pijama pulcramente doblado en la butaca. Era de lino blanco con unas ondas bordadas alrededor del cuello, los puños y los tobillos. Estaba recién lavado, sin rastro de la sangre que lo había teñido de rosa pálido la última vez que lo había visto. Me volví hacia la cama; sabía que había dejado de respirar y me sentía incapaz de volver a hacerlo. Había alguien. Me acerqué y miré la cara sobre la almohada. Se que grité: un medio alarido medio sollozo. A pesar de todo por lo que había pasado, a pesar del enorme peligro que estaba corriendo, me invadió tal alegría que me puse a bailar por la habitación, dando puñetazos al aire y gritando. Me obligué a calmarme y deslicé las manos bajo las sábanas.

Dos días atrás había llegado a la casa de Dana exhausta y asustada, temiendo que le hubiera ocurrido algo horrible. Para un hipnotizador experto como Andy Dunn debió de ser un juego de niños meterme ideas en la cabeza, ideas que ya estaban allí a medio formar. No podía creer lo arrogantemente estúpida que había sido al no pensarlo antes.

La muñeca que sostenía en la mano estaba vendada. Me incliné para buscar la otra. Exactamente lo mismo. Me alegré de no haberme imaginado los tajos horribles y sanguinolentos que había visto en el cuarto de baño de Dana. Le hicieron cortes en las muñecas, pero probablemente solo superficiales. Debió de perder sangre, pero no tanta que no pudiera reemplazarse una vez que llegara a Tronal. No le había encontrado el pulso en el cuarto de baño; fuera cual fuese el fármaco que había tomado, consiguió que el pulso periférico no se detectara. Pero entonces sí lo encontré, firme y regular.

Durante el trayecto en el coche de Andy Dunn, temblorosa y a punto de desmayarme, oí las sirenas de una ambulancia. Dunn me llevó directamente al hospital y yo di por sentado que la ambulancia con Dana me seguía. Pero no lo hizo. En vez de eso llevaron a Dana allí. ¿Para qué? ¿Para participar en un programa estival de mejoramiento genético?

Me incliné.

—Dana. ¿Me oyes? Soy Tora. Dana, ¿puedes despertarte?

Le acaricié la frente, me arriesgué a zarandearle los hombros.

Nada, ni un parpadeo. Aquel no era un sueño normal.

Se oyó un portazo seguido de pasos por el pasillo. Voces que hablaban en voz baja pero con apremio. Disponía de segundos. Miré el armario, estrecho y vertical. No estaba segura de si cabría en él. El cuarto de baño. Crucé la habitación y entré.

Había un inodoro, un lavabo y un cubículo para la ducha. No había ventana. Abrí la puerta de la ducha, me metí y me agaché. Si alguien entraba en el cuarto de baño, me vería. Solo me quedaba confiar. Tal vez no fueran a la habitación de Dana. Tal vez la suerte me duraría un poco más.

Los pasos se detuvieron. La puerta de Dana se abrió y la corriente de aire abrió otro poco la puerta del cuarto de baño. Por un momento hubo silencio. Luego...

—¿Qué opinas? —preguntó una voz que se parecía mucho a la de mi suegro.

Comprendí que la suerte se me había acabado.

—Bueno..., es brillante, sana, atractiva —respondió la voz que conocía mejor que ninguna otra en el mundo—. Sería... sería un desperdicio —continuó, y no supe si gritar o vomitar.

—Exacto —dijo la voz del inspector Andrew Dunn—. ¿Por qué demonios correr el riesgo de conseguir otra?

Sentada en el cubículo de la ducha, temblando con dolorosa violencia, pensé: «¿Por qué..., por qué he venido aquí?».

—Ha sido un riesgo imperdonable —dijo otra voz, una que me resultó ligeramente familiar pero que no conseguía ubicar—. Se trataba de deshacerse de ella, no de traerla aquí.

—Sí, bueno, siento esta vuelta a la realidad, pero ni siquiera yo puedo hipnotizar a alguien para que se raje las muñecas. ¿Y no hemos aprendido a estas alturas que si precipitamos un accidente, lo liamos todo?

—Es medio india —dijo el hombre cuya voz no lograba identificar—. No deberíamos contaminar el torrente sanguíneo.

—Por el amor de Dios —espetó Dunn—. ¿Qué es esto..., la Edad Media?

—Robert tiene razón —dijo mi suegro—. No es adecuada.

¿Robert? ¿Conocía a Robert? Dios mío, sí. Lo conocí hacía una semana. Robert Tully y su mujer, Sarah, acudieron a mí debido a su dificultad para concebir. El cabrón se había sentado en mi consulta fingiendo que necesitaba ayuda, sabiendo que su mujer deseaba tanto tener un hijo que estaba al borde del colapso emocional. ¿Iba a ser ella la madre adoptiva de uno de los bebés trows de la última tanda?

—Está bien —dijo mi marido—. ¿Qué hacemos entonces con la señorita Tulloch?

—Nos la llevaremos en barco con las otras dos —respondió Richard—. Cuando estemos lo bastante lejos, le daré otra dosis y la tiraré por la borda. No se enterará de nada.

—Necesito orinar —dijo Duncan—. Dadme un segundo.

La puerta del cuarto de baño se abrió y Duncan entró. Seguía llevando el traje gris que le había visto ponerse esa mañana. Se acercó al inodoro y se inclinó hacia él.

—¿Y qué le decimos a su novia? —preguntó Dunn.

—Le enviaremos un ataúd —dijo Richard—. Lo dejaremos para el último minuto, hasta el día del funeral, si podemos. Que alguien vaya con él por si quiere ver el cuerpo. No es ningún problema, ya lo hemos hecho antes.

—Bien, entonces ya está resuelto. ¿Qué hacemos ahora?

Duncan abrió un grifo y se echó agua a la cara. Suspiró hondo y se irguió. En el espejo que había sobre el lavabo vi que llevaba la corbata que yo le había regalado en Navidad, pequeños elefantes de color rosa sobre seda azul marino. Un segundo después nos miramos.

—De las pacientes de la uno y la dos no hay que preocuparse —respondió Richard—. Son adopciones normales. Ambas darán a luz en las próximas semanas. La Rowley ha hablado hoy con ellas, no creo que quiera volver a molestarlas.

—¿Qué hay de Emma Lennard? ¿El parto no iba a ser mañana?

Duncan se había vuelto hacia mí. Esperé a que gritara, avisara a los demás o, aún peor, se riera. Me pregunté qué iban a hacer conmigo, cuánto dolería, si sería rápido. Si Duncan sería el que...

—Vamos a seguir adelante —dijo Richard—. Después de la operación la mantendré sedada. No podemos correr el riesgo de que hable.

Traté de levantarme. No quería que me sorprendieran agachada en una ducha con el trasero húmedo. Pero no podía moverme. Lo único que podía hacer era mirar a Duncan fijamente. Lo único que él hizo fue sostenerme la mirada.

—¿No sería más seguro meter a Emma en el barco? —en la habitación seguían hablando, ajenos al silencioso drama que tenía lugar en el cuarto de baño.

—Sí, si pudiéramos estar seguros de que la policía solo vendrá aquí un día más. No podremos retener a Emma mucho más tiempo, se está poniendo nerviosa. Será mejor acabar de una vez y sacarla de aquí.

—¿Y la mujer de la seis?

—Creo que no habrá problema. Solo está de veintiséis semanas. Además, a todo el que la escucha le repite que los escáneres están mal, que solo está de veinte. Ya he cambiado su historial.

—Es arriesgado.

—No me digas.

Uno de nosotros debía reaccionar, moverse, decir algo, gritar. Lo haría yo. Cualquier cosa era preferible a esa tensión insufrible. Entonces Duncan se llevó un dedo a la boca. Me miró furioso al salir y cerró la puerta con firmeza detrás de él.

—Un cargamento de tres. ¿Seguro que no necesitas ayuda, Richard? ¿No quieres dejarlo para cuando se haga de día?

—No, quiero estar bien lejos de aquí antes de que la policía vuelva. Voy abajo a apagar ese televisor. Hay trabajo que hacer.

Oí pasos alejarse por el pasillo. ¿Se habían ido todos? ¿Podía arriesgarme a moverme? ¿Qué demonios iba a hacer Duncan? En la habitación de Dana no se oía nada. Empecé a levantarme.

—Lo siento, tío —dijo Duncan, como compadeciendo a un amigo que ha perdido un partido de tenis—. No tienes por qué implicarte.

—¿No lo hiciste tú con Tora? —replicó Dunn con un tono lleno de amargura.

¿Lo sentía realmente por Dana? ¿Por eso le había salvado la vida contraviniendo las órdenes y había discutido para mantenerla con vida unos meses más?

—Tienes mala cara. ¿Llevas todo el día aquí?

—En el sótano —respondió Dunn—. Con las tres mujeres sedadas. Era como la casa de los horrores. La policía ha estado a punto de descubrir la puerta. Es probable que lo haga mañana.

—Lo arreglaremos. Mañana parecerá un viejo trastero polvoriento. Vamos, necesitamos una camilla. ¿Puedes ir abajo a buscar una? Hay algo que...

Un grito de terror y furia hendió la noche justo cuando la puerta del cuarto de baño empezaba a moverse.

—Es en la habitación de al lado —dijo Dunn suspirando.

Oí pasos corriendo desde la habitación de Dana y un forcejeo en la habitación contigua. Hubo golpes y luego un gemido débil y asustado; podría haber sido el gemido de un animal, pero no era un animal lo que tenían allí encadenado. Luego la puerta del cuarto de baño se abrió y Duncan volvió a entrar.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —siseó—. ¡Dios, eres idiota! ¡Eres idiota de remate! —abrió la puerta de la ducha y me levantó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

No pude responder. No podía hacer nada más que mirarlo fijamente. Él esperó un momento, luego me zarandé.

—¿En barco? ¿Has venido en barco?

Logré asentir.

—¿Dónde está?

—En la playa.

¿Qué importaba si lo encontraban? Ya no iba a salir de allí con vida.

—Has de volver allí. Ahora mismo.

Me cogió del brazo y pretendió sacarme a rastras de la habitación. Encontré las fuerzas necesarias para resistirme. «No, no va a ser tan sencillo, Duncan, no voy a ponértelo tan fácil». Entonces me agarró más fuerte, me inmovilizó con los brazos y me tapó la boca.

Oí algo. Un ruido metálico, rechinante. Luego pasos por el pasillo. Volvían. El chirrido de ruedas deslizándose me indicó que traían camillas. Quise forcejear, pero Duncan me apretó la boca contra la oreja y susurró «Chis». La puerta de la habitación de Dana se abrió de golpe. Introdujeron una camilla. Oí pasos moviéndose alrededor, el ruido de las sábanas al ser apartadas. Una voz que no conocía contó:

—Tres, dos, uno..., arriba —y siguió un suave golpe sordo.

—Deshaz la cama, coge los grilletes —dijo otra voz.

Luego oí cómo se llevaban la camilla. A mi lado Duncan dejó escapar una ruidosa exhalación.

De la habitación contigua llegaron sonidos parecidos, aunque más débiles. Me pareció oír gritar a alguien, pero no podía estar segura. Durante unos segundos hubo tanto ruido en el pasillo como en un hospital normal. Luego los pasos y las ruedas dejaron de oírse. Me llegó el ruido metálico del ascensor y luego nada. Silencio.

Duncan me volvió hacia él. Estaba pálido pero tenía manchas rojas alrededor de los ojos. Nunca lo había visto tan furioso. Solo que no era ira. Era miedo.

—Tora, tienes que cuidar de ti o morirás. ¿Entiendes lo que te...? No, no se te ocurra gritar —volvió a sujetarme—. Escucha, cariño, escucha —susurró mientras me mecía con suavidad en sus brazos, como una madre a su hijo—. Puedo sacarte de la clínica, pero tendrás que volver sola al barco. ¿Podrás hacerlo? —no esperó a que respondiera—. Ve a Uyeasound. Aléjate todo lo posible de la isla y luego llama por la radio a tu amiga la policía. ¿Podrás hacerlo?

No lo sabía. Creo que asentí. Duncan abrió la puerta del cuarto de baño y salimos. La habitación de Dana estaba vacía. Habían deshecho la cama y se habían llevado el pijama. Si hubiera llegado quince minutos después no habría vuelto a verla nunca más. Duncan fue hasta la puerta y se asomó. Luego me indicó por señas que me acercara, me cogió la mano y me guio por el pasillo desierto. Yo no estaba segura de si las piernas me sostendrían, pero respondieron. Torcimos en una esquina, recorrimos un cuarto pasillo estrecho y nos dirigimos a la escalera. Duncan se detuvo en lo alto. No se oía nada abajo, de modo que nos arriesgamos a bajar corriendo hasta la mitad. Una cámara colgada en lo alto de la pared nos miraba.

Escuchamos de nuevo. Nada. Corrimos hasta el final de la escalera y nos encontramos en un pequeño pasillo igual al del piso superior. A nuestra izquierda había una puerta. Miré dentro. Era una sala de operaciones: una pequeña habitación donde se administraban las anestias, comunicada por otra puerta con el quirófano. Duncan tiró de mí.

Nos encontrábamos en el ala del edificio que había estado observando cuando puse a los perros en alerta. Sabía que las habitaciones estaban ocupadas; había visto luz y movimiento; teníamos que movernos deprisa, alguien podía aparecer en cualquier momento. Llegamos a la primera puerta. A través de la ventana de cristal solo se veía oscuridad. Seguimos avanzando. Otra puerta, otra ventana, luz más allá. Duncan se detuvo y pude atisbar dentro. La habitación tenía unos veinte metros de largo por ocho de ancho, y estaba bien iluminada. Por lo que vi, no había nadie dentro. A menos que...

Duncan volvió a tirar de mí, pero esta vez me mantuve firme. «Vamos», me dijo moviendo los labios, pero yo sacudí la cabeza. En la puerta había un letrero: ZONA ESTERILIZADA. PROHIBIDO TERMINANTEMENTE PASAR. De un tirón, solté mi mano de la

de Duncan, la abrí de un empujón y entré.

Estaba en una unidad neonatal de cuidados intensivos. La temperatura allí dentro era varios grados más elevada que la del pasillo; se oía un zumbido constante de aparatos eléctricos. A mi alrededor vi escáneres de ultrasonido, una Retcam, ventiladores pediátricos, un monitor de oxígeno transcutáneo. Algunas máquinas emitían un suave pitido cada pocos sonidos. Dana tenía razón. Era última tecnología. Yo había trabajado en algunos centros muy modernos y bien equipados, pero nunca había visto tal concentración de equipos ultramodernos.

—Tora, no hay tiempo —Duncan había entrado detrás de mí y me tiraba del hombro.

Había diez incubadoras, de las cuales ocho estaban vacías. Crucé la habitación; ya no me importaba si nos sorprendían. Tenía que verlo.

El bebé de la incubadora era una niña. Medía unos treinta centímetros de longitud y debía de pesar menos de un kilo y medio. Tenía la piel roja, los ojos fuertemente cerrados, y la cabeza, bajo un gorrito rosa de punto, parecía antinaturalmente grande para su cuerpo pequeño y demacrado. De las fosas nasales le salía un tubo transparente y delgado; se lo habían pegado a la cara con cinta adhesiva. Otro tubo se introducía en una vena de su muñeca.

Me descubrí deseando deslizar una mano a través del orificio de la incubadora para acariciarla. Me pregunté cuánto contacto humano había conocido en su corta vida. Cuanto más la miraba, más deseaba cogerla en brazos, estrecharla contra mí y echar a correr, aun a sabiendas que hacer algo así la mataría.

Me acerqué a la siguiente cuna. Duncan me siguió, ya no intentó detenerme. Era un niño, más pequeño aún que la niña. Como mucho pesaría un kilo, pero tenía la piel igual de roja. Respiraba con un respirador, un monitor registraba los latidos de su corazón y una pequeña mascarilla azul le cubría los ojos para protegérselos de la luz. Mientras lo observaba, dio una patada y soltó un gritito semejante a un maullido.

Fue como si alguien me hubiera clavado una daga en el corazón.

Nos quedamos allí mirándolo durante lo que pareció largo rato. Las unidades neonatales no pueden quedarse desatendidas, de modo que en cuestión de minutos podría volver alguien. Pero yo era incapaz de moverme, salvo para levantar la vista cada pocos segundos y mirar a la niña de la otra incubadora. Me pregunté si ellos también habían pasado el día en el sótano con Andy Dunn y las tres mujeres sedadas. O tal vez la gente que estaba al cargo se había arriesgado a dejarlos allí, exponiéndose a que Helen y su equipo insistieran en mirar más de cerca una unidad neonatal esterilizada, pero sin comprender el significado de lo que veían.

Por fin sabía de dónde había sacado Stephen Gair los bebés. Sabía por qué Helen no había podido dar con los papeles de los bebés que se habían adoptado en el extranjero.

George Reynolds, el director de Servicios Sociales, se había declarado inocente y había afirmado que ni él ni su equipo estaban implicados en ninguna adopción en el

extranjero, y no habían concedido la autorización, ni habían preparado la documentación. Podría haber dicho la verdad. Los bebés que Duncan y yo teníamos delante no necesitaban ninguna documentación ni autorización formal para ser adoptados por una pareja en el extranjero, ya que oficial y legalmente esos bebés no existían.

Los embarazos se habían interrumpido prematuramente entre las veintiséis y las veintiocho semanas. Eran fetos abortados... que seguían vivos.

En los últimos años se han hecho grandes avances en el cuidado de los niños prematuros. No hacía mucho se habría dado por sentado que un bebé nacido a las veinticuatro semanas muriera a los pocos minutos, o, si sobrevivía, tuviera una discapacidad grave. Ahora se sabe que los bebés nacidos en esa fase de desarrollo tienen grandes posibilidades de sobrevivir y convertirse en niños sanos y normales. Aun así, todavía se abortan fetos de veinticuatro semanas de forma rutinaria.

Cada día que el feto permanece dentro del útero materno, se hace más fuerte y más viable. A las veintiséis semanas, las probabilidades de que sobreviva son considerablemente mayores que a las veinticuatro. Hacia las veintiocho semanas tiene muchas posibilidades de hacerlo.

El feto de veintiocho semanas de Emma nacería al día siguiente y se le introduciría rápidamente en una de esas incubadoras. Emma, aliviada y agradecida, reanudaría su carrera de actriz, convencida de que había abortado. El niño se quedaría allí y recibiría cuidados especiales durante varios meses. Si el cerebro, los pulmones y los demás órganos imprescindibles para vivir se mantenían sanos y normales, saldría a subasta por internet a un precio de partida elevado. Habían retrasado cinco días el «aborto» de Emma. Imaginé que era la práctica habitual con todas las mujeres que acudían allí para poner fin a un embarazo avanzado. Así daban un poco más de tiempo a los fetos para crecer y desarrollarse; y eso también les permitía administrar drogas esteroides a la madre para estimular el desarrollo de los pulmones del feto.

Hacía veinticuatro horas habría dicho que era lo más horrible que jamás había oído. Ahora, sabiendo lo que esos tipos se disponían a hacer con Dana y las demás, y lo que ya habían hecho con otras tantas mujeres, no podía decir que estuviera lo que se dice sorprendida.

Me volví hacia Duncan.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

Me sostuvo la mirada fijamente, ni siquiera parpadeó.

—¿Esto? ¿Los bebés prematuros? Solo unas semanas.

—¿Y lo demás?

—Desde que cumplí dieciséis años —dijo—. Nos lo explican en nuestro dieciséis cumpleaños —se pasó una mano por el pelo—. Pero no me lo creía, Tora —se interrumpió y desvió la mirada, luego volvió a mirarme—. O tal vez me dije que no me lo creía. Por eso me fui de las Shetland. Fui a la universidad y en todos esos años no volví ni una sola vez, ni siquiera para pasar un fin de semana. Nunca había puesto un pie en esta isla antes de anoche, te lo juro.

Duncan sabía mentir. Era algo que había averiguado en los últimos días. Pero esa vez, por alguna razón, no creí que estuviera mintiendo.

—Pero volvimos. Tú quisiste volver. ¿Por qué?

—No quería volver —replicó—. Amenazaron con matarte si no volvía. Con

matar al hijo que tú y yo tuviéramos. Tuve que tomar esas putas pastillas. Si te hubieras quedado embarazada te habrían... —no pudo terminar. Pero no hizo falta que lo hiciera.

—¿Arrancado el corazón?

Asintió. Se le marcaban los huesos de la cara y tenía grandes sombras violáceas debajo de los ojos. Por primera vez entendí todo lo que había pasado Duncan en los últimos meses. Lo que había tenido que soportar durante la mayor parte de su vida.

—¿Tu madre no tenía esclerosis múltiple?

—Mi madre gozaba de una salud perfecta. Hasta que le pusieron las manos encima.

Le cogí la mano y me asusté de lo fría que estaba.

—¿Qué diablos vamos a hacer?

Miró hacia la puerta, como si alguien nos vigilara.

—Tú vas a volver al barco, ya te lo he dicho.

—Tú también. Ven conmigo.

Por un momento creí que accedería.

—Si voy contigo, esas mujeres morirán. En cuanto demos la alarma, Richard las tirará por la borda. Dirá que salió a pescar y nadie podrá probar lo contrario.

—Nosotros podemos. Lo hemos visto todo —no me enorgullece admitirlo, pero creo que en ese momento estaba demasiado asustada para que me importaran Dana y las otras dos mujeres. Todo lo que quería era salir con Duncan de esa isla.

—Tor, no tienes ni idea de a qué nos enfrentamos. No puedes imaginar la influencia que tiene esta gente. Aunque nos perdonen la vida, nadie nos creerá. Necesitamos a Dana y a las demás vivas.

Tenía razón, por supuesto.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Iré al puerto y subiré a ese barco. Richard piensa salir solo. Puedo enfrentarme a él. Esperaré a que estemos en alta mar para golpearle en la cabeza. Luego iré a Uyeasound. Con un poco de suerte, tu amiga Helen estará esperándome.

—Te quiero tanto...

Él logró sonreír. Tiró de mí, atravesamos la habitación y cruzamos la puerta del fondo. La habitación del otro lado estaba en penumbra. Entramos y cerramos la puerta detrás de nosotros. Estábamos en una sala de maternidad. Alrededor de la habitación había seis cunas de madera pintadas de blanco. En las paredes encaladas había pintados personajes de dibujos animados, del techo colgaban móviles, y desde los estantes nos miraban muñecos de peluche, osos con demasiado relleno y conejos de orejas caídas. Había cambiadores, material para esterilizar y una bañera. Era todo espeluznantemente normal.

En las cunas, innecesarias por el momento, solo había un colchón desnudo, sin sábanas. Mientras las miraba todo encajó. Desde que oí hablar de Tronal, me desconcertó el hecho de que hubiera una clínica de maternidad para los pocos niños

que se suponía que nacían allí todos los años. Ahora sabía que los bebés registrados oficialmente solo servían para encubrir las actividades más siniestras de la isla.

La clínica había sido construida para facilitar el nacimiento de los hijos de los trows. En las habitaciones del piso superior tenían a las mujeres secuestradas —a menudo sedadas o inmovilizadas— durante todo el embarazo. Cuando las medidas restrictivas no eran necesarias, cuando no había forasteros en la isla, concedían a las mujeres cierto grado de libertad, pues Tronal era una prisión tan impenetrable como cabía imaginar. ¿Cuántas mujeres embarazadas se arriesgarían a alejarse a nado en un mar tan bravo? Por supuesto, si supieran que al poco de dar a luz les grabarían símbolos nórdicos en el cuerpo y les arrancarían el corazón, todavía palpitante de vida, imagino que más de una se arriesgaría.

Los cerca de seis bebés nacidos de esas mujeres serían adoptados por hombres trows y sus esposas, previamente disuadidos, como Duncan y yo, de tener hijos propios. Para legalizar esos bebés, sus madres adoptivas se registraban como sus madres biológicas y como tales aparecerían en el certificado de nacimiento. ¿Significaba eso que las madres adoptivas, las mujeres de esos hombres, eran cómplices de lo que ocurría? ¿Sabía Elspeth la verdad sobre el nacimiento de Duncan? No era una pregunta que quisiera realmente considerar.

Duncan y yo cruzamos corriendo la habitación hacia la puerta del fondo y escuchamos. Nada. La abrimos y dimos a un trastero. Más cunas de madera desmontadas y apoyadas contra la pared. Cohecitos plegados y amontonados unos sobre otros. Había dos puertas más, una se abría al pasillo, la otra al exterior. Duncan cruzó hasta la segunda y la abrió. Mientras se asomaba y miraba alrededor, entró una ráfaga de aire frío. De alguna parte de la clínica llegaban voces, pero no parecían estar cerca.

Sin embargo los trows solo tenían bebés cada tres años. Los bebés ofrecidos legalmente en adopción eran contadísimos. El resto del tiempo, las instalaciones de Tronal permanecían vacías, sin uso. De modo que a los trows emprendedores se les había ocurrido dar otro uso a la clínica: un centro donde practicar abortos tardíos ilegales. Definiendo sus servicios como «orientación y asesoramiento», y buscando a mujeres desesperadas a través de una red de hospitales, centros de planificación familiar y clínicas de abortos de toda Europa, probablemente habían encontrado a muchas dispuestas a pagar lo que fuera por la intervención. Después de pasar unos pocos días en la isla, esas mujeres reanudaban su vida normal, ajenas a lo que dejaban en Tronal.

Nunca se enterarían de que un ser de su propia sangre seguía con vida, que crecería y se desarrollaría en la unidad de cuidados intensivos de la clínica hasta que estuviera lo bastante fuerte para ser vendido al mejor postor. Era una idea brillante. Monstruosa pero brillante.

Duncan volvió a entrar en la habitación.

—Bien, los perros están encerrados y la mayor parte del personal estará ocupado

con el traslado en las mujeres al barco. Pero aun así, ten mucho cuidado. Corre todo lo que puedas y no dejes que te vean.

Nunca he saltado en paracaídas, pero creo que la sensación de estar de pie ante la puerta abierta de un avión, esperando a saltar, debe de ser muy parecida a la que tuve entonces. Sabía que tenía que separarme de Duncan y cruzar yo sola la isla, pero no encontraba las fuerzas para hacerlo. Entonces Duncan me empujó, sin la menor delicadeza, y eché a correr.

Me detuve solo un segundo para orientarme. Me dirigí a la cresta rocosa; me resguardaría si había alguien rastreando las inmediaciones. Al llegar allí me agaché un momento para recuperar el aliento y asegurarme de que no me habían visto. Miré hacia la clínica y vi que la puerta estaba cerrada. Ni rastro de Duncan. Cuando reuní el coraje suficiente, me puse de nuevo en marcha y volví sobre mis pasos. Encontré la mochila y el impermeable que me había quitado poco antes, y me los puse; luego seguí el sendero del acantilado hasta llegar a la piedra que había dejado como señal en el muro. Lo salté, me colé a través del boquete que había abierto en el alambre de espino y corrí hasta lo alto del acantilado. Estaba a punto de empezar a bajar a gatas cuando me detuve. Algo se movía en la playa.

Eran las aves marinas. Les había dado un susto mortal antes y lo mismo había pasado entonces, eso era todo. Tenía que bajar. Duncan necesitaría ayuda. Fuera lo que fuese, volvió a moverse. Me quedé helada. Ningún pájaro podía tener ese tamaño. Bajé a rastras el sendero. Una piedra suelta cayó rodando por debajo de mí; me quedé inmóvil. Más abajo, donde suponía que estaba el barco, se encendió una linterna. Un haz de luz empezó a recorrer el acantilado. Me pegué a la roca y me quedé lo más quieta que pude. En cierto momento el haz me tocó el pie, pero no se detuvo y al cabo de un par de minutos se apagó.

Despacio, con sumo cuidado, rezando para que no se desprendiera ninguna otra piedra, empecé a subir de nuevo por el acantilado. Al llegar a lo alto me detuve para respirar. Habían descubierto mi barco. Debían de estar buscándome. Rastrearían la isla hasta encontrarme. Podría ocultarme hasta el amanecer, pero en cuanto se hiciera de día, no tendría donde esconderme. Y tenían perros. Si los soltaban...

De una forma o de otra, iba a marcharme de esa isla, y solo se me ocurría una manera. Richard estaba a punto de tener otro pasajero. Eché a correr de nuevo, más o menos hacia el norte. En cuanto llegué al sendero, seguí su curso lo más cerca de él que me atreví durante casi un kilómetro, hasta el otro lado de la isla. En un momento determinado oí el ruido de un motor procedente del puerto y tuve que ponerme a cubierto. Era un gran vehículo con tracción a las cuatro ruedas, parecido al que conducía Dunn. Incluso podía ser su coche. Dentro iban varios hombres. Teniendo en cuenta la cantidad de baches del camino, iban a una velocidad considerable.

El viento seguía soplando con bastante fuerza y enmascaraba cualquier ruido que pudiera llegar del barco, pero algunos nubarrones se habían marchado lejos y una luna pequeña y unas cuantas estrellas brillaban en el cielo. La visibilidad era mejor

que cuando había llegado a la isla. Pude ver la esfera de mi reloj: las once y media. Bajó corriendo al embarcadero y me agaché al lado de la lancha motora. Estaba amarrada por la popa y la proa con cabos, por el lado de babor. Me acerqué a gatas hasta la ventanilla más próxima y miré dentro. Era la cabina principal. Había un timón, un panel de mandos y una radio, una pequeña sala de estar de madera de teca con una pequeña cocina, una mesa para las cartas de navegación y tres puertas más. No vi a Richard por ninguna parte. Avancé y miré por la ventanilla de un camarote más pequeño. En el catre yacía Dana inmóvil, pero no estaba sola. Vi la punta de un grueso zapato negro y bien lustrado, y unos centímetros de pantalón gris. Gracias a Dios, Duncan ya estaba a bordo. Con todo el cuidado que fui capaz, pasé las piernas por encima de la baranda y subí a la lancha. Se balanceó ligeramente.

—¿Hay alguien ahí arriba? —preguntó mi suegro desde abajo.

En los barcos pequeños no hay lo que se dice muchos escondites. Miré frenética alrededor y solo vi una solución: saltar por la borda y nadar hasta Unst. Alguien se movió abajo y empezó a subir la escalera.

Sobre el techo de la cabina había un toldo enrollado que se utilizaba para proteger el puente de la fuerza de las olas cuando hacía mal tiempo. Trepé, me tumbé y me escondí entre los pliegues.

El barco se inclinaba a medida que Richard subía. Yo no veía nada, pero sabía que él estaba en lo alto de la escalera, mirando alrededor, sorprendido de no ver a nadie a bordo. Debía de estar a menos de un metro de mí. Contuve el aliento y recé para que el toldo me cubriera totalmente y no se viera más abultado de lo normal.

Abajo, la radio del barco empezó a crepitar. «*Arctic Skua*, adelante, *Arctic Skua*. Aquí la base».

Richard volvió a bajar. Recé para que el viento amainara un poco, lo justo para oír lo que pasaba.

La radio volvió a crepitar. Me pareció oír la palabra «sótano» y un par de exclamaciones, pero no estaba segura. Luego Richard habló:

—De acuerdo. Entendido. Tendré cuidado. Salgo ahora. El *Arctic Skua* sale.

Abajo, Richard se movía. La puerta de un camarote se abrió y se cerró, y lo oí subir de nuevo. Siete escalones y volvía a estar en el puente. Saltó pesadamente al asiento y de ahí a la cubierta. Lo oí andar hacia delante y el ruido de la bolina cuando la soltó. El barco enseguida dio media vuelta y la corriente pareció querer sacarlo del embarcadero. Richard volvió a cruzar la cubierta hasta estribor. Esperé a que se detuviera para arriesgarme a mirar por encima de la lona. Lo vi casi doblado en dos de espaldas a mí, soltando la amarra de popa. Una vez libre, el barco dejaría atrás el embarcadero y él correría hasta el timón para conducir la embarcación lejos de Tronal. No tendría una oportunidad mejor que aquella. Me acercaría a gatas, le daría un fuerte empujón, y se caería por la borda. Para Duncan y para mí, llevar el barco hasta Uyeasound sería lo más fácil del mundo.

Demasiado tarde. Richard empezó a volverse.

Me agaché de nuevo.

El barco se alejaba del puerto a gran velocidad. Richard cruzó a grandes zancadas el puente y bajó la escalera. Oí el ruido de los motores girando y el barco viró hacia estribor. Levanté la vista y traté de orientarme. Al frente solo había negrura. A mi espalda, las luces de Uyeasound disminuían de tamaño. Avanzábamos con rumbo este hacia el estrecho de Skuda Sound, en el mar del Norte.

Richard forzó los motores sin compasión. Avanzábamos a unos siete u ocho nudos. Las olas golpeaban rítmicamente el casco, como martillos marcando los segundos en un reloj gigante. La popa subía y bajaba, y el agua caía sobre la cubierta como una llovizna intermitente y gélida. Era sumamente desagradable; si me quedaba allí, acabaría tiesa y helada. ¿Cuándo pensaba Duncan entrar en acción? Me levanté. El techo de la cabina estaba resbaladizo por el agua del mar; me agarré a la barandilla y me descolgué hasta la cubierta. La mochila entorpecía mis movimientos. Me la quité y la até a una cornamusa. Luego revolví dentro. Encontré lo que buscaba y lo guardé en el bolsillo delantero del impermeable.

Richard redujo las revoluciones del motor y el barco disminuyó su velocidad varios nudos. Avanzábamos rumbo al sur, Tronal quedaba a doscientos metros de estribor, y a nuestro alrededor se alzaban enormes formas oscuras, tan amenazadoras como inesperadas. Nunca había estado tan al este de las islas y no sabía que allí se encontraban algunas de las rocas más antiguas de las Shetland. Por todas partes nos rodeaban moles de granito que evocaban los majestuosos acantilados que se alzaban allí hacía millones de años. Algunas eran enormes y formaban arcos y monolitos, otras se agazapaban en el agua como bestias listas para saltar. También las habría por debajo de nosotros, volviendo traicionera la navegación, lo que explicaría que Richard hubiera reducido la velocidad. Como inmóviles monjes con capucha negra en actitud de rezar, guardaban silencio mientras nos observaban pasar.

Y esa noche se me metió alguna idea extraña en la cabeza, porque me dio por pensar que esas rocas tenían sensibilidad, que el drama humano que se desarrollaba ante ellas no era nuevo, y que observaban con fría curiosidad a la espera de ver cómo se representaba el acto esta vez.

Cinco minutos después las habíamos dejado atrás y Richard volvió a tomar velocidad. Duncan seguía sin mostrarse, y nos alejábamos de la ayuda. Teníamos que actuar pronto. Me pregunté si Duncan, abajo, en el camarote, tal vez no se había percatado del rumbo que habíamos tomado. Fuera como fuese, no podíamos esperar mucho más. Recorrí la cubierta hasta el puente. Miré escalera abajo y vi a Richard al timón, con la carta de navegación al alcance de la mano. Si se volvía, me vería. Solo podía esperar que no lo hiciera. Abrí el arcón de babor y miré dentro; había varios rollos de cuerda. Cogí el más corto y cerré la tapa. Luego me acerqué a la escalera. No iba a volver a esconderme. Cuando se diera la vuelta, me vería. Adelante.

Puse un pie en el primer escalón.

Richard no se movió.

Agarrándome a la barandilla con la mano libre, bajé otro escalón. Y otro.

El tercero estaba húmedo y una de mis zapatillas de deporte resbaló. Hizo un débil sonido de succión.

—Buenas noches, Tora —dijo Richard en voz baja.

Me quedé sin aliento y me senté pesadamente en la escalera. Él se volvió y nos miramos a los ojos. Había esperado cólera, exasperación, hasta una especie de triunfalismo cruel. Lo que vi fue tristeza.

Nos sostuvimos la mirada largo rato. Luego él miró por encima de mi hombro hacia el camarote de babor. ¿Sabía que Duncan también estaba a bordo? Miré hacia un lado. La puerta estaba cerrada. Me volví de nuevo hacia él. Redujo la marcha y el barco disminuyó la velocidad hasta casi detenerse. Puso el piloto automático. Luego dio un paso hacia mí.

—Ojalá no hubieras venido —dijo.

Noté un escozor en los ojos y empezó a temblarme la mandíbula. «Por favor, no permitas que me eche a llorar, ahora no».

—Supongo que Emma me ha delatado —dije, rezando para que así fuera.

Si había sido Emma, tal vez aún no se hubieran enterado de que había visto a Duncan. Richard no sabía que estaba a bordo. Por cierto, ¿dónde demonios estaba? Me apreté el pecho con la mano derecha y me tranquilicé al notar algo duro debajo del impermeable.

—Sí, ha comentado que has ido a verla. Luego ha bastado comprobar las grabaciones de vídeo para confirmar que eras tú. Aunque no teníamos ninguna duda. Has sido muy valiente, querida.

Tomé impulso y me metí de un salto en el camarote. Richard retrocedió un paso. De nuevo miró hacia la puerta que quedaba a mi espalda, pero yo no iba a permitir que me distrajera.

—Ahórrate el «querida». Tú y yo nunca hemos tenido una relación estrecha y, en vista de adónde vas, no es probable que la tengamos en el futuro. Creo que el Consejo General de Medicina tendría preguntas que hacerte sobre los servicios que ofreces en esa clínica tuya. Eso en cuanto la policía haya terminado contigo, claro.

Richard se puso tenso.

—Por favor, no me vengas con sermones. Esos niños habrían muerto..., habrían sido asesinados antes de nacer, si no fuera por nosotros. Gracias a nosotros tendrán una buena vida, con padres que los quieren y los desean.

Me quedé casi sin habla.

—Es totalmente ilegal.

—La ley es una completa chapuza, Tora. La ley nos permite inyectar cloruro de potasio en el corazón de un bebé hasta justo antes del parto. Hasta las veinticuatro semanas podemos hacerlo por la mera razón de que el embarazo no es oportuno para

la madre. Pero si nace un niño de veinticuatro semanas, tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos para conservarle la vida. ¿Tiene algún sentido?

—Nosotros no hacemos las leyes —dije, sabiendo que sonaba poco convincente—. Y, desde luego, no aprovechamos sus puntos débiles para realizar operaciones comerciales...

—¿Tienes alguna idea de cuántos abortos fracasan todos los años, cuántos niños salen vivos, a menudo con minusvalías graves? —replicó Richard, enfadado—. Porque en mis tiempos me topé con unos cuantos; bebés abandonados por sus madres incluso antes del parto. ¿Qué clase de vida les espera? Seguro que nuestra forma de hacer las cosas es mejor.

—Estáis traficando con seres humanos —casi siseé.

—Ayudamos a mujeres en apuros. Damos esperanza en el futuro a parejas sin hijos. Y salvamos a cientos de bebés que morirían asesinados por conveniencia social. Somos defensores de la vida.

No podía creer que realmente estuviera intentando darme lecciones de moralidad.

—¿Y Dana? ¿Tienes previsto salvarle la vida?

Pareció encogerse un poco.

—Por desgracia, no. No está en nuestras manos. Tengo entendido que es una joven extraordinaria. Siento que se implicara —luego se repuso—. Aunque, con franqueza, si alguien tiene la culpa de la muerte de la señorita Tulloch eres tú. Si no hubieras interferido en la investigación policial, ella nunca habría sabido lo suficiente para poner en peligro su vida.

—¿Acaso no está en tus manos, cínico de mierda? ¡Son tus manos las que van a tirarla por la borda!

Richard sacudió la cabeza, como si estuviera hablando con una niña poco razonable. Empecé a preguntarme si estaba loco. O si lo estaba yo.

—Esto es tan típico de ti, Tora... Como no eres capaz de argumentar tu punto de vista, recurras a la descalificación. ¿Y te extraña que nunca hayamos tenido una relación estrecha?

—¡Calla! Este no es momento para hacer terapia familiar. No puedo creer que estés predicando sobre salvar vidas cuando el domingo pasado trataste de matarme. Saboteaste mi barco y mi chaleco salvavidas.

—Yo no sabía nada de eso.

—Deja de mentir. Estás a punto de matarme, lo menos que puedes hacer es decirme la verdad.

—No está mintiendo. Fui yo el que serró el mástil.

Me volví. En la puerta de la cabina estaba Stephen Gair. Tenía la cara descompuesta y ligeramente colorada. Bajé la mirada hasta sus pies. Zapatos de cuero negro.

—Dios —dijo—. ¿Qué hay que hacer aquí para dormir un poco?

Solté la cuerda, retrocedí hasta ponerme fuera del alcance de Gair, y choqué bruscamente contra la mesa de los mapas. Gair se movió hacia un lado y se apoyó contra los escalones. No había forma de salir de allí.

—Parece que acabas de ver un fantasma, Tora —sonrió soñoliento.

Empecé a bajar la cremallera del bolsillo de mi impermeable.

—No me digas que exageraron el informe de tu muerte —dije—. ¿Dónde está Duncan?

—Duncan cambió de opinión. No va a reunirse con nosotros esta noche.

Me arriesgué a apartar la vista de Gair para mirar a Richard.

—¿Qué habéis hecho con él?

Richard se inclinó hacia delante y cogió algo del estante que recorría todas las paredes del camarote. Volvió a erguirse y en su manaza me pareció ver el envoltorio de una aguja hipodérmica.

—Nadie va a matarte —dijo Gair al tiempo que estiraba los brazos por encima de la cabeza. Cuando terminó de bostezar, añadió—: Al menos ya no. Vas a volver a Tronal.

Me quedé mirándolo, no muy segura de a qué se refería. Luego lo entendí; lo entendí en el preciso momento en que una mano fuerte y fría me aferraba a la altura del pecho.

—Esta vez no —logré decir—. Creo que un par de personas se darán cuenta de que me he ido.

Gair sacudió la cabeza, parecía incapaz de dejar de sonreír.

—Dentro de un par de días encontrarán el barco que robaste flotando a la deriva —dijo—. En el camarote habrá varias cosas tuyas, y en la cubierta, rastros de tu sangre. Darán por hecho que sufriste un accidente y te caíste por la borda. Buscarán tu cuerpo, por supuesto. Y, cuando no lo encuentren, celebrarán un funeral muy bonito.

Me mordí la lengua para no mencionar la nota que había dejado a Helen. Si se enteraban, irían a casa de Dana antes del amanecer y la destruirían. Sin la nota y sin Duncan, ¿quién pondría en duda que había salido en barco en medio de una tormenta (por motivos personales desconocidos, aunque últimamente se me había visto muy trastornada) y no había logrado volver? Sin la nota, los cabrones saldrían impunes. No podía mencionarla.

—Si a ti no te importa —dije mirando a Gair con odio—, prefiero que me ahogues ahora.

Sin que me diera cuenta, Richard se había acercado más.

—Tiene un arma, Stephen. La lleva escondida delante.

Gair miró a Richard y luego a mí. Sus ojos se posaron en mi barriga.

—Ya lo creo que tiene un arma. Lo siento, querida, pero tú y tu amiguito sois

demasiado valiosos.

Mi mano derecha estaba lista para deslizarse dentro del impermeable.

—¿De qué estás hablando?

—Estás embarazada, Tora. Felicidades —su sonrisa se hizo más amplia. Parecía un lobo.

—¿Cómo? —estaba tan perpleja que por un momento me olvidé de tener miedo.

—Embarazada, preñada, en estado.

—Estás loco.

—Richard, ¿está embarazada?

Me arriesgué a mirar a Richard.

—Me temo que sí, Tora —dijo—. El domingo, mientras estabas sedada, te tomé una muestra de sangre. Había niveles elevados de hCG. Supongo que Duncan no tuvo cuidado con la medicación.

La gonadotropina coriónica humana o hCG es la hormona que produce el cuerpo de una embarazada. Los tests caseros están diseñados para detectarla, pero un análisis de sangre puede revelarla a los pocos días de la concepción.

Gair seguía sonriéndome, pero yo apenas lo veía. No se me ocurrió dudar de lo que decían. Me había encontrado fatal los últimos días; las náuseas y el agotamiento son los síntomas clásicos del embarazo en su primera fase, pero los había achacado al estrés. Estaba embarazada. Después de dos años de intentarlo sin éxito, por fin estaba embarazada. Llevaba el hijo de Duncan en mis entrañas, y esos tipos, esos monstruos, se creían que iban a arrebátarmelo.

—¿Cómo entraste en mi despacho? —pregunté, sintiendo una oleada de odio hacia Gair al recordar las drogas que había tomado involuntariamente la noche que había descubierto la identidad de Melissa. Las drogas pueden causar daños al feto—. Sé cómo entraste en casa, pero ¿cómo entraste en mi despacho?

Mientras se lo preguntaba comprendí cómo lo había hecho. Mis llaves del despacho habían desaparecido. Gair me las había robado la noche que había dejado las fresas y el corazón de cerdo en casa. Además de todo lo demás, era ladrón.

—Coge esa cuerda y ata a Richard —dije al tiempo que señalaba la cuerda que había dejado caer unos minutos antes—. Hazlo deprisa y bien, y no le haré daño.

Gair me sostuvo la mirada, y el vacío que vi en sus ojos fue tal vez lo más aterrador que había visto nunca.

—¿Por qué iba a hacerlo? —replicó.

Saqué la mano del bolsillo.

—Porque si te incrusto una bala de hierro de cinco centímetros en el cerebro te va a doler un poco.

Vi con gran satisfacción que Gair bajaba la vista, menos seguro de sí mismo.

—¿Qué demonios es eso?

—El arma humanitaria que utilizaba mi abuelo para sacrificar caballos. Aunque no te va a parecer tan humanitaria cuando te la apriete contra la sien.

Con el rabillo del ojo vi que Richard inclinaba la cabeza, se frotaba la cara con las manos y se erguía. Un gesto tan típico de Kenn que me pregunté cómo no había adivinado de inmediato que eran padre e hijo.

—Tora, por favor, baja eso —pidió—. Alguien va a salir herido.

—Ya lo creo que sí —dije—. Y no voy a ser yo.

Gair se movió hacia mí. Levanté la mano con brusquedad. Retrocedió y se abalanzó hacia mí por el otro lado. Le apunté con el arma y volvió a saltar hacia atrás. Se movía de derecha a izquierda, haciendo amagos de atacarme y retrocediendo siempre en el último segundo. Se burlaba de mí, trataba de confundirme, y funcionó. Al mismo tiempo, se movía despacio por el camarote, se alejaba de la escalera y se acercaba a mí, obligándome a dar la espalda a Richard.

Me volví de un salto, y me coloqué al otro lado de Richard. Este trató de agarrarme y me agaché. Luego lo sujeté por el cuello del jersey y pegué el arma contra su mejilla. Si apretaba el gatillo no acertaría en el cerebro, pero aun así causaría un auténtico estropicio.

—No te muevas. No te muevas ni un puto milímetro. Ninguno de los dos.

Gair permaneció inmóvil. Alzó las manos y se quedó así, listo para saltar, con los ojos brillantes de emoción.

—Tora, van a venir refuerzos —dijo Richard sin aliento—. Estarán aquí dentro de nada.

—Estupendo —espeté, aunque todavía tenía la cabeza lo bastante clara para saber que la noticia era cualquier cosa menos buena—. Hay un par de cosas que quiero decirle a Andy Dunn, y no digamos a mi jefe favorito.

Gair frunció el ceño. Richard torció la cabeza en mi dirección.

—¿Te refieres a Kenn? —preguntó.

—Richard, podemos...

—Kenn no va a venir —dijo Richard.

Aflojé la presión del arma contra la cara de Richard para que volviera la cara hacia mí. Gair se puso tenso como si se preparara para saltar.

—No lo intentes, Stephen. Puedo apretar el gatillo antes de que llegues aquí. —No había apartado los ojos de Richard—. ¿Qué quieres decir?

Richard entrecerró los ojos, como si me escudriñara. Por un momento no dijo nada y yo contuve el aliento.

—Kenn no es uno de nosotros —dijo finalmente en voz baja, como si me diera una mala noticia—. No me extraña que lo pienses, pero él no forma parte.

—¿Cómo es eso? —pregunté, reacia a creer algo que la lógica me decía que no podía ser cierto—. ¿Cómo es que Duncan lo es..., lo era, y Kenn no?

—Richard, ¿tenemos realmente tiempo para esto?

—Yo quería a su madre —dijo Richard—. Cuando llegó el momento no pude hacerle daño. La ayudé a escapar. Durante los últimos cuarenta años ha vivido en Nueva Zelanda.

—¿Sabe Kenn algo de esto?

Richard sacudió la cabeza.

—Conoce a su madre. Los ayudé a ponerse en contacto hace unos años. Pero no, él no es uno de los nuestros. Es una lástima en muchos sentidos. Es un hombre excepcional, con mucho talento, habría ido muy lejos si... Bueno, de nada sirve pensar en estas cosas. La culpa fue mía, por supuesto. Me impliqué emocionalmente. No volverá a pasar.

Vi a Gair hacer movimientos de impaciencia.

—Tampoco estaba previsto que tú formaras parte de todo esto, ¿sabes? —continuó Richard—. Elspeth y yo te apreciamos. Sabemos que Duncan te quiere —desvió los ojos y pareció mirar hacia dentro; me pregunté si pensaba en la madre de Kenn—. Podrías haber adoptado un bebé recién nacido dentro de un año. Incluso podría haber sido el hijo de Duncan. No pensábamos hacerte daño.

—A diferencia de a la madre de la pobre criatura, por supuesto. ¿Voy a conocerla esta noche? ¿Cuál de ellas era, Odel o Freya?

—Esto no nos está llevando a ninguna parte...

—Me gustaría que bajaras ese chisme —dijo Gair, dando un paso hacia delante.

—Y a mí que te cortaras las venas y saltaras por la borda.

Hubo un movimiento repentino, un ruido... que ninguno de nosotros había hecho. Richard y yo nos volvimos a la vez hacia el camarote de babor. Gair se lanzó sobre nosotros. Levanté el arma demasiado tarde, justo cuando Gair chocaba contra mí con todo su peso. Apreté el gatillo, noté que la bala hacía contacto y entonces, mientras los dos caíamos, perdí el arma.

Por un instante yací aturdida en el suelo del camarote. Gair estaba tumbado sobre mí; me tenía inmovilizada.

—Cuidado con ella, por el amor de Dios —dijo Richard—. No queremos perder ese bebé.

—Richard, ¿puedes ocuparte del barco? Sabe Dios dónde estaremos ahora.

Oí a Richard moverse, luego el ruido del motor se aceleró y viramos bruscamente hacia babor. Oí las interferencias de la radio del barco y lo oí hablar por ella; trataba de ponerse en contacto con otro barco.

Gair llevaba un traje gris arrugado, seguramente el mismo que vestía el día que lo detuvieron, interrogaron y acusaron de asesinato. Probablemente no le dejaron cambiarse de ropa antes de pasar la noche en la celda. Llevaba ese traje la mañana en que se tragó los sedantes que le redujeron el pulso periférico, cuando fingió que se había ahorcado y se lo llevaron, no al depósito de cadáveres, por supuesto, sino a Tronal. En el hombro apareció una mancha oscura que se agrandaba por momentos; pero si sentía dolor, no lo exteriorizó.

Creo que en ese momento se me ocurrieron mil formas diferentes de suplicarle. Se me había acabado el coraje. Ya no quería luchar. Solo quería vivir un poco más.

Creo que llegue incluso a abrir la boca y a dar forma a las primeras palabras. Pero

no tuve oportunidad de pronunciarlas, porque Gair apartó los ojos de mí y buscó en el suelo del camarote hasta que vio el arma. Desplazó el peso del cuerpo al levantarse. Luego volvió a inclinarse sobre mí, apretó el cañón del arma humanitaria contra mi muslo izquierdo y me miró a los ojos. Sonrió mientras disparaba el gatillo y mi mundo estalló en una masa de dolor candente.

No podía ver, ni oír, ni respirar. El barco volvió a virar bruscamente.

—¿... demonios estás haciendo? —gritaba Richard a gran distancia—. Morirá desangrada antes de que lleguemos a tierra.

—Pues ocúpate, doctor. Yo conduciré el barco.

El dolor remitía poco a poco, se retiraba de mi cabeza, mi pecho y mi abdomen, y se concentraba en un solo lugar, la zona carnosa del muslo. La negrura de mi cabeza se aclaró un poco y volví a ver. Y a oír: un ruido aterrador llenó el camarote y me di cuenta de que era yo... estaba gritando. Richard me agarró por los hombros y me arrastró hasta el camarote de estribor. Con una fuerza que no sabía que tenía, me levantó del suelo y me tendió en un camastro, junto a la forma inmóvil de una mujer. Aun a través del dolor la reconocí; era Freya. Richard me cogió las manos y me las puso sobre la herida.

—Aprieta con fuerza —indicó—. Corta la hemorragia. Ya sabes lo que pasará si no lo haces.

Lo sabía demasiado bien. De la pierna me brotaba un líquido carmesí. Gair probablemente había dado en una arteria; estaba en un serio apuro. Apreté con fuerza, pero sentía que las fuerzas me abandonaban. Era como cuando estoy quedándome dormida y me resulta imposible concentrarme en la cosa más simple. Solo que en ese momento no podía permitirme dormir. Tenía que mantenerme consciente. Alcance a oír a Gair por la radio y a alguien respondiéndole entre interferencias.

Richard volvió. Me apartó las manos y empezó a enrollar algo alrededor de mi pierna. Lo tensó, y volvió a tensarlo. Bajé la vista; las vendas blancas ya estaban empapadas de rojo. No puedo ver sangre fresca sin maravillarme. Una sustancia tan asombrosa... poderosa, espesa y vibrante..., y de un color tan hermoso... Qué triste verla huir y colarse a través de las tablas del suelo, derramarse en la zona de desfonde y desaparecer sin dejar rastro en las frías aguas saladas del mar del Norte.

Gair estaba dando las coordenadas de nuestra posición. Esperaba refuerzos. Estaba perdida. Volvería a Tronal y pasaría los ocho meses siguientes encadenada y drogada mientras una nueva vida crecía dentro de mí. Una vida que había planeado, anhelado, suplicado. Y ahora que por fin había llegado, iba a ser mi muerte. Me pregunté qué harían con Duncan, si le perdonarían la vida, si le darían una última oportunidad para volver al redil. O si ya estaba muerto.

Richard me colocó de forma que mi cabeza descansaba en el hombro de Freya; luego me levantó la pierna y la apoyó en la pared, para que la gravedad hiciera su trabajo.

—Ahora relájate —dijo—. El dolor desaparecerá.

Forcejeé y cerré los ojos con fuerza.

—¿Me estás hipnotizando?

—No —me acarició la frente y abrí los ojos—. Solo te estoy calmando para

ayudarte a aliviar el dolor.

Siguió acariciándome la frente y, asombrosamente, el dolor pareció remitir. Pero con él se fue lo que me quedaba de concentración; empecé a dejarme llevar. No quería que eso ocurriera.

Le cogí la mano.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué nos matáis? ¿Por qué odiáis tanto a vuestras madres?

Me sostuvo la mano entre las suyas.

—No tenemos otra elección —dijo—. Es lo que nos hace ser lo que somos —se inclinó más—. Pero no pienses que odiamos a las mujeres que dan a luz a nuestros hijos. No las odiamos. Lloramos a nuestras madres, honramos su recuerdo, las añoramos durante toda la vida. No somos gente religiosa, pero si lo fuéramos, nuestras madres serían santas. Hacen el máximo sacrificio por sus hijos.

—Dar su vida —susurré yo.

—Su corazón —dijo él.

Aparté los ojos bruscamente, volví a mirar los vendajes ensangrentados de mi pierna, y supe lo que estaba a punto de decirme.

«Oh, Dios, por favor, no».

Richard se sentó en el camastro, a mi lado. Todavía me cogía la mano.

—A los nueve años me bebí la sangre del corazón de mi madre —dijo.

Hizo una pausa para que asimilara lo que me estaba diciendo. Yo no podía hablar, solo podía mirarlo.

—Me la dieron en una botella, junto con su última leche —continuó.

Me subió bilis por la garganta.

—Para. No quiero...

Me hizo callar acariciándome la mejilla con un dedo. Tragué saliva con esfuerzo; me concentré en respirar hondo.

—Por supuesto, yo no sabía nada en ese momento; fue mucho más tarde, el día que cumplí dieciséis años, cuando me enteré de... ¿cómo decirlo? Mi extraordinaria herencia.

«Inspira, espira». Era lo único que yo podía pensar. Oía las palabras, pero no creo que las registrara realmente. No lo hice hasta mucho después.

—Puedes imaginarte el *shock* que fue para mí. Había crecido con mi padre y con su esposa, una mujer a la que quería mucho. No tenía ni idea de que no era mi madre biológica. Y el horror de lo que me contaron, de lo que habían hecho a la mujer que... Creo que fue el peor día de mi vida.

Una frase sarcástica acudió a mi mente: «Mi corazón sangra». Estuve a punto de decirla. ¿A quién diablos se le habría ocurrido?

—Pero al mismo tiempo fue el comienzo de mi vida, empecé a comprender quién soy realmente. Sabía que era especial, mucho más brillante que los otros niños de la clase. Tenía grandes dotes musicales y hablaba cuatro idiomas, de los cuales dos los

había aprendido solo. Era más fuerte, más rápido y más competente que los demás en casi todo lo que hacía. Dominaba cada deporte que practicaba. Y nunca estaba enfermo. Ni una sola vez en dieciséis años había faltado un solo día a clase por no encontrarme bien. A los doce años me rompí el tobillo jugando al fútbol. En dos semanas se me había curado.

Recuperé el habla.

—Solo tuviste suerte; una combinación afortunada de genes. Eso no tuvo nada que ver con...

—También tenía otros poderes más extraños. Había descubierto que era capaz de conseguir que la gente hiciera lo que yo quisiera solo mediante la sugestión.

—Hipnosis.

—Sí, así es como les gusta llamarlo a los más jóvenes.

Sacudí la cabeza. No me lo tragaba, pero no encontraba las palabras para contradecirlo.

—Me presentaron a otros dos chicos que habían cumplido dieciséis años. Uno era de la isla principal, el otro de Bressay. Eran igual de fuertes y de listos que yo. Me hablaron de otros cuatro, que tenían unos meses menos que yo. Componían el resto de mi grupo. Y conocí a seis chicos mayores que acababan de cumplir diecinueve años. Sabían por lo que estábamos pasando porque habían pasado por lo mismo tres años antes.

—Cada tres años —dije.

Él asintió.

—Cada tres años nacen entre cinco y ocho niños. Solo tenemos un hijo en nuestra vida, un hijo que se convertirá en uno de nosotros.

—¿Trows? —quería mofarme, lo intenté, pero no era fácil.

Él frunció el entrecejo.

—Kunal trows —me corrigió. Luego se relajó, hasta sonrió a medias—. Corren tantas historias tontas por ahí... Hombrecillos verdes que viven en cuevas y temen el hierro... Sin embargo todas esas leyendas encierran un grano de verdad.

—Todas esas mujeres. Todas esas muertes. ¿Cómo lo hacéis?

Volvió a sonreír. Creo que incluso empezaba a alardear.

—Los detalles prácticos son sencillísimos. La clave está en tener gente en los lugares adecuados. Una vez que se ha identificado a una mujer, la tenemos estrechamente vigilada. Luego montamos un accidente o su médico de cabecera le descubre una enfermedad. No todos los médicos de las islas son de los nuestros, por supuesto, de modo que depende. Una vez ingresa en el hospital, las cosas son más sencillas, pero, como es lógico, hay que manejar cada caso de forma diferente. Por regla general, se le administra una dosis elevada de Midazolam, o algo parecido para que el metabolismo se ralentice de inmediato y salte automáticamente la alarma de las máquinas de respiración artificial. Si hay familiares, el equipo médico finge hacer todo lo posible por salvar a la paciente, en vano. Luego llevan a la mujer,

inconsciente, al depósito de cadáveres, donde nuestra gente aguarda para llevarla a Tronal. El forense presenta un informe y se entierra o incinera un ataúd con peso dentro. Naturalmente, animamos a que incineren.

—Naturalmente. ¿Y qué me dices de Melissa?

Suspiró.

—Melissa fue un caso especial. Como contigo, no contábamos con que se mezclara en esto —miró furioso hacia la puerta abierta del camarote donde estaba Gair—. No utilizamos a nuestras propias mujeres.

—¿Y ella lo descubrió?

Asintió.

—Averiguó las contraseñas de Stephen y entró una noche en los archivos de su ordenador —volvió a acariciarme la frente—. Melissa era muy inteligente, una mujer muy obstinada —continuó—. En muchos sentidos me recuerda a ti. Me pareció de lo más irónico que fueras tú precisamente quien la encontrara. Su equivocación fue enfrentarse con Stephen y decirle que lo sabía. Tuvimos que actuar de prisa. Al principio planeamos quitarla de en medio, pero ella ya le había dicho a Stephen que estaba embarazada y él no quería perder al niño. Fue idea de él sustituirla por la otra mujer, la de Oban. Yo me opuse. Demasiadas complicaciones. Pero se nos acababa el tiempo.

—¿Y Kirsten Hawick? Sé que también está en mi terreno. ¿Simulasteis ese accidente? ¿Conducía uno de vosotros la camioneta?

Sacudió la cabeza.

—No, el de Kirsten fue de verdad un accidente. Solo exageramos la gravedad de las heridas. Tenía un hijo. Vive en Yell ahora, es un buen muchacho.

Kirsten podría haberse recuperado. El dolor casi insoportable que había visto en Joss Hawick había sido totalmente innecesario. Quise chillar, pero sabía que si lo hacía no podría parar.

—¿Por qué enterráis a las mujeres? ¿Por qué no las tiráis al mar o las incineráis? Si lo hubierais hecho, yo nunca habría encontrado a Melissa.

—Sí, pero no podemos. Va contra nuestras creencias. Nuestras madres yacen en lo que para nosotros es tierra sagrada. Es parte de nuestra forma de honrarlas.

—Y supongo que enterrarlas a todas en Tronal era demasiado arriesgado. Así que teníais cementerios por todas las islas.

Inclinó la cabeza, admitiendo la verdad de mis palabras.

—¿Y Duncan? ¿Duncan también hizo eso? ¿Bebió...?

Richard asintió.

—Sí. Lo mismo que su padre y su abuelo antes que él, y mi padre, mi abuelo y mi tatarabuelo. Somos kunal trows, más fuertes y poderosos que ningún otro hombre de la tierra —se levantó, dispuesto a volver al camarote principal.

Yo estaba tan cansada que solo quería sumirme en la inconsciencia. Pero sabía que si lo hacía, moriría. Tenía que seguir hablando.

—¿Cuántos? ¿Cuántos sois?

Él se detuvo en la puerta.

—Por todo el mundo, entre cuatrocientos y quinientos. La mayoría vivimos aquí, pero hace unos cien años empezamos a colonizar. Preferimos las islas, remotas pero con una economía local fuerte.

Temblaba y tenía muchas ganas de vomitar. Me hallaba en estado de *shock* pero ya no había peligro de que perdiera el conocimiento. Sentía un dolor terrible pero soportable.

—No eres especial —dije—. Está todo en tu cabeza.

Richard bajó la voz, como si tratara de tranquilizar a un niño agitado.

—No tienes ni idea de los poderes que tenemos. Y una influencia que ni siquiera puedes imaginar. Estas islas, y otras muchas alrededor del mundo, nos pertenecen. No alardeamos de nuestra riqueza, pero es inmensa.

—No sois más que hombres normales.

—Tengo ochenta y cinco años, Tora, y sigo teniendo la fuerza de un hombre de cincuenta. ¿Eso es normal?

—Richard —dijo Gair—, creo que oigo un motor. Tengo que subir para hacer señas. ¿Puedes tomar el timón?

Richard empezó a volverse.

—Créeme si puedes, querida. Te hará más llevaderos los próximos meses.

Se volvió y salió del camarote, cerró la puerta y me dejó encerrada con Freya, inmóvil. Me sorprendió que no me sedara. Tal vez, con tanto alarde de sus supuestos poderes especiales, se había olvidado. O, más probable, creía que el dolor y la pérdida de sangre bastarían para inmovilizarme. Me miré la pierna. Ya no salía sangre a borbotones; después de todo, quizá la arteria no se había roto. Me arriesgué a bajarla y me incorporé hasta quedar sentada en el camastro. La hemorragia aumentó, pero no era alarmante. Miré a Freya. Seguía respirando, tal vez no tan profundamente como antes, pero por lo demás no presentaba signos reales de vida. No podía esperar ayuda por ese lado.

Sentada en el camastro, reflexioné. Era imposible que pudiera con Richard y Gair yo sola, herida como estaba, pero tenía que intentarlo. Mientras estuvieran separados, Gair en la cubierta, y Richard al timón y de espaldas a mí, tendría más posibilidades de lograrlo. Cuando llegara el otro barco, tirarían a Dana por la borda. En cuanto a mí, me tendrían vigilada, probablemente drogada, hasta que terminara la operación policial y volviera a estar segura en Tronal.

Traté de levantarme. Una punzada de dolor me subió por la pierna. Respiré hondo varias veces, conté hasta diez y esperé a que remitiera. Luego di un paso adelante. Otra punzada, esta vez no tan intensa.

Me agarré al estante que rodeaba el camarote y avancé poco a poco hasta llegar al pomo de la puerta. El motor de las lanchas es escandalosamente ruidoso, pero Richard había reducido la velocidad y me pareció oír otro motor a lo lejos. Giré el

pomo y tiré de la puerta. Se abrió sin hacer ruido.

Richard estaba solo al timón; miraba al frente con los ojos entrecerrados, como si le costara ver lo que había al frente. Habíamos llegado a otra concentración de riscos próxima a la costa y la navegación era traicionera. Si lo dejaba sin sentido, que era básicamente el plan, no tardaríamos en estrellarnos contra una de esas enormes rocas de granito que nos rodeaban. En cuanto el casco se rajara, la lancha empezaría a hundirse y tendría que echar al agua un bote salvavidas (suponiendo que hubiera alguno a bordo), cargar en él a tres mujeres inconscientes, y enfrentarme con un psicópata fuerte y violento. Todo eso con una sola pierna sana. Como digo, lo tenía todo en contra.

La otra alternativa... La verdad es que la otra alternativa no me gustaba nada.

Necesitaba hacerme con un arma. La pistola para caballos del abuelo estaba en un estante del otro extremo de la cabina; no podía llegar a ella sin que Richard me viera. Miré alrededor. El suelo estaba resbaladizo de sangre, mi sangre; se me revolvió el estómago. Me obligué a apartar la mirada. Examiné los estantes que recorrían la cabina y encontré el armario donde guardaban las herramientas del barco. Deslicé una mano hacia abajo. Era como un juego de palitos chinos de vida o muerte: tenía que levantar una herramienta del montón sin mover las demás ni hacer ruido. Increíblemente, lo logré. Levanté la mano y examiné lo que había cogido. Unos alicates gruesos de acero, de unos treinta centímetros de longitud. Servirían. No tenía sentido perder más tiempo. Avancé cojeando, con el brazo levantado por encima de la cabeza.

Richard me vio reflejada en las ventanas de la cabina, por supuesto. Se volvió rápidamente, me agarró el brazo y me lo retorció a la espalda. Con la mano libre le golpeé el pecho en un gesto de desesperación y le clavé los dedos en los ojos. Él me asestó un solo golpe en la sien. Me salió sangre disparada de la boca y cruzó volando la cabina mientras notaba cómo me fallaban las piernas. Me derrumbé, pero me llevé a Richard conmigo.

Aterrizamos pesadamente, él encima de mí. Apoyó las manos en el suelo y se separó. Por un momento solo pude mirarlo, esperar a que actuara. Luego le agarré el lóbulo de la oreja hasta que le hice gritar de dolor. Me golpeó el brazo con fuerza y tuve que soltarlo, pero con la otra mano traté de alcanzarle los ojos. Él se sentó a horcajadas sobre mí y me inmovilizó. Me agarró la muñeca derecha con una mano y llevó la otra hasta mi garganta.

Sabiendo que sería el último sonido que saldría de mi boca, grité.

La mano de Richard me rodeó el cuello y apretó. Yo sacudí la cabeza de un lado para otro, pero él no aflojó la sujeción. Era increíblemente fuerte; había sido una estúpida al creer que podría con él. Con la mano izquierda intenté darle un golpe en la cara, pero él tenía los brazos más largos y no lo alcancé.

Arañé la mano que me aferraba el cuello y, clavándole las uñas, traté de arrancármela. El pánico instintivo que acompaña a la falta de oxígeno se había

apoderado de mí, infundiéndome unas fuerzas que de otro modo no habría tenido. Aun así, no bastó. Richard ya no me miraba a mí, tenía la vista fija en algún punto por encima de mi cabeza. No podía mirarme a los ojos mientras me estrangulaba. Creo que ese pensamiento me consoló un poco mientras la oscuridad crecía.

Luego tuvo una sacudida, solo una, y relajó la mano alrededor de mi cuello. Mis pulmones empezaron a bombear, desesperados por tomar aire, pero tenía la garganta dolorida por la presión de la fuerte mano de Richard. Como una cañería abollada, no dejaba pasar suficiente aire a través de ella y la oscuridad siguió aumentando dentro de mi cabeza.

Richard se desplomó encima de mí; sus ojos se encontraron con los míos, pero no había expresión en ellos. El peso de su cuerpo se desplazó un poco, y mis pulmones hicieron un esfuerzo gigantesco y el aire entró en ellos una vez más. Logré levantar las manos y lo empujé con fuerza.

Rodó hacia un lado y lo aparté; no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero debía aprovechar cualquier oportunidad para zafarme. Se quedó boca abajo en el suelo de la cabina. Un charco negro le empapó el abundante pelo canoso de la nuca y, mientras lo miraba, una pequeña burbuja de sangre salió de la herida y se reventó al tocar el aire. Aparté los ojos y miré a la figura arrodillada sobre él. Me miró y me pareció ver un atisbo de reconocimiento en sus ojos antes de que se pusieran vidriosos. Se oyó un ruido sordo cuando el arma humanitaria, el grueso cañón de hierro manchado con la sangre de Richard, cayó al suelo.

Me incorporé con esfuerzo y alargué una mano para buscar el pulso en el cuello de Richard. No lo encontré. Me levanté, me acerqué a él, y miré escalera arriba. Gair no estaba a la vista, pero alcancé a ver destellos de luz mientras hacía señas a otro barco.

Me agaché para recoger el arma y volví a cargarla. Luego, por fin, alargué una mano y toqué la cara de la asesina de Richard. Sus ojos, aturdidos por las drogas, me miraban sin verme. Pero entonces vi en ellos un brillo de inteligencia y en los labios de Dana se dibujó una sonrisa.

—¿Me entiendes? —susurré, notando que yo también sonreía.

Asintió, pero no parecía capaz de hablar.

—Stephen Gair está arriba —dije, señalando el puente—. Es un tipo muy peligroso —sus ojos no reflejaron sorpresa—. ¿Puedes vigilar la escalera? ¿Y avisarme si aparece?

Volvió a asentir. Me levanté y me acerqué cojeando al timón. No vi ningún peligro inmediato al frente; el medidor de profundidad no podía cuantificar las brazas, lo que siempre era una señal tranquilizadora. Puse el barco en piloto automático. Luego cogí la radio y sintonicé el canal dieciséis.

—SOS, SOS, SOS —dije lo más alto que me atreví, sabiendo que Gair oiría crepitar la respuesta y esperando que creyera que era el otro barco comunicándose con Richard—. SOS, SOS, SOS —repetí—. Aquí la lancha motora *Arctic Skua*,

Arctic Skua. Estamos en las aguas de las Shetland, bordeando la costa oriental de la isla de Tronal en dirección sur. Necesitamos ayuda médica y policial urgente.

Se oyeron interferencias. No hubo respuesta.

Me volví. Dana no había apartado los ojos de la escalera. Oí pasos por encima de nosotras.

—Hay seis personas a bordo —dije hacia el micro—. Dos heridas, y tres drogadas. La única persona que está bien es un peligro para el resto. Necesitamos ayuda urgentemente. Repito, urgentemente.

Más interferencias. Tampoco hubo respuesta.

Estaba a punto de perder la esperanza. Aunque alguien me escuchara, y seguro que al menos lo haría la guardia costera de las Shetland, no llegarían a tiempo. En cualquier momento arribaría el segundo barco de Tronal y a las otras mujeres y a mí nos arrojarían por la borda. Cuanto podía hacer era asegurarme de que no desapareceríamos sin dejar rastro.

—Somos Tora Hamilton, Richard Guthrie, Stephen Gair y Dana Tulloch. Repito, Dana Tulloch, que está viva —«pero no por mucho tiempo», pensé. Oí claramente el ruido de otro motor acercándose—. También hay otras dos mujeres cuyos verdaderos nombres no sé. Hemos sido secuestradas y hechas prisioneras por Richard Guthrie y Stephen Gair. Los dos son sumamente peligrosos.

Eso era algo exagerado. Richard no se había movido del suelo y parecía cualquier cosa menos peligroso. Gair era otro asunto. Si bajaba, me mataría. No tendría otra elección. Sin Richard, no podría administrarme las drogas necesarias para dejarme inconsciente hasta que regresáramos a Tronal. El bebé tendría que ser sacrificado. Me mataría y me tiraría por la borda. A Dana también. Las otras dos mujeres tal vez sobrevivieran, pero ¿para qué? Otros seis meses de prisión y una muerte violenta. No podía dejar que Gair bajara. Tenía que levantarme y enfrentarme a él.

Solo que no podía hacerlo. Me sentía muy débil por la pérdida de sangre y mareada a causa del dolor. Había pasado la mayor parte de la noche funcionando a base de adrenalina, y la reserva se había vaciado. No podía luchar con él; ni siquiera podía subir la escalera. Esperaría, me escondería dentro de uno de los camarotes y saltaría sobre él cuando bajara. Era la única posibilidad que tenía.

Se oyó un ruido arriba. Alguien había saltado sobre el techo de la cabina.

—¡Eh, señoras!

La cara de Gair apareció suspendida boca abajo por el hueco de la escalerilla. Estaba tumbado en el techo de la cabina, mirándonos. Tenía las venas de la frente abultadas, y pude ver sus grandes dientes blancos. Me di cuenta de que la cordura le había abandonado. Desplazó los ojos hasta el cuerpo de Richard y los entrecerró. Luego volvió a mirarme.

—Sube aquí, Tora —dijo.

Incapaz de apartar los ojos de la cara de Gair, sacudí la cabeza. No pensaba acercarme a él. Me daba terror.

Su cara desapareció. Lo oí dar grandes zancadas sobre el techo y me acerqué a Dana. Ella me sujetó el tobillo mientras yo asía el arma con fuerza.

La cara de Gair apareció de nuevo.

—Voy a abrir las válvulas de la toma de agua, Tora —dijo, burlón—. Tienes diez minutos antes de que el barco se hunda como una roca. Si quieres salvar a tus tres amigas, sube ahora mismo.

Se fue hacia la proa. Me acerqué tambaleante a la escalera y tomé impulso para subir. Gair estaba inclinado sobre el armario del ancla. Al verme, se irguió y se acercó a mí.

No me moví. Él también estaba herido, aunque no de tanta gravedad como yo, y yo seguía teniendo el arma. Todavía no iba a rendirme. Se subió al techo de la cabina y se quedó allí, de pie, con las piernas abiertas para mantener el equilibrio, imponente por encima de mí. El viento le sacudía la ropa y marcaba las líneas esbeltas y fuertes de su cuerpo. Tenía la cara blanca y brillante contra el cielo nocturno y enseñaba los dientes en un desagradable intento de sonrisa. Ya no tenía aspecto de lobo. Parecía más bien un diablo.

Retrocedí hasta que me topé con el timón del puente. Se me revolvió lo que tenía en el estómago y los músculos ya no pudieron contenerlo. Empecé a sentir un calor hediondo por las piernas. Piernas que se habían vuelto de paja y ya no podían sostenerme. Me derrumbé en el suelo del puente.

Gair tenía algo en la mano; una cadena corta. Le dio vueltas y la estrelló contra el techo de la cabina. Luego cogió el otro extremo con la mano izquierda y tiró de él. Tenía casi un metro de largo y los eslabones eran de dos centímetros y medio de grosor. Se quedó en el borde del techo de la cabina, listo para saltar dentro. El barco osciló y él recuperó el equilibrio. Me pareció oír la voz de Dana abajo, repitiendo la llamada de socorro que yo había hecho poco antes. Hasta me pareció oír crepitar una débil respuesta. Pero era demasiado tarde; al menos para mí.

Cerca de la proa de babor se alzaba una forma enorme, por un instante casi tan aterradora como el hombre que estaba a punto de lanzarse sobre mí. Otra mole de granito, peligrosamente cerca. Dejé caer el arma, deslicé la mano derecha a través de los radios del timón, y la moví arriba y abajo donde sabía que estaba el panel de instrumentos. Mis dedos palparon botones y los apreté. Los botones pitaron en respuesta. No tenía ni idea de para qué servían, solo podía esperar.

Gair se alzó de puntillas. Yo agarré un radio de la parte superior del timón y lo empujé hacia abajo con todas mis fuerzas.

El bote respondió; uno de los botones que había apretado había desactivado el piloto automático y yo tenía el control del timón. La lancha, que avanzaba a gran

velocidad, casi volcó por la fuerza de aquel brusco giro. Abajo, en la cabina, los objetos rodaron por el suelo y oí gritar a Dana. Gair se tambaleó y casi resbaló, pero se agarró a algo y recuperó milagrosamente el equilibrio.

En ese preciso momento nos estrellábamos con una mole de granito de seis metros de altura.

Mientras el barco viraba, yo me caí al suelo del puente; la fuerza del impacto me lanzó contra el timón, me golpeó los hombros y casi perdí la conciencia. A través de unos ojos que casi no veían, vi cómo Stephen Gair salía despedido hacia mí. Me miraba fijamente, y en esa fracción de segundo vi ira, luego miedo, mientras volaba por el aire y se estrellaba contra el timón. Oí un crujido que supe que era el de un hueso al romperse y me obligué a volverme hacia Gair. Luego el movimiento del barco en punto muerto lo arrojó de nuevo por los aires hasta caer en la popa.

Agarré el timón para ayudarme a levantarme. Lo rodeé y me acerqué a Gair. Él empezaba a moverse, a alzar la cabeza de la cubierta. Apoyada contra el timón, le di una patada y resbaló hacia atrás. Me cogió el tobillo. Agarrada al timón con las dos manos, levanté el otro pie y salté sobre su muñeca. Me soltó y le di otra patada. Resbaló hacia atrás y volví a propinarle una patada, esta vez en la cara, horrorizada por la violencia de la que era capaz pero incapaz de contenerme. Lo empujé por última vez con los dos pies y me desplomé en la popa mientras él caía por la borda.

No sé cuánto tiempo estuve allí arrodillada, mirando la estela del barco. Creo que hasta pensé en tirarme yo también por la borda. No pudieron transcurrir más de unos segundos antes de que el barco empezara a dar vueltas fuera de control. Regresé a gatas al puente de mando y apreté el botón para apagar los motores. Se pararon, y el ruido se desvaneció en la noche. El barco seguía moviéndose por el viento y la marea, pero ya no giraba alocadamente. Y eso era todo, yo no podía hacer absolutamente nada más. Desplomada contra el timón, me pregunté de dónde llegaría la ayuda. Si existía alguna posibilidad real de que llegara.

Entonces la cara de Dana apareció en el hueco de la escalera. Me vio, pero todavía parecía incapaz de hablar. Luego desapareció y me pregunté si se había caído. Quería ir a ayudarla, creo que hasta traté de levantarme, pero no pude. También quería gritar, pero ni siquiera para eso tenía fuerzas.

Luego vi aparecer algo en lo alto de la escalera. Una maraña de tela y metal. Era un chaleco salvavidas; los había visto en uno de los estantes que rodeaban la cabina principal. Vi aparecer otro. Y un tercero.

—Vamos, Tora. Ponte uno —apenas alcancé a oír la voz de Dana, muy débil contra el viento.

Me agarré al timón y logré ponerme a cuatro patas. Lo rodeé y cruce el puente a gatas. Volvía a sentir palpitaciones en la pierna y traté de no pensar en ella y concentrarme solo en llegar hasta la escalera.

Apareció una mano, el brazo de una mujer. Alargué la mano y lo agarré. No tenía fuerzas, pero lo sujeté mientras me echaba hacia atrás. Una mujer asomó en lo alto de la escalera. El pelo negro le caía hacia delante y le tapaba la cara. Volví a tirar y oí gruñir a Dana mientras empujaba desde abajo. La mujer del pelo negro salió por fin de la escalera y aterrizó encima de mí. La aparté. Era Freya, la más joven de las dos. Abrió los ojos brevemente, me miró, volvió a cerrarlos, y se desvaneció contra el asiento del puente.

Oí a Dana gritar «Tora», luego vi movimiento en la escalera y unas manos en las barandillas. Odel subía sola. Parecía débil, apenas podía fijar la mirada y supuse que Dana la empujaba por detrás. Le cogí la mano mientras subía insegura y salió al puente. Jadeó contra el frío y casi se cayó encima de mí.

De algún modo logré mantenerme en pie y me acerqué tambaleándome a la escalera. Alargué una mano y cogí a Dana del brazo. Subió con sorprendente facilidad y le ayudé a saltar el último escalón. El viento le sopló en la cara y empezó a temblar con violencia. Vi que, abajo, el suelo de la cabina estaba cubierto de agua que aumentaba rápidamente. Gair me había dicho que una vez que el barco empezara a inundarse dispondría de diez minutos.

Dana me miró.

—Chalecos salvavidas —dije, jadeando. Miré a Freya y a Odel.

Dan, siempre tan práctica y sensata, ya llevaba puesto el suyo. Asintió y me pasó uno. Logré pasármelo por la cabeza y abrocharme la hebilla metálica. Dana me ayudó a ponerles los chalecos a las otras dos, los hinché y encendí las pequeñas luces que daría a quien nos buscara la posibilidad de encontrarnos.

El agua alcanzó la popa y las cuatro nos encontramos sentadas en un charco helado. Las olas nos estaban dejando empapadas, llenaban el puente de agua cada pocos segundos y aceleraban el hundimiento. No había tiempo para coger el bote salvavidas, aunque consiguiera dar con él. Cogí cuatro arneses y enganché los chalecos por la cintura. Tanto si nos hundíamos como si salíamos a flote, lo haríamos juntas.

—¿Puedes mantenerte en pie? —grité a Dana.

—Creo que sí —logró responder, y nos levantamos juntas con esfuerzo.

Odel se puso en pie con nosotras y las tres ayudamos a Freya. Se le ensombreció la mirada; volvió a perder la consciencia. Me subí al asiento y luego a la borda. Dana siguió mi ejemplo, luego Odel, y juntas la arrastramos. Tambaleándonos, agarrando cualquier cosa que parecía firme, nos acercamos a la popa del barco. Nos quedamos allí de pie, mirando la hélice inmóvil. Desenganché la barandilla y me agarré con fuerza a uno de los puntales.

—¡Tenemos que saltar! —grité al tiempo que rodeaba con fuerza la cintura de Freya con el otro brazo, y miraba a Dana y a Odel para asegurarme de que me entendían—. ¡Os daré la señal!

Dana asintió. Odel luchaba por mantener los ojos abiertos, pero Dana la asió con

fuerza mientras con el otro brazo se agarraba a un puntal.

Bajé el primer escalón. Habíamos dejado Tronal muy atrás y no había tierra firme lo suficientemente cerca para plantearnos la posibilidad de nadar. Las olas me cubrían los pies. Me volví, casi perdiendo el equilibrio, e incliné la cabeza hacia Dana.

—¡A la de tres! —dije sin aliento—. ¡Uno, dos, tres!

Saltamos en el aire y nos recibió la suave y delicada bienvenida del océano. Mientras nos hundíamos, brillaban estrellas a nuestro alrededor y la negrura alargaba los brazos y nos arrastraba hacia abajo. No sentía frío, ni dolor, ni miedo, no notaba la presencia de las otras mujeres cerca de mí, pero sabía que estaban allí.

Me invadió una sensación de paz, de finalidad; después de todo, morir no era tan malo, sumergida en la silenciosa y pelada oscuridad.

Pero la voluntad de vivir era increíblemente tenaz, pues notaba cómo mis piernas se agitaban, hacían movimientos natatorios. Luego las antiguas leyes de la física entraron en juego y el aire de nuestros chalecos empezó a elevarse hacia arriba y a llevarnos consigo. Nuestras caras rompieron la superficie como cristal que se hace añicos y el aire salado nocturno nos llenó los pulmones. Busqué a Dana, encontré su mano y me pareció ver un brillo en sus ojos cuando se encontró con los míos. Odel y Freya solo eran formas oscuras en el agua.

Oí de nuevo ruido de motores y supe que alguien estaba cerca. Traté de enfurecerme al pensar en todo lo que habíamos pasado solo para que el segundo barco de Tronal nos recogiera, pero no lo logré. No me importaba.

El ruido del motor se hizo más fuerte, era casi ensordecedor, pero no tenía claro de dónde venía. Miré a Dana y me pareció que miraba hacia arriba; un segundo después quedamos bañadas en luz.

Cuando volví a abrir los ojos, grité.

Estaba en una pequeña habitación pintada de color crema, con grabados de flores en las paredes y una puerta que se abría a un cuarto de baño privado. Volvía a estar en Tronal, encadenada a una estrecha cama de hospital. Mis gritos resonaron por todo el edificio.

La puerta del pasillo se abrió de golpe y entró corriendo una enfermera, seguida de un camillero y un médico joven. Apiñados alrededor de mi cama, hacían ruidos tranquilizadores, trataban de serenarme. Yo me había sentado. Me miré las muñecas. No tenía grilletes. Traté de mover las piernas. Moví una con facilidad, la otra la tenía rígidamente envuelta en vendajes. No había rastro de cadenas. En la habitación había otra cama, pero no pude ver quién estaba en ella; la enfermera me la tapaba.

El médico, con una jeringa en la mano, me sujetó el brazo. Me solté de un tirón y le pegué. Él dejó escapar un taco y la jeringa se le cayó al suelo.

—Nada de drogas. ¡No te atrevas a drogarme! —grité.

—Parece que habla en serio —dijo una voz conocida.

Todos nos volvimos.

Kenn Gifford estaba en el umbral. Los otros retrocedieron, se alejaron de la cama, inseguros de qué hacer a continuación.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En el Balfour —respondió Kenn—. En las Orcadas. A la inspectora Rowley y a mí nos pareció que preferirías estar un tiempo lejos de las Shetland.

—Duncan —dijo sin aliento, preparada para gritar de nuevo.

Kenn señaló el otro extremo de la habitación; vi un principio de sonrisa en su cara. La enfermera se apartó y vi al hombre que estaba acostado en la cama de al lado. Sin importarme el dolor, saqué las piernas de la cama y me levanté.

Kenn me rodeó la cintura y medio me guio, medio cargó conmigo hasta la cama de Duncan. Mi marido tenía los ojos abiertos pero inexpresivos. Me pareció que apenas me veía. Le acaricié la mejilla. Tenía la cabeza vendada. No aparté los ojos de él mientras Kenn y la enfermera me llevaban de nuevo a mi cama.

—Recibió un fuerte golpe en la cabeza —dijo Kenn—. Cuando llegasteis esta mañana le hicimos un escáner CT. La arteria meníngea media se ha roto y ha causado un hematoma epidural.

Vi que Duncan cerraba los ojos lentamente. Esa herida en la cabeza es bastante común. La arteria meníngea media se halla por encima de ambas sienes; el cráneo en esa zona es delgado, lo que hace que la arteria sea vulnerable a una lesión. Un hematoma epidural, o acumulación de sangre entre el cráneo y el cerebro, puede comprimir el delicado tejido cerebral y, si no se trata, causar daños cerebrales, incluso la muerte.

—¿Se pondrá bien? —pregunté.

—Creemos que sí. La sangre tuvo tiempo de coagular, de modo que tuvimos que

hacerle una craneotomía, pero fue bastante sencillo. Lo tendremos sedado otras doce horas más o menos.

El joven médico había recogido la jeringa del suelo y permanecía cerca.

—Ni se te ocurra —dije.

Kenn y él se miraron. Luego el joven salió de la habitación. Lo siguieron la enfermera y el camillero, y la puerta se cerró detrás de ellos.

Kenn se sentó en mi cama.

—¿Y Dana y las demás? ¿Están aquí?

Asintió.

—Dana se ha dado el alta ella misma hace un par de horas. Alison y Collette siguen aquí. Las dos están bien.

Por un momento no supe a quién se refería. Luego caí en la cuenta. Freya y Odel no eran sus verdaderos nombres, por supuesto.

—Alison y Collette —repetí—. Háblame de ellas.

—Necesitas descansar.

—No, dime quiénes son —insistí mientras trataba de incorporarme sin éxito.

Duncan seguía con los ojos cerrados, pero el movimiento de su pecho era tranquilizador.

Kenn se puso de pie y levantó la cama con la manivela.

—Collette McNeil tiene treinta y tres años —dijo; se sentó de nuevo—. Está casada, tiene hijos pequeños, y vive en las afueras de Sumburgh. Todas las mañanas lleva a los niños al colegio y luego pasea al perro de la familia por lo alto de los acantilados con vistas a la costa oeste. Hace un mes estaba haciendo exactamente eso cuando unos hombres se le acercaron. Lo siguiente que recuerda es que despertó en Tronal. El perro logró volver solo a casa y dar la alarma. Todo el mundo dio por sentado que se había caído por el acantilado.

—Su familia. ¿Lo saben?

Kenn asintió.

—Su marido está con ella ahora.

—¿Y la otra, Alison?

—Alison era una turista. Vino con unos amigos, pero se separó de ellos para explorar las islas por su cuenta. No recuerda lo que pasó, está bastante traumatizada, pero al parecer la vieron subir al ferry de Fair Isle hace tres semanas. Nadie la vio volver. Supusieron que se había ahogado.

—No podían permitirse que alguien encontrara un cadáver este verano —dije.

Kenn me miró ceñudo.

—Stephen Renney no es uno de ellos —expliqué—. Solo lleva unos meses en el hospital y ni siquiera es de las Shetland. Este año no podían arriesgarse a simular una muerte en el hospital. Todos fueron accidentes, cadáveres imposibles de recuperar.

Kenn guardó silencio. Escuchamos los ruidos del pasillo, la respiración de Duncan.

—Supongo —dijo él por fin—. Escucha, por ahora es suficiente —se levantó—. Necesitas descansar.

Cuando vi que se disponía a marcharse me invadió de nuevo el pánico.

—Nada de drogas, sedantes ni analgésicos. Prométemelo —dije.

Kenn levantó las manos.

—Lo prometo.

—Tú no eres uno de ellos, ¿verdad? Me dijeron que tú no eras uno de ellos.

—Tranquila. No, no soy uno de ellos.

—Richard, él... Lo siento mucho.

Avanzó y me cogió las manos.

—No lo sientas.

—Dijo que eran entre cuatrocientos y quinientos. Están en todas partes. Podrían estar en este mismo hospital.

—Cálmate. Los dos estáis a salvo. No te dejaré sola.

—Estoy tan cansada...

Asintió y bajó de nuevo la cama. Luego se inclinó y me dio un beso en la frente. Logré sonreír mientras él se sentaba en una silla a mi lado, pero era la cara de Duncan la que miraba mientras se me cerraban los ojos.

Epílogo

Una alondra nos despertó justo cuando la luz plateada del amanecer empezaba a suavizarse y a volverse dorada. Antes de desayunar dimos un paseo por lo alto del acantilado, viendo las olas estrellarse contra las rocas, y hordas de aves marinas ir y venir construyendo sus nidos, preparándose para la llegada inminente de sus crías. Era un día inusualmente cálido para finales de mayo. Las armenias marítimas y las minúsculas flores azules con forma de campana de la escila de primavera cubrían los acantilados cual confeti. De regreso a casa por el borde de la carretera, apenas se veía la hierba bajo la gruesa alfombra de primulas. Las Shetland estaban en su máximo esplendor. Y un pequeño ejército de agentes de policía ingleses rastreaba nuestro terreno en busca de los restos de Kirsten Hawick.

Duncan y yo nos sentamos en el área acordonada de detrás de la casa. Aun a cierta distancia, podíamos ver que esa vez iban en serio. Todas las muestras de tierra que habían tomado anteriormente habían dado negativo en la prueba del fosfato. Nuevos análisis, realizados siguiendo órdenes de Helen, demostraron que las muestras no procedían de nuestro jardín. ¡Vaya sorpresa! De modo que volvieron a empezar. Tomaron más muestras y las llevaron a analizar a otro laboratorio; y esa vez, varias dieron positivo.

Habían dividido todo el campo en un tablero. Metros de cinta, sujetos con pequeñas estacas, se entrecruzaban a lo largo y ancho del terreno. Los agentes, que trabajaban en equipos de tres, comprobaban sistemáticamente cuadrado tras cuadrado, midiendo, sondeando, cavando, prestando especial atención a las zonas donde habían encontrado fosfato. Llevaban cuatro horas y habían cubierto una cuarta parte del terreno. De momento no habían encontrado nada, pero esa mañana los enviados de prensa de todo el mundo que llevaban acampados desde la semana anterior frente a nuestra puerta parecían haberse multiplicado. En el aire flotaba una expectación sombría.

Habían transcurrido dos semanas desde nuestras aventuras en Tronal. La pierna se me estaba curando bien y Duncan se había recuperado completamente. Habíamos tenido una suerte extraordinaria. La parada que yo había hecho esa noche en la casa de Dana nos había salvado la vida. Helen había pedido a uno de sus agentes que fuera a recoger algo que se había olvidado. El agente encontró el sobre dirigido a Helen y, siguiendo instrucciones, lo abrió. Al enterarse de lo que me proponía hacer (y, según me dijeron, maldiciéndome sin parar durante las dos horas siguientes), Helen envió una docena de agentes a Tronal. Rescataron a Duncan del sótano y encontraron el barco que yo había robado en la playa. Helen en persona dirigió la operación a bordo de un helicóptero de la policía, el mismo que nos rescató del mar cuando se hundió la lancha.

Y entonces empezó la diversión.

Doce isleños, entre ellos los empleados de la clínica de Tronal, varios miembros

del personal del hospital, el dentista McDouglas, el inspector Andy Dunn y dos agentes del cuerpo de policía local, estaban detenidos por diversos cargos: asesinato, conspiración de asesinato, secuestro y daños corporales, por citar solo algunos. El comisario Harris, del Departamento de la Policía del Norte, había sido suspendido en espera de una investigación interna. Duncan decía que esos hombres solo eran la punta del iceberg, y yo no lo dudé ni por un momento. Pero, por supuesto, una cosa era creerlo; las pruebas irrefutables estaban resultando tan esquivas como los trows de las leyendas. Esos trece podrían ser lo único que tendríamos.

Stephen Gair seguía sin aparecer. Si estaba vivo o muerto, nadie lo sabía. Solo podíamos confiar.

Al día siguiente iba a celebrarse en Unst un funeral por Richard. Aquella noche la lancha se hundió en aguas relativamente poco profundas; recuperarla, con el cadáver de Richard a bordo, fue fácil. Se esperaba que la mitad de los habitantes de las Shetland acudirían para honrar su recuerdo, pero Duncan y yo no estaríamos entre ellos. Habíamos hablado mucho sobre ello, pero ninguno de los dos nos veíamos con fuerzas. Yo todavía tenía cardenales en el cuello; no sería capaz de fingir que lloraba al hombre que me los había hecho. Tampoco podría mirar a los feligreses a la cara sin preguntarme...

Los motivos de Duncan eran más complejos. Estaba tratando de encajar lo cerca que había estado de convertirse en uno de ellos.

De modo que Kenn iba a ser nuestro apoderado. Lo habíamos visto mucho esas últimas semanas. Se había acostumbrado a aparecer por casa sin anunciarse, normalmente a la hora de comer. Seguía flirteando vergonzosamente, pero solo en presencia de Duncan. Evitaba quedarse a solas conmigo, de modo que al menos ese problema estaba resuelto por el momento. Yo todavía no estaba segura de quién había robado la novia a quién, y sospechaba que nunca lo sabría; tampoco estaba segura de si les seguía importando. Había sido Kenn quien había extirpado el coágulo a Duncan. Supongo que es difícil seguir odiando a quien te ha salvado la vida. Además, los dos disfrutaban quejándose de la investigación policial aparentemente interminable.

De modo que hasta la fecha no se habían presentado cargos contra Duncan ni contra Kenn, pero aún no teníamos la sensación de que podíamos respirar tranquilos. El punto más importante a favor de Duncan era que, cuando el equipo de Helen había rastreado la isla esa noche, lo había encontrado encerrado en el sótano, sangrando profusamente de una herida en la cabeza y al borde de la muerte. El hecho de que no hubiera puesto un pie en las Shetland en casi veinte años también ayudaba. En cuanto a Kenn, había estado oportunamente fuera del país todos los veranos en que el índice de defunciones de mujeres había aumentado. A lo largo de los años Richard se había esforzado mucho en proteger a su hijo predilecto.

La clínica de maternidad de Tronal se había cerrado para siempre. Los dos niños que había visto aquella noche habían sido trasladados a otra unidad neonatal de

Edimburgo y estaban evolucionando bien. Se buscaría a sus madres biológicas, así como a todas las mujeres que en los últimos años habían estado en Tronal para someterse a un aborto tardío. Cuál sería su relación legal con los niños que creían haber abortado, nadie lo sabía. Otro de los muchos líos que habían salido de Tronal.

Estaban rastreando concienzudamente el terreno que rodeaba la clínica. Ya habían encontrado algunos restos humanos, pero, por lo que sabía, la cosa iba para largo. Cerca de la playa donde había atracado esa noche habían desenterrado varios esqueletos pequeños. De todos los bebés nacidos en Tronal a lo largo de los años, esos eran los que más lloraba mi corazón. Los que no lo habían logrado.

Collette McNeil y Alison Rogers estaban embarazadas como consecuencia de su estancia en Tronal. No hubo relaciones sexuales; los médicos les abrieron el cuello del útero y les insertaron espermatozoides directamente en las cavidades uterinas. Los abogados todavía están discutiendo sobre si, técnicamente, constituye una violación. Collette piensa abortar. Ella y su familia van a marcharse de las Shetland. Alison, de veintiún años, está pensando en quedarse el bebé.

Al oír pasos en la grava, me volví. Dana había logrado cruzar la barricada de la prensa y se acercaba a nosotros. Llevaba unos téjanos, un suéter grande y amorfo, y el pelo recogido en una coleta. No la había visto desde la noche que saltamos todas juntas al océano, y me pareció más menuda y delgada de como la recordaba. Cuando llegó hasta nosotros, no parecía saber qué decir.

—Creía que estabas en Dundee. De baja por enfermedad —dije; me daba la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar y no sabía si podría soportarlo. Suficientes lagrimas había habido las dos últimas semanas...

Acercó una silla plegable de madera y la abrió.

—Debería estar allí, pero me aburría como una ostra. He vuelto esta mañana en avión. —Se sentó a mi lado.

—Me parece que podrías estar en un apuro —dijo Duncan, que miraba hacia lo alto del campo.

Las dos seguimos su mirada. Helen, con un mono blanco, había dejado de moverse de un lado para otro como una gallina clueca y nos miraba.

Me volví hacia Dana, me arriesgué a sonreír, y vi en su cara el pálido reflejo de una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, mirándome la barriga.

—De pena —respondí; era bastante aproximado a cómo me sentía.

Pero en realidad no hay palabras para describir lo que tiene que pasar una mujer en el primer trimestre de embarazo. En cuanto pudiera hablar por teléfono sin vomitar sobre él, llamaría a todas mis antiguas pacientes para disculparme por no haber sido lo bastante comprensiva.

—¿Y eso es... bueno?

—No, pero es normal —dije.

Guardamos silencio mientras veíamos a Helen debatirse entre acercarse y

reprender a Dana por haber vuelto al trabajo, y quedarse donde estaba y seguir con lo que hacía. Me dio por pensar que lo único remotamente normal en mi embarazo era la pequeña criatura que había en el centro de él. Jenny me había explorado el día anterior. Duncan y yo nos habíamos cogido de la mano, con los ojos llenos de lágrimas, mientras escuchábamos los fuertes latidos de esa pequeña masa informe, totalmente ajena a lo que había estado ocurriendo a su alrededor.

—¿Supongo que esperamos que sea... niña? —dijo Dana tanteando.

Oí que Duncan se reía suavemente y me pareció una buena señal.

Un ruido repentino me llamo la atención. En la valla que se extendía a lo largo del campo había un grupo de pájaros de color gris claro con la cola ahorquillada, la cabeza negra y el pico rojo. Eran charranes árticos que habían vuelto de pasar un largo invierno en el hemisferio sur. Esperando anidar en nuestro campo, como todos los años, parecían desconcertados por la repentina invasión humana. Los charranes no son pájaros apacibles. Saltaban a lo largo de la valla y describían círculos sobre nuestra cabeza, pidiendo a gritos a los policías que se buscaran otro lugar donde cavar, que aquel era su lugar de cría.

—Creo que han encontrado algo —dijo Dana.

Aparté la mirada de los pájaros.

—¿Dónde?

—Ese grupo cerca de Helen. Hombre alto de pelo rubio. Mujer con gafas de montura de pasta. Cerca de los juncales.

Miré. El pequeño grupo al que Dana se refería ya no era un equipo entre muchos, se había convertido en el centro de la actividad que tenía lugar en el campo. Uno tras otro, los demás agentes con mono blanco se acercaron.

—Oh, han estado haciendo eso mismo durante la última hora —dijo Duncan—. Creo que ese equipo se emociona más que el resto.

—Están muy cerca de donde encontré a Melissa —dije con una voz que no estaba segura de si se habría oído.

Nadie habló. En lo alto del campo cuatro hombres empezaron a cavar con mucho ímpetu.

—Deberíamos entrar en casa —dijo Duncan.

No nos movimos.

Siguieron cavando. En el resto del campo la actividad había cesado. Todos los ojos estaban clavados en los cuatro hombres con pala. Hasta los charranes parecían haberse callado.

Las nubes procedentes del *voe* empezaron a amontonarse. La tierra, de un color tan intenso hacía unos momentos, quedó cubierta de sombras. Nadie, en el campo y en el jardín trasero de la casa, parecía capaz de hablar. Escuchamos el golpeteo regular de las palas contra la tierra húmeda y esperamos.

Creía que no podría seguir soportándolo cuando dejaron de cavar. Los hombres con pala retrocedieron y otros se acercaron. Empezaron a dispararse cámaras, la gente

hablaba por la radio, se descargaron equipos de las furgonetas aparcadas en nuestro patio y una oleada de emoción recorrió las filas de la prensa. Helen empezó a bajar de la colina en dirección a nosotros.

Encontraron en nuestro terreno los cadáveres, perfectamente conservados y manchados por la turba, de cuatro mujeres. La primera que desenterraron ese día fue Rachel Gibb; a las demás las identificaron más tarde como Heather Paterson, Caitlin Corrigan y Kirsten Hawick; todos ellos nombres que conocía; los había visto en la pantalla de mi ordenador la noche que conocí a Helen. En los días que siguieron averigüé más cosas de ellas, dónde habían vivido, quiénes habían sido, cómo se había creído que habían muerto. Y pasé más tiempo del que era saludable imaginando un último año. Apartadas de su vida y de todos sus seres queridos, esas mujeres habían tenido que enfrentarse solas y asustadas a los largos y dolorosos meses de un embarazo y a la terrible experiencia de un parto. Habían recibido la mejor atención médica posible, pero nadie les había cogido la mano, ni les había dado un abrazo tranquilizador, ni les había dicho que al final todo valdría la pena. Prisioneras de su propio cuerpo y de los hombres de Tronal, esas mujeres habían permanecido en sus rediles como reses preñadas, esperando hasta que cumplieran su cometido y no volvieran a necesitarlas. Si pensar en ello os hace gritar de rabia, entonces bienvenidos al club, amigos, bienvenidos al club.

A todas las mujeres que desenterraron esa semana les habían arrancado el corazón, como habían hecho con Melissa. Todas tenían tres símbolos rúnicos grabados en la espalda: *Othila*, que significaba Fertilidad; *Dagaz*, la runa de la Cosecha, y *Nauthiz*, Sacrificio.

Han dado por terminada la búsqueda, para consternación mía; estoy convencida de que hay dos cadáveres más enterrados en alguna parte; un año después de que esas mujeres supuestamente murieran, nacieron siete niños KT. Pero el equipo de policía insiste en que los campos de detrás de mi casa han sido concienzudamente rastreados; hasta Duncan y Dana me dicen que es mejor dejarlo ya. De modo que esas mujeres se quedarán ahí. Yacerán eternamente en la tierra de las Shetland, junto con todas las demás mujeres que han desaparecido sin dejar rastro en estas islas a lo largo de los siglos. O tal vez aparezcan algún día, cuando alguien lo bastante ignorante para saber las consecuencias se atreva a remover la tierra.

Los charranes árticos ya se han buscado otro lugar donde anidar. No me extraña; nosotros vamos a hacer lo mismo.

Posfacio

Las historias en las que se basa esta novela están documentadas, pero no de forma exhaustiva; esto se debe en gran medida a que durante muchos años los habitantes de las Shetland no sintieron la necesidad de escribir sobre ellas. Su situación remota hizo que su población permaneciera estable durante mucho tiempo, y la transmisión oral pareció bastar. Tengo entendido que entre los isleños había incluso cierta resistencia a hablar de esos extraños sucesos sobrenaturales.

Pero con los años la gente de fuera comenzó a interesarse por ellos y a sentir curiosidad, y en las librerías empezaron a aparecer libros sobre las tradiciones de las islas Shetland. Fue el descubrimiento de una leyenda particularmente escalofriante (en la Biblioteca Pública de Aylesbury, nada menos) lo que dio origen a la idea de *Sacrificio*. Escribí el libro en los condados de alrededor de Londres; no me aventuré a ir al norte hasta haberlo terminado.

Así pues, la primera vez que vi las Shetland fue una mañana fría y despejada de finales de noviembre. Las enormes expectativas que había ido acumulando durante los varios años que había tardado en escribir sobre esa tierra no quedaron en absoluto decepcionadas; me pareció el lugar más bonito que había visto jamás.

Del aeropuerto de Sumburgh fui en coche hacia el norte, a la isla principal; no podía dejar de sonreír en cada curva de la carretera que ofrecía una vista más espectacular que la anterior. Crucé Yell, del color de una hoja de otoño, y llegué a Unst, que debe de ser realmente el lugar más encantador y solitario del mundo.

Toda la gente que conocí a lo largo de ese día fue encantadora y solícita, y me pareció completamente normal («¿Qué esperabas?», me pregunté), y me asombró que esas islas maravillosas pudieran haber sido tan mal comprendidas y tan poco visitadas. Empecé a tener mis dudas sobre mi libro: ¿cómo podía haber escrito una historia tan cruda sobre un lugar tan entrañable y maravilloso? Y sin embargo...

Ese mismo día, más tarde, Lerwick me pareció inquietantemente silencioso y desagradablemente oscuro mientras seguía el mapa hasta la pequeña iglesia de Saint Magnus. Por más que lo intenté, no me atreví a bajar por aquella silenciosa calle oscura, con árboles extraños y edificios vacíos y siniestros. Decidí volver con la luz del día y me dirigí al mar. En todas las entradas de las casas había redes de pesca extendidas, mojadas y oscuras; no quise ni pensar a qué o quién estaban destinadas. Llegué a la playa y encontré a un grupo de personas reunido en silencio alrededor de una gran hoguera. ¿Era una celebración tardía de la noche de la Conspiración de la Pólvora (hacía tiempo que había pasado el 5 de noviembre) o algo completamente distinto? Recordé todas las historias que había leído sobre mujeres desaparecidas, prisiones en islas remotas, sombríos hombres grises que hacían presa en sus semejantes, y, sin yo quererlo, acudieron a mi mente las palabras de Richard: «Corren tantas historias tontas por ahí... Hombrecillos verdes que viven en cuevas y temen el hierro... Sin embargo, todas esas leyendas encierran un grano de verdad».

Volví apresuradamente al hotel pensando que, si bien seguía estando en Gran Bretaña, estaba muy lejos de casa...

Agradecimientos

De entrada, quiero dar especialmente las gracias a Kerry y a Louise, mis dos primeros lectores, por demostrar que la verdadera sinceridad es algo que solo pueden darte los verdaderos amigos (y las hermanas pequeñas).

Por comprobar con paciencia y minuciosidad toda la información médica, mi más sincera gratitud a la doctora Denise Stott ya los doctores Jacqui y Nick Socrates. Cualquier error superviviente es enteramente mío.

He procurado que mi descripción de las islas Shetland sea lo más fiel posible, salvo en las pocas ocasiones en que la geografía no encajaba con la historia. Confío en que los isleños me perdonen las libertades que he podido tomarme con su maravilloso paisaje.

Me he apoyado mucho en obras de consulta, entre las cuales quisiera mencionar: *The Book of Runes*, de Ralph Blum; *Shetland Folklore*, de James R. Nicholson; *Shetland Traditional Lore*, de Jessie M. E. Saxby; *British Folklore, Myths and Legends*, de Marc Alexander; *Exploring Scotland's Heritage*, HMSO Books; *Northern Scotland and the Isles*, de Francis Thompson; *Encyclopaedia of World Mythology*, de Arthur Cotterell; *Shetland: Land of the Ocean*, de Colin Baxter y Jim Crumley; *Around Shetland: A Picture Guide*, publicado por The Shetland Times Ltd; *British Regional Geology: Orkney and Shetland*, del Natural Environment Research Council; *Grammar and Usage of the Shetland Dialect*, de T. A. Robertson y John J. Graham; *Bodies from the Bog*, de James M. Deem; *Human Remains: Interpreting the Past*, de Andrew Chamberlain; *Modern Mummies: The Preservation of the Human Body in the 20th Century*, de Christine Quigley; *The Scientific Study of Mummies*, de Arthur C. Aufderheide; *Conception, Pregnancy and Birth*, de la doctora Miriam Stoppard, y *Natural Solutions to Infertility*, de Marilyn Glenville. Por proporcionarme la mayoría de estos libros y no pestañear ni una sola vez ante mis peticiones más extrañas, estoy agradecida a Sheila y a sus colegas de la biblioteca de mi barrio.

Quisiera dar las gracias a Sarah Turner, de Transworld, por su fe en el libro y por el gran trabajo que se ha tomado puliéndolo.

Por último, pero no por eso menos importante, mi más sincero agradecimiento a Anne Marie Doulton, de The Ampersand Agency, y a la maravillosa familia Buckman; los mejores agentes que un autor puede desear tener.



SHARON J. BOLTON (Lancashire, Inglaterra, 1960). Se licenció en Arte Dramático, hizo un máster en administración de empresas y después se dedicó profesionalmente al marketing.

Años más tarde abandonó su carrera para cuidar de su hijo y escribir *Sacrificio*, una *opera prima* que manifiesta una sorprendente madurez y pasión por las leyendas populares.

Le gusta el cine, navegar, cuidar el jardín y cocinar. Actualmente vive cerca de Oxford con su marido e hijo.